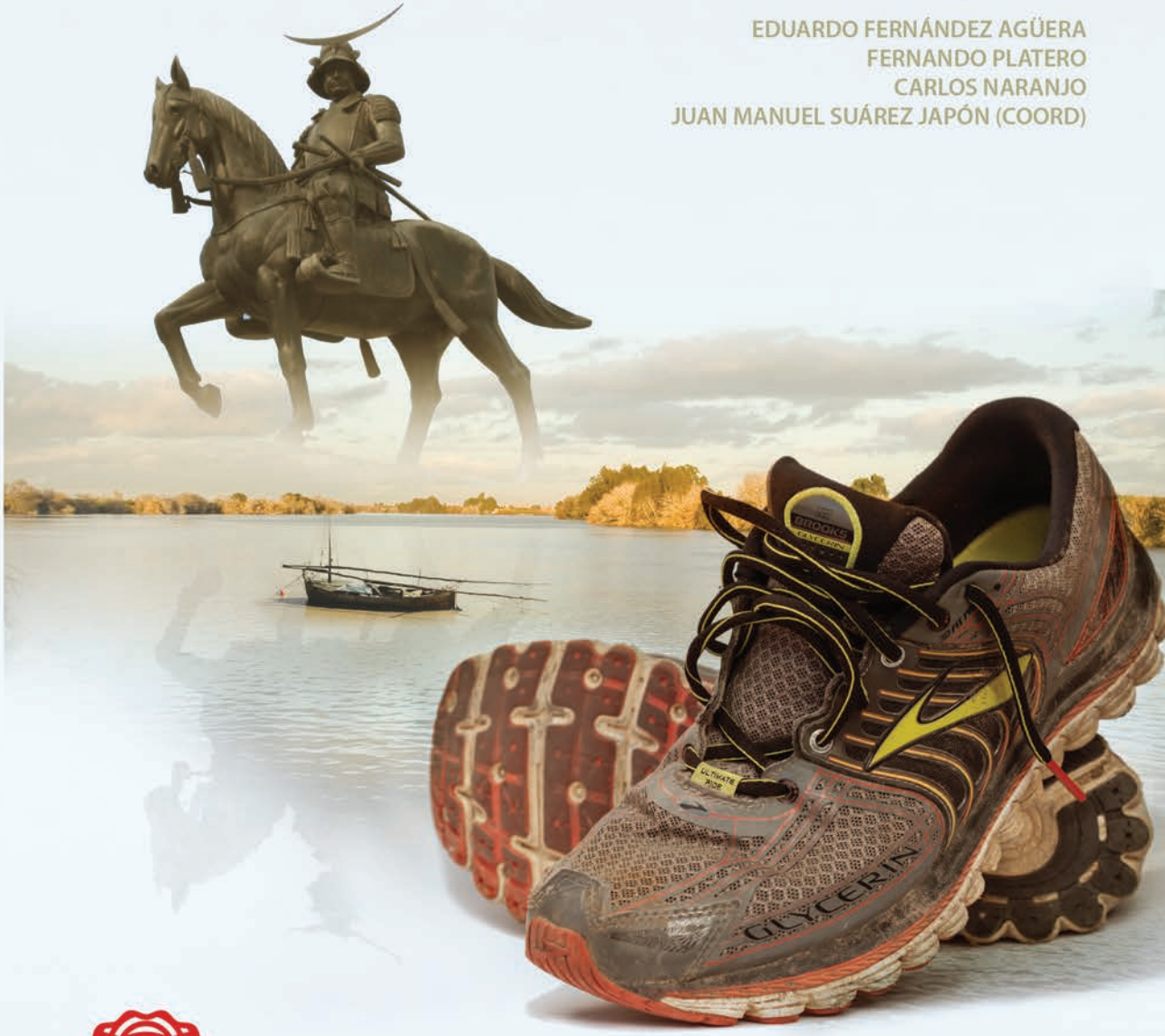
TOHOKU CROSSING

una experiencia deportiva y solidaria entre Coria del Río y Japón

EDUARDO FERNÁNDEZ AGÜERA
FERNANDO PLATERO
CARLOS NARANJO
JUAN MANUEL SUÁREZ JAPÓN (COORD)



Hasekura
ASOCIACIÓN HISPANO JAPONESA 支倉
CORIA DEL RÍO

Edita: Asociación Hasekura
Imprime:: Coria Gráfica, S.L.
Depósito Legal: SE-442-2017

TOHOKU CROSSING

Una experiencia deportiva y solidaria entre Coria del Río y Japón

Eduardo Fernández Agüera
Fernando Platero
Carlos Naranjo
Juan Manuel Suárez Japón (coord.)

INDICE

01.- Palabras de los Patrocinadores 7

02.- Eduardo Fernández-Agüera.-
TOHOKU CROSSING Acercando culturas a través del deporte 23

03.- Fernando Platero.- TOHOKU CROSSING: el origen 36

04.- Juan Manuel Suárez Japón.- TOHOKU CROSSING: La crónica..... 78

05.- AGRADECIMIENTOS 211

y tres años despues se hizo realidad

Palabras de los
patrocinadores

...Y tres años después se hizo realidad. No fue fácil poner en marcha una iniciativa tan ambiciosa, pero finalmente la llevamos a cabo con la colaboración de no pocas entidades y, sobre todo, de muchos amigos y amigas de Coria del Río y de Japón. Sin duda, todo el trabajo desempeñado desde hacía más de treinta años y especialmente durante el año dual España-Japón (2013-2014), tuvo su recompensa: poder realizar la primera actividad del Ayuntamiento de Coria del Río en tierras niponas. !Y vaya actividad¡

Se trataba de ~~recorrer~~ atravesar corriendo la región del Tohoku, aquellas tierras del NE japonés que un Tsunami arrasara el 11 de marzo de 2011, dejando tras de sí ~~cientos de~~ miles de fallecidos, heridos y damnificados. Y aquella también de donde partiera un día Hasekura Tsunenaga para buscar lo que probablemente ni él sabía que existía, en un viaje que le llevó hasta las orillas de Coria del Río en octubre de 1614.

Para esta sin par aventura, fue necesario contar con un "ideólogo" del proyecto, que no se cansó de insistir en la viabilidad del mismo. Por muy difícil que pareciera, sus antecedentes no nos permitían albergar ninguna duda de que no iba de farol. Él fue el protagonista principal desde la concepción de la idea hasta el final de la carrera. Un aventurero-loco, coriano, capaz de recorrer trescientos kilómetros para demostrar la solidaridad de su pueblo con todo un país: Eduardo Fernández – Agüera es, sin duda, una persona ejemplar, capaz de darlo todo por los demás. Así lo ha demostrado y, por ello, merece todo mi respeto, agradecimiento y consideración.

Pero este proyecto no se trataba de una carrera sin más, era algo mucho más profundo y pretendía alcanzar una mayor trascendencia. Es la razón por la que Eduardo no estuvo solo en este viaje, sino que fue acompañado por Juan Manuel Suárez Japón (Vicepresidente de la Asociación Hasekura Tsunenaga) y Fernando

Platero (Responsable de los Asuntos de Japón en el Ayuntamiento). A ambos quiero mostrar igualmente en este saluda mi profundo agradecimiento. Su presencia en Japón fue fundamental para difundir aún más nuestra ancestral relación; dar a conocer de primera mano a personas e instituciones diversas: asociaciones, ayuntamientos, prefecturas o embajadas, nuestro empeño en seguir ahondando en el acercamiento de ambos pueblos.

En sus memorias quedará reflejado lo vivido. Seguro que serán incapaces de olvidar las emociones, sentimientos e imágenes, así como el cariño recibido y demostrado durante cada día del recorrido.

No puedo acabar este saluda sin agradecer su colaboración a otras personas e instituciones. Individualmente recordar el papel sustancial jugado por Carlos Naranjo, un joven ~~coriano~~ sevillano, amigo de Coria del Río, estudiante de japonés, cuyo papel de traductor y guía, realizada de modo totalmente altruista, fue determinante para el éxito de la expedición.

Igualmente, mencionar con profundo cariño a Minoru Watanabe, amigo entrañable de nuestro pueblo, que no ceja en su empeño de facilitar sus contactos para engrandecer esa centenaria relación de Coria del Río con Japón.

Entre las instituciones, en primer lugar quiero reconocer la inestimable colaboración de la Asociación Hasekura Tsunenaga, no sólo por su implicación en el buen discurrir de la expedición, sino por permitirnos registrar para la historia todo lo que en ella aconteció, gracias a la edición de este libro. Por esa misma razón, añado mi expresión de gratitud a la Fundación Cajasol.

Debo agradecer también el apoyo económico mostrado por el Real Betis Balompié, y especialmente su cercanía al consejero Tomás Solano, enlace coriano privilegiado en una entidad de tanto renombre. Igualmente, reconocer su importante participación en este proyecto a Mitsubishi Corporation, facilitadora del vehículo y del chófer del coche de apoyo a nuestro atleta.

Y acabo mis palabras anunciando que este ejemplo de solidaridad que el pueblo de Coria del Río ha dado, sólo ha sido un paso más en la consolidación de una gran amistad. Los lazos generados hace más de 400 años deben seguir siendo potenciados en todos los ámbitos y continuar siendo un referente esencial en las relaciones entre España y Japón.

MODESTO GONZÁLEZ MARQUEZ
Alcalde de Coria del Río

Cuando llegó a nosotros la propuesta de editar un libro sobre el proyecto 'Tohoku Crossing', en la Fundación Cajasol tuvimos claro que esta era una historia que merecía, o incluso más, que necesitaba ser contada. La crónica de la carrera solidaria que llevó al atleta de Coria del Río Eduardo Fernández Agüera a recorrer tierras japonesas como emisario de la solidaridad y el ánimo de su pueblo, y de toda Andalucía, a las víctimas del devastador tsunami de 2011.

La iniciativa de Eduardo encierra muchos de los valores y principios que desde la Fundación Cajasol intentamos con nuestro trabajo proteger, desarrollar y llevar cada día aún más lejos y a más personas.

El valor de la solidaridad, una de las inversiones más rentables y hermosas que como sociedad podemos realizar, hacia los demás y hacia nosotros mismos.

El valor del diálogo y del intercambio entre culturas, a través de un recorrido en el que el hermanamiento histórico entre los pueblos de Coria del Río y de Japón cobró aún más fuerza, vigencia y sentido.

El valor del esfuerzo, del sacrificio, el espíritu de superación que representa el deporte, con una carrera que puso una vez más a prueba el coraje y la capacidad de resistencia de un deportista experimentado como es Eduardo.

Y también el valor del emprendimiento, en una iniciativa ambiciosa que ha sido capaz de sumar voluntades, coordinar esfuerzos y superar no pocas dificultades hasta llegar al éxito.

Para la Fundación Cajasol es un orgullo poder sumarnos a esta aventura junto al Ayuntamiento de Coria del Río, la Asociación Hasekura, las Embajadas de nuestros respectivos países y el resto de patrocinadores. Para que el mensaje de concordia y solidaridad que Coria del Río llevó a lo largo del país nipón, y todas las emociones vividas durante ese histórico viaje, puedan ahora llegar también, a través de este libro, a todos los andaluces.

ANTONIO PULIDO GUTIÉRREZ
Presidente de la Fundación Cajasol

El día 11 de marzo de 2011 se añadió a aquellas fechas de la historia de Japón en la que el país fue objeto de una gran desgracia. En esta ocasión, un terremoto de alta dimensión, seguido de un tsunami de proporciones gigantescas, que asoló las costas y buena parte de las tierras interiores de Tohoku, la región del NE japonés. A ello vino a unirse al gravísimo accidente nuclear que extendió sus mortíferas radiaciones por las áreas ya destruidas por el sismo. Con especial crudeza se hizo sentir el desastre en las Prefecturas de Fukushima, Iwate y Miyagi, ésta última la tierra originaria de aquellos japoneses que, a comienzos del siglo XVII, acometieron la aventura de navegar hasta Nueva España, primero, y hasta la Península Ibérica, Madrid y Roma, después: la llamada Embajada Keicho que, en su trayectoria, descubriría a Coria del Río. En esta pequeña villa, a orillas del Guadalquivir, atracarían para esperar la entrada en Sevilla y, tras ella, una parte de aquellos aguardaría hasta la definitiva resolución de tan arriesgado viaje. Y como es sabido, tal hecho constituyó el origen cierto de la actual comunidad de hombres y mujeres que aun hoy, cuatrocientos años después, llevamos el apellido Japón.

A lo largo de los últimos treinta y cinco años un intenso flujo de relaciones, -institucionales, culturales, afectivas-, ha surgido entre los extremos de aquella hermosa historia tanto tiempo silenciada: los japoneses y los Japón de Coria del Río y de todos aquellos otros lugares a los que el apellido fue llegando. Los refrendos ofrecidos por SAI el príncipe Naruhito, -visitando en junio de 2013 la orilla coriana en la que desembarcara el samurái Hasekura- y el apoyo de los sucesivos titulares de la Embajada de Japón en España, han caído sobre el suelo fértil de un pueblo que ha integrado "la huella japonesa" como signo de su identidad histórica. Reflejo de ello es la creación en Coria del Río, en 1997, de la Asociación de Amistad Hispano Japonesa Hasekura, que tras participar de manera notable en la preparación y desarrollo del "Tohoku Crossing", haciéndose presente en el mismo

con la persona de nuestro Vicepresidente Ejecutivo, el profesor Juan Manuel Suárez Japón, recientemente condecorado por el Gobierno Japonés con la Orden del Sol Naciente, es ahora nuestra Asociación la que promueve la edición de la crónica de aquella experiencia inolvidable

Por todo ello, es un hecho que nada de cuanto sucede a Japón y a los japoneses es indiferente para los corianos y corianas. Tal fue lo que ya ocurrió en aquel funesto 11 de marzo de 2011 en que la muerte y la tragedia asolaron al Tohoku. Numerosas iniciativas solidarias y de testimonio del dolor compartido han ido floreciendo desde entonces en Coria del Río, más ninguna como la que promovió Eduardo Fernández-Agüera, un esforzado atleta coriano, curtido en la práctica de carreras de largas distancias por contrastados rincones de mundo: se trataba de correr por las tierras afectadas por el sismo y el tsunami de 2011 y llevarles, revestido del calor de su esfuerzo, el testimonio de pesar los corianos y también el aliento para las duras labores de reconstrucción que ahora abordan. Este libro es la crónica de esa aventura, el relato de las carreras y los paralelos contactos institucionales y culturales, en el que Eduardo se vio acompañado, además de por nuestro Vicepresidente Ejecutivo, ya citado, por quien entonces era titular de la Oficina Técnica de Asuntos con Japón de nuestro Ayuntamiento, y por el estudiante sevillano, avecindado en Japón, Carlos Naranjo en funciones de traductor.

JUAN FRANCISCO JAPÓN CARVAJAL.
Presidente Asociacion Hasekura

Ha sido un verdadero honor para nuestra empresa colaborar en este proyecto que, en busca de las raíces niponas del pueblo Coriano, ha contribuido a estrechar lazos de amistad entre nuestros pueblos.

Nuestros sincero agradecimiento a D. Eduardo Fernández-Agüera, D. Fernando Platero y D. Juan Manuel Suarez Japón por su valiosa participación en esta expedición y a la Asociación Hasekura de Coria del Río por haber dejado constancia escrita de todo lo que aconteció durante dicho viaje.

KIYOSHI AZUMA
Presidente Mitsubishi España, S.A.

Cuando Juan Manuel me llamó para pedirme escribir uno de los prólogos a este libro me vinieron todas las emociones que vivimos durante esta aventura de un grupo de paisanos a cuyo frente estaba el gran protagonista, el "marathon man" coriano Eduardo Fernández-Agüera.

Soy coriano de nacimiento y bético de corazón. Creo que son dos razones poderosas para poder escribir este prólogo con el sentimiento y la profundidad que merece.

La historia, que es tan caprichosa, ha unido a nuestro pueblo, Coria del Río, con el gran imperio del Sol Naciente. Esta no es una cuestión baladí, se trata de una simbiosis que aporta una gran dosis de sentimientos encontrados. Un pueblo, que allá por los albores del siglo XVII, se enrola en la gran aventura de abrir sus fronteras y viajar al gran imperio de la época con la intención de establecer relaciones comerciales y se encuentra con una situación inesperadamente hostil. Sin embargo, estos emisarios japoneses hallaron una hospitalidad insospechada en nuestra población ribereña, no lejana a la gran ciudad comercial del imperio, Sevilla.

La difícil decisión de algunos de los enviados de permanecer en nuestra tierra y no regresar jamás a su país natal, renunciando así a sus familias, sus costumbres, sus creencias y sus antepasados, es sin embargo percibida y después acogida por la profunda solidaridad de aquellos lugareños, nuestros abuelos de hace más de cuatro siglos.

Esta casi inexplicable simbiosis ha permanecido prácticamente oculta al resto de la sociedad durante este tiempo y sólo ha conseguido emerger a la superficie gracias al azar, al esfuerzo y a la dedicación de un reducido grupo de corianos y japoneses, o mejor dicho, de "Japones". Así los englobamos en el mismo bando, ya que al fin

y al cabo, eso es lo que en el fondo significa la unión de los dos pueblos, estar en el mismo bando.

Este esfuerzo continuado de los Japones de ambas orillas nos ha traído un periodo de entendimiento y de reconocimiento mutuo de nuestra identidad cultural. Y esta relación sitúa a Coria del Río en el mapa de la geografía nipona que los niños estudian en los colegios. Coria del Río se ha convertido por méritos propios, gracias a su eterna hospitalidad y su capacidad de integración -bienes tan preciados como escasos en la desestructurada sociedad global actual- en una verdadera puerta cual agujero de gusano, que enlaza a ambas sociedades, a su vez tan alejadas geográficamente.

Y en este trance llegamos al 400 aniversario, al Año Dual. Los Japones celebramos nuestro feliz encuentro y en esas, otro aventurero coriano, descendiente de aquéllos que supieron ser generosos y tolerantes, acepta el reto de celebrar a su modo esta efeméride. ¿Cómo? De la manera que siempre lo hace Eduardo, calzándose unas zapatillas y poniéndose a correr de centro a norte la isla de Honshu. Desde Tokio a Sendai, ya en plano corazón del Tohoku. Eduardo paseó orgulloso la bandera coriana, y junto a ella, también portó otro emblema que igualmente tengo profundamente guardado en mi corazón, el escudo de las Trece Barras bordado sobre la camiseta verdiblanca que representa al Real Betis balompié.

El Tohoku-Crossing, esta aventura coriana en el país nipón, tocaba la sensibilidad de una institución siempre involucrada en las manifestaciones deportivas más diversas y populares, nuestro Real Betis Balompié. Nuestro Club ha entendido que no puede permanecer al margen del inexorable proceso de integración de las sociedades y el deporte es un vehículo esencial para ello. Y no basta sólo con acoger secciones de deportes populares con el básket o el futsal, también sabemos de la importancia de colaborar en eventos deportivos como este Tohoku-Crossing. Ha supuesto el esfuerzo titánico y el sacrificio de este 'cross-man' coriano cuyo único y gran objetivo era el de difundir al mundo tan inmenso mensaje de paz, concordia y hermandad entre dos pueblos unidos por los mares y, asimismo, mostrar de forma tan sobresaliente la solidaridad con este pueblo hermano en sus tribulaciones y

desgracias, provocadas por el desastre natural del terremoto y tsunami de 2011, que tantas vidas arrastró y tantas familias destruyó.

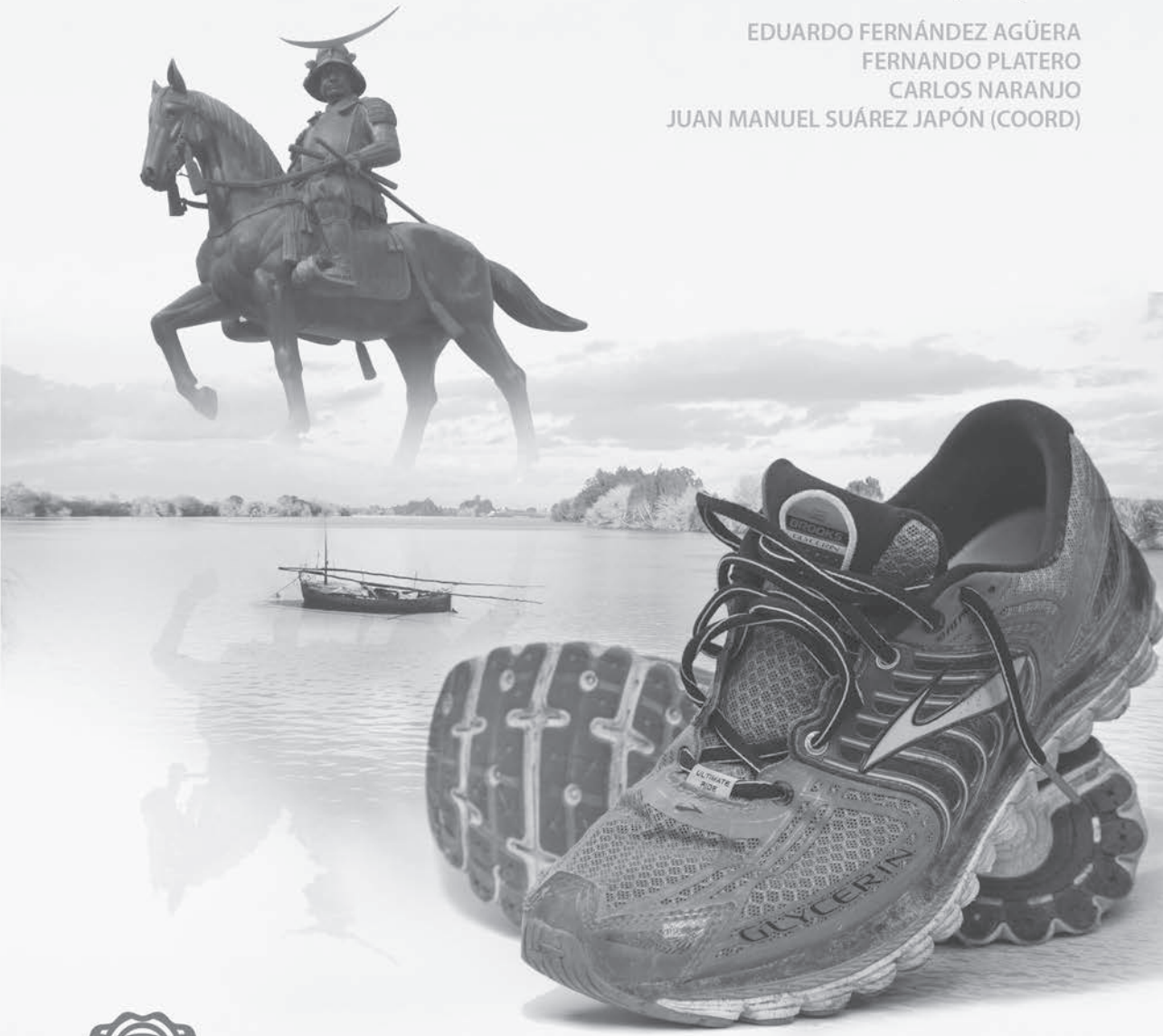
Este libro es un homenaje a estos protagonistas de tan orgullosa manifestación deportiva y de solidaridad humana. Y, en especial al hombre que con su sacrificio pudo poner un grito más alto en pos del mensaje de cariño y reconocimiento a nuestro pueblo hermano japonés. Lo digo como coriano orgulloso de mi cuna. Gracias, amigo Eduardo, por ser así de valiente y espero que tu sacrificio sirva como modelo y enseñanza para tantos. Los Japones de Coria del Río y de Japón siempre estarán en deuda con tu hazaña.

TOMÁS SOLANO FRANCO
Consejero Real Betis Balompié

TOHOKU CROSSING

una experiencia deportiva y solidaria entre Coria del Río y Japón

EDUARDO FERNÁNDEZ AGÜERA
FERNANDO PLATERO
CARLOS NARANJO
JUAN MANUEL SUÁREZ JAPÓN (COORD)



Hasekura
ASOCIACIÓN HISPANO JAPONESA 支倉
CORIA DEL RÍO

TOHOKU CROSSING
Acercando culturas a través del deporte

EDUARDO FERNANDEZ-AGÜERA

Con frecuencia, en cierto momento del día pienso cómo están viviendo otras personas ese mismo instante, estén donde estén, en cualquier parte del mundo, de día o de noche, en el hemisferio norte o en el sur, en Kampala o en Anchorage... Es que soy un curioso y me gusta saber cómo otras personas en otras partes del mundo hacen las mismas cosas que nosotros. Por eso me gusta viajar, para poder vivir esas situaciones que imagino. Y también porque viajar me llena de experiencias, de conocimiento, de ideas, me lleva de un sitio a otro, hace la vida menos previsible, más emocionante y divertida; me da libertad.

La pasión viajera me llevó incluso a formarme en el mundo del periodismo para dedicarme a ello de forma profesional y poder así contar las experiencias, porque, para mí, un viaje no se completa hasta que no se comparte, es decir, hasta que no se cuenta.

Tohoku Crossing es un proyecto que responde a ese impulso de conocer gente y lugares nuevos. Y es el resultado de la evolución de los proyectos que he ido desarrollando durante los últimos años con el objetivo de buscar temáticas originales que me dieran más posibilidades de publicar en medios especializados. La primera de estas ideas fue Proyecto SYR: consistió en participar en tres de las pruebas de ultrafondo más duras que existen, cada una de ellas en entornos extremos y opuestos. Estas pruebas deportivas fueron *Marathon des Sables*, en el desierto del Sahara (extremo calor); *Yukon Arctic Ultra*, en el territorio del Yukon canadiense (extremo frío); y *Le Grand Raid de La Réunion*, también conocida como La Diagonal de los Locos, en Isla Reunión

(extrema humedad). Todas estas pruebas son competiciones deportivas que cuentan con una organización específica y donde hay que inscribirse para participar.

Concluido SYR, decidí dar un paso más, ir un poco más lejos en busca de nuevas experiencias. Así nació el proyecto *3D+A Challenge; el objetivo:* recorrer en solitario tres desiertos (3D) y, por último, el desierto nival de La Antártida (+A). Rutas en solitario al margen de toda competición deportiva, sin otra organización ni infraestructura que la que uno mismo se procura. Experiencias, en fin, que combinan deporte y mucha aventura, tanta que a veces, cuando echo la vista atrás, me pregunto cómo he podido meterme en algunos de los lugares donde he estado corriendo. Porque en este tipo de viajes no sabes realmente dónde vas hasta que no estás ahí. El desierto Occidental, en Egipto, y el desierto de Atacama, en Chile, han sido los dos primeros escenarios del proyecto, en los que he tenido oportunidad de conocer entornos naturales extraordinarios, gente excelente, y en los que también he pasado por situaciones, digamos, bastante incómodas. Porque no en todos los lugares se ve de igual forma al visitante. Pero esto es otra historia sobre la que ya volveremos un poco más adelante. El caso es que del *3D+A Challenge* sólo he realizado, por el momento, dos travesías de las cuatro que lo componen, debido a que se interrumpió "por culpa" de otro desafío apasionante, el llamado Tohoku Crossing, nuestro periplo por Japón del que esta crónica se ocupa.

Tohoku Crossing es un proyecto distinto a los anteriores. Si en *SYR* y *3D+A* el deporte es el fin, en Tohoku Crossing el deporte ha sido el pretexto, el medio a través del cual hemos pretendido acercar las culturas japonesa, española y, particularmente, con la cultura de Coria del Río y los lazos que unen a este pueblo sevillano con el pueblo japonés. Y también, a través de los valores asociados al deporte, pretendíamos infundir un soplo de ánimo a los habitantes del Tohoku, la región del noreste de Japón azotada por los efectos del tsunami y terremoto del 11 de marzo de 2011.

Tohoku Crossing surgió como cualquier otro de mis proyectos: a partir de una ocurrencia y de la intuición de que era algo que podría funcionar. Siempre con las "antenas puestas" para captar oportunidades de generar experiencias nuevas,

la celebración del Año Dual España Japón (2013-2014), con motivo del Cuarto Centenario de la Embajada Keicho, despertó en mí la curiosidad por el pueblo japonés y su cultura. Nunca había estado en Asia, nunca me había planteado visitar Japón, así que aquella idea, que sonaba muy bien, era una oportunidad de vivir algo nuevo, ni más ni menos que correr por Japón para conocer el país de los antepasados de muchos de mis vecinos y amigos de Coria del Río que llevan el apellido Japón. De nuevo, un proyecto que surgió en mí más como una intuición curiosa que como algo meditado y estudiado. Una idea evocadora que de inmediato te produce sensaciones difusas pero cargadas de emoción. ¿Por qué no hacer una ruta por Japón para dar a conocer esta cultura a los corianos y para contarle a los japoneses que en Coria del Río habitan todavía más de 700 personas que se apellidan Japón?. Sin duda la ocurrencia sonaba bien, pero de ahí a hacerla realidad distaba mucho. No obstante, se la comenté a nuestro alcalde Modesto González. "La idea me parece bien, pero el problema es encontrar el dinero para llevarla a cabo", me contestó con toda la razón; y ahí quedó la cosa... por el momento.

Siempre he pensado que desear las cosas con vigor causa un efecto propiciatorio para esos mismos deseos, haciendo que se cumplan y, en este caso, fue así. En efecto, los patrocinios y el dinero eran un problema, pero el aspecto económico de los proyectos es uno más y no tiene por qué ser el más importante ni el primero en resolverse. De hecho, seguir trabajando con firmeza para hacer que el proyecto sea más consistente, para dotarlo de más sentido, puede hacer más fácil conseguir la financiación. Así que seguí compartiendo mi idea, esta vez con Fernando Platero, técnico responsable entonces de los asuntos relacionados con Japón en el Ayuntamiento de Coria del Río. Fernando vio con buenos ojos el proyecto desde el primer momento y su colaboración fue fundamental. Él fue quien me presentó a Minoru Watanabe, japonés amigo de los Japón de Coria del Rio y entusiasta colaborador de esta causa de la amistad hispano-japonesa, que mostró igualmente su apoyo al proyecto desde el primer momento. La tercera figura fundamental fue Juan Manuel Suárez Japón, cuya participación dio al proyecto su dimensión cultural definitiva. Así que, cuando me vine a dar cuenta, el proyecto era ya una realidad gracias al impulso inicial y definitivo del Ayuntamiento de Coria del Río, Minoru

Watanabe y Juan Manuel Suárez Japón, cuyas gestiones (las de todos) permitieron ir extendiendo el alcance de un proyecto que dejó de ser una idea personal para convertirse en un proyecto institucional.

"Ding, dong... Señores pasajeros del vuelo IB3947 con destino Madrid vayan a la puerta de embarque". Tohoku Crossing era ya una realidad; salimos de Sevilla rumbo a Tokio, con dos escalas previas en Madrid y Helsinki. Atrás quedó ya el periodo de preparación durante el cual se fueron solucionando todos los escollos que encontramos por el camino. Personalmente viví la fase preparatoria del proyecto como un tiempo difícil, porque tuve que compaginar el trabajo con la organización del viaje y la preparación física. Mi trabajo me obligaba a viajar diariamente por las provincias de Huelva, Sevilla y Córdoba, desde el alba hasta bien entrada la tarde, así que, siempre que me era posible, salía a correr allí donde terminaba la jornada; o bien a la hora de comer, o simplemente cuando los astros se alineaban para que el teléfono dejara de sonar durante una hora. Entrenaba en las zonas arenosas costeras de Huelva o a los pies de la Sierra Morena sevillana y cordobesa. Tanto esfuerzo, físico y mental, es el precio que hay que pagar si quieres ver cumplidos tus deseos, tus sueños. Porque los sueños tienen un precio, que merece la pena pagar por alcanzarlos... o no, pues a veces el precio es demasiado caro, debiendo sacrificar cosas más importantes que los propios sueños; por ejemplo, la familia, tu mujer, tus hijos. Estos años me han enseñado, en fin, que los sueños no son algo que hay que conseguir a cualquier precio. Pero en este caso el trabajo mereció la pena, el esfuerzo dio sus frutos, y el proyecto Tohoku Crossing iniciaba su emocionante singladura por el país del sol naciente.

Tokio

Como soy curioso me siento atraído por todo tipo de paisajes, naturales y urbanos. Y la capital de Japón no me dejó indiferente. Nada más llegar me fui fijando en cómo los japoneses hacen las mismas cosas que nosotros, pero a su manera, claro. Lo primero que me sorprendió fue la limpieza de las calles, pero la verdadera sorpresa fue descubrir que en Japón no hay papeleras; sólo ves algunas en la entrada

de edificios públicos, hoteles y establecimientos como los “7 Eleven”. Claro, no hay papeleras, porque la gente no las necesita; cualquiera que come algo por la calle guarda el envoltorio hasta que llega a casa o ve alguna papelera, como digo, en algún lugar público. Una utopía para otras culturas menos organizadas, donde no se da a la limpieza la importancia que merece.

Otra experiencia que me sorprendió muchísimo fue la limpieza de los coches. No vi en Tokio un solo coche lleno de polvo. Y vimos miles de ellos circular por todas partes, sobre todo en el distrito financiero, donde nos alojábamos, cerca de la Embajada de España, y las inmediaciones del Parque Imperial. Todos los coches, grandes y pequeños, relucían bajo el sol que se abría camino entre los altos edificios de centro tokiota. Pero, ¿cómo es posible? Quizá fue casualidad, pero lo cierto es que eso fue lo que presenciamos, no sólo en Tokio, sino en el resto de lugares por donde pasamos en las distintas prefecturas, aunque, debo confesar, no estuve todo el tiempo atento a este extraordinario fenómeno, que no deja de ser una manifestación del carácter de gente metódica y ordenada.

Viví mis primeras horas en Tokio con cierta impaciencia. Deseaba sobre todas las cosas verme ya surcando caminos, carreteras o senderos desconocidos, lo que aumentaba aún más mi curiosidad y anhelo de correr. Y llegó el momento. El punto de partida fue la Embajada de España, donde Juan Manuel Suárez Japón dio una conferencia sobre la singularidad histórica que une al pueblo de Coria del Río con Japón. Debo decir que disfruté escuchando las cosas que Juan Manuel contaba acerca de nuestra historia común, porque tiene el talento de transmitir sabiduría de una forma entretenida, contando una historia.

Una vez finalizó la conferencia salí desde la propia Embajada corriendo en dirección al Parque Imperial, donde tendría lugar la primera etapa del recorrido a pie. No iba solo; me acompañaban dos corredoras del club de atletismo Namban Rengo, un grupo internacional de corredores, con sede en Tokio, que accedió a acompañarnos en la etapa inaugural de nuestro periplo. Una vez en el Parque Imperial se unió el resto de corredores del Club. Tres vueltas dimos alrededor de este espectacular recinto, sede de la familia imperial nipona y unos de los símbolos

del país. Ya bien entrada la noche, compartimos un rato entrañable con corredores procedentes de distintas partes del mundo que, por trabajo o cualquier otro azar de la vida, residen en Tokio. El grupo estaba capitaneado por su presidente Bob Poulson, un enjuto corredor con cuerpo de jovencito y 60 años a sus espaldas. Bob se encargó de movilizar al Club para que estuviéramos arropados en esta primera etapa japonesa, dando sentido así a un proyecto que buscaba precisamente eso: el acercamiento de las culturas a través del deporte. Sólo compartí unos instantes con algunos corredores, sólo hablamos con ellos un rato mientras corríamos, pero ahí quedan esos momentos en el recuerdo mutuo, unos recuerdos que son como la onda que queda tras el contacto de una piedra con el agua. Nuestro viaje estuvo lleno de contactos breves, efímeros, pero cuyas ondas permanecen en nuestra memoria.

Tokio fue la etapa inaugural, una primera ruta en un lugar simbólico, buscado a propósito para enmarcar la presentación pública en Japón de nuestro objetivo. Pero a partir de aquí la cosa cambiaría por completo. Al día siguiente la consigna era correr, correr y correr; concentración, disciplina, método. Había llegado la hora de la verdad.

Correr por el Japón más desconocido

A partir de nuestra segunda etapa, la dinámica de trabajo consistió básicamente en mantener la concentración y dirigir con método las jornadas de carrera; como un piloto de motos cuando se baja la visera del casco y entra en pista; en ese momento ya sólo están él, la moto y el trazado del asfalto. Pues bien, de alguna manera así me sentía cuando comencé a correr día tras día. Y no es para menos, pues sientes que tienes una gran responsabilidad. ¿Qué sería del proyecto si me lesiono o no consigo finalizarlo con éxito? ¿Para qué entonces tantos meses de preparación y esfuerzo? Esa es la forma en que siempre afronto los retos, con método y concentración, que es, para mí, la mejor forma de dar el mayor rendimiento. Y disfruto haciéndolo, esa es la verdad. Porque me encanta correr, lo paso genial y resulta muy agradable la sensación que se te queda en el cuerpo después de una buena sesión de kilómetros. Y sobre todo hacerlo en lugares diferentes, desconocidos, en los que no conoces bien

las distancias ni lo que vas a encontrar al paso. Me encanta el factor sorpresa que conlleva este tipo de vivencias de las que siempre se aprende, una veces pasándolo bien y otras no tan bien. No me gusta estar siempre en lo que solemos llamar la zona de confort, es decir, el entorno que mejor controlamos y donde más seguros estamos. En este sentido, correr por Japón ha sido un sueño, una experiencia absolutamente fascinante, en la que me vi inmerso sólo 48 horas después de haber terminado una de las jornadas habituales de trabajo en Sevilla. Es como si caes al agua y en una milésima de segundo pasas de estar en la atmósfera a bucear en las profundidades, donde todas las percepciones cambian radicalmente. Era algo flipante.

Como decía antes, suelo afrontar este tipo de retos con bastante concentración. Primero planifico, luego trato de llevar a rajatabla el plan trazado. Lo primero que toca por la mañana es desayunar; algo ligero: fruta, yogur, cereales y café. Luego, a estudiar la ruta del día, como todas, diseñada por Fernando Platero, que, en cada etapa, asoció los puntos de partida y llegada a lugares singulares: monumentos, templos, ayuntamientos... Una vez claras las instrucciones, cargábamos la ruta en el teléfono a través de la aplicación Google Maps, y a correr.

Durante la marcha, la dinámica consistía en mantener el control sobre todos los aspectos relacionados con la ruta. Lo primero, la orientación. Siempre con el teléfono en la mano, consultaba la ruta en cada cruce, haciendo coincidir los hitos del mapa con las características de lo que tenía delante de mí, en el mundo real. En este sentido, es muy importante no continuar si no se está completamente seguro, de lo contrario te sales de la ruta y cuando te das cuenta tienes que desandar el camino. Esto no es tan fácil hacerlo cuando estás corriendo, porque "en caliente" a veces no quieres perder tiempo en pararte, de manera que compruebas las cosas sólo por encima. Pero es mejor ser prudente. El tiempo que pierdes analizando bien dónde estás lo ganas luego evitando, como digo, deshacer lo andado. Esta conducta es extremadamente importante en entornos extremos y remotos como el desierto, donde en muchas ocasiones vas por lugares donde no hay caminos, senderos ni rastros de nadie que haya pasado por ahí. Así que este primer aspecto importante de la ruta, la orientación, me mantuvo atento en todo momento.

La segunda preocupación objeto de concentración fue la administración del esfuerzo. Y es que cada día recorríamos una media de 30 km durante las 9 jornadas que duró la ruta. Esto quiere decir que los cálculos de esfuerzo tienen que hacerse a largo plazo, pensando no sólo en la jornada presente, sino en las sucesivas. Afortunadamente, Fernando Platero había diseñado dos jornadas más cortas separadas por varios días, que me sirvieron para recuperar físicamente, pero, en cualquier caso, es muy importante mantener la concentración y no creerte Superman, apretando más de la cuenta para llegar antes al final de una etapa a costa de cargar la musculatura para la próxima.

Los siguientes aspectos que tuve que gestionar son las dimensiones espacio y tiempo, que en este tipo de experiencias cobran sentidos completamente diferentes. Esto es algo que me atrae muchísimo; trataré de explicarlo. Tenemos nuestra vida cotidiana organizada en el espacio y en el tiempo. Sabemos que entramos a trabajar a las 9 de la mañana, que tardamos 30 minutos en llegar al trabajo, que empleamos otros 60 en levantarnos, vestirnos y desayunar, y por lo tanto sabemos que tenemos que levantarnos a las 7:30 h. Cuando nos subimos al coche para ir al trabajo conocemos perfectamente el camino. Es decir, tenemos perfectamente controlados el uso que hacemos del espacio y el tiempo. Por el contrario, cuando sales a correr grandes distancias, por ejemplo 50 ó 100 kilómetros en un entorno completamente desconocido y muy hostil, como pueden ser el desierto o la montaña, estas dimensiones son muy difíciles de controlar. En el desierto, por ejemplo, cuando miras al horizonte y tomas un punto de referencia no sabes si ese punto está a 5 ó 10 kilómetros. En la montaña, recorrer sólo 1 kilómetro te puede llevar una hora. Esto quiere decir que hay que ver interpretar las cosas con una perspectiva diferente, porque, aunque haces estimaciones de la distancia y el tiempo que vas a "consumir" en una jornada, nunca sabes realmente lo que va a pasar. Una distancia corta puede llegar a ser todo un maratón y en distancias largas, de 30 kms o más, nunca sabes lo que te puede pasar. Recuerdo una etapa de la Yukon Arctic Ultra, carrera a pie en el Yukon canadiense, en la que tuve que recorrer 50 kms por el río Pelly, helado por supuesto, porque era pleno invierno. Había hecho los cálculos para cubrir la distancia en 11 horas como mucho y tardé 17 horas y media. Cuando llevaba 15 horas de recorrido, al ver que no había llegado al *check point*, pensé que me había

perdido. Solo, en medio de aquel río blanco, a 35 grados bajo cero (el congelador de nuestra casa está a unos -18ºC), el espacio y el tiempo me habían jugado una mala pasada. Además, el agotamiento que padecía era tal que, aunque veía las señalizaciones de carrera dibujadas sobre la nieve con espray naranja fluorescente, seguía pensando que estaba perdido en medio de aquel congelador inmenso. El fallo: haber pretendido interpretar aquel espacio y aquel tiempo según mi concepción habitual de ambas dimensiones, como si recorriera esa distancia en mi lugar habitual de entrenamiento. Así que en Japón cuando echaba a correr, no pensaba en nada más que disfrutar de las cosas que veía y en mantener la concentración para no desorientarme. Beber y comer de forma periódica y mantener una "velocidad de crucero" cómoda. Sin prisas, dejando que el tiempo y el espacio me llenaran de experiencias, de emociones, mientras avanzaba por carreteras secundarias y caminos rurales; de pueblo en pueblo, fuera de los circuitos turísticos convencionales.

La primera sorpresa que me llevé una vez abandonamos Tokio es que estaba en un país muy montañoso. Aproximadamente el 85% de la superficie de Japón es zona de montaña. Esto me agradó mucho, porque, aunque más duro, correr por estos entornos suele ser más entretenido. También son más fríos, húmedos y lluviosos, con los inconvenientes que ello conlleva, pero para nosotros no fue un problema. Después de todo, estábamos allí para, entre otras cosas, dar un mensaje de ánimo y solidaridad a las víctimas del terremoto del 2011 y del tsunami posterior.

Cada mañana suponía un reto emocionante. ¿Qué encontraríamos a nuestro paso? ¿Qué suerte tendríamos? Todo era una incógnita. Para saberlo, primero había que echar a correr, avanzar e ir encontrando respuestas. Como es habitual en carreteras secundarias, cada cierto número de kilómetros atravesábamos alguna pequeña localidad, muy normal, lejos del Japón turístico. La gente caminaba tranquilamente por las calles; gente menuda, muchas de edad avanzada, cargadas con bolsas, como si vinieran de comprar en la tienda de al lado. No fijaban su mirada en alguien de rasgos occidentales que pasaba por allí en ese momento, corriendo y vestido además con colores llamativos. Una indiferencia que quizá responda al carácter discreto de este pueblo o simplemente porque no les importaba en absoluto. Y así, pasando

desapercibido, disfrutaba aun más del recorrido, fijándome en todo lo que podía: casas, terrazas, coches que parecían sacados de una serie de dibujos animados (muy pequeños y extremadamente cuadrados), en los campos de arroz, la gente, en los negocios...

Especial interés despertaron en mí los jardines japoneses, que podía ver en las casas situadas a pie de carretera. Me daba la impresión de que el jardín japonés, con sus elementos característicos, es un espacio pensado para alegrar la vista y calmar el espíritu. Cada casa tiene el suyo, que suele ser único, así que me aficioné a ver estos pequeños espacios de vegetación y piedra a la entrada de las viviendas. En efecto, el jardín es una representación de paisaje japonés e incluso del propio Cosmos: un mar o espacio poblado de islas representadas por los elementos de piedra y vegetación. El elemento base es la piedra (shima), entendida como montaña o roca en medio del espacio general que representa al mar. Otros elementos que pueden contener los jardines son el agua, un puente, una isla (Hōrai), una escultura de piedra denominada Tōrō (linterna tradicional para alumbrar los caminos en los templos budistas) e incluso una casa de té o pabellón. Aparte, claro está, de los elementos vegetales, como el bambú, pino negro japonés, arce, helechos y musgo. Todo o casi todo advierte un sentido simbólico. A partir de aquí, la imaginación y el carácter de cada propietario propicia un jardín diferente.

Otro de los "entretenimientos" era las visitas a las estaciones de servicios. Paradas obligadas para orinar periódicamente debido a la ingesta de agua que desde el principio de cada ruta realizaba. Probablemente ostente el título del occidental que mejor conoce las estaciones de servicio desde Tokio a Sendai. Durante mis visitas a estos lugares a pie de carretera pude constatar de nuevo la limpieza y el orden que caracteriza al pueblo japonés. En todas las gasolineras y talleres que visité, jamás vi un baño sucio, desatendido, maloliente, sin papel, jabón ni toalla o papel para secar las manos. Aun cuando eran talleres o gasolineras antiguas, los baños estaban limpios y decentes. Este hecho unido a la limpieza de las calles y el carácter discreto de la gente, son para el viajero indicativos del índice de civismo de un pueblo, es decir, de lo avanzado que está. Y se agradece, porque hace el recorrido más placentero, más agradable.

Reconozco que me hubiera gustado hacer más kilómetros por zonas rurales y montañosas. Pero la experiencia fue igualmente interesante y entretenida. El recorrido de cada etapa solía tener varios sectores que se iban alternando: carretera secundaria, camino rural y zona urbana. Siguiendo las indicaciones del GPS, tan pronto ibas por la travesía del un pueblo como te desviabas y comenzabas a callejear hasta que, finalmente, salías a algún camino rural a las afueras de la población. Una dinámica ésta que complicaba el seguimiento del coche de apoyo, donde iban Juan Manuel Suárez Japón, Fernando Platero y Carlos Naranjo. El caso es que yo llevaba la ruta marcada en el mapa para hacerla a pie y el resto del equipo tenía la ruta para hacerla en coche, lo que nos obligaba a vernos cada ciertos kilómetros, en las partes del recorrido donde coincidían ambos itinerarios.

Fukushima

Hemos vivido momentos hermosos en Japón. Uno de los más emocionantes fue la visita a la localidad de Minamisoma, en la prefectura de Fukushima. Personalmente tenía mucha ilusión por correr por esta zona que había sido azotada por el tsunami de 2011. Muchas de las imágenes y vídeos que hemos visto en televisión e Internet, en los que las olas se adentraban en el interior y arrasaban con todo, absolutamente todo, pertenecen a esta parte del litoral japonés. Cuatro años después, en estas zonas ya no quedaba nada. Son un páramo de matorral y árboles solitarios, grisáceos y medio secos, como si todavía no se hubieran recuperado del horror que vivieron. Áreas que tienen el aspecto que presentan las que han sufrido un brutal desencuentro. Un territorio frío y gris, pálido y silencioso; solitario. Personalmente, visitar esta zona me emocionó profundamente y generó en todo el equipo un sincero respeto por la gente de este lugar, quienes han sufrido o han perdido a sus seres queridos, y por quienes ya no están. Así que correr por este lugar supuso para nosotros un momento especialmente relevante en nuestro particular homenaje a la gente de Tohoku.

Después de un breve encuentro con el alcalde Minamisona, a quien expresamos nuestro respeto, iniciamos la ruta desde un monumento a las víctimas del tsunami. Llovía y hacía frío. Estábamos cerca de la zona de exclusión que rodea a la central

nuclear de Fukushima. A sólo unos cientos de metros, máquinas excavadoras trabajaban en parcelas de tierra para rebajarla unos metros y llevarse la tierra contaminada. Aquello era impresionante. Y ese día, además, fue de los más duros. Teníamos por delante 30 kilómetros en subida, desde la costa a la montaña, todo por carretera, como digo, con lluvia y bastante frío. Tres horas y media de carrera en circunstancias nada cómodas, pero finalmente alcanzamos nuestro punto de llegada y todo mereció la pena. Quizás fuera ésta la jornada que mejor sintetizó el sentido de nuestro viaje a Japón. Días después, en Ishinomaki, tuvimos otro encuentro muy emotivo con el señor Kenichi Kurosawa, un superviviente del tsunami a quien la gigantesca ola le cogió en el coche; afortunadamente pudo abandonar el vehículo a tiempo y ponerse a salvo, aunque para ello tuvo que esperar 24 horas subido a un árbol mientras veía cómo el agua se lo llevaba todo a su paso. También se llevó su negocio, una tienda de material de saneamiento. Ahora, en el solar donde se ubicaba la tienda, ha levantado un monumento en homenaje a las víctimas, donde puede leerse un mensaje de esperanza: "Ganbarô Ishinomaki" (¡Ánimo Japón!). Este otro lugar tan especial fue el punto de partida de la penúltima etapa de nuestra ruta, que terminó en el Museo San Juan Bautista, una etapa que discurrió prácticamente al borde del mar, por carretera, entre naves industriales dedicadas al negocio de los productos del mar.

La llegada al museo fue muy emotiva; tuvimos una acogida espléndida, como en todos los lugares por donde habíamos pasado, recibidos por personalidades y representantes institucionales. En cada encuentro siempre hemos contado con un interlocutor atento y agradecido, que nos ha recibido con una taza de té y obsequiado con un recuerdo antes de nuestra despedida. Esa hospitalidad se agradece mucho cuando estás en un lugar extraño, muy lejos de tu casa, de tu ambiente. Porque cuando el viajero está fuera de su casa, en lugar extraño, la gente de ese lugar puede hacer que tu experiencia sea algo entrañable o, por el contrario, una pesadilla. He hecho viajes en los que todo han sido inconvenientes, donde me ha resultado difícil comunicarme con las personas y autoridades, donde no he sido capaz de hacer comprender mis objetivos. Lugares en los que me he sentido solo, en definitiva. En cambio, he estado en países que han resultado muy amigables, donde la gente se ha preocupado de que tenga una estancia cómoda y una experiencia agradable; de

ayudar, en definitiva. Japón es sin duda uno de esos territorios. En nuestra misión de llevar el nombre de Coria del Río a Japón nos hemos encontrado con un pueblo hospitalario, generoso, agradecido, respetuoso, una cultura del Extremo Oriente que ha merecido la pena conocer y a la que pienso volver corriendo… o más bien para correr allí de nuevo.

TOHOKU CROSSING

FERNANDO PLATERO

皇太子さまは、３年前にスペインの地方の町を訪れた際、人々が東日本大震災からの復興を願う日本の合唱曲を歌って出迎えてくれたときのことを、「スペインの小さき町に響きたる人々の唱ふ復興の歌」と詠まれました。

「スペインの ちいさき まちに ひびきたる ひとびとのうたう ふっこうのうた」

En un pequeño pueblo de España resuenan con emoción los cánticos de sus gentes, la canción por la reconstrucción.

Waka (poema) de Su Alteza Imperial el Príncipe Heredero del Japón, Naruhito

1. Tohoku Crossing. El origen.

Las grandes aventuras empiezan siempre con un sueño. Tohoku Crossing fue, antes que una enorme y emocionante aventura, un sueño: el sueño de Eduardo Fernández- Agüera.

En mayo de 2013 yo formaba parte del "Comité organizador del 400 aniversario de la Embajada Keicho", presidido por el Alcalde de Coria del Río, Modesto González, y constituido con motivo de la conmemoración de la llegada a nuestro pueblo de la expedición liderada por el samurái Hasekura Tsunenaga. Como miembro de aquel comité, hube de encargar a "Un solo mundo", la empresa de Eduardo, el diseño de la publicidad para la presentación de los actos que iban a tener lugar con motivo de la efeméride. A raíz de aquel trabajo, Eduardo y yo hablamos mucho de la relación de Coria del Río con Japón y de posibles proyectos

que sirvieran para fortalecerla. Un día, el 23 de junio de 2013, recibí un correo suyo con la propuesta, entre otras, de realizar de una carrera por Japón, "entre Tokio y Sendai, pasando por Fukushima", decía, como un medio de "conectar las culturas española y japonesa".

Eduardo, además de periodista y empresario, es, sobre todo, un hombre inquieto, un gran deportista y un atleta excelente, curtido en carreras de aventura de larga distancia, "un ejemplo vivo de actitud y superación", como lo define la web del Ayuntamiento de Coria del Río, en su sección "Personajes corianos". Poco a poco fuimos dando forma al proyecto. Cuando Eduardo sugirió el recorrido Tokio-Sendai, inmediatamente pensé en Matsuo Bashô, el gran maestro del haiku japonés del siglo XVII. Su libro "Sendas de Oku", una de las grandes obras de la literatura japonesa, es un diario de viaje, en el que Bashô, acompañado de su discípulo Sora, narra un viaje desde Tokio hasta las tierras del norte. El itinerario seguido por Bashô pasaba por Sendai y recorría algunos lugares de Japón íntimamente ligados a la histórica relación con Coria del Río, como la ciudad de Date[1], Sendai[2] o Ishinomaki[3]. El viaje de Bashô es tan conocido en Japón, como pueda serlo el Quijote en España, así que basar el itinerario que recorrería Eduardo en el que hizo el poeta japonés nos pareció una buen punto de partida y de ahí que el primer nombre del futuro proyecto fuera "Sendas de Japón".

En agosto de ese mismo año tuve el privilegio de participar en un viaje a Sendai, organizado y patrocinado por un comité japonés liderado por el señor Mike Shirota, un japonés de Sendai, residente en Estados Unidos. El señor Shirota dirige en Nueva York un coro polifónico integrado por japoneses y tuvo noticia, tras su publicación en el Yomiuri Shinbun, el periódico de mayor tirada en Japón, de los haikus que otras personas y yo mismo habíamos escrito en homenaje a las víctimas

---

1 Ciudad cuna del clan Date, cuya figura más preeminente fue Date Masamune, el daimiyô que envió a España a Hasekura Tsunenaga y la Embajada Keicho, que desembarcó en Coria del Río en octubre de 1614 y que está en el origen del apellido Japón y por tanto, en el origen la relación de Coria con el país nipón.

2 Gran ciudad del noreste de Japón, capital de la Prefectura de Miyagi. Fue fundada por Date Masamune en 1600.

3 Ciudad costera desde donde partió la Embajada Keicho. Ha sido una de las más castigadas por el terremoto y tsunami de 11de marzo de 2011.

del terremoto del noreste de Japón y que ahora se encuentran, traducidos al japonés y en caligrafía japonesa, en el Museo San Juan, de la ciudad de Ishinomaki. Unos meses antes del viaje, Shirota san visitó Coria del Río junto a su esposa Setsuko. Entre otras personas, se entrevistó conmigo en mi despacho de la Biblioteca Municipal, donde hablamos sobre todo de aquellos haikus y del estado calamitoso de las tierras arrasadas por el tsunami.

Después de su visita, fui invitado a participar en el Proyecto de intercambio cultural de coros y haiku, organizado por el señor Shirota. En el proyecto, que se desarrollaría en dos fases, una en Japón y otra en Coria del Río, participaron también el Coro Santa María de Coria del Río, con su director, Sergio Asián, al frente, y un grupo de personas de apellido Japón, los descendientes de aquellos samuráis del siglo XVII, encabezados por Juan Francisco Japón Carvajal, Presidente de la Asociación Hasekura de Coria del Río. Entre los "japones" estaba también José Japón Sevilla, que poco tiempo después sería nombrado, por la Embajada del Japón en España, Cónsul Honorario de Japón en Sevilla. Fue aquel un viaje iniciático para mí y, me atrevería a decir que lo fue también para cuantos participamos en el mismo. Vistamos tan sólo Sendai e Ishinomaki y fue sobre todo en esta última ciudad, que, dos años después mostraba todavía en carne viva las profundas heridas causadas por el desastre 11 de marzo de 2011, donde tomamos conciencia de la gran tragedia que estaba viviendo el pueblo japonés y, más concretamente, la gente que estaba unida al pueblo de Coria del Río por la gesta de la Embajada Keich0, ocurrida 400 años atrás. Como se verá más adelante, este viaje fue decisivo para mi participación en Tohoku Crossing, que no estaba prevista en un principio.

Cuando volví de aquel viaje, el Ayuntamiento de Coria del Río se hallaba inmerso en la organización de eventos para la conmemoración del Año Dual España-Japón. Los asuntos relacionados con Japón cobraban cada vez más peso en el quehacer municipal, ya que el Ayuntamiento, con su Alcalde, Modesto González a la cabeza, había determinado hacer de la relación con Japón uno de los ejes centrales de su labor. La idea de Eduardo Fernández-Agüera encajaba perfectamente dentro de esos planes municipales, así que, desde el primer momento, el Ayuntamiento hizo suyo el proyecto y se dispuso a buscar los recursos necesarios para hacerlo

realidad. En este contexto, pasados unos meses, el Alcalde me encomendó la recién creada Oficina de Relaciones con Japón, cuya misión, como su propio nombre indica, era gestionar y coordinar los proyectos surgido de los lazos históricos que nos unen al país del Sol Naciente, así como explorar los nuevos caminos y expectativas que se abrían al calor de los programas que se iban desarrollando. El proyecto de Eduardo entraba de lleno en los objetivos de la citada Oficina, de modo que asumí la coordinación de "Sendas de Japón" como una parte de mis tareas.

Una de las características del proyecto, algo que lo diferenciaba de otros que estábamos poniendo en marcha, era el hecho de que, desde el inicio al fin, el proyecto debía desarrollarse en tierra japonesa, recorriendo un amplio territorio de la misma. Era una gran oportunidad para difundir en Japón la existencia de la singular "colonia de descendientes" -las personas de apellido Japón- que aquellos intrépidos samuráis del siglo XVII dejaron en Coria del Río, en el preciso momento histórico en que Japón cerró sus puertas al mundo durante más de doscientos cincuenta años.

Así se originó la idea de que Eduardo fuera acompañado también por alguna persona de apellido Japón que se encargase de transmitir de primera mano la historia de la familia de los *japones* de Coria del Río y, por tanto, de la relación de nuestro pueblo con Japón. El primer nombre que vino a la cabeza fue el de Juan Manuel Suárez Japón, que reunía, con creces, todos los requisitos necesarios para llevar a cabo esta labor. Juan Manuel ha sido Catedrático de Geografía Humana de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, fue también Rector Magnífico de la Universidad Internacional de Andalucía y durante años había estado ocupado en distintas funciones políticas en el ámbito de Andalucía, llegando a ocupar el cargo de Consejero de Cultura y Medio Ambiente en el Gobierno regional. Pero, en mi opinión, el motivo principal para proponer que Juan Manuel se integrara en esta misión era su estrecha relación con quien fuera su primo, Virginio Carvajal Japón.

Fue Virginio quien, con su curiosidad y su tesón, mostró a los *japones* y a todo el pueblo de Coria del Río su vínculo histórico con el pueblo japonés. Juan Manuel siguió muy de cerca todo ese proceso de descubrimiento y puesta en valor de una relación histórica singular entre Coria del Río y Japón, que permaneció

oculta durante casi 400 años y que hoy en día es, indudablemente, una de las señas de identidad por las que nuestro pueblo es, además, conocido en buena parte del mundo. Juan Manuel ha publicado varios libros sobre el trabajo desarrollado por Virginio Carvajal y el desarrollo de la relación Coria del Río-Japón en los últimos treinta años. Él era pues, en mi opinión, la persona adecuada.

Inmediatamente comenté el asunto con el Alcalde, a quien le pareció una gran idea la inclusión de Juan Manuel en el proyecto. Luego hice la propuesta al propio Juan Manuel Suárez Japón que dio un sí condicionado a su participación, dado que el proyecto se encontraba todavía en su fase inicial y quedaban aún muchos aspectos por resolver, desde el itinerario o las fechas de la carrera de Eduardo, hasta la necesaria financiación del proyecto. Estábamos a mediados del otoño de 2014 y, aunque no éramos conscientes entonces, ese otoño y la primera parte del invierno iban a resultar decisivos para hacer realidad el proyecto de Eduardo.

Como siempre, son las personas. Casi año y medio había transcurrido desde que Eduardo me hablara por primera vez del proyecto y parecía que apenas habíamos avanzado unos metros de aquella larga y deseada carrera. Sin embargo, pronto, la aparición de una serie de personas iba a proporcionar el Tohoku Crossing el impulso necesario. Una de esas personas fue Minoru Watanabe, un japonés afincado en París, a quien los miembros de Tohoku Crossing llamamos respetuosamente Watanabe san. Desde hace varios años, Watanabe san ha venido desarrollando en Coria del Río una serie de proyectos relacionados con Japón, en solidaridad con la población afectada por el terremoto y tsunami de 11 de marzo de 2011, como el proyecto Okiagari Koboshi, promovido por la Asociación Kenzo Takada, presidida por el reconocido diseñador japonés, o la celebración del homenaje a las víctimas del terremoto y tsunami del Japón, en su tercer aniversario.

El 11 de marzo de 2014, Watanabe san fue uno de los principales artífices de un hermosos proyecto que unió a Coria del Río con algunos lugares de Japón y con una iglesia en Londres, para conmemorar el tercer aniversario del desastre de Tohoku. Creo que merece la pena hacer una descripción somera que recuerde lo que ocurrió aquella mañana, por el significado en sí, como acto de solidaridad y apoyo

a las víctimas del terremoto, y también porque aquella mañana tuvo una especie de coda en nuestro viaje a Japón. A través de una conexión en *streaming*, se conectaron a la misma hora la iglesia de St. Mark, en Londres, el templo de Chûsonji en Iwate, y el Castillo de Aoba en Sendai, con Coria del Río. En cada uno de los sitios había un coro polifónico y todos los coros cantaron al mismo tiempo canciones japonesas en homenaje a las víctimas. En Coria del Río estaba el Coro Santa María bajo la dirección de Sergio Asián, que dirigió en la distancia a los demás coros para que todos cantaran al unísono. El acontecimiento se produjo a las seis y cuarenta y seis de la mañana en Coria del Río, cuando en Japón eran las dos y cuarenta y seis de la tarde, hora exacta en la que produjo el dramático terremoto de Japón. La conjunción de voces en la distancia en aquella hora trágica hacía posible el encuentro fraternal entre personas a uno y otro lado del mundo, unidas en el recuerdo y en el apoyo a quienes sufrieron y todavía sufrían las consecuencias de aquella tragedia. Fue un momento imposible de olvidar, en el que Watanabe san jugó un papel esencial.

En diciembre de 2014, aprovechando una visita de Watanabe san a Coria del Río, organicé un encuentro con Eduardo, que le habló del proyecto Tohoku Crossing. Desde ese preciso instante y hasta el último día en Sendai, Watanabe san fue una parte importante del mismo. Inmediatamente se implicó de lleno, sugiriendo posibles rutas y contactos en el país. De hecho, una parte importante de los contactos institucionales que pudimos hacer en Japón, se debieron a las gestiones realizadas desde la distancia por Watanabe san y por tanto, se puede decir, sin faltar a la verdad, que Watanabe san fue también responsable en parte del cumplimiento de los objetivos de Tohoku Crossing.

Siguiendo algunos de los consejos de Watanabe san, habíamos diseñado una primera ruta que, partiendo de Tokio, se dirigía hacia el norte, como hizo Matsuo Bashô, para terminar en Sendai, después de haber recorrido las tres prefecturas de Tohoku más afectadas por el terremoto, a saber: Fukushima, Iwate y Miyagi. Eduardo correría por las áreas más afectadas por el tsunami, para mostrar la solidaridad del pueblo coriano con las víctimas y para expresar nuestro apoyo a la ingente tarea de la reconstrucción. Como el mismo Príncipe Heredero de Japón recogía en el poema que encabeza está páginas, el pueblo de Coria del Río ya había expresado en numerosas

ocasiones y de manera diversa su solidaridad con los afectados por la tragedia de Tohoku y ahora sería Eduardo el que, en un proyecto deportivo y solidario, llevaría el afecto de corianos y corianas a los lugares donde ocurrió el desastre.

Otra de las personas claves para Tohoku Crossing fue el arquitecto coriano Tomás Solano Franco, a la sazón miembro del Consejo de Administración del Real Betis Balompié. Tan sólo unos meses antes, por iniciativa suya, se había iniciado un proceso de colaboración entre el Ayuntamiento de Coria del Río, el Coria C.F. y el Real Betis Balompié, que desembocaría en la firma, en enero de 2015, de un convenio entre las tres entidades para el desarrollo de proyectos relacionados con Japón, a través del Proyecto Hasekura. En el marco de este convenio de colaboración se acordó la participación del Real Betis Balompié como patrocinador del proyecto, que, a estas alturas, había cambiado su nombre a Tohoku Crossing, que ya sería su denominación definitiva. Ya teníamos un patrocinador que sería esencial para la realización del proyecto.

Los contactos entre la Embajada del Japón en España y el Ayuntamiento de Coria del Río han sido frecuentes desde la época en que Virginio Carvajal Japón arrojó luz sobre la histórica relación y dio comienzo el tiempo de nuestras relaciones, así que no es de extrañar que desde el primer momento la Embajada, con el entonces Embajador señor Kazuhiko Koshikawa al frente, apoyase un proyecto tan ambicioso. El propio Embajador Koshikawa remitió al Alcalde de Coria del Río una carta de apoyo, que añadimos al dosier del proyecto y que contribuyó a abrir no pocas puertas para la realización del mismo.

Por otra parte, en enero de 2015, el Alcalde de Coria del Río había enviado a la Embajada de España en Japón un dosier de Tohoku Crossing solicitando su colaboración en el proyecto, una colaboración esencial, teniendo en cuenta que el proyecto se iba a desarrollar en Japón. De nuevo las personas iban a jugar un papel fundamental. Juan Manuel Suárez Japón se puso en contacto con el Embajador Juan Antonio Yañez-Barnuevo, un ilustre coriano, que ha ejercido altos cargos diplomáticos a lo largo de una brillante carrera y que, precisamente por su condición de diplomático, podía facilitarnos el contacto con la Embajada de España en Japón.

Y de hecho, así fue, ya que a final de enero hubo un primer contacto entre el Alcalde de Coria del Río y el Embajador de España en Japón, don Gonzalo de Benito, en el que nuestro Embajador mostró un decidido apoyo de la Embajada al proyecto, designando como persona encargada específicamente del mismo al Consejero Cultural, Santiago Herrero.

La colaboración de la Embajada de España en Japón fue tal vez el espaldarazo definitivo al sueño de Eduardo. Incluso nosotros quedamos en cierto modo sorprendidos por el claro apoyo al proyecto y por el entusiasmo que mostraba el Consejero Cultural. Su presencia sobre el terreno, su conocimiento de Japón y de las instituciones japonesas y la fuerza que puede tener una sede diplomática fueron definitivas. Nuestros primeros contactos con él tuvieron lugar en febrero de 2015 y, a partir de ese momento, establecimos una dinámica de trabajo que nos llevaría, gracias a la colaboración del Consejero Cultural y de otros miembros del personal de la Embajada, a superar poco a poco las dificultades que se nos iban presentando. Con Santiago Herrero nos comunicábamos por correo electrónico y también organizábamos, de tanto en tanto, reuniones telefónicas en mi despacho de la Biblioteca Municipal, a las que asistían también Eduardo y Juan Manuel.

Bajo la orientación de Santiago, y con la ayuda inestimable de Watanabe san, fuimos dando forma definitiva al proyecto. Desde hacía mucho tiempo teníamos claro cuáles eran los objetivos de Tohoku Crossing, que ahora se veían reforzados por el apoyo de la Embajada de España en Japón. La carrera de Eduardo iba a recorrer las tres prefecturas más castigadas por el terremoto de 11 de marzo de 2011, llegando a algunos de los lugares que sufrieron una mayor devastación, como las ciudades de Minamisoma, muy cerca de la central nuclear de Fukushima, o Ishinomaki, la ciudad costera desde donde partió la Embajada Keicho. Así, Eduardo correría llevando a estas zonas la solidaridad de los corianos y su apoyo a la gigantesca tarea de recuperar la vida normal en unos lugares en que grandes áreas, antes habitadas, habían quedado completamente arrasadas por el tsunami que siguió al terremoto o inhabitables a causa del accidente nuclear. El primer objetivo de Tohoku Crossing era mostrar a los japoneses de las zonas devastadas el sentimiento de afecto y solidaridad del pueblo coriano.

La carrera de Eduardo nos daría también la posibilidad de explicar en Japón el motivo de ese afecto que llega desde una pequeña ciudad a orillas del Guadalquivir, desde el otro lado del mundo, un afecto que tiene su origen en la existencia de un grupo numeroso de personas que conservan en su apellido el nombre de un país lejano desde donde llegaron hace más de 400 años los samuráis de quienes son descendientes. Este segundo objetivo estaba en manos de Juan Manuel Suárez Japón, que explicaría, allá donde nos lo permitieran las circunstancias, la historia de los Japón de Coria del Río y de la relación histórica común hispano-japonesa.

El último objetivo de Tohoku Crossing sería el de dar a conocer también la situación actual de esa relación y los proyectos, ya en marcha o de futuro, en los que estaba trabajando el Ayuntamiento de Coria del Río, explorando la posibilidad de establecer líneas de colaboración con entidades japonesas públicas o privadas. Esta tarea formaría parte de mis responsabilidades como miembro de Tohoku Crossing.

Llegado este punto, debo explicar mi participación como "miembro de pleno derecho" en Tohoku Crossing, es decir, mi presencia en Japón durante el desarrollo del proyecto, ya que, como antes he señalado, no era eso lo previsto inicialmente. Desde un principio, mi papel, en Tohoku Crossing se derivaba de mi trabajo como responsable de la Oficina de Relaciones con Japón del Ayuntamiento coriano, que era la entidad organizadora del proyecto. Llevaría a cabo la coordinación del proyecto hasta que estuviera completamente definido desde la salida, hasta la vuelta de los dos participantes. Sin embargo, como ya se ha dicho, hice un primer viaje a Japón en agosto de 2013, formando parte de un proyecto de intercambio cultural y luego, en noviembre de 2014, volví a viajar a Japón, esta vez en viaje privado, aunque mantuve varios contactos institucionales, tanto en Tokio, como en Sendai. En las reuniones con Eduardo Juan Manuel en torno al proyecto, a veces, hacía referencia a personas que conocía, a lugares en los que había estado y se encontraban dentro del posible itinerario de Eduardo o a determinadas costumbres y comportamientos que había observado durante mis dos estancias anteriores. Este fue el motivo de que en una de aquellas reuniones, creo recordar que fue Juan Manuel, quien expuso la conveniencia de mi presencia y la posibilidad de que los acompañara en el viaje, ya que entendía que ello podía facilitar algunos aspectos del mismo. Por otra parte,

dado mi trabajo en el Ayuntamiento, conocía de primera mano los proyectos que se habían venido desarrollando en los dos últimos años y podría encargarme de explicarlos cuando tuviéramos la oportunidad de hacerlo.

Soy un enamorado de Japón y de la cultura japonesa desde hace tiempo y no negaré que la perspectiva de volver a pisar suelo japonés era muy atractiva, pero conocía las dificultades financieras que podía suponer añadir una tercera persona al grupo. Finalmente se decidió que participaría en el viaje siempre que fuera económicamente viable, como finalmente ocurrió. Desde estas breves páginas quiero agradecer a Juan Manuel y a Eduardo el haberme proporcionado la oportunidad de vivir una experiencia como Tohoku Crossing, en la que durante once días recorrimos el noreste de la isla de Honshu por carreteras secundarias y rurales, viviendo un Japón que no había conocido en mis dos anteriores viajes. Mi tarea como coordinador del proyecto conllevaba una buena dosis de estrés organizativo y de ello podrían dar testimonio mis compañeros de viaje, pero a pesar de ello fue sin duda una experiencia única y difícilmente repetible.

Estábamos en febrero de 2015 y como decía, desde la incorporación de la Embajada de España, bajo la orientación de Santiago Herrero, y con la ayuda de Watanabe san, fuimos dando forma definitiva al proyecto, que tenía aún algunos puntos por concretar, cuestiones decisivas como el contenido institucional del viaje, las fechas definitivas del mismo, la ruta exacta de la carrera de Eduardo, el vehículo para recorrerla o la necesidad de un intérprete. En relación a la cuestión institucional, era claro que viajábamos a Japón representando al pueblo de Coria del Río y a su Ayuntamiento y, más allá de la relación directa con la Embajada de España en Japón, desde el primer momento nos habíamos planteado la conveniencia de mantener contactos con las autoridades de las ciudades por la que transcurriría nuestro itinerario, especialmente las de aquellas con vínculos históricos más intensos con nuestro pueblo, como Ishinomaki y Sendai. Este fue uno de los asuntos más complicados a la hora de organizar nuestro viaje. A pesar del trabajo de la Embajada de España en Japón, con la colaboración de la Embajada del Japón en España y de los esfuerzos de nuestro amigo Watanabe san, lo cierto es que cuando iniciamos nuestro viaje estaban aún en el aire algunos de esos posibles encuentros

institucionales. De hecho, las gestiones para organizar la agenda de contactos institucionales continuaron durante algunas de las etapas de nuestro periplo por las tierras de Tohoku. Finalmente, a pesar de todas las dificultades, tanto el buen hacer de nuestra Embajada, -con Santiago Herrero y Alberto Calero-, como la labor incansable de Watanabe san, dieron sus frutos y se consiguió cerrar una agenda que incluía encuentros con autoridades de distintas ciudades y prefecturas.

Antes de continuar, quiero dejar claro que tanto el Alcalde, Modesto González, como la Delegada de Relaciones con Japón, Concepción Renedo, estaban siempre al tanto de todas las cuestiones que afectaban al proyecto y que sin su decidido compromiso, sin el compromiso del Ayuntamiento de Coria del Río desde el minuto uno, jamás habría existido Tohoku Crossing.

Otra cuestión primordial aún no resuelta era la fecha del viaje. En el proyecto original, la carrera de Eduardo iba a llevarse a cabo en la primavera de 2015, durante la floración de los cerezos en Japón, uno de los espectáculos más bellos que puede ofrecer la naturaleza. Durante un breve periodo de la primavera japonesa, un océano de flores blancas y rosas cubre los frondosos bosques de cerezos en los parques, en las riberas de los ríos, en los bordes de las carreteras. Es entonces cuando se celebra el *hanami*, una fiesta en la que los japoneses se reúnen en familia, en grupos de amigos o de compañeros de trabajo, para contemplar de la belleza de las flores de *sakura* (cerezo, en japonés), mientras comparten comida y bebida. Hacerlo en esta época del año nos proporcionaría además la posibilidad de presentar en Japón el "Proyecto Sakura", un proyecto del Ayuntamiento de Coria del Río, consistente en la plantación de cerezos japoneses rodeando el casco urbano, hasta formar un cinturón de sakuras abrazando al pueblo. Esta idea tuvo su origen en el cerezo japonés que plantó Su Alteza Imperial el Príncipe Heredero del Japón junto a la estatua de Hasekura Tsunenaga, en su visita a Coria, el día 14 de junio de 2013.

Sin embargo, tuvimos que renunciar a la idea de desarrollar Tohoku Crossing en la primavera de 2015, dada la cercanía de las fechas y los muchos aspectos que faltaban por completar del proyecto. Fue entonces cuando decidimos que la mejor fecha para llevar a cabo el proyecto era el otoño. Mi segundo viaje a Japón fue

en otoño, concretamente en noviembre y tuve la oportunidad de contemplar otro magnífico regalo de la naturaleza de Japón: el fenómeno conocido como *momiji*, palabra que se aplica en Japón al momento en que las hojas de los arces japoneses se tiñen de rojo, cosa que ocurre entre mediados del otoño y principios de invierno, dependiendo de la zona geográfica. Los japoneses, tal y como ocurre en primavera con los cerezos, disfrutan de la contemplación de la belleza de los bosques durante el *momiji,* durante el cual las copas de los arces y otros árboles ofrecen una espectacular paleta de colores que van desde el amarillo hasta el rojo profundo.

Decidida la fecha del viaje para noviembre de ese mismo año 2015, debíamos concretar el itinerario de nuestro viaje y definir exactamente los puntos de partida y llegada de la carrera de Eduardo. Como ya se ha dicho, muy pronto tuvimos claro que el recorrido de Tohoku Crossing debía basarse en el viaje de Matsuo Bashô descrito en Sendas de Oku y que debía transcurrir, partiendo de Tokio, por Fukushima, Iwate y Miyagi, las tres prefecturas más castigadas por el terremoto y tsunami de marzo de 2011, finalizando en Sendai, la ciudad de Hasekura Tsunenaga y de Date Masamune. Con estas premisas y después de algunas variaciones, quedaron establecidas nueve etapas que, en las que visitaríamos diez ciudades. El recorrido sería el siguiente:

5 de noviembre: Tokio – Tokio
6 de noviembre: Shirakawa – Minamisoma
7 de noviembre: Koriyama – Minamisoma
8 de noviembre: Minamisoma – Fukushima City
9 de noviembre: Fukushima City – Hiraizumi
10 de noviembre: Hiraizumi – Morioka
11 de noviembre: Morioka – Ishinomaki
12 de noviembre: Ishinomaki – Ishinomaki
13 de noviembre: Matsushima – Sendai

En cada una de las etapas, Eduardo correría una medía de unos treinta kilómetros. Nosotros iríamos en coche siguiendo la misma ruta siempre que fuera posible y tratando de contactar con él dos o tres veces en cada etapa. Finalmente,

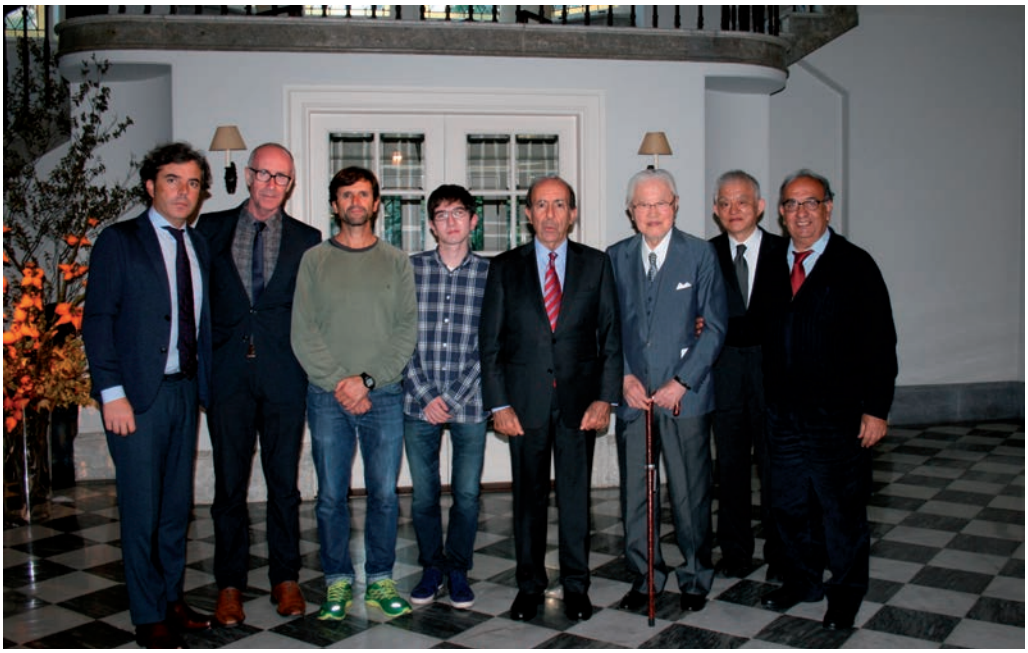
recibiríamos a Eduardo en la meta de cada día y viajaríamos todos juntos hasta la ciudad desde donde partiría al día siguiente, ya que a veces las distancias entre las ciudades de inicio de etapa de todo el recorrido eran bastante superiores a los alrededor de 30 kilómetros que Eduardo había decidido correr cada día.

Una vez definidas las etapas, nos llevó bastante tiempo establecer los puntos exactos de salida y llegada para la carrera de Eduardo. El recorrido de la carrera de Eduardo durante la primera etapa quedó fijado con relativa facilidad. En abril, Eduardo había contactado con Bob Poulson, un estadounidense que llevaba más de treinta años en Japón. Poulson era presidente y fundador del club de atletismo Nanban Rengo, de Tokio y había acogido con entusiasmo el proyecto de Eduardo. Gracias a los consejos de Bob Poulson, de Guillermo Gutiérrez, un amigo español de Poulson, y de Santiago Herrero, quedó fijado el recorrido de la primera etapa, que se desarrollaría íntegramente en Tokio. El sitio elegido era el lugar más significativo de la ciudad y probablemente de Japón. El Kôkio, el Palacio Imperial, residencia del Emperador del Japón. Eduardo, acompañado de un grupo de corredores del club Nanban Rengo, daría cinco vueltas al los jardines del Palacio, que son públicos, sumando un total de algo más de 25 kilómetros.

Sin embargo, fijar la ruta de la carrera de Eduardo para el resto de las etapas no sería tan fácil. Como se ha dicho, la mayor parte de recorrido se haría por carreteras secundarias, incluso comarcales, partiendo a veces de ciudades que carecían de monumentos importantes, por lo que resultaba difícil encontrar puntos de partida y llegada que tuvieran algún sentido. La solución llegó, como no, de la mano de internet, concretamente, de la mano de los mapas de Google. Examinando el recorrido en los mapas y buscando caminos o carreteras secundarias, me di cuenta de la enorme cantidad de templos, ya fueran budistas o sintoístas, que salpicaban nuestra ruta. Entonces pensé que, dado el carácter solidario de la carrera, hacer que la etapa terminara en un templo, siempre que fuera posible, sería una muestra más de respeto a las víctimas. Además, la mayoría de ellos eran pequeños templos, situados las más de las veces en medio del campo, rodeados de naturaleza y sin población alrededor. Eran el lugar idóneo para mostrar nuestro respeto a las víctimas del terremoto en la región de una forma recogida.

Martes 3/XI.- Eran las cuatro de la mañana, pero el Alcalde de Coria del Río, Modesto González, decisivo impulsor del Tohoku Crossing, acudió al aeropuerto para despedirnos y desearnos buena suerte.

Miércoles 4/XI.- Tras un largo viaje llegamos al aeropuerto de Tokio. Allí nos aguardaba el otro componente del grupo, el sevillano Carlos Naranjo, que sería nuestro traductor.



Fuimos objeto de una cordial recepción en la Embajada de España en Japón. Su titular, D. Gonzalo de Benito, añadió a su generosa acogida la grata sorpresa de la compañía del Sr. Eikichi Hayashiya, Embajador de Japón en España (1981-1984) y protagonista destacado del reencuentro de los japoneses y los Japón de Coria del Río.

Entregamos al Embajador de España en Japón y al Sr Hayashiya ejemplares del libro "De Sendai a Coria del Río" y de "El R@stro del samurái". Además, el ex embajador japonés dedicó a Fernando Platero un ejemplar de "Senda de Oku", la obra de Matsuo Basho que Hayashiya tradujo al castellano junto a Octavio Paz.

Jueves 5/XI.- En el Salón de Actos de la Embajada de España, Juan Manuel Suárez Japón pronunció una conferencia sobre "Los Japón de Coria del Río. Los herederos de una historia común hispano – japonesa", en la que fue presentado por el Embajador de España en Tokio.

Tras la conferencia, la Embajada de España ofreció un refrigerio entre los asistentes, entre los cuales se hallaban algunos japoneses viejos amigos de Coria del Río (De dcha a izqda: Mike Shirota, Tomoko Shimura, Hidezo Yoshiumi, Yoshiharu Fujiwara, Keiichiro Morishita, Noboyuki Kato, Motoichi Takemoto, entre otros).

Yoko Komatsubara, la más importante bailaora, coreógrafa y promotora de flamenco en Japón, titular de incontables reconocimientos en España y el mundo, asistió a nuestra conferencia. Al final de la misma, de la mano del embajador, Sr De Benito, posamos juntos y conversamos mostrándose la genial artista muy interesada por la historia común de los japoneses y los Japón de Coria del Río.

Numerosos miembros del Club de Atletismo Nanban Rengo, de Tokio, con su presidente, el Sr. Bob Poulson al frente, acompañaron a Eduardo Fernández-Agüera en su recorrido por el circuito que rodea a los jardines del Palacio Imperial. Era la primera etapa del Tohoku Crossing. Por fin, nuestra carrera solidaria había comenzado.

Viernes 6/XI.- Puntualmente, la señora Kyoko Sakamoto, alta ejecutiva de Mitsubishi, nos visitó para formalizar la cesión del automóvil que sería pieza clave del desarrollo de nuestro proyecto. Sin esa valiosa ayuda de Mitsubishi nada hubiera sido igual. Antes de despedirnos, como muestra de sus buenos deseos, nos propuso posar juntos mostrando el gesto de la victoria.

En todo el proyecto nos propusimos fijar las salidas y las llegadas en lugares de alto valor simbólico o cultural. En esta ocasión, la carrera partió del histórico castillo de Komine, en Shirakawa, en la frontera sur de la Prefectura de Fukushima.

Eduardo culminando su segunda etapa, la primera que ya discurría por las tierras de Tohoku y cuya meta habíamos establecido en el templo de Zuigan-ji, en Okubo, en las proximidades de Koriyama.

Tras la etapa, llegamos a la cercana ciudad de Koriyama, la segunda más poblada de Tohoku (350,000 hts.), en la que fuimos atentamente recibidos por su Alcalde, Sr. Shinagawa Masato, quien nos mostró su agradecimiento por el significado de nuestro gesto y nos expresó sus deseos de visitar Coria del Río.

Sábado 7/XI.- La tercera etapa, una de las más largas de Tohoku Crossing (algo más de 30 kmts.) partió del Ayuntamiento de Koriyama. Discurría por zonas interiores de perfil montañoso. Su final estaba fijado en el templo de Chosenji Domeki, cercano a la localidad de Nihonmatsu.

Ninohmatsu es el lugar de nacimiento de Katsuhiro Imae, japonés avecindado en Sevilla, uno de los más veteranos y constantes amigos de los Japón de Coria del Río y de los corianos y corianas. Desplazado a Japón para poder seguir nuestra experiencia viajera, nos preparó un emotivo acto de recibimiento en el punto final de nuestra etapa.

La noche en Minamisoma aun nos reservaba uno de los momentos más conmovedores del Tohoku Crossing: nuestro encuentro con Takashi Sasaki, intelectual japonés, gran hispanista, que había alcanzado notoriedad por su negativa a abandonar su ciudad tras el accidente nuclear de Fukushima que siguió al terrible terremoto del 11 de marzo de 2011. La suya fue y sigue siendo una voz crítica contra el uso de la energía nuclear.

Domingo 8/XI.- Antes de iniciar la etapa tuvimos un grato encuentro con el Alcalde de Minamisoma, Sr. Katsunobu Sakurai, cuya decidida y valiente gestión en los días aciagos posteriores al terremoto le había granjeado un general reconocimiento. Le mostramos la solidaridad de nuestro pueblo, lo que agradeció vivamente.

Una amplia superficie arrasada queda ahora en lo que fue un barrio de Minamisoma. En ella se han erigido diversos monumentos que recuerdan a las víctimas. Bajo la llovizna, sobrecogía el silencio que anidaba en un lugar como aquel por el que había pasado la muerte.

Junto a los monumentos funerarios extendimos la pancarta para dar comienzo a la cuarta etapa. Ante ella, junto a los amigos que nos acompañaban, guardamos un minuto de silencio antes de que Eduardo echara a correr. Tenía por delante 32'5 kmts.

El trayecto entre Minamisoma y el santuario de Wadatsumi acrecentó su dureza a causa de la persistente llovizna y del frío que nos acompañó. El gesto de Eduardo, tras su recorrido por una etapa de más de 30 kmts, era un fiel reflejo de la magnitud de su esfuerzo solidario.

Varias veces a lo largo de esta etapa debimos pasar por espacios de la montaña de Fukushima en los que se recogían las tierras contaminadas por la radiación nuclear. Ofrecían un paisaje entre lunar y dantesco.

El religioso sintoísta que estaba al frente del santuario de Wadatsumi ofició para nosotros una ceremonia propiciatoria, una especie de "acción de gracia", que contribuyera a la feliz consecución de nuestros objetivos.

Finalizado el simbólico acto propiciatorio, el religioso sintoísta se avino a sostener con nosotros la pancarta que nos identificaba y que mostrábamos siempre al comienzo y al final de las etapas.

Lunes 9/XI.- Desde la puerta del hotel "Sunroute Plaza", en pleno centro de la ciudad de Fukushima, Eduardo inició su quinta etapa entre la capital del mismo nombre y el templo Senpuku-ji, emplazado en la pequeña ciudad de Date, a una distancia de casi 25 kmts. Con ella dejábamos atrás la Prefectura de Fukushima y entrábamos en la de Iwate, en cuyo centro, la ciudad de Hiraizumi, pasamos la noche.

Cada final de etapa era para nosotros un momento de alivio. Un día más, habíamos conseguido completar el objetivo y Eduardo Fernández-Agüera seguía sin mostrar síntomas de cansancio o lesión. Era un motivo para celebrar y lo hacíamos dejando nuestras imágenes para que sostuvieran la memoria de esta singular experiencia.

Tras el final de la etapa y del posterior viaje hasta Hiraizumi, conectamos con Sugawara san y él nos acompañó del santuario de Chuson-ji, donde esperábamos obtener la venia para que la sexta etapa partiera de aquel maravilloso enclave natural y religioso. Haseki Shinsho, el joven monje que nos atendió lo aceptó. Encontramos en ellos unos inesperados pero valiosos colaboradores.

La sobrecogedora belleza de Chuson-ji nos envolvió enseguida. Las fechas de noviembre coincidían con el esplendor del "momiji" y aquella alianza de bosques y de templos componía paisajes que parecían más soñados que reales. Contemplando su belleza se comprendía que el santuario de Chuson-ji fuese el principal atractivo turístico de Hiraizumi y de toda la Prefectura de Iwate.

Matsuo Basho (1644-1694) fue el poeta más famoso del periodo Edo de Japón. Su mítico viaje por las tierras de Tohoku, "la tierra inhóspita del norte", que nos dejó reflejado en su "Sendas de Oku", estuvo siempre en el pensamiento de todos nosotros. Fernando Platero, conocedor y admirador de su obra, posó junto a la estatua que le recuerda en el santuario de Chuson-ji.

Martes 10/XI.- La sexta etapa, -hasta Oshu-, partió desde aquel fastuoso enclave de naturaleza y cultura. Bajo el sol de una mañana luminosa y ante la mirada de los grupos de visitantes del santuario, extendimos la pancarta y posamos junto al monje budista que tanto nos había ayudado. Enseguida, Eduardo retornó a los caminos.

Hicimos coincidir el final de la etapa con el concesionario de Mitsubishi de la ciudad de Oshu, para manifestarles nuestra gratitud. La llegada de Eduardo fue preparada al admirable modo japonés: todo el personal, junto a los jefes, formados en la puerta, portando expresiones de saludo y bienvenida en castellano y extendiendo nuestra pancarta.

Durante toda nuestra estancia en el concesionario de Mitsubishi en Oshu estuvimos rodeados de amabilidad. Nosotros le pedimos que hicieran llegar a la Dirección General nuestra inmensa gratitud por su ayuda, y ellos alababan el significado profundo, deportivo y solidario, de nuestra experiencia en Japón.

El responsable del Departamento de Turismo de Morioka era Oshikiri san, amigo de Juan Manuel y de Minoru Watanabe. Habían coincidido en Roma en los actos del IV aniversario de los sucesos del 11 de marzo. Como final de la jornada, nos llevaron a visitar los ensayos de un grupo de flamencas japonesas que, visiblemente inquietas y felices, bailaron ante nosotros por sevillanas.

Esa tarde viajamos hasta Morioka, capital de la Prefectura, donde fuimos recibidos por el Vicegobernador y una parte de su equipo, en un acto que se revistió con notable formalidad institucional y con abundante presencia de medios de comunicación.

A partir de ese momento, no fue difícil hallar los puntos de llegada para las etapas de la carrera de Eduardo. Las salidas se harían desde algún punto significativo de cada ciudad. Sometí la idea a la consideración de mis compañeros de viaje. La opinión de Eduardo era clave, puesto que él iba a realizar el verdadero esfuerzo. Finalmente, ambos estuvieron de acuerdo y una vez que Santiago Herrero, desde la Embajada de España en Japón, nos dio el visto bueno, nuestra ruta quedó fijada "definitivamente". Entrecomillo "definitivamente" porque luego la realidad, como suele suceder, se impuso y en bastantes ocasiones hubo que improvisar sobre la marcha, debido a circunstancias imprevistas. Afortunadamente, a los andaluces no se nos da nada mal esto de la improvisación.

Lo que sí puedo decir es que las llegadas o salidas de los templos se llevaron a cabo como estaban previstas, exceptuando la salida del templo de Zuiganji en Matsushima, uno de los mayores templos Zen de Tohoku, que se encontraba en obras. Yo había visitado Matsushima en mis dos viajes anteriores a Japón y conocía muy bien un pequeño y hermoso templo, situado a poca distancia, y construido sobre una pequeña isla de pinos, al que se accede por un puente rojo de madera. El nombre del templo es Godaido y fue el sitio elegido para la salida de Eduardo en la última etapa de nuestro viaje, que terminaría en la estatua de Hasekura Tsunenaga de Sendai.

No me resisto a contar una pequeña anécdota que me sucedió en este pequeño templo en mi segundo viaje a Japón y que da muestras del carácter japonés. La bahía de Matsushima es uno de los lugares más bellos de Japón y está salpicada de un sinfín de pequeñas islas cubiertas de pinos que dibujan un paisaje indescriptible. Existe un ferry que, en una ruta que dura unas dos horas, recorre la bahía pasando cerca de las pequeñas islas. Habíamos sacado los billetes del ferry y mientras llegaba la hora de zarpar, visitamos el pequeño templo. Era noviembre, pero hacia un día espléndido y el lugar estaba atestado de turistas japoneses. Hacía calor y me quité el chaquetón mientras hacía fotos al templo. Una vez en el barco me di cuenta de que no llevaba puesto el abrigo, en el que además portaba la cartera y también mi pasaporte. Pensé que lo había dejado en alguna parte del barco, pero ni con la ayuda de la tripulación conseguimos dar con él. Reconozco que armé un buen revuelo

porque me preocupaba sobre todo el pasaporte, pero no hubo forma de encontrar el dichoso chaquetón. Cuando bajamos del barco, más de dos horas después, me dirigí corriendo al templo y allí estaba mi chaquetón, sobre el pequeño banco en que lo dejé, rodeado de turistas japoneses y con el contenido de sus bolsillos intacto. Así es Japón, no añadiré más.

En este relato de la preparación de Tohoku Crossing, nos habíamos quedado con una agenda institucional razonablemente organizada, una fecha definida para el viaje y una ruta fijada, hasta donde se podía fijar una ruta como la nuestra. Pero aún nos faltaban dos elementos indispensables para el proyecto: un vehículo y un intérprete. Dejemos el vehículo para más adelante y centrémonos ahora en el intérprete. Nosotros ya éramos conscientes de ello, pero cuando Santiago Herrero nos insistió en la necesidad de contratar un intérprete, supimos que no había alternativa. Eduardo y yo podíamos defendernos en inglés -él más que yo, me temo- y Juan Manuel era de los tiempos en que en el instituto se estudiaba francés -yo también, me temo-, pero, desgraciadamente para nosotros, en Japón, como ocurre en España, la población que habla inglés no es muy numerosa y menos aún en la zonas rurales que atravesaba nuestra ruta. De manera que se hacía imprescindible hacernos acompañar de un intérprete. Sin embargo, también éramos conscientes del enorme coste que ello implicaba y, por supuesto, conocíamos la dificultad para conseguir financiación externa, así que de nuevo parecíamos estar ante un callejón sin salida.

Fue entonces cuando pensamos en Carlos. Carlos era, es Carlos Naranjo Bejarano, un extraordinario joven sevillano que conocí durante la preparación de aquel homenaje a las víctimas del tsunami que organizó Watanabe san con el Ayuntamiento, en marzo de 2014 y que he mencionado más arriba y en el que se conectaron por streaming varios lugares de Japón con Coria del Río. En aquel homenaje, Carlos jugó un papel muy especial y de gran relevancia. Fue el presentador de acto. Lo especial estaba en que lo presentó en japonés. Carlos estudiaba japonés de forma autodidacta desde 2010 y había conseguido un buen dominio de una lengua tan complicada para un occidental. Su vinculación con Coria del Río fue muy estrecha desde aquel momento y, a partir de entonces, Carlos participó en

cuantos actos y eventos relacionados con Japón organizábamos en Coria del Río. Además, su madre es maestra en un colegio de nuestro pueblo y ha hecho en el mismo una gran labor de divulgación de la cultura japonesa entre su alumnado.

Desde abril de 2105, Carlos Naranjo estudiaba en Osaka con una beca del Ministerio de Educación japonés. Así que era el candidato perfecto. Hablaba japonés, cuando nosotros llegásemos a Japón el llevaría ya siete meses viviendo en Osaka, tenía fuertes lazos con Coria del Río y con su pasado y presente japonés y además, era amigo de los tres miembros de Tohoku Crossing. No sé cómo no se nos ocurrió antes. Lo cierto es que aunque hubiésemos dispuesto de fondos para contratar a un intérprete profesional, creo que habríamos contado con Carlos por ser quien era y por los lazos que lo unían a Coria del Río y la amistad que tenía con nosotros. Conociéndolo, sabíamos que la idea le entusiasmaría, sólo nos quedaba saber si podría abandonar sus estudios durante los once días que iba a durar nuestro viaje.

Hablamos por internet a finales de agosto de 2015 y, como todos habíamos pensado, la idea le entusiasmó. Antes de darnos el sí definitivo, debía arreglar ciertos asuntos con la escuela donde estudiaba. Necesitaría algunos documentos del Ayuntamiento de Coria del Río y de la Embajada de España y todo estaría solucionado. Sólo había un pequeño problema. Debía ausentarse un par de días para asistir a un examen que no podía aplazar. Carlos mismo buscó la solución, sugiriendo como sustituto para esos dos días a un joven japonés, amigo suyo, residente en Tokio, que hablaba español y al que Carlos me presentó en Sevilla una tarde en que nos cruzamos por casualidad. El joven era Ryota Otake. A todos nos pareció bien la idea de Carlos, de modo que habíamos solucionado el problema del intérprete y, además, habíamos completado el equipo de Tohoku Crossing, o al menos eso era lo que creíamos en aquel momento.

Casi teníamos ya todos los elementos necesario para iniciar nuestro viaje, pero nos faltaba un vehículo que llevase al equipo de Tohoku Crossing por las sendas de Tohoku. Nuestra Embajada en Japón, es decir, Santiago Herrero, había contactado con un fabricante japonés de automóviles para solicitarles su colaboración en este

asunto. Sin embargo, tras los primeros y esperanzadores contactos, comunicaron que era imposible para ellos, por tratarse de un proyecto deportivo, cosa que no entraba en sus objetivos. Omito el nombre de la empresa conscientemente, pues aunque al final no pudimos disponer de su vehículo, debemos agradecerle que al menos lo tomaran en consideración, así como, una vez más, debemos agradecer a la Embajada el esfuerzo realizado.

Estábamos a mediados de septiembre y era de vital importancia solucionar este asunto. Entró entonces en acción nuestro Ayuntamiento, concretamente, el Alcalde y la Delegada de Relaciones con Japón. Desde hacía bastante tiempo teníamos una excelente relación con Mitsubishi España. De hecho, su anterior presidente, el señor Takashi Mannari y su esposa, participaron en los actos de clausura del 400 aniversario de la Embajada Keicho, en octubre de 2014, junto al Embajador Koshikawa y otras personalidades japonesas. Había habido un relevo en la presidencia de Mitsubishi España y el Alcalde y la Delegada visitaron en Madrid al recién nombrado presidente, el señor Kiyoshi Azuma. En su visita mencionaron el proyecto y la necesidad de vehículo para llevarlo a cabo. Para abreviar, diré que finalmente, Mitsubishi no sólo nos cedió un coche, un magnífico monovolumen Mitsubishi Delica D5, sino que lo dotó además de chófer.

Ya estábamos preparados para iniciar uno de los viajes más hermosos de nuestras vidas, estábamos preparados para dar vida al sueño de Eduardo, íbamos a iniciar Tohoku Crossing.

2. Tohoku Crossing. El viaje.

Antes de continuar, debo advertir al lector que no me corresponde a mí, en este relato escrito a seis manos, plasmar el diario de viaje. Esa tarea ha correspondido a Juan Manuel Suárez Japón, que ha sabido transmitir con precisión lo vivido por todos en nuestro peregrinaje por sendas de Tohoku. En este capítulo, y como coordinador del proyecto y representante del Ayuntamiento de Coria del Río durante el desarrollo del proyecto en Japón, me referiré a los contactos institucionales que integraban nuestra

agenda oficial, aunque será inevitable que haga algunas referencias personales sobre lugares, hechos y personas.

Llegamos a Tokio el día 4 de noviembre y allí, gracias a la generosidad del Embajador Gonzalo de Benito, permaneceríamos dos días como huéspedes de nuestra Embajada. Santiago Herrero había organizado un programa que comenzó, ese mismo día, con un almuerzo en la residencia del Embajador, al que asistimos inmediatamente después de dejar el equipaje en el hotel, sin tiempo ni posibilidad de cambiarnos de ropa. Al almuerzo estaba invitado el señor Eikichi Hayashiya, Embajador en España entre 1981 y 1984 y reconocido hispanista, que acudió acompañado de su hijo. Pero Eikichi Hayashiya era también el hombre que, junto a Octavio Paz, hizo la primera traducción a una lengua occidental, al castellano, de "Oku no Hosomichi" (Sendas de Oku), de Matsuo Bashô, la obra cumbre del haiku japonés que inspiró nuestro itinerario. Para un amante del haiku como yo, aquel encuentro era algo inimaginable tan sólo unos meses antes.

Lo que sentí en los breves momentos que pude compartir con el maestro quedó reflejado en una breve crónica de aquel encuentro, que escribí para su publicación en la revista de haiku "Hojas en la acera", con motivo de su fallecimiento el 18 de mayo de 2016. He extraído el siguiente fragmento en el que incluyo un haiku que compuse tras el encuentro:

"Pero el momento más emotivo para mi [de aquel encuentro] fue aquel en que, terminado el almuerzo, le acerqué mi ejemplar de Sendas de Oku con el ruego de que lo firmase. Me miró con una sonrisa y aquel brillo peculiar de sus ojos más que nonagenarios y con caligrafía temblorosa escribió: "Al señor Fernando Platero, con mucho placer de conocerle en Tokyo. Eikichi Hayashiya". Terminaba la dedicatoria con los kanji de su nombre.

Miro ahora las palabras escritas en la portada del libro, bajo el título, y recuerdo aquellos momentos con la conciencia de que quienes los compartimos, tuvimos la inmensa fortuna de llegar a Japón aquella mañana de noviembre, la mañana en la que los ojos de Hayashiya contemplaron, con los nuestros, el otoño de Tokio.

Tokio en otoño / ¡Aquel brillo en los ojos / de Hayashiya!"

Tuve la suerte de pasar unos minutos junto a aquel gran hombre, tan sólo unos meses antes de su muerte, un privilegio que no agradeceré nunca lo suficiente al Embajador, Gonzalo de Benito y al Consejero Cultural, Santiago Herrero. Por la tarde, mientras Juan Manuel quedaba en el hotel, descansando de nuestro larguísimo viaje, Eduardo, Carlos y yo asistimos a la inauguración, en la magnífica sala de exposiciones de nuestra Embajada, de una exposición del pintor japonés Toshima Yasumasa, que dedicó gran parte de su obra a Granada, donde vivió por más de treinta años. En esa exposición conocí a Gonzalo Robledo, un periodista, productor y traductor colombiano, afincado en Tokio desde los ochenta. Él fue quien nos proporcionó otro de los momentos más emocionantes del viaje, nuestro encuentro con el profesor Takashi Sasaki. Hablaré más adelante de este otro emotivo encuentro.

La tarde del día siguiente iba a ser la del pistoletazo de salida de Tohoku Crossing. Primero, Juan Manuel daría una conferencia titulada "Los Japón de Coria del Río, herederos de una historia común hispano-japonesa", a la que seguiría una intervención por mi parte, en la que expondría la proyección hacia el futuro de la relación de nuestro pueblo con Japón, mediante la presentación de algunos proyectos de nuestro Ayuntamiento. A la conferencia asistió un buen número de personas, entre las cuales se encontraban mucho amigos japoneses de Coria del Río, como Mike Shirota, que había venido desde Sendai y a quien vería de nuevo en Ishinomaki o Tomoko Shimura, una japonesa residente en Madrid, así como Yoshiharu Fujiwara, el periodista del Yomiuri Shinbun que publicó nuestros haikus en homenaje a las víctimas. Asistió también Keiichiro Morishita, que había sido Ministro de la Embajada del Japón en España, ahora destinado en Tokyo, con su esposa y también algunos amigos de Watanabe san, que nos ayudaban en nuestro viaje, como Nobuyuki Kato y su esposa. Nos acompañaba también Takemoto san, que hizo después con nosotros una parte de la ruta. En fin, encuentros emocionantes que yo quise ver como un buen augurio para lo que estaba aún por venir.

Esa tarde culminaría con la primera etapa de Tohoku Crossing, una carrera nocturna por los jardines del Palacio Imperial, con la que Eduardo inició su gran gesta deportivo-solidaria, acompañado por los corredores del Club Nanban Rengo.

Remito al lector a la narración de Juan Manuel Suárez, que describe fielmente este mágico momento. Al día siguiente, tras recoger la Mitsubishi Delica que nos había suministrado Mitsubishi España -a quien nunca agradeceremos suficientemente su aportación a Tohoku Crossing- de manos de la eficiente y comprometida señora Kyoko Sakamoto, alta ejecutiva de la compañía, nos dirigimos hacia Shirakawa, en manos ya de quien rápidamente adquirió la condición de quinto miembro del equipo de Tohoku Crossing, nuestro chófer y amigo Iijima san.

Ya no volveríamos a ver a Sakamoto san, pero estuvo presente durante todo el viaje, cuidando de que todo saliera a la perfección, como una especie de ángel de la guarda. El desarrollo de Tohoku Crossing le debe mucho a Sakamoto san, por no mencionar el tremendo favor que nos hizo al prolongar un día más la cesión del vehículo, para que pudiéramos viajar desde Sendai a Tokio, sin tener que tomar el shinkansen, como estaba previsto en principio.

Desde el castillo de Komine en Shirakawa, Eduardo corrió la segunda etapa, hasta el templo de Zuiganji Okubo, en Sukagawa, prefectura de Fukushima y desde allí viajamos en coche hasta Koriyama, donde teníamos concertado nuestro primer encuentro institucional con el Alcalde de la ciudad, señor Masato Shinagawa. El encuentro estaba previsto a las dos de la tarde y nada más llegar nos llevaron a una sala y nos indicaron dónde sentarnos y cuál iba a ser el sillón del Alcalde. A la manera japonesa, no se dejaba nada al azar. Del encuentro poco puedo destacar más allá de lo que describe Juan Manuel. Algo que me llamó la atención fue que le pedimos que nos indicara un sitio emblemático de la ciudad para que Eduardo tomara la salida al día siguiente y nos señaló un edificio de muchos pisos que no nos gustó mucho. Finalmente Eduardo saldría a la mañana siguiente desde la puerta del Ayuntamiento. Como curiosidad diré que el Alcalde nos contó con orgullo que había visitado Málaga y el puente romano de Córdoba. Nosotros lo invitamos a visitar Coria del Río en la próxima ocasión en que visitara España y así terminó el encuentro.

A la mañana siguiente, 7 de noviembre, inició Eduardo su carrera hasta el templo de Chosenji Domeki, en Nihonmatsu, el pueblo de nuestro amigo Katsuiko

Imae, que, junto a Takemoto san, nos esperaba en la meta acompañado de su padre y de unas amigas. Vuelvo a remitir al lector al texto de Juan Manuel. Ese día pernoctaríamos en Minamisoma, donde teníamos previsto reunirnos, a la mañana siguiente, con su alcalde Katsunobu Sakurai, que revolucionó las redes sociales con un video que subió a Youtube, tras el terremoto de 2011, en el que pedía ayuda internacional para su ciudad.

La tarde de nuestra llegada a Minamisoma se produjo nuestro encuentro con el profesor Sasaki, que tan profunda huella nos dejó. Takashi Sasaki es hispanista, especializado en Miguel de Unamuno y la Generación del 98 y es autor de "Fukushima. Vivir en el desastre", editado en España por Satori, un libro donde recoge los textos de su blog "Monodiálogos", en el que describe la vida en Minamisoma después del desastre, cuando más del 80% de la población abandonó la ciudad, a causa del accidente de la cercana central nuclear de Fukushima. El se quedó con su esposa, que ya entonces estaba aquejada de una demencia precoz. Nos dijo que la serenidad del rostro de su esposa, en medio de aquel tremendo caos, fue lo que le impulsó a quedarse con ella en la ciudad.

De nuevo tengo que decir que, en páginas de este mismo libro, Juan Manuel describe a la perfección la emoción de este encuentro y la manera en que nos introdujo en su casa y nos presentó a su mujer, postrada en la cama. Sólo quiero decir que era un hombre sereno, beligerante contra un mundo que olvida su historia y sus tradiciones, sus fundamentos, un mundo que sólo flota superficialmente. Vi a Juan Manuel emocionarse hasta casi las lágrimas. Todos estábamos emocionados. Me regaló un libro en japonés con sus memorias, para la Biblioteca Municipal de Coria del Río. Antes de irnos, cuando nos volvió a poner frente a su esposa para la despedida, le pregunté, inseguro, si podríamos darle un regalo para ella. Era un perfume hecho en Coria del Río, llamado Hasekura. Asintió sonriendo y entonces se emocionó. Sólo por conocer a este hombre sabio y entrañable, de tan enorme dignidad y valor, habría valido la pena viajar a Japón.

La reunión con el Alcalde de Minamisoma se produjo durante la celebración de un matsuri, una fiesta popular. No tuvimos tiempo más que de contarle brevemente

el propósito de nuestro viaje y entregarle el libro de la exposición "Japón. El r@stro del Samurái", cuatrocientos retratos de personas de apellido Japón, del fotógrafo coriano Alejandro Sosa y de Rafael Cortés y también un video con un corto documental realizado por Juan Manuel Suárez-Japón García, hijo de nuestro compañero de viaje, titulado "Flores para Fukushima", un sencillo homenaje del pueblo de Coria del Río a las víctimas de la región. Durante la breve reunión estaban presentes varios medios de comunicación y al día siguiente apareció una amplia crónica del encuentro en el diario Fukushima Minpo.

Eduardo inició su etapa al día siguiente desde un monumento a las víctimas del tsunami, bajo una lluvia pertinaz. Fue la etapa más dura del recorrido y quizá también la más hermosa. Aquel momento, bajo la lluvia, frente al monolito negro con los nombres de las víctimas, fue de una emoción tan intensa, que apenas articulábamos palabra. Sobre ese momento escribí el siguiente haiku:

Minamisoma / mil nombres en la piedra / bajo la lluvia.

Finalizó la etapa en el templo sintoísta de Wadatsumi Jinja, en Iidate, donde asistimos a una ceremonia en homenaje a las víctimas y por el éxito de nuestro viaje, a cargo del monje del templo. Al final de la ceremonia, por consejo de nuestro amigo Imae hicimos al monje un donativo de tres mil yenes, entre Eduardo, Juan Manuel y yo mismo.

Ya no teníamos previstos más encuentros institucionales hasta la Prefectura de Iwate. En su capital, Morioka, íbamos a reunirnos con el vicegobernador de la Prefectura, el señor Shigeki Shiba. Eso sería el día 10 de noviembre, pero la tarde anterior, procedentes de Date, llegaríamos a Hiraizumi para visitar el templo de Chusonji, declarado Patrimonio de la Humanidad, con la intención de solicitar que Eduardo pudiera hacer su salida desde un lugar tan emblemático. Llegamos al templo tras habernos encontrado en la puerta del Ayuntamiento de Hiraizumi, con el señor Yuya Sugawara, una vez más, gracias a las gestiones de Watanabe san. Sugawara san pertenecía a la División de Turismo y Comercio del Ayuntamiento. Nos llevó al templo de Chusonji, uno de los lugares más hermosos que he visto jamás, con una naturaleza desbordante, en la que el momiji se mostraba en todo

su esplendor. Nos presentó a un joven monje, Haseki Shinsho, que nos guió por el enorme recinto hasta llegar al Konjikido, el Salón Dorado, un mausoleo que contiene los restos de los líderes del Clan Fujiwara, que gobernó el norte de Japón durante el siglo XII. Es uno de los edificios más bellos que he visitado nunca.

Por uno de los caminos del templo vimos una estatua de bronce de Matsuo Bashô, de tamaño casi natural, asentada en el suelo. Cuando conté al monje mi admiración por el poeta me insistió en que me colocara al lado de la estatua para hacerme una fotografía y así lo hice. Esa fotografía es para mí un pequeño tesoro.

Recibimos la autorización del joven monje y Eduardo tomó la salida al día siguiente desde una plaza situada junto al Konjikido. Recomiendo al lector encarecidamente que lea la descripción que Juan Manuel hace de las horas que pasamos en Chusonji. Esa etapa terminó en un concesionario de Mitsubishi de la ciudad de Oshu, donde fuimos objeto de un singular recibimiento que el lector encontrará descrito en detalle en la narración de Juan Manuel. Que este fuera el final de la etapa, fue una sugerencia de Sakamoto san, con la que seguíamos en contacto. Nos pareció una buena idea y, por otra parte, nada podíamos negarle a Mitsubishi, dada su aportación al proyecto y el trato que nos dispensaban.

Era el día 10 de noviembre y por la tarde tuvimos la reunión con el Vicegobernador de la Prefectura de Iwate, Shigeki Chiba, organizada por Takuya Oshikiri y Shinji Yoshida, amigos de Watanabe san. En la reunión se hallaba presente de manera imprevista, al menos para nosotros, el señor Masanori Yamamoto, Alcalde de Miyako, una ciudad costera de Iwate que, al igual que Minamisoma e Ishinomaki, fue devastada por el tsunami de 2011. En la reunión, convocada con gran ceremonia, intervinimos Juan Manuel, Eduardo y yo, traducidos por Carlos y tuvimos tiempo suficiente para explicar fielmente los motivos y objetivos de nuestro viaje. Había una gran presencia de medios de comunicación. De hecho nuestra reunión salió publicada al día siguiente en el diario Iwate Nippo.

Las siguientes jornadas iban a desarrollarse en Ishinomaki y Sendai, la tierra desde donde llegó a Coria del Río la Embajada Keicho. Para todos nosotros eran

lugares especialmente significativos, no sólo por la conexión histórica, sino también porque en los últimos años muchas personas de Ishinomaki y Sendai habían visitado Coria del Río y también algunas personas corianas habíamos tenido la oportunidad de visitar estas tierras y se habían creado lazos afectivos. Los encuentros institucionales en Ishinomaki se iniciaron al día siguiente de nuestra llegada. Comenzamos con una visita al Museo San Juan, donde tuvimos un agradable encuentro con su director, Naotsugu Hamada, que nos mostró, entre otras cosas, los *shikishi*, con los haikus que enviamos desde Coria del Río en homenaje a las víctimas del tsunami. En el Museo San Juan se nos unió el señor Tsunetaka Hasekura, descendiente en decimotercera generación de Hasekura Tsunenaga, junto al que visitamos la réplica del San Juan Bautista, el galeón con el que la Embajada Keicho hizo la travesía del Pacífico, hasta Acapulco.

En Ishinomaki nos reunimos también con su alcalde, el Dr. Hiroshi Kameyama, al que yo había conocido en mi viaje de 2013. El Alcalde nos habló de la tarea de la reconstrucción que era, como se puede imaginar, el centro de toda la acción municipal y nos escuchó amablemente. Se interesó de verdad por algunos proyectos y dijo que trataría de venir a Coria del Río a plantar un cerezo, como había hecho el Príncipe Naruhito. En la reunión estaban presentes de nuevo nuestro amigo Imae y también Hasekura san, que ya no nos dejaría hasta que abandonamos Sendai, finalizado ya Tohoku Crossing. De estos encuentros y de nuestro proyecto, dieron cuenta también el diario Kahoku Shinpo y la emisora de radio FM764 de Ishinomaki.

En Ishinomaki hubo también muchos momentos de gran emoción, como el breve homenaje de las rosas en el monumento llamado "Ganbarô Ishinomaki", la misma tarde de la llegada, o el encuentro, a la mañana siguiente, con el autor de ese monumento, Kenichi Kurosawa, que había salvado la vida en el tsunami bajando del coche y subiendo a un árbol. El encuentro había sido organizado una vez más por Watanabe san. Desde este significativo monumento partió la carrera de Eduardo, en esa penúltima etapa de nuestro periplo, que terminaría en el Museo San Juan.

El encuentro con Hasekura san en el Museo San Juan fue otro momento de gran emoción, ya que nos habíamos encontrado muchas veces, tanto en Japón,

como en Coria del Río y la nuestra era ya una relación de amistad a pesar de las dificultades para comunicarnos. Hasekura san está pasando ahora por una situación difícil, tras un accidente de tráfico que tuvo en enero del pasado año. Aunque su situación después de tanto tiempo es muy complicada, desde estas páginas hago votos para que se recupere lo antes y lo mejor posible, este valeroso samurái, que tantas veces ha demostrado su afecto por nuestro pueblo.

Hubo otro encuentro en Ishinomaki que se gestó en un viaje que habíamos hecho a Nueva York un grupo de personas de apellido Japón, encabezadas por el presidente de la Asociación Hasekura, Juan Francisco Japón Carvajal, y yo mismo, para homenajear a una joven profesora de inglés, estadounidense que, tras tres años dando clases a los niños de Ishinomaki, murió víctima del tsunami. Se llamaba Taylor Anderson. Sus padres, Jean y Andy Anderson habían creado el Taylor Anderson Memorial Fund, que se ocupaba de ayudar a los niños y las familias de Ishinomaki, afectadas por el terremoto. A Nueva York acudieron también, desde Ishinomaki, un grupo de alumnas y alumnos de Taylor Anderson, con sus familias. El homenaje y el viaje a Nueva York estaban de nuevo organizados por Mike Shirota. El homenaje tuvo lugar el día 11 de septiembre, fecha altamente significativa en Nueva York. Allí comenté con Andy Anderson que viajaríamos a Ishinomaki en noviembre y acordamos tener un encuentro en la Cosmos House, el local del Taylor Anderson Memorial Fund. Así lo hicimos. Acudimos los miembros del equipo, al final de la tarde, a la Cosmos House, un modesto local, en el que se encontraban, además de los Anderson y Mike Shirota, un grupo de niños y adultos, muchos de cuyos rostros me eran conocidos al haber coincidido en Nueva York. Tomamos un te con ellos y hablamos de los proyectos de la fundación y también de la visita de los Anderson a Coria del Río para participar en el hanami que iba a celebrarse en la primavera de 2016.

En Nueva York me ofrecí para traducir al castellano los diálogos de un documental sobre la vida de Taylor Anderson, dirigido por Regge Life, con la idea de proyectarlo en Coria durante el hanami. No comencé la traducción hasta nuestro regreso, pero ahora puedo decir que durante el hanami de 2016 se estrenó en nuestro pueblo el documental “Vive tu sueño. La historia de Taylor Anderson”, que tuve el

honor de subtitular en español y al que asistieron el matrimonio Anderson y el director de la película.

Aquel encuentro en la Cosmos House fue para mí otro de los momentos inolvidables que nos dejó Tohoku Crossing. Al día siguiente, nos dirigimos a Matsushima para iniciar la última etapa de nuestro viaje, que terminaría en Sendai. Los encuentros institucionales que tuvimos en Sendai, tanto en la Prefectura, como en el Ayuntamiento, se desarrollaron con normalidad. En ellos encontré a algunas personas que ya había conocido en anteriores viajes, como la traductora del Ayuntamiento, -cuyo nombre no recuerdo-, aunque ya en los anteriores viajes la llamábamos Merche, que era como la llamaban durante su estancia en México, o la joven funcionaria Yuuka Kojima que había visitado Coria del Río en octubre de 2014.

A partir de aquí, nuevamente remito al lector, para que tenga una idea más precisa de los acontecimientos, al texto de Juan Manuel Suárez Japón. Sólo quiero añadir un pequeño detalle y es que las mujeres que nos recibieron junto a la estatua ecuestre de Date Masamune y que nos cantaron "Hana wa saku" eran parte de las que habían cantado, desde ese mismo lugar, el 11 de marzo de 2014, a las dos y cuarenta y seis, la hora del terremoto, en conexión por *streaming* con Coria del Río, en aquel homenaje del que hablaba al principio de este texto, organizado en gran parte por Watanabe san. También ahora fue Watanabe san quien propició este emotivo encuentro, cerrando así un círculo que se abrió casi dos años atrás.

Hasta aquí la descripción de Tohoku Crossing, desde mi perspectiva como coordinador de este proyecto del Ayuntamiento de Coria del Río, que nació del sueño del verdadero protagonista de esta gesta, que no es otro que Eduardo Fernández-Agüera.

TOHOKU CROSSING

JUAN MANUEL SUÁREZ JAPÓN

1
Tohoku Crossing. Se pierden las maletas, sigue el camino

En el pequeño mapa en la pantalla del asiento delantero veíamos al pequeño avión volando por las cercanías de Copenhague. Abajo debían quedar los mares bálticos, esos mares quietos, fríos y grises, tan distintos de los mares azules de nuestro sur. No era posible ver nada. Navegábamos en el interior de una espesa burbuja de nubes. El cristal ovalado de la ventanilla mostraba un manto blanquecino que impedía avanzar a la mirada. Veo tranquilos a Fernando y Eduardo, pero yo tengo la clara sensación de estar perdido, flotando en un impreciso lugar de los cielos de la Europa del Norte. El interior de la aeronave aun conservaba la media luz con la que se nos incita al sueño. Iban y venían las azafatas sin mirar. Se sienten reinas anónimas entre la muchedumbre de seres extraños que formamos el pasaje. Entre tanto, seguía el avión con su monótono zumbido, horadando las nubes, siguiendo a ciegas, casi milagrosamente, la ruta que ha de llevarnos al aeropuerto de Helsinki. Según calcula la pantallita del asiento delantero, llegaremos cuatro horas después de haber salido de Madrid.

El día había empezado mucho antes. Amaneció muy pronto para todos. A las 4'30 un coche del Ayuntamiento de Coria del Río, ¡conducido por el propio alcalde¡, nos llevó a San Pablo. Una vez allí el primer edil, Modesto González, retornó a su papel de alcalde y procedió a ofrecernos la despedida oficial. Había sido un gesto que agradecimos mucho y que nos hacía pensar en la responsabilidad que contraíamos viajando a Japón como representantes de nuestro pueblo.

Luego, ya a solas, comenzó para nosotros la cansina batalla contra las horas, sumándonos a la larga cola de viajeros que se extendía desde los mostradores de la facturación. Era sorprendente comprobar cómo, pese a lo muy temprano de la hora, un gentío único se alargaba gestionando sus facturaciones, otro transitaba paciente a través de los controles de seguridad y otro, -que parecía ser siempre el mismo-, construía ya una hilera interminable, llena de gentes que aguardaban a ser llamado para el embarque en el vuelo hacia Madrid. En todas estas gentes se observaban gestos de cansancio, era claro que, como a nosotros, el día les llegaba demasiado pronto. Fuera, la noche reinaba ajena a la agitación de aquel micromundo del aeropuerto. Al fondo de las grandes cristaleras de la sala de embarques se nos dejaban ver a los aviones como sombras ocultas entre la bruma.

Al fin, llegan dos azafatas y vamos pasando ante ellas dejándoles ver nuestros billetes y mostrándoles nuestras identidades. Siempre me parece que las azafatas nos miran con recelo, pero son cosas mías. Con cierta sensación de alivio bajamos por el *finger* donde la gente se vuelve a acumular. Hay tanta gente que, cuando nos toca acceder al avión, se nos comunica que los maletines de mano ya no caben en el interior. Nos lo retiran, los marcan con papeles amarillos y lo bajan a las bodegas de la aeronave al tiempo que nos advierten que habremos de recogerlos en Baraja. Es una contrariedad, porque hemos facturado todo, excepto esas pequeñas bolsas o maletas, con el fin de no perder nada del tiempo, -que a mí siempre me parece escaso-, para enlazar con el vuelo que nos llevará a Helsinki. Este hecho me hace sentirme mal, porque siempre inicio los viajes con inquietud, comprobando una y mil veces que llevo todo lo necesario y lo voy colocándolo en lugar seguro y cercano, de suerte que en ningún momento me separe de ello. El pasaporte, el dinero, las llaves de las maletas que ya están facturadas, los billetes de los otros vuelos, las gafas

para poder leer, algún libro, mi libreta para ir escribiendo mis sensaciones, la cámara de fotos…; ¡todo eso lo llevo en ese maletín que me acaban de quitar¡. Y además, -nos decimos nosotros con evidente molestia-, una vez en Madrid habremos de dedicar tiempo a recogerla y se nos estrechará el espacio del que disponemos para coger el próximo vuelo.

No nos fue posible viajar tranquilos en este tramo. Como si presagiáramos que esa contrariedad estuviera escondiendo otras mayores a nuestra llegada a Madrid. Una vez allí, atravesamos con unas prisas que nos habíamos cuidado de evitar, las interminables estancias del aeropuerto, los infinitos pasillos llenos de viandantes y orillados por los altos pilares amarillentos, las luminarias de las tiendas, los suelos rodantes.., corremos por ellas sin dejar de mirar la señal que nos indicaba el lugar donde recoger las maletas. Subimos ascensores y bajamos escaleras, hasta situarnos finalmente junto a las grandes cintas que recogen las maletas y las hacen girar a la espera de sus dueños. El breve tiempo de espera se hizo eterno. Sonaron los rugidos del motor y las cintas cobraron vida. Una tras otras iban pasando maletas grandes y pequeñas que pronto encontraban las manos ansiosas de sus dueños, al tiempo que mi inquietud crecía porque ninguna de ellas era la mía. Ante nuestra desolación, las cintas se detuvieron. Preguntamos y nos dicen que no hay ninguna maleta más esperando a ser entregada. ¡Qué horror ¡. ¡No puede ser¡. Pienso que esto no puede estar pasando. ¡En esa maleta van mis tarjetas de embarque para los dos próximos vuelos: Madrid-Helsinki y Helsinki-Tokio¡. ¿Qué voy a hacer ahora?, me digo mientras, sin ninguna esperanza, nos acercamos a un mostrador de información tras al que ya no queda nadie. Un silencio terrible se había extendido por aquella enorme estancia vacía, en la que sólo quedábamos las cintas detenidas y nosotros tres.

Una joven amable, vestida con chaqueta roja, apareció tras el mostrador de información y nos abalanzamos sobre ella como si fuese una tabla de salvación. Durante un tiempo ella escuchaba nuestras quejas con visible profesionalidad, es decir, sin decir nada, sin inmutarse. Debía estar acostumbrada a estas pérdidas y a sus secuelas de lamentos… Pero nosotros insistíamos en la gravedad de la situación. La joven, quizás apiadada de nuestro desvalimiento, nos mostró un resquicio de esperanza. “Estoy segura de que aparecerá, no se preocupen”, nos decía, pero era

imposible no estarlo, porque el propio tono de sus palabras tenía poca convicción. ¡Tienen que aparecer¡, le digo angustiado, expresando una orden ridícula que nadie puede cumplir. "Aparecerán", repite la joven sin alterar el tono neutro de su voz. ¿Cuándo, porque tenemos sólo una hora para volar de nuevo y su tarjeta de embarque para Helsinki está en el maletín perdido?, le insiste Fernando. Como era de esperar su respuesta fue desconcertante, pese a la visible amabilidad con la que la joven reiteraba sus optimistas previsiones: "aparecerá, pero no puedo decirles cuándo ni dónde".

En ese momento nos aconseja acogernos a una medida de suma urgencia: subir al piso superior y buscar el mostrador de la compañía FinnAir, -la que había de llevarnos a Helsinki-, explicar allí la situación y que ellos harían un duplicado de mi tarjeta de embarque. Lo haremos enseguida, pero ¿y el billete del vuelo de Helsinki hasta Tokio?, pregunto sin poder ya disimular mi angustia. "Lo tenemos en el ordenador y podemos rescatarlo", me tranquiliza Fernando. Eduardo me acompaña y nos vamos hacia el dominio FinnAir, porque no hay tiempo para quedarse atracado en las dudas. Cuando apenas nos habíamos alejado unos pasos, la joven de la chaqueta roja grita llamando nuestra atención: ¡cree haber localizado la maleta¡. Nos sonríe como si anunciara una victoria. Su sistema informático ha localizado la maleta, pero a renglón seguido aclara algo que enfría nuestro optimismo: no puede asegurarnos cuánto tiempo tardarán en entregarla: "pueden ser quince minutos o quizás unas horas, eso nunca se sabe". Eduardo y yo nos vamos hacia el mostrador de FinnAir mientras Fernando se queda a la espera de una maleta que nadie sabe cuándo va a aparecer.

Eduardo gestiona con rapidez la duplicación de mi tarjeta de embarque. Será la primera de sus infinitas atenciones a lo largo del camino. En unos pocos minutos tengo otra vez el embarque para Helsinki. Así que, tal como habíamos convenido con Fernando, nos dirigimos hacia la puerta J-47 ante la que ya los pasajeros del vuelo a Helsinki se arremolinaban con signos de impaciencia. Nos sumamos a la hilera sin dejar de mirar sin resultados hacia el lugar por donde Fernando debería aparecer para unirse a nosotros. Empecé a estar inquieto porque el tiempo del embarque ya estaba agotándose y Fernando no venía. En ese instante sonó mi

teléfono: era Fernando anunciando que iba corriendo hacia la puerta y que llevaba el maletín en sus manos. Pronto le vinos acercarse, con la sonrisa del vencedor marcada en su rostro, en el momento en que ya los primeros viajeros habían empezado a embarcar. Verle llegar con la maleta fue para mí como si saliera el sol después de un tiempo de tormentas. Ponía fin a tantos despropósitos concertados en aquellas fases iniciales de tan largo viaje. "*Esta es la señal que esperaba",* escribí poco después en mi libreta. La rocambolesca historia de la pérdida y recuperación de la maleta era una premonición de lo que nos esperaba: el nuestro era un viaje complejo, que iniciábamos con diversas cuestiones sin precisar, salpicado de dificultades a las que habríamos de hacer frente. Pero ahora, después del final feliz de la maleta perdida, ya sabíamos que todas ellas se iban a resolver favorablemente.

2
Desde su boca la palabra mas bella: Andalucía

- ¿Italia?
- No, España, le contesto.
- ¡Ah, España, Andalucía¡; responde con un lenguaje contraído envuelto en una sonrisa resplandeciente.
- ¿Hablas español?, le pregunto tratando de alargar aquella inesperada conversación.
- No
- ¿Y francés, french?, insisto, y ella me devuelve gestos inequívocos: no entiende nada de lo que le digo.

Es joven y su aspecto identifica con precisión su origen. Es rubia, alta, fuerte, con mejillas sonrosadas. Tal vez no pase mucho de los veinte años. Viene empujando un

carrito lleno de tazas de cafés usadas, botellines vacíos y platos con restos de comida. Se movía son soltura, como si fuese feliz con lo que hace. Transmite el inconfundible aire de la juventud. Aun la retengo un instante preguntándole: "¿y qué sabes de Andalucía, por qué has dicho ese nombre?". Sonríe de nuevo, pero esta vez no es sólo porque no me entiende, sino por otra causa: mientras le hablaba me ha visto titubeando frente a una gran máquina de café, de aspecto sideral, salpicada de botones de colores e indicaciones escritas en un idioma ininteligible ante la cual me sentía impotente. Sin dejar de mirarme y sonriendo irónicamente, vino en mi auxilio. Se acercó, cogió una taza, la colocó en el lugar preciso y me preguntó: "¿espresso?", señalando con su dedo el icono que lo describía. Ok, le digo un poco confundido.

Todo ocurre en la sala de espera del aeropuerto de Helsinki destinada a los viajeros de clases primera y media, -donde pudimos entrar merced a la oferta a la que se habían acogido nuestros billetes-, y en la que tratamos de saciar nuestra hambre acumulada, porque no nos había sido posible comer nada en Madrid a causa de la surrealista historia de la maleta perdida. "Yo viajar España", me dice la joven rubia, sonrosada, deseable, sonriendo a través de sus ojos azules y manipulando los mandos de la máquina del café. Le cuesta hallar las palabras, pero lo intenta. Parecía que deseaba decirme algo. Le gustaba construir frases con los retales de sus lejanos recuerdos de nuestra lengua. Retiro mi vista de los dos chorritos de café que están llenando la taza, sólo lo justo para preguntarle, ¿dónde, a Andalucía?. Sí, contesta alborozada: ¡Madrid, Valencia, Málaga, Granada¡. Todo es Andalucía en la memoria de la joven sonrosada, lazarillo de mis torpezas frente a la máquina cafetera. Me llevo la taza con su café humeante y antes de alejarme le digo: ¡la próxima vez Sevilla¡. ¡Ah, sí, Sevilla, Sevilla¡, repite varias veces mientras se aleja empujando su carrito lleno de vasos tintineantes. La miro hasta que se pierde por un pasillo orillado por mesas y sillones donde dormitan su espera gentes diversas. Lleva su cabello rubio recogido en una larga cola y un ceñido pantalón negro le resalta las hermosas curvaturas de sus nalgas.

Unos minutos después, aplacada nuestra hambre, abandonamos la sala y nos mezclamos con la tempestuosa corriente de gentes que fluían por los pasillos, entre las que era muy evidente la presencia de rostros orientales. ¡Qué lejos estamos de Coria del Río…¡, digo un poco angustiado y provoco las risas de Eduardo y de Fernando. Es

un tic que reconozco. Afloraba en mí en cada uno de los viajes americanos que hice en mi etapa rectoral. Es una extraña mezcla de satisfacción por saberme en ciertos lugares en los que nunca había pensado que estaría y de ansiedad por hallarme tan lejos. Ahora me vuelve en Helsinki, un nombre tantas veces manejado como hito de mis geografías más distantes, pero también la capital de una tierra en la que, como en Andalucía, se confrontan las influencias de Oriente y Occidente. Helsinki, tan cerca y tan lejos, me hacía evocar a algunos políticos andaluces que durante un tiempo miraron hacia ella concluyendo que alcanzar sus niveles de desarrollo era un sueño irrealizable. La ciudad finlandesa, capital mundial del diseño estaba ahí al lado, a unos pocos kilómetros, pero estamos apresados por el tiempo y sólo podemos intuirla. Los aeropuertos, ya se sabe, son todos casi iguales y por ello, en ese momento en que transitamos sus anchos pasillos, sólo unos grandes anuncios con referencias paisajísticas y los atuendos y los rostros de las azafatas que se cruzan con nosotros son las únicas evidencias que nos hacen saber en qué lugar del mundo estamos. Ya nos había sucedido en la sala VIP, porque de no ser por la joven camarera rubia que evocaba la memoria de su viaje a España, podríamos haber estado en cualquier aeropuerto de cualquier lugar del mundo. Todos se repiten y albergan a similares masas de esos nómadas contemporáneos en que nos hemos convertido.

Interrumpimos estas disgresiones porque nos llaman al embarque, que abordamos formando parte de otra interminable hilera de personas, de variopintos orígenes, unidos por un destino común: Tokio. Por fortuna, el billete que portamos nos concede prioridad y podemos entrar entre los primeros. Llegamos al avión cuando éste está aun medio vacío. Así me parece aun mas enorme y retorno a mis viejas cautelas: ¿cómo va a poder levantarse todo esto?. Eduardo, dueño de un admirable modo de hacer las cosas, me cede su lugar junto a Fernando: “para que podáis hablar de vuestras cosas”, nos dice. Pero nuestras cosas son las cosas de los tres, de este grupo que hemos creado, cada cual con sus funciones y tareas, de entre las cuales sólo una se nos mostraba desde el inicio limpia de dudas: Eduardo habrá de recorrer las tierras del Tohoku, las tierras del dolor y la tragedia, mediante una decena de etapas en las que su esfuerzo y nuestra compañía irán repitiendo el mensaje de solidaridad y esperanza de los que somos portadores y que son los que sienten y comparten los ciudadanos de nuestro pueblo.

3
Abrí los ojos, Tokio era una selva de rascacielos

Apenas puestos los pies en el aeropuerto de Tokio Carlos Naranjo nos llamó por teléfono: "Os estoy esperando en el hall de salida y conmigo hay una televisión pendiente de vuestra llegada". El día había sido tan infinito que, en realidad, ya era otro. Habíamos salido de Coria del Río a las 4'30 de la mañana del viernes día 3 y acabábamos de aterrizar en Tokio veintiséis horas después, lo que nos llevaba a la nueva realidad de las 10 de la mañana del día 4. Pero la llegada a un destino tan deseado, nuestra emoción por pisar tierra japonesa, -en el caso de Eduardo y mío por primera vez-, nos prestaba nuevo vigor y aliviaba la magnitud de nuestro cansancio. Recogimos las maletas, -esta vez sin sobresaltos-, y al traspasar la puerta que nos ponía fuera del laberinto de pasillos interiores y nos acercaba a la calle, distinguimos la figura de nuestro joven amigo sevillano entre la muchedumbre. Verle allí, con su perfil frágil y su sonrisa reconfortante, nos aportaba la calma que necesitábamos porque era una señal de que las previsiones comenzaban a cumplirse. Junto a él un joven japonés, con un micrófono en las manos, nos miraba con gestos de curiosidad. Unos pasos atrás, otro portaba una gran videocámara. Ambos estuvieron quietos hasta que a través de Carlos dimos nuestro consentimiento para atenderles. Enseguida se acercaron e iniciamos una conversación casi espasmódica, interpuesta por las inevitables traducciones. Ya en estos albores de nuestra experiencia viajera se nos evidenció que el estudiante sevillano, que completa su formación en Osaka con una beca del gobierno de Japón, iba a ser una pieza indispensable para el buen desarrollo de nuestro proyecto.

Contamos a los reporteros el sentido de nuestro viaje, les trasladamos el mensaje que habríamos de repetir a lo largo de los días de nuestra estancia en Japón, insistiendo no sólo en su obvio carácter deportivo, sino también en el más profundo de expresar la solidaridad del pueblo de Coria del Río con las víctimas del tsunami del 11 marzo del

año 2011 y llevarles una voz de aliento a quienes ahora se afanaban en la recuperación de sus graves daños. Además, claro, de reincidir en el valor de los datos de la historia común que nos legó el apellido a los Japón y que era la razón que justificaba mi presencia en el grupo. Mientras atendíamos a los periodistas la gente pasaba junto a nosotros y nos miraba con un interés efímero. En esto, pensamos, todos los pueblos somos iguales. Un personaje, por más desconocido que sea y por insignificante que sea su importancia, llega a un aeropuerto y es abordado por reporteros ansiosos y de inmediato despiertan la curiosidad de quienes pasan y tratan, -de forma inútil en este caso-, de adivinar quiénes son esas gentes que han merecido la sacrosanta atención de una televisión. Ya antes de atenderlos le habíamos planteado a Carlos: ¿qué televisión es ésta, les conoces?, temiendo que estuviésemos dedicando nuestro tiempo a un medio de escasa notoriedad. Carlos, de nuevo, nos tranquilizaba: es una televisión de Tokio que tenía un amplísimo nivel de audiencia. Así era, y después supimos que al final del día nuestra entrevista había sido emitida en horario preferente.

Al fin, dejamos el inmenso aeropuerto y nos acercamos a la capital japonesa. Todo lo que habíamos planificado durante los previos e interminables contactos y reuniones, estaba entonces a punto de desplegarse ante nosotros. Yo sentía otra vez el vértigo ansioso que siempre me provoca acercarme a lo desconocido y advertía en mí un rebrote de dudas que Carlos aliviaría de inmediato confirmando que él ya había comprobado que el coche que la embajada de España debía enviarnos estaba aguardando fuera. Ese dato tuvo el poder de tranquilizarnos y de que emprendiésemos nuestro primer día en Japón con un re3novado optimismo. Así ocurrió entonces y así sería en el resto del viaje: como si estuviese advertido de nuestras inquietudes Carlos Naranjo tendría siempre la virtud de adelantarse a nuestras preguntas y de alumbrarnos sobre las muchas pequeñas cuestiones que afloran en una experiencia como la que estábamos emprendiendo.

Cruzamos el amplísimo aparcamiento que se extendía por delante del edificio del aeropuerto y llegamos hasta un automóvil relucientemente negro, un monovolumen amplio, tan como habíamos solicitado y junto a él nos esperaba un conductor con los inequívocos ropajes oficiales. No fue fácil acomodar nuestras maletas, pero todo encajó al fin y enseguida nos vimos rodando hacia Tokio a

través de una autovía cuyo tráfico se iba haciendo más espeso a medida que nos acercamos al corazón de la ciudad. La gran urbe capital del Japón comenzó a mostrarse del modo que tantas veces había imaginado: grandes edificios, espacios inmensos colmatados por una urbanización compulsiva que lo había ocupado todo, puentes, cruces de caminos a distintos niveles, trenes de cercanías orillando la ruta, las angosturas de las viviendas periféricas, en fin, un caserío interminable y espeso sólo quebrados en el lugar en el que se advertían las aguas de la amplia ensenada de su puerto. Todo los elementos que definen a una gran urbe, -a todas las grandes urbes del mundo-, estaban apareciendo ante nuestros ojos, una tras otra, en magnitudes inmensas, quizás sólo equiparables a las que recordaba haber visto en Nueva York.

Una primera sorpresa estaba a punto de aparecer. El automóvil nos dejó en el hotel que nuestros representantes diplomáticos en Japón nos habían reservado: HOTEL APA (aunque escrito con V invertidas y no con A), un establecimiento emplazado en el corazón de la ciudad, muy cerca de la Embajada española a la que habíamos de acudir unas pocas horas después. "Podemos ir andando desde aquí", recordaban Carlos y Fernando Platero que disponían de esos conocimientos por sus estancias previas en la ciudad. Leí el gran rótulo del hotel, en el que aparecían escritas referencias que no acabo de entender: "*Roppongi-Itchome-Ekimae*". Acepto mi derrota: no entiendo nada. Y además, me dispongo a admitir que durante todos los días que dure nuestro viaje estaré condenado a ese castigo de intentar inútilmente comprender lo que nos dicen los rótulos. Lo comenté con los otros miembros del grupo, recordando entonces la película de Sofía Copola, tantas veces citadas en los previos del viaje: "*Lost in traslation"* (Perdidos en la traducción). Si no fuese por la tranquilizadora presencia de Carlos Naranjo, me sentiría ante las mismas angustias de aquel maduro actor de la película, aunque sin la menor esperanza de experimentar los afortunados encuentros que a él se le ofrecieron en Tokio. Como haré después tantas veces pregunté a Carlos y él me aclaró que *Roppongi* es el nombre del distrito en el que estábamos y que era una palabra japonesa que significa "*seis árboles*". Añade que es un barrio de clases altas, en el que están enclavadas un buen número de las embajadas acreditadas en Japón, entre ellas la española.

Acudo a mi libro-guía de Japón y leo que "*este distrito de Roppongi es la zona más marchosa y animada de Tokio. El ambiente, claramente internacional, invade sus bares y discotecas especialmente los fines de semana. Se dice que el cruce de Roppongi es la intersección entre Tokio y el mundo y es que, además de ser la zona preferida para salir, Roppongi también es la zona elegida para vivir por la mayor parte de los extranjeros expatriados. En Roppongi se mezclan restaurantes occidentales como Hard Rock Cafe o Toni Romas junto a pubs "típicos japoneses" como Gas Panic o Motown";* y culminaba la referencia de la guía señalando que "*aunque no tiene la concentración de rascacielos de Shinjuku, Roppongi se vanagloria de tener tres de los edificios más altos de Tokio: la Torre de Tokio (333 m), la Torre Mid Town (248 m) y la Torre Mori (238 m)*". Vaya, me digo, lástima estar aquí sólo de paso. Porque esa es la verdad, nosotros no somos turistas, hemos ido a Japón para otra cosa.

Los recepcionistas son jóvenes y visten con elegancia, al modo occidental, pero sus rostros nos recuerdan dónde estamos. Sin ellos y sin los carteles que anuncian no sé qué acontecimientos o servicios, podríamos estar en cualquier hotel de cualquier parte del mundo. Los hoteles como ese APA al que hemos llegado son "no-lugares", instalaciones idénticas unas a otras, por las que pasamos de un modo inopinado y anónimo y que sólo si en alguno de ellos nos sucediera una experiencia estimulante o desgraciada se harían un sitio en nuestra memoria. Pienso en ello mientras Fernando Platero gestiona, con la ayuda de Carlos, la activación de nuestras reservas. Y todo parece ir bien hasta que nos hacen saber que hasta las 15 horas no nos será posible hacer uso de nuestras habitaciones. ¡No puede ser; tenemos cita en la Embajada de España a las 14 y hemos de cambiarnos de ropa para acudir vestidos de un modo correcto¡. Les animo a insistir y lo hacen, pero nada sirve ante la firmeza de los hieráticos recepcionistas, cuyos rostros permanecen inmóviles mientras escuchan nuestras demandas. Fernando se gira y nos mira con gesto derrotado. No hay nada que hacer. Sólo si abonamos unos 200 € nos dejarán usar una habitación y sólo para cambiarnos. ¿Qué hacemos?. La respuesta es inmediata: no pagar, dejar las maletas en recepción y aprovechar el tiempo que nos distancia de la cita en la Embajada para dar un echar una primera mirada a Tokio. Es lo que hacemos, pero sin tiempo para algo que no sea movernos por el entorno.

Poco después, en hora concorde con nuestra cita pero sin habernos podido cambiar las ropas después de tan largo viaje, nos plantamos en la Embajada de España, tal como habíamos acordado en respuesta a la invitación que nos había cursado el embajador. Fuimos caminando, porque estaba cerca y Carlos Naranjo y Fernando Platero conocían el camino. Cruzamos la avenida central por un paso elevado y enseguida nos adentramos en un espacio acogedor con jardines y edificios de servicios, con bajos de cafeterías y terrazas. Al pasar por delante de una de ellas, cerca del edificio donde podíamos leer los rótulos de la Asahi TV, salió una voz de mujer reclamando la atención de Carlos. Nos paramos y, en efecto, se trataba de Junko Morishita, la esposa del ya entonces ex Ministro de la Embajada de Japón en España. Ella trabajaba ahora en JETRO, en aquella misma zona de Roppongi y había regresado hacía poco a Japón desde España. Allí se habían conocido Carlos y ella a causa de que Morishita san había acompañado a su marido a la inauguración del Congreso "Japón y Occidente" que se había celebrado en Sevilla casi un año antes. Fue sólo un saludo fugaz seguido de presentaciones igualmente breves, pero ella nos hizo saber que estaría al día siguiente en nuestra conferencia y recepción, lo que en efecto hizo. Carlos no salía de su asombro al comprobar cómo aquella mujer se había podido acordar de él y de su nombre.

Llegamos finalmente a la Embajada con cierta preocupación por nuestro aspecto, dispuestos a explicarle la peripecia del hotel y justificar así nuestros atuendos, lo que de otro modo hubiese sido una clara desatención. No hizo falta, porque el señor embajador, D. Gonzalo de Benito, apenas vernos, nos sonrió y se adelantó a adivinarnos lo que nos había sucedido: habíamos sido víctimas de una acendrada costumbre japonesa, aquella que fija que las habitaciones de los hoteles no se entregan al cliente hasta las 15 horas. Todo lo que siguió luego, aquel encuentro nuestro con los representantes de España en Japón, la extremada cortesía del Embajador De Benito y muy especialmente, la emocionante e inesperada sorpresa de encontrarnos allí con el embajador Eikichi Hayashiya, fueron una sucesión de hechos que, apenas llegados, nos hicieron sentirnos reconfortados y hasta sentirnos con un punto de indisimulable orgullo por estar allí y con aquella compañía, representando a nuestro pueblo. Dado el valor de cuanto sucedió allí, traslado a las siguientes páginas de esta crónica el relato de lo que vivimos en la Embajada, porque conviene mejor hacerlo con detenimiento.

Situémonos en el momento en que regresamos al hotel tras la emotiva reunión en la Embajada cuando la tarde había avanzado un buen trecho. Tras el almuerzo, Fernando, Eduardo y Carlos atendieron la invitación que nos había hecho el Encargado de Cultura de la Embajada, Santiago Amigo, y asistieron a la inauguración de la exposición de pinturas de Toshima Yasumasa, artista japonés que había vivido en Granada desde 1976, ciudad a la que amaba y en la que residió hasta veinte años después[4]. Más tarde, decidieron aprovechar el tiempo para ir al distrito de las compras. Yo decliné mi asistencia y preferí volverme al hotel y descansar, al tiempo que aprovechaba para poner en orden mis pensamientos y escribir algunas notas sobre lo que estábamos viviendo, porque ese primer día en Tokio estaba dándonos más de lo que esperábamos, con encuentros y experiencias muy estimulantes.

Llevábamos día y medio sin haber dormido más que algunos sueños fugaces en el avión y sin embargo ninguno de nosotros mostraba signos de cansancio, ni siquiera yo, que les aventajaba a todos en edad. Envuelto en esos pensamientos estaba cuando sonó el teléfono de mi habitación. Era Carlos que me reclamaba porque, según decía, "estaban esperándome en el hall del hotel". Su voz parecía esconder alguna complicidad que no me quería adelantar. ¿Quién podría esperarme allí?. Más bien deduje que alguna causa habría hecho cambiar sus planes y renunciar a sus compras. Desde la planta 13 en que se hallaba mi habitación bajé pensando en qué ocurriría. Al abrirse las puertas del ascensor salí de dudas. Al otro lado de la puerta hallé la imagen de Takemoto san, el japonés de largos cabellos blanquecinos al que había conocido en la pasada feria de septiembre, bailando con admirable soltura sevillanas y acompañándose con castañuelas, el mismo al que unos días antes había saludado en Coria del Río durante los actos de la Semana de Cultura

4. Al día siguiente, antes de ofrecer mi conferencia, acompañado por el Embajador De Benito, pude contemplar la exposición. Era realmente muy interesante, con obras que reflejaban los paisajes granadinos, especialmente de sus espacios y serranos. Supe entonces, especialmente por las explicaciones de Santiago Herrero, el Agregado Cultural de la Embajada, que era un pintor que, pese a su calidad evidente, apenas era conocido en Japón y tampoco en Granada. No menos curioso fue para mí saber que la causa de ese desconocimiento se debía a que el pintor se había negado sistemáticamente a exponer y mucho menos a vender su obra. Su mecenas, Shigyo Sosyu, compró sus más de 800 cuadros a la muerte del pintos (en 1999). Pocos meses después Santiago Herrero me pidió que le ayudase hacer llegar a las autoridades municipales granadinas la posibilidad de que esa exposición pudiese colgarse en aquella ciudad. Escribí al Alcalde y al Concejal Delegado de Cultura exponiéndole tal cosa, pero no hubo la menor respuesta.

Japonesa. Estreché su mano y enseguida Takemoto san me presentó a la persona que le acompañaba, a un joven alto, entrado en carnes, con cabello rapado y negro, que sujetaba con ambas manos la funda de una guitarra. A su lado, la misma joven japonesa que acompañaba a Takemoto durante su última estancia coriana. "Es Chema", me dijo, "un andaluz de Cádiz". ¡No puede ser¡, contesté, ¡y de Cádiz, casi como yo¡, añadí. Lo saludé y antes de atreverme a preguntarle nada el tal Chema me dice: "bueno, realmente soy de Puerto Real". "¿Y qué haces aquí, o mejor, qué hacéis aquí tú y tu guitarra?, le pregunté con una curiosidad palpable.

Aunque la sociedad en la que vivimos permite situaciones como esas, no se me ocurría, -o sí-, cómo explicar la presencia de aquel gaditano en Tokio y de la mano de un personaje tan surrealista y peculiar como Takemoto. El gaditano Chema me advierte de que quizás yo conociera su historia, porque había sido contada en "Viajeros callejeros", un programa de la cadena española Cuatro-TV que yo, obviamente, no había visto. "Vine aquí con la intención de aprender artes marciales, pero ahora me gano la vida como guitarrista y cantaor flamenco". No había perdido el tono gaditano y su relato me sonaba a tantos como había escuchado en aquella hermosa tierra en los que la verdad siempre se reviste con los adornos de algunas cáscaras ficticias. "Me quedé porque, además, aquí encontré el amor", concluye nuestro guitarrista apuntando a la razón definitiva de su estancia en Tokio. Enseguida advierto que Chema me cae bien y que esa es una sensación que los otros miembros de nuestro grupo comparten. Me estaba aflorando mi vieja debilidad por los pícaros gaditanos, por esos rasgos de cierta nobleza con que envuelven sus realidades menesterosas y sus urgencias. Siempre me dejé seducir por esos supervivientes, maestros en el engaño leve que no hace daño a nadie. ¿Pero tú cantas flamenco?, le pregunté. "Canto flamenco porque es por lo que me pagan, pero eso no es lo mío", admitió. "Yo compongo canciones de amor, en realidad, soy cantautor", aclaraba. "Pero cuando llega el momento, pues también hago rumbas, tanguillos, cosas alegres", nos dice ante el serio asentimiento de Takemoto san, su avalista artístico.

"Quieren invitarnos", nos advierte Fernando Platero, así que sus compras y mis anotaciones debían esperar. Al salir a la calle, apenas las ocho de la tarde, ya hacía

horas que Tokio que estaba envuelta en la noche. Los altos edificios iluminados le otorgan una imagen onírica, dibujan un lugar fantasmagórico, tan sólo roto por el incesante ruido del tráfico. Caminamos siguiendo la misma acera del hotel y apenas un centenar de metros después Takemoto san se detiene y señala un bar llamado "¡*Marisquería Sol*¡", así, escrito en castellano, al fondo del cual era bien visible una bandera de nuestro país ocupando una de sus paredes. Entramos allí siguiendo a Takemoto san. Es un espacio pequeño, con paredes pintadas de negro y grafitis blancos que aluden a temas españoles. Reconozco una gran fotografía de Diego Ventura, el rejoneador de La Puebla del Río, y no lejos de ella otra, algo desvaída, de Camarón de la Isla. En grandes pizarras colgadas de la pared y en las cartas se anuncian jamón, chorizo y aceitunas, con su equivalencia en castellano junto al japonés. Otros cartelones nos ofrecen bebidas y en todos los casos aparecen su precio en yenes. Todos estábamos sorprendidos, como si de pronto nos hubiésemos sumergido en un sueño. Estamos en el corazón de Tokio, pero tengo en mis manos una carta que me ofrece manzanilla La Gitana y otros vinos del mismo origen sanluqueño que se identifican como "Bodegas Hidalgo Fino", además del oloroso Napoleón y el Faraón. Estos dos últimos son los más caros a 780 yenes (unos 6 €).

¡No es posible que todo eso nos estuviera pasando apenas puesto los pies en Tokio¡, completando un día de tantas experiencias y emociones. Pero Takemoto y su guitarrista Chema, cuyo nombre artístico nos han dicho que era "el niño cagáo", nos aseguran que "en Tokio y en todo Japón hay muchos pequeños bares así, como ése, donde sirven cosas de España"[5]. Tomamos unas cervezas y tapas de unos sucedáneos de calamares fritos. Sólo un asomo de los que degustamos en nuestra tierra, pero tenemos hambre y nos parecen buenos. La conversación fluye amena y surgen las bromas. Sólo Takemoto san parece mostrar cierta inquietud, como si estuviese esperando algo. En un momento, me levanto para estirar la pierna sin poder disimular un gesto de molestia en la rodilla. Chema lo advierte y se ofrece a curarme en un par de días. Nos reímos porque lo vemos como otro ingrediente de aquella situación surrealista. ¡Cómo me vas a curar con eso¡, le digo, advirtiéndole de que se trata de una rodilla recién

5. Realmente, era así. En uno de ellos nos volveríamos a encontrar en Tokio la noche del día 14, vísperas de nuestro viaje de regreso a España. Como en la anterior, también esta vez bajo el impulso del mismo Takemoto, que en esta ocasión se nos revelaría como un entusiasta bailaor y Chema como un modesto cantaor flamenco.

operada. Pero antes de terminar mis palabras él se ha arrodillado ante mí y extraía de uno de sus bolsillos unas tiras de papel adhesivos de color verde que iba colocando en diferentes partes de la zona dolorida. “Son de piedras volcánicas del Japón”, afirmaba con la misma seguridad con que lo haría un cirujano eminente. “No se lo quite ni para ducharse ni nada. En unos días notará la mejoría”. “¡Me conformo con que no empeore¡”, le digo resignado, provocando la risa de todos.

Entretanto, las pocas gentes que estaban dentro del local se habían ido y nos habíamos quedado nosotros. Fue entonces cuando Takemoto le indica a Chema que coja la guitarra, lo que éste hace de manera instantánea. Se nota que es una vieja práctica entre ellos. Enseguida, ante nuestra sorpresa, en aquel bar perdido del centro de Tokio, Takemoto comienza a cantar por sevillanas acompañado a la guitarra por el pícaro gaditano de Puerto Real, aprendiz de artes marciales en sus ratos libres. Takemoto no lo hace mal, canta a compás y reproduce letras muy conocidas. Tras ello, como si fuesen parte de un repertorio cien veces ensayado, canta por fandangos de Huelva y también lo hace aseadamente. Siempre me sorprende este Takemoto, a quien vi bailar en la feria de Coria del Río, antes de saber que además era experto en Manga, músico, cocinero, empresario de mil cosas y ahora cantaor. Cerró su actuación cantando una de las músicas que Juan Peña Lebrijano grabó con la Orquesta Andalusí de Tánger, lo hacía atropelladamente y lo más divertido era que hacía las partes en castellano que en la grabación cantaba Juan y las partes en árabe, la que en el disco cantaba Chekara. Como buen flamenco japonés Takemoto san lo había copiado todo, lo que me hizo recordar el rico anecdotario de situaciones parecidas que Chano Lobato contaba de sus estancias en Japón.

Salimos al fin sin dejar de mostrar nuestra sorpresa. ¡Todo había sido tan irreal, tan increíble¡. Lo hemos pasado bien, desde luego. Ha valido la pena. Mientras caminamos hacia el hotel me pregunto qué hora será en España, quizás porque aun me cuesta aceptar que estoy en Tokio, que aquella ciudad de aspecto sideral, con altos edificios que recuadran sus luces en el fondo de la noche, es la capital de Japón. Pero es así, estamos en Tokio y mañana va a comenzar nuestra aventura, la que nos ha traído desde Coria del Río. El día había sido muy largo y lo cerramos cansados, pero con la certeza de haber vivido situaciones irrepetibles y con la esperanza de que el

viaje nos traerá otras más. Me vence pronto el sueño y cuando despierto ya no sé si es real o soñada la escena en la que veo a Takemoto cantando, Chema de guitarrista y a nosotros acompañando la fiesta bebiendo sucedáneos de manzanilla en un solitario bar del corazón de aquella ciudad inmensa.

4
Con Hayashiya, el pasado regresa lejos de Coria.

Otra vez estaba a mi lado. O mejor sería decir que soy yo quien estaba otra vez junto a él, junto a una persona a la que tanto admirábamos todos los que conocíamos su relevante protagonismo en la historia de las relaciones entre los japoneses y los Japón de Coria del Río. Todavía andaba mi corazón revuelto desde que poco antes le habíamos descubierto bajando con dificultades del automóvil, relucientemente negro y con distintivos del servicio diplomático, que le había dejado en la puerta de la residencia de la Embajada de España en Japón. Lo habíamos visto pasar fugazmente junto a nosotros pero no fuimos capaces de distinguir a quienes lo ocupaban, por eso, cuando le vimos bajar del automóvil aun me costaba admitir que fuera él y que aquella cita nuestra con el embajador español nos guardara tamaña sorpresa. Cuando ya estuvimos más cerca sí tuvimos la certeza de que aquel hombre alto, elegantemente vestido con un traje gris, cabellera blanca y porte señorial, que esbozaba sus pasos con el apoyo de un bastón, era él, uno de los protagonistas claves de la historia de los Japón de Coria del Río y de sus relaciones con los japoneses, a quien yo había tenido la ocasión de conocer fugazmente durante su estancia en la Sevilla de la Exposición Universal de 1992: el embajador Eikichi Hayashiya.

Un grupo de personas había salido al umbral de la puerta para recibirle. Entre ellos reconocí al embajador español, Gonzalo de Benito, con cuya imagen me había

familiarizado antes de viajar a Japón por una costumbre que adquirí en mis años al frente del rectorado de la Universidad Internacional de Andalucía: cuando debía viajar a algún sitio y sostener allí entrevistas institucionales buscaba en internet la imagen de las personas con las que habría de reunirme y evitaba así confusiones molestas. Por eso supe que era él, Gonzalo de Benito, un diplomático experto, de brillante carrera, de quien también me había hablado nuestro paisano y también diplomático Juan Antonio Yáñez-Barnuevo en términos elogiosos. Desde una prudente distancia esperamos a que se desarrollara el ritual de la bienvenida y contemplamos el modo cortés y respetuoso con que nuestro embajador saludaba al señor Hayashiya. Entraron todos y en ese momento nosotros nos acercamos a la puerta, siendo recibidos por Santiago Herrero, el Agregado Cultural con quien tantas veces habíamos estado en contacto en los meses de preparación del Tohoku Crossing[6]. Nos acercó hasta la sala donde ya se hallaban los embajadores departiendo distendidamente. Interrumpieron su conversación por nuestra llegada y se inició entonces un breve episodio de presentaciones y saludos. Fue así como, más de treinta años después, pude estrechar de nuevo la mano del embajador Hayashiya, mirar sus ojos vivos, azulados, oírle hablar con cierta dificultad en nuestra lengua. Yo estuve seguro de que aquel sería uno de los momentos inolvidables que nuestro viaje a Japón nos iba a dejar.

Cuando apareció una ocasión, propiciada por los buenos oficios del embajador De Benito, pudimos hablar más directamente con Hayashiya y decirle lo que afloraba en el fondo del alma de cada uno de nosotros. Yo le comenté que era casi un sueño haberlo encontrado después de tantos años y trasmitirle la admiración que todos los Japón le profesábamos. Fue también el momento en que le comunicamos que unos días antes le habíamos hecho Socio de Honor de la Asociación Hasekura de Coria del Río y que en ese acto habían intervenido dos viejos amigos suyos: Manuel del Valle y Miguel Sánchez Montes de Oca. Desde la alta cumbre de sus años y de su vida Hayashiya se limitaba a sonreír y nos daba las gracias de un modo reiterado, activando su gesto de interés cuando oyó mencionados los nombres de sus amigos. Y fie a su acendrado amor por los libros, su rostro se iluminó cuando le entregué un ejemplar de mi "De Sendai a Coria del Río" y cuando Fernando Platero hizo lo propio con

6 Incluso le conocíamos personalmente, porque a finales de agosto había mantenido con él una reunión en Sanlúcar de Barrameda en la que Eduardo y Fernando le fueron precisando los términos del proyecto y concretándole las gestiones que debían hacer desde la Embajada.

el catálogo de la Exposición "El R@stro del Samurái". Ambos textos le interesaron vivamente, dedicando frases elogiosas al catálogo con las fotografías de los 400 Japón de Coria del Río. Los estuvo ojeando allí mismo, con una curiosidad casi infantil, hasta que su hijo, -que le acompañaba y atendía-, se los recogió haciéndonos también gestos de agradecida complicidad.

Quizás por la acumulación de las experiencias que los años nos van prestando, o por mi especial predisposición a conmoverme junto a personalidades que, por lo que sea, han jugado algún tipo de papel en mi vida, estar con Hayashiya era como ver cumplido un sueño. Fernando, Eduardo y Carlos lo expresaban también en las expresiones de sus miradas y de sus sonrisas. Y envueltos aun en estas sensaciones fuimos llamados y conducidos por la exquisita profesionalidad del embajador español para que comenzásemos el almuerzo. Ocupamos nuestros sitios en el comedor y advertí que el embajador español, sin duda que informado por su amigo Yáñez-Barnuevo, me hacía el honor de permitirme copresidir la reunión y ordenando un protocolo que me colocaba frente a él y junto a la persona que atraía todas mis curiosidades: al embajador Hayashiya. En esos momentos experimenté por primera vez una sensación que luego me afloraría otras veces a lo largo del viaje: me sentía como si estuviese revestido de un valor que era superior al de mi persona o al que pudiese corresponder a mi "curriculum". El rango me lo otorgaba ser un Japón de Coria del Río, alguien que representaba a todos/as los que portamos ese apellido y que nos sentimos concernidos por ese episodio de la historia común hispano japonesa. E inevitablemente recordaba a Virginio Carvajal Japón, evocando las muchas veces en que hablábamos de estos asuntos y él insistía en la importancia que para nuestros amigos japoneses tenía el que fuésemos Japón. Recordaba su emoción mal contenida cuando, al regresar de su visita a la Feria Mundial de Aichi (2005), me contaba que había formado parte de la Comisión que recibió al entonces Príncipe de Asturias por el solo hecho de "¡ser un Japón de Coria del Río"¡. Virginio hablaba de ello con sus ojos incapaces de retener las lágrimas y tuve la certeza de que desde algún lugar de aquella estancia nos miraba, sin dejar de mostrar una sonrisa satisfecha por todo lo que allí estaba sucediendo.

Estábamos emocionados e incluso sorprendidos porque el viaje apenas comenzado y ya nos estuviera ofreciendo este tipo de emociones. Y eso mismo me hacía pensar

que vendrían otras cuando nuestro grupo, siguiendo las carreras de Eduardo, se echara a los caminos. Quizás en mi caso esto se debía también al modo en que vivía esta primera presencia en Japón, tanto tiempo deseada y postergada. Suele ocurrir cuando uno viaja con el corazón abierto de par en par y en este caso esa era una común actitud de todos nosotros. Así que aquella Tokio inmensa había empezado a parecernos menos lejana y yo sentí en algún momento que era feliz en aquel trozo de espacio español que era nuestra Embajada. Aquí, veintitrés años después estaba compartiendo mesa junto a la venerable figura de Eikichi Hayashiya, el gran hispanista japonés, el fiel amante de España y de su cultura, a quien sólo unos días antes, en Coria del Río, habíamos homenajeado recordando la importancia de sus aportaciones para romper el desconocimiento que por más de trescientos cincuenta años separaba a los japoneses y a los Japón de nuestro pueblo. Como aquel día de julio de 1992 estaba sentado junto a él, pero entonces, incluso cuando le oía contar detalles de la histórica embajada de Hasekura, aun no sabía cuán importante había sido aquel hombre para la historia de los Japón de Coria del Río.

Como otros muchos días de aquel semestre coincidente con la Exposición Universal de Sevilla, la Sala de los Espejos del sevillano Palacio de San Telmo congregaba una cena de gala ofrecida por el Presidente de la Junta de Andalucía a un visitante egregio que, en aquella ocasión, era el Príncipe heredero del reino de Japón, SAI Naruhito. Esa misma mañana se habían celebrado los actos del día oficial de Japón en la muestra universal y la agenda se cerraba con aquella cena. Eikichi Hayashiya presidía entonces el amplio séquito que acompañaba al príncipe japonés y por ello ocupaba un lugar preferente en el protocolo, del mismo modo que yo, ¡por el hecho de ser un Japón más que por mi condición de Consejero de Cultura de la Junta de Andalucía¡ también lo ocupaba[7]. Por esa razón, como ahora en la embajada de España en Japón, estuvimos juntos en el mismo lado de la mesa y muy cerca de la doble presidencia de la misma. Ha pasado mucho tiempo y me cuesta reconstruir con

7. El príncipe japonés había venido para presidir el Día Oficial de Japón en la Exposición Universal de Sevilla de 1992. He contado profusamente este hecho y las importantes repercusiones que tuvo para la confirmación del valor que el pueblo japonés concedía a los Japón de Coria del Río en dos de mis libros: "Andalucía y el 92: crónicas de un actos secundario" RD Ediciones. Sevilla. 2003, y "De Sendai a Coria del Río, historias de japoneses y japones". Universidad de Sevilla. Sevilla. 2014

precisión todo lo que allí sucedió, pero sí recuerdo que era él quien, sentado a mi lado[8] y atrayendo la atención de todos, nos fue dejando no sólo sus muchos saberes sobre la Misión Keicho que nos legó el apellido, sino también los datos de su lejano paso por las aulas de La Rábida, el año 1943[9], y la fascinante anécdota de sus posteriores reencuentros con compañeros de entonces.

Conserva de entonces su mirada inquieta y una sonrisa fresca que niega sus muchos años. "96 años", nos ha recordado su hijo[10]. A veces, reacciona con retardo al flujo de la conversación y hemos de hablarle despacio. Ya había ocurrido mientras le entregábamos los libros. El embajador español le decía señalándome: "Sr. Embajador, lo ha escrito él, que es un Japón de Coria del Río". "¡Ah, sí, Japón, Coria del Río, sí, sí", respondía él como si le costase recuperar el significado de los nombres. En todo momento, mientras hablábamos, Hayashiya asentía delicadamente y sonreía como si alguna palabra le hiciera regresar de un extravío. Por eso, el embajador español, dando muestras de un gran dominio de estas situaciones, administraba sabiamente las frases y llamaba su atención cuando nuestras conversaciones le aludían. Cuando ya estábamos juntos, sentados a la mesa, cada vez que pude me acercaba para hablarle y me atendía con interés. Le recordé entonces su paso por La Rábida y esa palabra iluminó su rostro. Algunos nombres obraban el milagro de su comprensión. Le hablé del profesor Morales Padrón, el gran americanista que fue su amigo, el alcalde del Valle y muy singularmente Miguel Sánchez Montes de Oca. Reaccionaba como si cada nombre le devolviera trozos de la memoria. En ese instante, busqué en mi teléfono y extraje una fotografía en la que aparezco junto a éste último. La amplié hasta que el rostro de Miguel ocupó toda la pantalla. Hayashiya lo reconoció sin que yo debiera decir

8. En las referencias incluidas en el libro "Andalucía y el 92", confundí a Hayashiya con el Comisario del Pabellón de Japón en la Expo, que obviamente también estaba presente en aquella cena oficial.

9. Fue el primer verano que allí se impartieron actividades académicas y a las mismas acudió Hayashiya, que en aquellos momentos estudiaba en la Universidad de Salamanca y no podría regresar a su país a causa del modo en que le afectaban los sucesos de la segunda guerra mundial. He contado este episodio en "De Sendai a Coria del Río; historias de japones y japoneses". Universidad de Sevilla. 2014.

10. En el momento de redactarse estas líneas conocimos la noticia de su fallecimiento en Tokio.

nada: ¡"Ah, Miguel, Miguel…¡", esbozó sin poder ocultar su emoción. Me devolvió el teléfono mirándome con un gesto que interpreto de gratitud y veo en sus ojos azules la humedad precursora de las lágrimas.

En un momento del almuerzo, alentado por las inteligentes preguntas del embajador De Benito, Hayashiya nos ha hablado de sus encuentros con Octavio Paz. Conocedor de esta alianza literaria, Fernando Platero había traído, para que se la dedicara, la edición de la traducción que ambos hicieron de "Sendas de Oku", la obra mítica de Matsuo Basho. Contó sus intensas relaciones con la Universidad de Salamanca, con cuyo Rector se iba a encontrar al día siguiente en el Instituto Cervantes de Tokio[11], y habló de sus inolvidables vínculos con Andalucía, con Sevilla y con Coria del Río y La Puebla del Río. En esos momentos, cuando evocaba su pasado, era capaz de expresarse en un castellano aceptable y afirmaba que era una lengua que no se le había olvidado a pesar de no poder ya viajar a España: "¡tengo allí tantos años, tanta memoria, tantos amigos…"¡, decía. Mientras hablaba observaba sus gestos y, como todos nosotros, hacía esfuerzos para grabar cada instante de aquellos momentos, convencidos de que serían por siempre inolvidable. No le hablo ya de nuestra Asociación ni de nuestro reciente homenaje, porque era evidente que el embajador Eikichi Hayashiya estaba ya muy lejos de esas pequeñeces, habitando al otro lado mar que le separaba de las vanidades.

11. Al día siguiente el embajador de España recibía al rector de Salamanca, profesor Ruipérez y me cursó una invitación para estar presente en la misma, lo que acepté complacido. Hayashiya no acudió porque iba a estar en el acto de la tarde en el Instituto Cervantes y nos dijeron que él no resistía ya tanta actividad social.

5
Siento que en Tokio la sombra de Virginio viene conmigo

Abrimos los ojos a nuestra primera mañana en Japón con las inevitables "resacas" del Jet Lag. Pero el día nos reservaba una agenda intensa y no había tiempo para lamentaciones. Era ya el día tantas veces imaginado y deseado, en el que todo iba a comenzar: mi conferencia en la Embajada de España y la primera etapa de Eduardo, ambas con una notable secuela de preparativos y prevenciones. Además, yo había recibido una invitación del Embajador de España, que acepté, para que les acompañase en el almuerzo que iba a ofrecer al Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca, el profesor Daniel Hernández Ruipérez, a quien yo conocía por haber coincidido con él durante mi pasada etapa rectoral en la Internacional de Andalucía. De todo ello deberíamos ocuparnos, pero al menos el día nos dejaba por la mañana un espacio amplio para poder dar un paseo por la ciudad.

La mañana era soleada e invitaba a caminar y Fernando y Carlos, que conocían esta parte de la ciudad, nos indicaron que más allá de un trecho corto, -como se sabe, en las grandes ciudades todos los trechos cortos siempre resultan ser muy largos-, podíamos llegar caminando hasta el parque que rodea al Palacio Imperial. La decisión fue inmediata: ese debía ser el destino de nuestros pasos, porque además sería allí donde Eduardo iba a emprender la primera etapa de su carrera y tenía un lógico interés en ver el lugar y convenir con todos nosotros cuál sería el punto concreto en que se produciría el encuentro con los atletas de varios clubs japoneses con los que él había entrado en contacto. Debíamos acercarnos para decidir el punto en el que se iniciaría la carrera. Santiago Herrero, el Agregado Cultural de la Embajada, nos había sugerido que fuera allí porque, rodeando la colina que soporta al edificio del Palacio, existía un circuito ad hoc por el que cada día se esfuerzan los/as japoneses/as, fieles a las firmes disciplinas de sus prácticas deportivas y Eduardo había utilizado esa información para conectar con grupos de atletas de la ciudad y

citarlos allí. Así pues, orientamos hacia allá nuestros pasos, siguiendo una anchísima avenida en cuyo interior, justamente frente a la fachada de nuestro hotel, se alzaba un enorme *escalectric* de tres niveles por los que fluía un tráfico veloz pero extrañamente silencioso. Fuimos caminando y mirándolo todo con la curiosidad del recién llegado, por un camino siempre recto, orillado por altos edificios, arquitecturas urbanas occidentales e intercambiables, con las evidencias de ser todas ellas construcciones recientes. Definitivamente, en esta parte de la ciudad Tokio se nos ofrecía sin signos identitarios propios, era como todas las grandes ciudades del mundo.

Al cabo de un buen rato, cuando ya el trecho comenzaba a parecerme no tan corto, atisbamos al fondo el perfil de las masas verdosas que anunciaban la proximidad del parque. El paisaje entonces fue ganando en belleza, haciéndose más abierto y luminoso, bañado todo por el tibio sol de una mañana preciosa. Cruzamos hacia el parque y al fondo de una ancha avenida que se abría a nuestra izquierda, contemplamos el edificio de la Dieta, o sea, el Parlamento japonés. "*Tiene una estructura horizontal, con dos grandes alas que recogen, respectivamente, los debates y sesiones de la Cámara de Representantes o Cámara Baja (en la parte de la izquierda) y la de la Cámara de los Consejeros o Cámara Alta (en la parte derecha*)", me aclara mi libro-guía, que además añadía que su estructura se culminó el año 1936, sin mencionar si después sufrió o no los perniciosos rigores de la Segunda Guerra Mundial que tantos estragos causó en los territorios japoneses. Su exterior es de color sonrosado y su perfil horizontal se corta en el centro por un bloque más alto que tiene algo de templo o de lejano recuerdo de los históricos castillos japoneses.

Al entrar en el Parque Imperial sentimos cómo este espacio nos atrapaba, nos envolvía con una cierta magia, ofreciéndonos sus alternativas zonas de sol y de reparadoras sombras. Sí, reparadoras, porque la mañana había alcanzado los veinte grados y el calor se deja notar en los espacios abiertos. El tráfico se había quedado lejos y el silencio, -ese valor que iba descubriendo como señal de este país-, fue ganando la dura batalla que cada día se libra en las grandes ciudades. Dominaba ya plenamente cuando alcanzamos el interior de una masa espesa de árboles entre los que fluía el canal del que fuera –y seguía siendo- foso del palacio, al que divisábamos en la lejanía rematando la cumbre de la colina. El pie de los varios cerros que rodean

al palacio está salpicado por sucesivas puertas de acceso, una de las cuales nos salió al paso en cuanto intentamos avanzar hacia el interior del recinto. Era una puerta amplia, a la vez sencilla y espectacular. La atravesamos y comprobamos que ya no poseía función de tal, sino que era un símbolo, más arco que puerta de limitación o control de los accesos que habría sido en un tiempo pasado. Al otro lado sólo existía una extensa continuidad de lo mismo que habíamos ido dejando atrás: leves colinas intensamente verdes entre las que fluye el espejo azul de las aguas del foso. En la más alta de esas cumbres se alza el palacio residencia del Emperador, un colosal edificio que domina el conjunto y al que se podrá seguir viendo desde cualquier parte del entorno. Había grupos de gentes por todas partes, paseantes y gente mayor que caminan despacio, otros que transitan apresurados detrás de sus asuntos y otros, en fin, que atemperan sus pasos para acrecentar el goce del paseo. Y aun siendo horas de mitad de la mañana, ya veíamos algunos corredores aislados que de inmediato atraían la mirada de Eduardo. En ese momento, tras evaluar otras opciones posibles, Eduardo nos hizo la propuesta; será ahí, junto a esa alta puerta o arco que hemos atravesado, donde comenzará su carrera, acompañado por los miembros del club de atletismo local con los que ya conectó desde Coria del Río.

En un instante, seducidos por el atractivo del lugar, descubrimos que el tiempo se nos ha acortado en exceso, -especialmente para mi cita en la Embajada de España-, y que hemos de volver con cierta prisa. Por ello elegimos la opción más rápida: el Metro, que era también la que yo más deseaba, no sólo por las debilidades de mi pierna derecha, -aún sin recuperar de sus litigios con el menisco operado-, sino también porque no quería abandonar Tokio sin haberme subido en ese mítico transporte suburbano, al que tantas veces habíamos visto en reportajes y documentales, acogiendo a una muchedumbre que se afanaba por hallar un espacio imposible en sus vagones. Bajamos las escaleras del Metro, plurales y enormes, pero admirablemente limpias, como si por ellas no pasaran a diario centenares de miles de usuarios. Cuando llegamos a los andenes aun hay poca gente, pero estamos conociendo el lugar y podemos imaginar las escenas tantas veces vistas de los vagones que llegaban repletos de viajeros y a otros muchos que esperaban para poder subir, lo que conseguían empujándose los unos a los otros. Pero la hora en que nosotros vamos a ocuparlos no es todavía la de los tumultos y los espaciosos pasillos

y anchos andenes están casi solitarios, en los antípodas de lo que adelantara nuestra imaginación alentada por el tópico. Un dato no escapa a nuestra observación: los andenes están separados del espacio de las vías por una continua pared transparente. "Es para evitar los suicidios", nos dice Carlos Naranjo con una serenidad que no parecía la adecuada para referirse a asunto tan dramático, sino como quien se estaba refiriendo a un hecho habitual.

Pasamos por el hotel a fin de que me cambiase de ropas y enseguida pasó a recogerme un automóvil enviado desde la Embajada. Al poco, estuve de nuevo en la sede de nuestra legación diplomática, recibido cortésmente por nuestro embajador, quien procedió a presentarme a los demás invitados, uno de ellos, el Rector salmantino, de cuya previa relación conmigo ya el embajador tenía total información. Fue un encuentro grato, como lo fue toda aquella reunión, en la que tuvimos ocasión de conversar de muchas cosas y entre ellas, de la singular historia de los Japón de Coria del Río y sus conexiones con la realidad histórica y actual de la sociedad japonesa. Como había sucedido el día anterior, el embajador De Benito supo llevar con gran habilidad los temas tratados, dando a cada cual su momento. Por ello, además de reiterar ante el Rector y los otros miembros de la mesa[12], mis mil y una experiencias con el nacimiento y el desarrollo de las relaciones entre japoneses y la comunidad de los Japón de Coria del Río, recordamos el valor y la importancia que la Universidad de Salamanca tenía como centro de formación de una gran parte de los diplomáticos y de la clase dirigente japonesa a lo largo de muchos años. De hecho, la presencia del Rector en Tokio estaba conectada con gestiones relacionadas con ese asunto y aquella misma tarde, -desgraciadamente coincidiendo en horas con mi conferencia en la Embajada-, desarrollaba un acto en el Instituto Cervantes.

Pasado el tiempo y por la forma en que, desafortunadamente, se cumplieron los temores que allí se expresaron, recuerdo ahora que durante el almuerzo el embajador

12. Al Rector Ruipérez lo acompañaba su Vicerrectora de Relaciones Institucionales y además de Santiago Herrero y otros miembros del equipo de la Embajada estuvo también el Director del Instituto Cervantes en Tokio, Antonio Gil Carrasco, granadino, buen conversador, que tenía una muy completa información sobre mís actividades públicas en Andalucía y sobre algunas de mis aficiones, como la del flamenco.

español y el Rector trataron brevemente sobre un futuro viaje de Su Majestad el rey Felipe VI de España a Japón. Estaba todavía en fase de definición y el embajador habló sobre la conveniencia de que en el mismo la Universidad de Salamanca pudiese tener algún tipo de protagonismo, al ser uno de los más claros símbolos de las relaciones históricas entre nuestros dos países. El viaje, decía el embajador, se está preparando para la próxima primavera, quizás hacia el mes de abril, decía él. Pero añadía que la Casa Real española no iba a cerrar ninguna fecha hasta que se resolvieran las elecciones de diciembre en España y se hubiese constituido el nuevo gobierno[13]. Como es sabido, ello no sucedió en los términos que hubiera sido de esperar y los hechos vinieron a justificar las cautelas de todos. Todavía, -en el momento en que estas letras se redactan-, la situación política española no ha disipado sus muchas incertidumbres y, en consecuencia, el proyectado viaje del rey español a Japón no se ha producido.

Nos despedimos con un mutuo lamento por la coincidencia horaria de nuestros actos que, de una u otra forma, a todos los allí reunidos nos afectaba. La verdad es que me hubiese gustado mucho conocer el Instituto Cervantes de Tokio y asistir al acto de la universidad salmantina, al que además iba a asistir Eikichi Hayashiya, y también ellos manifestaron su interés por el asunto de los Japón de Coria del Río que yo iba a tratar en mi conferencia. Antes de marcharme, el embajador De Benito me ofreció la posibilidad de ver juntos esa tarde la exposición de Toshima Yasumasa, inaugurada el día anterior, lo que me pareció bien. Quedamos pues unos quince minutos antes de las 19'00 que era la hora fijada para mi compromiso. Este hecho nos apretó aun más el escaso tiempo del que disponíamos porque a partir de ese momento debíamos desdoblarnos en nuestros cometidos: Eduardo se marcharía hacia el lugar del parque Imperial donde iba a comenzar su carrera y allí esperaría a los otros atletas y prepararía nuestra llegada para poder comenzar a correr; Fernando Platero y yo nos iríamos a la Embajada para intervenir en el acto convocado. La complejidad no terminaba ahí, sino que teníamos que actuar coordinados y estar muy eficientes para poder salvar una dificultad no pequeña: una vez terminada mi conferencia, debíamos salir corriendo para el parque Imperial y estar con Eduardo en el momento en que éste comenzara

13. Lo que sucedió es bien conocido: las elecciones de diciembre no permitieron formar gobierno y abocaron a otras elecciones en el mes de junio de 2016, tras el cual el presidente Rajoy sólo pudo obtener la investidura en el mes de octubre.

a correr. Llevaríamos hasta allí la pancarta en la que nos identificaba como proyecto y que estaba destinada a ser abierta en cada una de las salidas y de las llegadas de las sucesivas etapas del Tohoku Crossing. Disponíamos para todo ello de un tiempo tasado,-no más de 30 minutos-, tras el cual regresaríamos velozmente a la Embajada para departir allí con los asistentes a la recepción que la embajada ofrecía a los asistentes a mi conferencia. En fin, un reto complejo que, por fortuna y por la eficaz ayuda de los servicios de la embajada española, saldría bien.

La coincidencia antes referida con el acto del Instituto Cervantes mermó la posible asistencia a mi conferencia. El embajador y el propio Santiago Herrero nos lo habían advertido e incluso se disculpaban porque tal vez no se alcanzarían los casi cien asistentes que solían ser habituales en sus actividades. Es cierto que los dos actos estaban destinados a un mismo público, como ellos afirmaban y que necesariamente el uno actuaba como competencia del otro. Aun así, a la hora de comenzar comprobamos que la asistencia era aceptable. Con ser ello importante, no era ese el asunto que entonces me preocupaba. Antes de comenzar a impartir la conferencia mi cabeza estaba centrada en un pensamiento absorbente: el valor que daba a lo que iba a suceder, al hecho de estar allí, en la Embajada de España en Japón y para hablar de los Japón de Coria del Río. De ahí la indisimulable emoción que sentía, la evocación constante de la figura de Virginio Carvajal Japón, de las tantas y tantas experiencias vividas juntos, de sus años de inagotable entrega a la causa de esta relación hispano japonesa que ahora alcanzaba un grado tan elevado, el dolor de que ya él no pudiera conocer nada de lo que allí estaba sucediendo. Aquel, estábamos seguros, iba a ser uno de los momentos cenitales de nuestro viaje, uno de los que quedarían en nuestra memoria para siempre, de los que resistirían al paso del tiempo y a sus vientos alentadores del olvido. Era algo que intuía incluso desde mucho antes de emprender el viaje. Sabía que, al menos en la parte que a mí se me reservaba en los actos del Tohoku Crossing, éste sería uno de los momentos principales.

Por ello, llegado el momento de tomar la palabra lo hice acuciado por un cierto nerviosismo, que no era por el hecho de tener que hablar a aquel público, sino porque era consciente de que lo hacía como continuador de la obra de Virginio Carvajal Japón, cuya imagen incorporé, de un modo relevante, en el contenido del

Power Point que había preparado al efecto[14]. Era obligado hacerlo, como un modesto homenaje a su memoria. El acto comenzó al fin con palabras de saludos por parte del embajador Gonzalo de Benito, quien posteriormente pasó a presentarme de una forma amabilísima. Él había decidido quedarse con nosotros y enviar a un miembro de su equipo para que le representara en el acto del Instituto Cervantes. Fue un nuevo gesto de respeto hacia nosotros, digno de toda gratitud, al que luego unirían las palabras que pronunció destacando el valor de mi presencia y especialmente, la importancia de que lo hiciera como miembro de la comunidad de los hombres y las mujeres de Coria del Río que portábamos el apellido Japón y que éramos los reconocidos continuadores de aquella histórica Expedición Keicho que llegó a nuestra pueblo en octubre de 1614. Motivos sumados para valorar un comportamiento como el que constantemente nos brindó el embajador y que recabará por siempre nuestra memoria agradecida.

Había construido mi conferencia basándome en una idea central: no quería detenerme en contar los pormenores de la Embajada Keicho, sus protagonistas japoneses o sus motivaciones, no era mi intención hacer erudición ni demostrar unos conocimientos históricos que sólo tengo merced a los trabajos e indagaciones de otros. No me dedicaría a relatar unos hechos bien conocidos. Para mí lo esencial era contar cómo y por qué desembarcaron en Coria del Río, un perdido pueblo a orillas del Guadalquivir sevillano y cómo, cuatrocientos años después, varios centenares de personas seguimos ahí llevando el apellido que recuerda el país del que aquellos navegantes procedían: Japón. Y también quería contar a aquel auditorio que tras aquel lejano encuentro entre los japoneses y los corianos y la inmediata aparición de los primeros apellidos Japón, hubo un largo silencio, un tiempo infinito de mutuos desconocimientos de los unos sobre los otros, hasta que de nuevo ambas partes se han "reencontrado" activando un intenso flujo de relaciones que, a su vez, han conducido a un recíproco conocimiento y una mutua corriente de afecto y respeto entre estos pueblos, sus culturas y sus gentes. Relaciones que han integrado en la vida de Coria del Río y en su milenaria cultura las señales inequívocas de la "huella japonesa" y que, definitivamente, estas conexiones y dependencias fueron avaladas por

14. Carlos Naranjo me había brindado una de sus muchas ayudas, reconstruyendo el power point que yo le había enviado previamente e integrando en él todos los textos en japonés, lo que constituía una eficaz manera de hacerse entender, por más que allí además se utilizara traducción simultánea
.

la visita que realizó a nuestro pueblo S.A.I el príncipe Naruhito, el 14 de junio de 2013.

Tras mi conferencia, Fernando Platero, luchando ya contra la escasez del tiempo disponible, tomó la palabra para presentar una breve, pero significativa, muestra de los proyectos que en Coria del Río se estaban gestando o desarrollándose todos ellos con el objetivo común de fortalecer las relaciones entre nuestro pueblo y la sociedad japonesa. Se refirió al proyecto Sakura, como un hito de especial singularidad y a la posible construcción de la llamada "Casa de la fraternidad", destinada a ser sede de nuestras comunes actividades hispano-japonesas y museo para la interpretación de nuestra historia.

No había tiempo para más. Pedimos al público asistente que nos aguardaran y explicamos, disculpándonos, el motivo de nuestra breve ausencia: íbamos a dar la salida a la primera etapa del Tohoku Crossing. Entre tanto, visitarían la exposición de las obras de Toshima Yasumasa atendidos por personal de la embajada. Un coche del servicio diplomático nos sacó de allí y con prisas nos llevó hasta la explanada que rodeaba a la gran puerta que se erigía al pie del Palacio Imperial. Había caído la noche y el lugar parecía otro que el que habíamos visitado por la mañana, pero allí estaba ya un nutrido grupo de atletas rodeando a Eduardo y dispuestos a comenzar a correr. Tras las inevitables presentaciones, abrimos, por primera vez en el viaje, nuestra gran pancarta, en la que constaban los objetivos de nuestra aventura y las fechas y los lugares por los que iríamos pasando en los días sucesivos. Los propios deportistas tomaron en sus manos la pancarta, extendiéndola ante ellos, en clara muestra de que se sentían parte de cuanto allí sucedía. Eduardo ya había sido capaz de crear entre ellos un ambiente grato de complicidad que se percibía de inmediato.

Ya entonces advertimos que la pancarta, cuyo traslado de un lado a otro creaba inevitables conflictos, iba a ser, sin embargo, una buena idea, por su capacidad de identificación que ofrecía y por la curiosidad que desataba en los que pasaban cerca de nosotros[15]. De algún modo, cuando la extendíamos parecía que estábamos "vistiendo"

15. La pancarta acabó siendo una excelente idea, porque en el lugar en el que la extendíamos, al comienzo o al final de las etapas, atraía la atención de los presentes. En ella, con colores blancos y rojos, en un claro guiño a la bandera de Japón, habíamos incorporado el término que designaba al proyecto, Tohoku Crossing, y la relación de las fechas y las etapas que lo desarrollaban.

el lugar, adecuándolo para lo que queríamos representar. Ahora lo veíamos claro, cuando nos situamos junto a ella para ejecutar el breve ceremonial que teníamos previsto: dentro de un ambiente muy grato y revestido todo del buen humor que las gentes mostraban y la singularidad de cuanto allí estaba comenzando, Eduardo dirigió unas palabras –en inglés-, a los presentes y entregó a uno de los atletas, Presidente de uno de los clubs que allí se habían personados para acompañarlo en su carrera, una placa de cerámica explicativa de nuestro proyecto. Hicimos fotos, se alzaron algunos aplausos y finalmente el grupo de los atletas posó ante la pancarta para dejar constancia de aquel momento destinado a ser parte de la historia de nuestra aventura. Enseguida, sin más dilaciones, comenzaron a correr y al poco tiempo ya se habían perdido por el interior del recinto perimetral del palacio. La noche había caído, lo que significaba que la prueba se había iniciado algo más tarde de lo que habíamos previsto, pero lo más positivo de todo era que, por fin, la carrera había comenzado y que acabábamos de vivir un hecho cien veces imaginado por nosotros en el tiempo aquel en el que todavía convivíamos con la hojarasca de las dificultades que su preparación nos había obligado a superar.

Dejamos a Eduardo corriendo y Fernando Platero y yo regresamos apresuradamente a la Embajada para atender a quienes nos esperaban para departir con nosotros. Se fueron sucediendo las presentaciones y los saludos con algunos amigos japoneses que habían asistido, como Tomoko san y Mike Shirota. Con todos ellos intercambiamos expresiones de mutuos afectos. Conocí a hombres y mujeres japoneses que me comunicaban con gestos entusiastas que habían estado en Coria del Río y que me dejaban sus recuerdos de aquella experiencia. Alguno hubo incluso que afirmaba que había conocido a Virginio y me lo decían sabiendo que eso les hacía dueños de un dato al que atribuíamos mucho valor. Fue pasando el tiempo entre fugaces conversaciones y copas y nos fue envolviendo una aureola de satisfacción comprobando que la primera fase de nuestro programa, la que tenía a Tokio y al contacto con nuestra Embajada como centro, se estaba cumpliendo con excelente resultado. Ya sólo faltaba que Eduardo regresase[16] tras haber completado su primera etapa para conocer sus impresiones y saber si compartía nuestra primera impresión

16. Por las especiales características que rodearon a esta primera etapa Eduardo se limitó a dar varias vueltas al recinto y completar unos quince kilómetros de distancia.

favorable. Si era así, podríamos decir que estábamos dando los primeros pasos en la dirección adecuada.

Con esa sensación fuimos ya despidiendo a los asistentes y agradeciéndole cordialmente su asistencia. Más, todavía un poco antes de que abandonásemos la Embajada nos aguardaba allí una gratísima sorpresa: el embajador Gregorio De Benito, nos daría una nueva muestra de su alta profesionalidad. Conociendo mis aficiones flamencas, -ya se había hecho eco de ello en las palabras de presentación de mi conferencia-, se acercó a mí acompañado de una dama japonesa que había asistido a mi conferencia y a la que reconocí de inmediato. Su gesto me permitió conocer y saludar a una gran artista, un mito de las bailaoras flamencas japonesas, una artista que cultivaba con especial notoriedad nuestro arte, por lo que había recibido numerosos reconocimientos en nuestro país: la bailaora Yoko Komatsubara[17]. El día, tan intenso, no podía tener más afortunado colofón.

6
En Shirakawa, por castillos y templos, corre Eduardo

Toda la mañana nos acompañaron un cielo gris y una lluvia imperceptible que vinieron a quebrar la inercia de los días soleados que habíamos disfrutado desde que llegamos a Japón. Fue soleado el que permitió nuestro primer paseo por el parque del Palacio Imperial y el que sofocaba la tarde en la que Eduardo corrió en él su primera

17. Bailaora y coreógrafa japonesa. Enamorada del baile flamenco a partir de su conocimiento de Pilar López (1960), vino a España para estudiar danza española con maestros como Victoria Eugenia, Enrique el Cojo o Matilde Coral, incorporándose a la compañía de Rafael de Córdoba, tras lo cual regresó a Japón y abrió su Academia de Danza Española, creando en 1969 su propia compañía, el Ballet Español de Yoko Komatsubara. Su trayectoria artística y la relación de premios y reconocimientos en amplísima. (vid http://www.komatubara.com/yoko/index2.html). En 2011, tras el terremoto y el tsunami realizó con su compañía numerosas actuaciones benéficas destinadas a proveer de fondos de ayuda para las personas damnificadas por la tragedia.

etapa, acompañado por un nutrido grupo de atletas de muy diversas naciones. Y lo fue el que envolvió nuestra salida de Tokio, el viernes día 6 de noviembre, tras despejarse uno de esos momentos de dudas que habíamos situado como indicador de la suerte que habría de correr el Tohoku Crossing. Era una cuestión cuya feliz resolución resultaría esencial para la buena marcha de todo lo demás. Por eso la aguardábamos con impaciencia. Sucedía que aunque nos habían confirmado que Mitsubishi nos proporcionaría un automóvil para atender los traslados en las distintas etapas de nuestro proyecto, es decir, por el largo trecho de las tierras del Tohoku que íbamos a recorrer, y aunque Fernando Platero portaba el testimonio de una carta que lo ratificaba, era aquella mañana cuando todo debía concretarse. Como el santo incrédulo, pese a todos esos indicios, no podíamos dejar de sentir una inquietud molesta, hasta que a la hora convenida, puntual y precisa, descubrimos que nos aguardaba en el hall del hotel una ejecutiva de la marca, la señora Kyoko Sakamoto, quien había venido para traer el automóvil que, tal como habían prometido, nos cederían. Su aspecto elegante, la soltura de su inglés y sus gestos atentos transmitían una inmediata cordialidad que nos tranquilizó. Fernando Platero suscribió con ella los documentos en los estaban convenidas las cláusulas reguladoras del patrocinio en tanto los demás respirábamos aliviados porque veíamos que el acuerdo se estaba estaba resolviendo en los términos que habían sido hablados. Mitsubishi nos daba así la primera de sus muchas muestras de colaboración y eficacia de las que nos beneficiaríamos a lo largo del todo el viaje y que resultarían fundamentales para el desarrollo de nuestro proyecto.

Fue la primera vez que afloró ante nosotros el modo de obrar de los japoneses, esa actitud ante sus compromisos. Fue el primero de otros muchos gestos que en los días siguientes iríamos encontrando: lo prometido por ellos siempre tendría el correlato de una respuesta exacta. Quizás hasta entonces no comencé a ser consciente del valor que eso suponía, más aún para una experiencia como la nuestra que tanto iba a depender de las actitudes de nuestros interlocutores. Así, esa fiabilidad de sus respuestas se erigiría en un factor de seguridad que también a nosotros nos iría haciendo más eficientes en el desarrollo de nuestras tareas. Más que sorprendernos como algo inesperado aquello era la constatación de una presunción. Ya sabíamos, por experiencias ajenas y por otras vías, que ellos actuaban de ese modo. En mi caso, además, durante los días que precedieron a nuestro vieja a Japón, -que yo vivía

como si estuviera en la antesala de una experiencia iniciática-, había estado leyendo y manejando informaciones sobre la realidad de Japón, a fin de disponer de ciertas claves y de algunas ideas sobre el modo de ser y de actuar de los japoneses y desde luego, no olvidaba lo que Virginio Carvajal Japón me repitió muchas veces tras su primer viaje a Japón (en 1991): que más que las lecturas sobre su cultura y sobre su sociedad, sería ir allí, vivir el contacto con sus hombres y mujeres, lo que me ofrecería el mejor de los aprendizajes. Y así estaba siendo ahora, apenas comenzado nuestro viaje. Hoy constatamos que, al menos para Eduardo y para mí, que íbamos por primera vez a Japón, esa firmeza en el cumplimiento de sus compromisos, su fidelidad a la palabra dada, fue uno de los primeros hallazgos que se ofrecieron ante nosotros.

La soleada mañana del viernes 6, tras suscribir los documentos, también nos enfrentamos por primera vez a una contingencia en apariencia menor, pero que necesitaba de soluciones perdurables: la compleja tarea de acoplar nuestras maletas en el auto[18], lo que conseguimos ayudados por alguien que, -aunque aun no podíamos ni imaginarlo-, estaba llamado a convertirse en una pieza fundamental de nuestro equipo: el señor Takashi Iijima, el conductor. Era un hombre de edad mediana, estatura modesta y aspecto bondadoso, que vestía una elegante chaqueta negra y peinaba cuidadosamente su cabello entrecano. Hacía y deshacía de un modo silencioso pero eficaz y al final acabó completando aquel puzle imposible de hallar espacios para tanto equipaje.

Completados los preparativos y tras reiterar a la señora Sakamoto todas nuestras gratitudes, llegó la hora de abandonar Tokio y comenzar a marchar por el trazado señalado por nuestro proyecto. Ese mismo día, ya fuera de la gran ciudad, Eduardo debía enfrentarse al recorrido de su segunda etapa. En un gesto cómplice que nos

18. No fue fácil. Éramos cinco personas con siete maletas, -incluidas las exiguas pertenencias del conductor-, puesto que Eduardo portaba una con los instrumentos para su carrera y además llevábamos otra con los catálogos del "El R@astro del samurái", folletos con publicidad de los proyectos activados en Coria del Río y relacionados con la cultura japonesa y algunos objetos para los intercambios de regalos que ya sabíamos que constituye una parte segura en las relaciones y contactos institucionales que íbamos a tener. Curiosamente, tras resolver el complicado puzle de las maletas, en los días siguientes todo fue fácil, porque bastó con reproducir el esquema de solución de aquel primer día en Tokio.

hizo ilusión, Sakamoto san, en un gesto "muy japonés", propuso que antes de subir al automóvil posásemos juntos para tomarnos una fotografía y fijar ese momento que, también para nosotros, adquiría un valor simbólico. Así lo hicimos, en la puerta del hotel y junto al auto que habría de facilitarnos el cumplimiento de nuestro programa. El conductor nos hizo entonces la primera de las muchas fotografías que nos haría después, a lo largo de nuestra experiencia viajera. Sakamoto san, se situó en el centro del grupo que formábamos Carlos, Eduardo, Fernando y yo y nos incitó a hacer una señal de victoria con la mano y lo que todos imitamos sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción.

Alentados por el soplo de optimismo que la señora Sakamoto nos había contagiado emprendimos el camino hacia la que habría de ser la primera de nuestras etapas por el Tohoku[19]. Poco a poco fuimos dejando atrás Tokio, una ciudad inmensa que parecía no acabarse nunca. Emprendiendo el viaje dirigiéndonos hacia el norte, la región del Tohoku, de la que había leído en mi guía de Japón[20] que "*en la época de Matsuo Basho, para el famoso poeta viajero, ir al norte de Honshu era como ir al fin del mundo",* quizás porque en aquellos años de la mitad del siglo XVII[21] en que él realizó tal viaje, en ese territorio fuese aún más notable que ahora su condición de región fuera de todos los caminos, de lugar alejado de las zonas más pobladas y activas de Japón. La propia guía añadía que esta tierra "*sigue siendo aquel norte agreste, una tierra de recios macizos volcánicos y remotos manantiales de aguas termales, de antiguas creencias y costumbres únicas, cultivadas durante siglos de aislamiento*". Todo eso alentaba mi capacidad de observar, queriendo empezar a reconocer esos rasgos que tan bien encajaban en mis querencias geográficas. Pero eso sería algo después, porque antes habría de transcurrir algo más de una hora antes de que tuviésemos la sensación de haber salido de Tokio, tras recorrer su interminable periferia. Me costaba pensar que había viajado hasta Tokio y que sin haber podido conocerla mejor debíamos abandonarla. Me dolía sentirlo y trataba de aliviarme imaginando que tal vez la vida me deparara la ocasión de volver.

---

19. Era la primera fuera de Tokio, es decir, la segunda del proyecto.

20. "Japón". Lonely planet. Geoplaneta. 4ª edición. Enero 2014.

21. Matsuo Basho nació en Ueno, en 1644, y murió en Osaka en 1694. Es por tanto medio siglo posterior de la Embajada Keicho y de la llegada de Hasekura Tsunenaga a España.

Entre tanto, el automóvil nos seguía alejando de la gran urbe, porque era otros los destinos de nuestro viaje y otros los objetivos. Conforme a nuestro plan, día nos reclamaba en Shirakawa, la ciudad que se asienta en el límite sur de la prefectura de Fukushima. Será en ella donde Eduardo iniciará la carrera que le llevaría, a él y a todos, hasta Koriyama, donde a primeras horas de la tarde y una vez completado el recorrido previsto, tendríamos un encuentro con su alcalde. Y justo ahora, cuando Tokio se iba quedando atrás y teníamos por delante el tiempo neutro de la espera hasta Shirakawa, es cuando comenzamos a divisar un horizonte de lejanas lomas revestidas de un bosque espeso con sus copas moteadas de manchas amarillentas y ocres, anticipos del maravilloso paisaje otoñal que el Tohoku nos reservaba. Ninguna lectura me previno suficientemente, por ello no podía imaginar la magnitud de cuanto el viaje nos iba a ofrecer. Y sin embargo, el encuentro con los bosques japoneses en plena estación del "*momiji*", que vivimos unos días más tarde, quedaría como uno de esos momentos esenciales del viaje que la memoria reservará para siempre.

Mientras el coche nos iba sacando de la gran ciudad cada cual dejaba fluir sus pensamientos[22]. El traslado en automóvil hasta el comienzo de la etapa nos dejaba espacios para revisar cuanto ya habíamos vivido y cada uno de nosotros lo hacía en silencio, mirándose hacia dentro. Yo no podía hacer otra cosa que evocar las experiencias que ya, pese al poco tiempo de estancia en Tokio, habíamos tenido: el paseo por el Parque Imperial, el momento surrealista con Takemoto y el guitarrista de Puerto Real, los encuentros en la Embajada de nuestro país, pero especialmente me rebrotaba con fuerza la emoción que había sentido al impartir mi conferencia sobre "Los Japón de Coria del Río" en la sala de actos de la Embajada de España. Aquello, como ya presentía, estaba destinado también a ser un momento cenital de mi experiencia, porque aunque yo estuviese viviendo mi primera estancia en tierras japonesas, en la historia de los Japón de Coria del Río y sus relaciones con los japoneses vengo de muy atrás y había tenido el privilegio de caminar un paso atrás de quien fuese el adalid de esta singular conexión: mi primo Virginio Carvajal

22. Ya el primer día, en nuestro recorrido desde el aeropuerto de Tokio hasta nuestro hotel, descubrí algo que me sorprendió y que sólo era debido a mi propia ignorancia: la circulación en Japón se hacía por la izquierda, es decir, como en el Reino Unido.

Japón. Por ello, hablar sobre esos asuntos en aquel espacio singular, en la casa de la representación de España en el país nipón y en presencia de nuestro embajador y de un nutrido público japonés[23] no podía dejar de ser para mí un hecho cargado de una enorme fuerza simbólica.

Lo presentía así desde mucho antes de emprender el viaje. Sabía que de la parte que a mí se me reservaba en los actos del Tohoku Crossing éste momento sería uno de los principales y tomé la palabra consciente de lo que vivía, sintiéndome continuador de la obra de Virginio Carvajal Japón, cuya imagen incorporé de un modo relevante en el Power Point que había preparado al efecto. Lo pensaba cuando era presentado, de forma amabilísima, por el embajador, Gonzalo de Benito, sumando con sus palabras un motivo más para nuestra eterna gratitud por el comportamiento atento que en todo momento nos brindó. Evocábamos a Fernando Platero presentando ante aquel auditorio una muestra de los proyectos que en Coria del Río se estaban gestando o desarrollando con el objetivo común de fortalecer las relaciones entre nuestro pueblo y la sociedad japonesa. Y de un modo emocionado recuperábamos nuestro encuentro con el embajador Hayashiya y, en mi caso, mi almuerzo en la embajada con el Rector de la Universidad de Salamanca, el profesor Hernández Ruipérez, y cuanto allí pudimos hablar respecto al valor de nuestro pueblo en la historia común hispano japonesa.

Envuelto en estos pensamientos apenas percibí que estábamos llegando a Shirakawa. Con buen criterio, en los complejas tareas de concreción del itinerario final de la carrera, Eduardo y Fernando habían coincidido en la conveniencia de que tanto los comienzos y los finales de etapa se hicieran coincidir con lugares que poseyeran un valor simbólico, cultural, religioso o histórico. Por ello, a lo largo de nuestra experiencia se hizo muy frecuente, -casi habitual-, que Eduardo iniciase sus esfuerzos o los culminase partiendo o llegando a templos o a viejos

---

23. Desafortunadamente esa misma tarde se había convocado un importante acto en el Instituto Cervantes de Tokio, dedicado a la Universidad de Salamanca, el centro universitario al que históricamente han viajado los japoneses que estudiaban en España. Esta coincidencia restó parte del público posible, pero aun así la presencia fue muy aceptable.

castillos[24]. El acuerdo lo empezamos a activar ya en esta segunda etapa, -primera fuera de Tokio[25]-, cuyo inicio situamos en el castillo de Komine[26], en la ciudad de Shirakawa. Sabíamos muy pocas cosas de ella, salvo que históricamente había sido la puerta sur de la ancha extensión del norte de Honshu que es el territorio llamado Tohoku, y que había ejercido ahí funciones fronterizas, por lo que a lo largo del tiempo se habían erigido allí diversas fortificaciones. Una de ellas, revestida aun por el halo de viejas historias y leyendas, era el referido castillo de Komine[27]. Más, pese a esas referencias que avalaban el valor de patrimonio cultural de este lugar, no nos fue fácil localizarlo. Shirakawa era una ciudad de casi setenta mil habitantes, algo caótica, en la que no nos era posible orientarnos a través de rótulos o señales de cualquier tipo y ello no sólo por los problemas del idioma, sino porque no existían. Así que, por primera vez tuvimos que echarnos en manos del GPS del automóvil que Iijima san manejaba con dificultad evidente[28]. Buscamos también el auxilio de los Googles Maps de Carlos Naranjo y de Fernando Platero, a través de los cuales y al fondo de una estrecha carretera pudimos distinguir la silueta del

---

24. La particular historia japonesa y el territorio concreto por el que íbamos a transitar no contaba con restos monumentales o históricos, al modo de los que encontramos en nuestro país, por lo que prácticamente las opciones se reducían a esas dos: templos, ésos sí muy abundantes, y restos de viejos castillos japoneses cien veces restaurados.

25. Esta primera etapa también había partido de un lugar emblemático: el parque que se extiende por la colina en cuya cumbre se halla el Palacio Imperial.

26. Las escasas informaciones que teníamos sobre la ciudad lo señalaban como uno de sus atractivos principales, junto con el parque Nanko. Igualmente, destacaban como hecho cultural singular, no sólo de Shirakawa, sino de la prefectura de Fukushima, las fiestas de las "Daruma", muñecas típicas propiciadoras del cumplimiento de los deseos. Luego supimos que este castillo, junto al de Morioka y el de Aizuwakamatsu eran los tres más importantes de la región.

27. Los castillos japoneses poseen una fisonomía que sorprende a la percepción del visitante occidental. Semejan grandes caseríos, con numerosas estancias todas ellas con cubiertas a dos aguas y, todo el conjunto, asentado en fortificaciones muradas. Este modelo fue definido en sus rasgos básicos por el castillo de Azuchi, construido por Oda Nobunaga a comienzos del siglo XVII. Sustituían a los anteriores, construidos totalmente de madera. Sobre los castillos japoneses se abatió una larga historia de sucesivas destrucciones, de tal suerte que los actuales con casi todos frutos de reconstrucciones realizadas a partir del final de la Segunda Guerra Mundial.

28- La utilización del GPS y de los instrumentos y programas de la telefonía móvil será esenciales para nuestras actividades

castillo. Al fin pudimos estar ante una de sus puertas, en uno de cuyos quicios sí vimos un rótulo nos confirmaba que, en efecto, estábamos en el lugar que veníamos buscando. Carlos Naranjo nos lo tradujo: "*ruinas del antiguo castillo de Komine*".

Intentamos subir hasta lo más alto de aquella fortaleza siguiendo rampas construidas con los restos de las antiguas murallas. Era un camino quebrado en escalones hechos con gruesos trozos de muros abandonados, como si aquello hubiese acabado de ser bombardeado. Por ahí subían también, trabajosamente, grupos de visitantes de provecta edad. Nos miraban con curiosidad, especialmente cuando, una vez alcanzado el pie del muro principal de castillo, procedimos a abrir la pancarta. Todos se paraban y se acercaban para poder leer lo que en ella habíamos escrito: "*Tohoku Crossing. Japanese roots of Coria del Río (Spain)*", decíamos en un telón blanco en el que se dibujaba un amplio círculo rojo cómplice con la tierra que nos iba a acoger. A la derecha del gran cartelón, sobre una banda roja, aparecían precisados los días de nuestra carrera y las ciudades por las que discurriría. Y ahí se señalaba nuestra fecha: "*6 del XI Shirakawa*". Eduardo, tras haber dedicado un tiempo a realizar unos mínimos estiramientos y tras las fotografías de rigor, se echó a correr desde el castillo, rampa abajo, saltando por el irregular pavimento de aquel recinto. Llevaba puesta la camiseta amarilla en la que, como en las otras que iría usando, se insertaban los logos de los patrocinadores. Pronto le vimos perderse por la estrecha carretera por la que había llegado, confundido entre un caótico flujo de automóviles, camionetas y gentes en ciclomotores. Nosotros iríamos tras él en cuanto recogiésemos la pancarta. Aunque por distinto camino al de Eduardo, deberíamos estar aguardando su llegada en el lugar fijado como final de la etapa, el templo de Zuigan-ji en Okubo, Sukagawa, cerca de Koriyama.

Desde Shirakawa nos fuimos adentrando en la región del Tohoku y también en lo que poco después se me antojará llamar, irónicamente, "la ruta de los pueblos feos", porque en efecto, así me parecían los que ahora nos iban saliendo al paso por la ruta que nos llevaba a Koriyama, la capital de esta subregión de la prefectura de Fukushima. Casi todos los que vamos viendo son pueblos grandes, extendidos en horizontal sobre un espacio plano que deja ver en el horizonte los ondulados

perfiles de unas lomas de escasa altura. Las calles son rectilíneas y están orilladas por inmuebles yuxtapuestos de un modo algo caótico, sobre los que se alzan grandes cartelones con rótulos imposibles de entender[29]. Todo mostraba el aspecto de nuevo, edificios recién hechos, construcciones erigidas de un modo precipitado y casi provisional. No vemos en ellos signos de las viejas culturas japonesas, de esos iconos que todos llevamos en nuestras presunciones de lo que íbamos a encontrarnos en un territorio rural como aquel, alejado de las grandes urbes y de sus influjos. Y lo mismo volveremos a experimentar y a comentar incluso cuando poco después nos adentremos en la ciudad de Koriyama, un núcleo de unos 350,000 habitantes, el segundo más poblado de todo el Tohoku[30]. En algunas zonas de esta ciudad hemos visto edificios de mayos solvencia urbana, pero el aspecto general es más el de un pueblo grande, una ciudad media enclavada en un territorio cuyo latido vital lo sigue dando la agricultura. En suma, Koriyama era la capital del "*Inaka*" (Japón tradicional) que de forma tan dominante se extiende y domina por Tohoku.

Antes de acudir a visitar al Sr Alcalde de Koriyama habíamos recibido con alborozo la llegada de Eduardo al tempo de Zuiganji[31], situado cerca de esa ciudad. Le vimos venir, corriendo a buen ritmo por el borde de la carretera y enseguida estuvo con nosotros en el interior del recinto sagrado cuyo acceso señalaban sucesivos torii. Pero el templo estaba cerrado. Será el primero de otros templos cerrados que, no sin sorpresa, iremos encontrando en nuestro camino. Este habría parecido un lugar abandonado

---

29. Sólo la compañía de Carlos Naranjo y sus continuas ayudas nos permitían orientarnos y saber qué se nos anunciaba en dichos rótulos.

30. La ciudad de Koriyama es un importante centro agrícola y comercial, cuyo crecimiento se fue produciendo a lo largo del siglo XX por sucesivas anexiones de pequeños centros de su periferia. En 1930 se localizó en ella una importante factoría de producción militar, lo que provocaría que en la Segunda Guerra Mundial sufriera constantes bombardeos estadounidenses que le causaron destrozos inmensos. Por tanto, gran parte de su amplio caserío actual es fruto de un proceso de reconstrucción que sólo fue posible desde los años cincuenta del siglo XX.

31. En los primeros momentos nuestro desconcierto se enfrentaba con el nombre de los templos, hasta que fuimos descubriendo que muchos de ellos compartían una misma denominación. Este cronista se vuelve a enfrentar a esas mismas dudas en el momento de escribir esta crónica viajera, por lo que pide disculpas ante cualquier error no voluntario que pueda trasladar a estas líneas.

si no fuese por el cuidado que mostraba un pequeño cementerio contiguo, en el que, de un modo algo desordenado, se agrupaban bloques de mármoles negros y grises, piedras pulidas con rótulos tallados y estatuas de Buda salpicadas de manera aleatoria. En algunas de estas tumbas hay algunas flores frescas que son como un soplo de vida en aquel lugar algo siniestro. Envolviéndolo todo notábamos un silencio sobrecogedor que coartaba nuestros deseos de comunicarnos y nos hacía expresar en voz baja nuestra felicidad por la culminación de la segunda etapa de Eduardo, que había llegado sin síntomas de cansancio después de haber recorrido veinte km., apurando el ritmo de su paso para permitir que a las cuatro de la tarde estuviésemos todos con el sr. Shinagawa Masato, primera autoridad de la ciudad.

El Ayuntamiento de Koriyama era un edificio enorme, pero con el triste aspecto de los ámbitos llamados funcionales en los que todo se reduce a lo mínimo. La fachada hubiera sido también la de un centro comercial o la de un espacio de usos variopintos de no ser por el amplio cartelón que anunciaba sus funciones. Vinieron a recibirnos y una vez dentro recorrimos pasillos, escaleras, espacios llenos de mesas que recordaban las redacciones de los grandes periódicos. Un joven japonés, vestido de oscuro, nos llevó a una amplia sala de reuniones y poco después, tras una breve espera, apareció el "*Mayor of city*", como rezaba en la tarjeta que nos fue repartiendo y en la que se insertaba su fotografía. Era un hombre de edad madura, un político dominador de un cargo en el que al parecer llevaba mucho tiempo. Nos fue oyendo a cada uno de nosotros con un desinterés mal disimulado, ojeando el catálogo del "R@stro del samurái" que Fernando le había entregado. En tanto hablábamos y Carlos Naranjo se esforzaba en traducir nuestras palabras, el alcalde parecía divagar por pensamientos paralelos. Luego, cuando cada uno de nosotros dejó allí su mensaje, el alcalde tomó la palabra, nos agradeció nuestra presencia y el esfuerzo que Eduardo iba a realizar para completar un acto solidario que ellos reconocían y valoraban. Tras ello, habló de sus ganas de viajar a España, afirmando con una leve sonrisa que en el caso de que lo hiciera iría a Coria del Río. Preguntó si era verdad que habíamos tantas personas apellidadas Japón y entonces hizo un gesto de sorpresa porque había encontrado mi fotografía en el catálogo. Le hizo gracia. Sacó de su chaqueta un bolígrafo y me pidió que firmase sobre mi imagen. Lo hice, como si aquello fuese parte de una broma, por más que él pareciera estar propiciando un acto de reconocimiento hacia mi persona.

Nos mirábamos con cierta inquietud, conviniendo en que aquello no daba más de sí. De un modo soterrado y molesto comencé a notar mi vieja prevención ante los políticos que se dejan dominar por la rutina de la costumbre tras muchos años detentando el poder. Pierden perspectiva y a veces dejan de discernir con acierto dónde están las cosas importantes y dónde las que no lo son. Quizás era así en este caso o quizás fuese otra razón distinta, de la que nos daríamos cuenta en los días siguientes: que tal vez no era posible esperar otra actitud en alcaldes que estaban acuciados por sus propios problemas y para los que nuestra visita, pese a toda nuestra ilusión y nuestra buena voluntad, no dejaban de ser una anécdota, casi una curiosidad. Nos recibían, escuchaban nuestros mensajes, eran corteses y tras los saludos tampoco debíamos esperar que ocurriera nada más. Y ese día tuve dudas sobre el valor que tendrían las otras muchas entrevistas que teníamos concertadas y que, obviamente, íbamos a cumplir[32]. Todavía antes de retirarnos, mientras el alcalde nos despedía de pie, atendiendo a una petición nuestra nos recomendó un lugar para que fuésemos a cenar. Fue un consejo muy acertado porque, en efecto, resultó ser un lugar singular, uno de esos espacios respetuosos y reflejos de la cultura tradicional japonesa al que valió la pena visitar. En cierto modo, algo así era lo que habíamos deseado encontrar en algún lugar de nuestro primer recorrido por el Tohoku.

7
En Nihonmatsu, banderas y sonrisas guardan el templo

Eduardo inició su etapa en la puerta del Ayuntamiento de Koriyama. Un joven funcionario, al que seguían otros con una videocámara, nos acompañaba en un

32. Ese día escribí en mi agenda-diario que quizás estábamos también iniciando la "ruta de los encuentros ineficaces". Afortunadamente, no siempre lo fueron y especialmente empezaron a ser diferente cuando esos contactos se fueron produciendo en el entorno de Sendai.

simulacro de despedida. El alcalde, que el día anterior había expresado su deseo de hacerlo, no apareció. La mañana había amanecido nublado, pero sin viento y Eduardo consideró que este era un dato favorable, una buena combinación para atenuar sus esfuerzos en una nueva etapa que preveía más dura que la del día anterior. Extendimos nuestra pancarta junto a un precioso árbol de copa rojiza[33] que se alzaba en un lateral de la plaza, un gesto que se empezaba a hacer habitual y que se acabaría convirtiendo en nuestro modesto ritual del comienzo de las etapas. Desde ella Eduardo, tras concertar con Fernando y Carlos sus instrumentos móviles de seguimiento para que pudiésemos estar conectados durante todo el recorrido, comenzó a correr. Le quedaba por delante un largo trecho de más de 30 km. y la sola idea del reto al que se enfrentaba y la serenidad con la que se comportaba, no hacía sino acrecentar nuestra admiración por Eduardo. Le estuvimos contemplando un tiempo, viendo alejarse su figura, -hoy vestido con la camiseta patrocinadora del Real Betis-, hasta que al fin desapareció mezclado en la agitación de una ciudad que desde hacía algunas horas había recuperado su actividad.

También nosotros nos pusimos en marcha y descubrimos, -por primera vez, pero no sería la última-, la dificultad que suponía en la práctica conciliar nuestras rutas, porque la que seguía Eduardo incluía trayectos que no siempre coincidían con las carreteras por las que nosotros sí debíamos transitar obligatoriamente. Especialmente nos llenaban de dudas los tramos de carrera que discurrían por espacios urbanos, en los que era imposible adivinar por cuál de los varios caminos posibles de salida de la ciudad se habría adentrado Eduardo. Nos sucedió en esta ocasión y fue también ahora cuando tuvimos que arbitrar soluciones urgentes e improvisadas. Como haríamos en los días sucesivos, optamos ahora por abandonar la trama urbana siguiendo las opciones ofrecidas por el GPS, alcanzar así la carretera que nos llevaba al destino marcado y esperar el paso de Eduardo deteniéndonos en algún punto en que le fuese fácil detectar nuestra presencia. Funcionó esta vez y funcionaría en las otras etapas que aún nos quedaban por hacer.

---

33. A lo largo del viaje atravesamos paisajes que nos mostraban una vegetación deslumbrante, hermoseadas por el tiempo de otoño que había dibujado en ella una gama de tonos que iban desde los verdes, hasta los ocres, dorados, rojizos y amarillos.

Nuestra etapa de hoy tenía previsto su final en el templo Chosenji Domeki, situado en un espacio abierto y relativamente cerca de Nihonmatsu, el pueblo natal de nuestro amigo Katsuhiro Imae, el japonés avecindado en Sevilla, amigo de Virginio Carvajal Japón, una de las figuras de presencia constante en la historia de nuestras relaciones. Imae estuvo desde el principio, frecuentando la tienda de Virginio y a veces la tertulia que allí se desarrollaba. Fruto de una actitud en la que se mezclaban sus tareas profesionales de guía y su sincero apego por nuestro pueblo y por la historia de los Japón, visitaba constantemente Coria del Río, hasta el extremo de que su figura se hizo popular en nuestro propio círculo de amigos. Una y otra vez vía como guía profesional, acompañando a otros japoneses que, como él, habían "descubierto" la existencia de los Japón, por quienes mostraban un especial interés y a quien reconocían como descendientes de la histórica expedición Keicho que, liderada por el samurái Hasekura Tsunenaga, había arribado en nuestro pueblo en octubre 1614.

Imae conoció muy bien a Virginio Carvajal Japón, le acompañaba en largos paseos por Coria del Río, compartían la fiesta de septiembre o los días de la romería del Rocío, en las que se mezclaban con las gentes, bebían juntos y eran felices. Imae sabía soportar las bromas de Virginio con sentido del humor y entre ellos fluyó siempre un recíproco afecto que sostuvo su amistad durante muchos años. Sólo el fallecimiento de Virginio (julio de 2005) fue capaz de quebrarla. Con el tiempo, Imae creó en Coria del Río un círculo de amigos y amigas que le profesábamos sincero cariño. Y él nos correspondía manifestando, una tras otras, pruebas de amor por Coria del Río y por nuestra historia común. Nada de lo que hoy tan sólidamente nos une a los Japón, a los corianos y corianas, y a los japoneses, habría sido imposible sin Virginio, pero este guía japonés, diminuto y activo, siempre estuvo cerca y ha jugado un papel notable en esta historia. Imae reverenciaba a Virginio[34] quien a su vez siempre estuvo dispuesto a ayudarle atendiendo a los grupos de japoneses que él hacía venir a Coria del Río. Se dio cuenta de que Virginio era la clave para que esos turistas japoneses encontraran aquí lo que buscaban: el contacto con algún Japón, a

34. Como un gesto de respeto a su memoria, cada 1 de noviembre, festividad de los difuntos, desde que Virginio falleciera en julio de 2005, Imae viaja a Coria del Río y deposita flores en la tumba de su amigo.

los que veían como una exótica y lejana huella de su cultura. Virginio siempre estuvo dispuesto para responder a esas demandas sin percibir jamás el menor pago. Lo hacía porque le gustaba, porque había asumido esa tarea como cosa propia. Por ello, los visitantes japoneses siempre salían satisfechos de este contacto e Imae reforzado en la eficacia de su tarea. Con sus constantes visitas y sus prácticas Imae le atribuyó el liderazgo y el valor de referencia de los Japón que Virginio jamás buscó, pero que le fue otorgando su constante ocupación en pos de nuestra amistad[35].

Cuando Imae supo que una de las etapas del Tohoku Crossing discurriría cerca de su pueblo se mostró muy contento y no dudó en adelantar su tiempo de vacación y su previsto viaje a Japón para estar con nosotros cuando estuviésemos allí y ayudarnos en todo lo que fuese posible. Así que ya al salir de Coria del Río sabíamos que nos encontraríamos con él, esta vez en su tierra y que, respondiendo a sus ilusiones y sus deseos, habíamos dispuesto la etapa de forma que pudiésemos tener tiempo para que visitáramos su pueblo y conociéramos a su familia, todo lo cual era también para nosotros un aliciente añadido. Y de igual forma, sabíamos que él vivía esta experiencia con la ilusión y el afecto que siempre ha mostrado por nuestras cosas. No teníamos la menor duda de que, en un modo que aún no podíamos prever, allí estaría él aguardándonos en la meta, lo que supuso un estímulo que nos vino muy bien, -especialmente a Eduardo-, porque la etapa acabaría resultando más dura de lo que preveíamos, no sólo por su distancia, -32,5 km.-, sino porque la mayor parte de la misma discurrió bajo una llovizna incesante, por un perfil accidentado, con constantes subidas y bajadas, -había leído en mi Guía que en estas zonas de Fukushima "*comienzan a aparecer las montañas que caracterizan al norte del país"-,* a las que Eduardo fue haciendo frente con admirable solvencia.

Varias veces a lo largo de la etapa nos detuvimos en uno de los laterales de la carretera hasta ver pasar a Eduardo y comprobar que todo discurría con normalidad. Era admirable el ritmo con el que sostenía su carrera, subiendo rampas o bajándolas bajo una lluvia que en algunos momentos resultaba molesta. Se protegió con un chubasquero y alguna de las veces que se acercó a nosotros bebió un poco de agua.

35. He contado extensamente esta experiencia en un capítulo de mi libro "De Sendai a Coria del Río".

El último de esos contactos ocurrió cuando faltaban unos cinco kilómetros para el final. Nos habíamos detenido en un costado de la carretera, frente a una loma de espesa vegetación en la que dominaban los colores ocres y rojizos. Nos llamó la atención el escaso tráfico que discurría por ella. Bajamos y entretuvimos la espera dando pequeños paseos. Hasta casi media hora después de habernos parado no le vimos acercarse, corriendo a buen paso y culminando sin problemas un nuevo repecho del camino. Se acercó a nosotros para beber un poco de agua y confirmar con Fernando y Carlos la distancia que quedaba hasta el final. De inmediato volvió a su carrera por el borde derecho de la carretera[36] y desapareció al otro lado de un recodo tras el cual podía seguir a través de un camino rustico que le llevaría hasta el final. Nosotros partimos también siguiendo la carretera, tratando de estar presente en el momento de su llegada al templo y lo hicimos sin haber visto a Eduardo.

Cuando al fin descubrimos el camino de acceso al recinto religioso, nuestro automóvil se adentró por él. Enseguida contemplamos al fondo, situados al pie de la fachada del templo, a un grupo de personas. En cuanto nos acercamos un poco, distinguimos entre ellas a Imae y observamos, con una mezcla de sorpresa y agrado, cómo, junto a otros hombres y mujeres, habían compuesto una especie de comité de recepción. Portaban banderitas de papel de España y Japón y unos pequeños carteles redondos, en forma de abanicos y con un ribete de papelillos rojos y azules, en los que se escribían en nuestra lengua frases de bienvenida y alusiones a los Japón de Coria del Río. Cuando nos vieron aparecer comenzaron a agitarlos con gestos de alegría. Nos conmovió verles manifestando de ese modo su alegría por el encuentro. Bajamos y nos abrazamos y con emoción les dimos las gracias. Imae, visiblemente feliz, nos presentó a su padre, a quien me apresuré a decir cuánto tiempo hacía que éramos amigos de su hijo y cuánto se le quería en Coria del Río. Una de las muchachas del grupo estaba vestida a la usanza japonesa y, -también ante nuestra sorpresa-, a todos ellos se había unido Motoichi Takemoto, el amigo japonés que nos había venido a buscar la primera noche en Tokio y junto al que vivimos aquel rato surrealista en el bar español. Enseguida, hubimos de detener nuestras efusividades porque veíamos a Eduardo llegando desde el fono de una senda paralela a la carretera que nos había traído a nosotros.

36. En los últimos tres kilómetros Fernando Platero se unió a Eduardo y completó esa distancia con las dificultades propias de sus diferencias de preparación.

Llegaba sosteniendo el ritmo de su carrera y haciéndonos gestos de saludos, sin signos aparentes de cansancio pese a la dureza de su prueba. Nos abrazamos todos celebrando con Eduardo la superación del reto de cubrir de ese modo su etapa de más de 30 km por las regiones montañosas del Tohoku.

Imae se mostraba visiblemente satisfecho de tenernos allí, en las cercanías de Nihonmatsu, su pueblo. Hacia él nos dirigimos, tras sus pasos, tras aguardar a que Eduardo completase el programa de estiramientos que seguían a sus carreras. La tarde se había envuelto en un manto gris que anulaba la belleza del paisaje. El Nihonmatsu en el que Imae había visto la luz primera también respondía a esas estructuras urbanas despersonalizadas, sin edificios destacados[37], que estábamos encontrando en nuestro recorrido por el Tohoku. Nos brindó un almuerzo típicamente japonés en el restaurante "Kunitaya Omatsu" y no dejó de contarnos cosas acerca de los lugares por los que pasábamos y que formaban parte del paisaje de su infancia. Nos acompañó todo el tiempo su padre, un maestro jubilado, impecablemente vestido, un hombre que transmitía algo parecido a la nobleza, alguien que me habría gustado conocer más. Pero, además del poco tiempo del que disponíamos, el lenguaje seguía siendo para mí una barrera y a pesar de los esfuerzos traductores de Imae y de Carlos Naranjo la conversación que me habría gustado tener con el padre de mi amigo apenas pudo avanzar unos pasos. Alguna vez a lo largo de esta singular jornada Imae y yo evocamos a Virginio Carvajal Japón y conveníamos en cuánto habríamos disfrutado compartiendo con él aquella visita a Nihonmatsu. Terminado aquel grato momento del almuerzo, debimos reemprender nuestro camino sin atender al deseo de Imae de visitar las ruinas de un viejo castillo. Debíamos llegar a Minamisoma, la ciudad en la que nos esperaba una cita con Takashi Sasaki, un escritor, hispanista, activo crítico ante el uso de la energía nuclear y ante el modo en que la administración japonesa había respondido ante el desastre. Esto le había otorgado notoriedad pública, más aún a partir de que trascendiera su admirable comportamiento frente a los trágicos sucesos del 11 de marzo de 2011, negándose a abandonar su casa.

---

37. Imae insistió todo el tiempo en que nos acercásemos a ver los restos del castillo de su pueblo, pero no nos fue posible porque debíamos hacer un viaje largo hasta Minamisoma, donde pernoctábamos esa noche y donde teníamos contraído el compromiso de una visita.

Viajamos hacia Minamisoma, -algo más de veinte kilómetros-, recuperando nuestra ruta de las proximidades del mar, de ese mismo mar del que cuatro años y medio antes había salido el poder destructor del tsunami. Durante el camino ya comenzábamos a sentir la emoción de saber que nos acercábamos a un lugar cuyo nombre se alzó como uno de los referentes de la tragedia y por eso, antes de partir, yo había leído algunos datos acerca de ella[38]. Pero mi percepción de Minamisoma se asociaba a las imágenes terribles del mar arrasando una parte de la ciudad, provocando muertes y desapariciones, sembrando el dolor en una tierra habitada por gentes pacíficas y trabajadoras[39]. Minamisoma era el nombre de una ciudad ligado a la tragedia. Viajábamos hacia ella con la contenida emoción de visitar uno de los lugares del drama[40] que era también el origen remoto que había promovido nuestro proyecto y nuestra presencia en Japón. Todos teníamos presente que íbamos a pisar un territorio situado a tan solo veinticinco kilómetros de la central nuclear de Fukushima cuya quiebra prolongó y agravó cuanto allí estaba sucediendo. Nos estábamos acercando a una ciudad que en un primer momento, tras la crisis del 11 de marzo de 2011, había estado incluido en las zonas de evacuación obligatoria decretadas por el gobierno japonés, lo que había provocado su abandono por parte de la mayoría de sus habitantes. Había transcurrido ya tiempo suficiente y la progresiva bajada de los índices de radiaciones habían permitiendo una paulatina vuelta de los mismos, así como la reducción del radio de la zona de exclusión a tan sólo 10 klm de distancia de la central accidentada. Pero aun así, todos los datos que teníamos apuntaban a que todavía eran visibles en ella los restos de la desolación y la inmensidad de la tarea de recuperación que sus habitantes tenían por delante.

---

38. Sabía que la ciudad como tal se había formado en 2006 por la fusión de las de Kiramashi, Kashima y Odaka, un proceso de reorganización de núcleos cuyo conocimiento me interesó y sabía también que era centro de una importante comarca agrícola.

39. Un mes después de la tragedia, el día 9 de abril, se informó que el terremoto y el tsunami habían producido 400 muertes y 1,100 desapariciones.

40. En este caso la escala era mayor, pero esta visita me hacía recordar las que en otros momentos había hecho al monte de la Sierras de Huelva y Sevilla tras el pavoroso incendio de el Becerro, o mi visita a la llamada Costa da Morte en Galicia. En todos los casos la contemplación de la naturaleza herida me producía una tristeza de duelo, un dolor con otra medida. Por eso ahora, cuando me acercaba a Minamisoma, reflexionaba emocionado sobre la posibilidad de estar de nuevo ante un territorio devastado.

En el interior de ese círculo de exclusión en el que la ciudad se incluyó, desoyendo las órdenes dictadas por la administración japonesa en los momentos que siguieron a la tragedia, había permanecido Takashi Sasaki, adherido a sus valores profundos y al compromiso de amor a su esposa Yoshiko y a la familia de ambos. Desde su casa, en la que habíamos concertado nuestra visita[41] y a la que iríamos a conocerlo, había ido escribiendo sus "*Monodiálogos*", páginas estremecedoras contando la experiencia que siguió al terremoto y al accidente nuclear, dando detalles de cómo habían sucedido las cosas en sus proximidades y elevando su voz ante lo que proclamaba como reiteradas deficiencias en las actuaciones tanto gubernativas como de TEPCO, la empresa que gestionaba la central accidentada. Poco después de llegar a la ciudad e instalarnos en un hotel, -modesto pero acogedor, como serían todos a lo largo del viaje-, casi sin tiempo para descansar un instante como reclamaban nuestros cuerpos después de una jornada muy intensa, vino a buscarnos el coche que nos habría de llevar a la casa de Sasaki san. Eduardo se excusó y decidió descansar. Era razonable y conveniente que esa fuera su opción, porque al día siguiente le aguardaba otra etapa que repetiría las durezas de las que había cerrado unas horas antes. Se aprovisionó de alimentos y "chucherías energéticas" en una pequeña tienda vecina del hotel y entre tanto, Fernando y yo salimos con la compañía de Ryota, el joven japonés que por dos días había sustituido a Carlos Naranjo en sus tareas de traductor[42].

En tanto recorríamos la corta distancia entre nuestro hotel y la casa de Sasaki, a ambos lados de nuestro camino, vamos viendo una ciudad casi a oscuras. Calles enteras en las que las únicas luminarias son las que emiten los establecimientos "abiertos veinticuatro horas". A oscuras también descendemos del coche cuando llegamos, porque la casa del profesor japonés está en una calle en recodo, un

---

41. Fernando Platero había conseguido el contacto que propició nuestra cita y la dirección del escritor a través de una persona a la que unos días antes conoció en la Embajada de España. Ellos cerraron el momento en que podríamos visitarlo y Fernando me había animado a que le acompañara dándome datos de Sasaki san que yo desconocía y que provocaron mi curiosidad. Nunca se lo agradeceré suficientemente, porque nuestra entrevista resultaría uno de los momentos más intensos de nuestra experiencia viajera por Japón.

42. Durante esos dos días del fin de semana, 7 y 8 de noviembre, Carlos viajó a Osaka para atender unas obligaciones académicas y ya había previsto que en ese tiempo le sustituiría un gran amigo suyo, que ya conocía la historia de los Japón y Coria del Río, a la que había visitado con ocasión de un viaje a Sevilla.

pequeño ensanche que a esas horas de la noche es un completo territorio de sombras. El joven que nos ha traído se adelanta y llama a la puerta y enseguida nos abre alguien a quien reconocemos de inmediato por haber visto antes imágenes suyas: es Takashi Sasaki, la persona a la que buscamos. Tras su gesto invitándonos a pasar, nos da las buenas noches y añade unas breves palabras de bienvenida en perfecto castellano. Traspasado el umbral, Sasaki nos señala el lugar donde podemos cambiar nuestros zapatos por cómodas zapatillas de tela. La casa responde al modelo tradicional japonés, con estructura y pavimentos de madera, frágiles puertas corredizas y pasillos estrechos. Nos adentramos tras él hasta un salón más espacioso, de planta cuadrada, todo él rodeado por estanterías repletas de libros entre los que enseguida distinguimos títulos en español.

Antes de sentarnos en unos sofás dispuestos en el centro de la sala, nos invita a seguirlo hacia una habitación lateral. Vamos con él y entramos en un dormitorio iluminado, en cuyo centro, en una amplia cama, yace Yoshiko, su esposa. Nos quedamos inmóviles ante la visión. Yoshiko parece dormir, con sus ojos cerrados, sus brazos cruzados sobre el cuerpo y no emite gesto alguno ante nuestra presencia. Aun así, Takashi Sasaki le habla como si pudiese oírnos y a nosotros nos explica, con un gesto conmovedor, que "está muy enferma". Sólo el rostro y sus manos afloran de entre la ropa que le cubre y ambos con una sobrecogedora quietud de muerte. El momento me paraliza y me provoca una emoción profunda. Sabíamos que vivía allí con su esposa y que ésta estaba impedida, así lo habíamos visto en el video del reportaje que había emitido la televisión española, pero no podíamos imaginar que ahora él quisiera hacerla presente de ese modo, con la naturalidad de quien presenta a unos visitantes recién llegados. Y pensé que antes que un comportamiento ligado sólo a modos o a hábitos culturales, lo que habíamos presenciado era un gesto de amor que nos emocionaba hasta el grado de que cuando, regresamos a los sofás y estamos sentados en torno al profesor Sasaki para comenzar nuestra conversación, advierto que no puedo hablar sin que me afloren las lágrimas.

Nuestra conversación con Sasaki fue cordial e inolvidable y pudimos sostenerla casi totalmente en nuestra lengua. En algún momento, el profesor se lamentaba de que su falta de práctica pudiese estar restando calidad a su "*español*", pero en nada

ese dato impidió que pudiésemos hablar con cierta fluidez. Le entregué un ejemplar de mi "De Sendai a Coria del Río" y tratamos de explicarle el motivo de nuestra presencia en Japón, disculpando la ausencia del principal protagonista, Eduardo. Asentía cortésmente mientras nos escuchaba pero pronto la conversación derivó hacia lo que él más quería y a nosotros más nos interesaba: el recuerdo de los hechos del 11 de marzo de 2011, a su dramática decisión de resistir sin abandonar la ciudad amenazada. Sasaki no le daba especial importancia a ese acto que a nosotros, en cambio, nos parecía heroico, sencillamente hizo lo que debía hacer, nos decía en un todo sereno, con una voz casi susurrada. Mientras hablaba mis ojos recorrían las estanterías descubriendo en ellas numerosos libros de filosofía española y varias obras de Miguel de Unamuno, el autor en el que Sasaki había centrado sus estudios. Reiteró varias veces las posiciones críticas que durante años había venido plasmando en sus blog y artículos de prensa, sobre la situación de la administración y, en general, de la sociedad japonesa, en la que advertía una excesiva atonía frente a las grandes cuestiones a las que debía enfrentarse de inmediato, especialmente a una: cómo redefinir su futuro, sin renunciar a la firmeza de sus raíces y tradiciones y sin entregarse a prácticas inseguras como serían las energías de origen nuclear.

Llegó el momento de despedirnos y reiteramos al profesor Sasaki nuestra gratitud por su acogida. Él, a su vez, nos insistió en que había sido muy grata nuestra visita, porque le había permitido hablar de España y de nuestra cultura, así como recordar a algunos viejos amigos españoles con los que hacía mucho tiempo que no tenía contactos, entre ellos el profesor sevillano Fernando Rodríguez Izquierdo. Nos levantamos y, como al llegar, Sasaki nos condujo de nuevo a la habitación donde yacía Yoshiko, ante la cual le escuchamos reiterar palabras corteses sobre nosotros y alusiones a lo que habíamos venido a hacer en Japón, como si estuviese tratando de que ella también lo supiera. Mientras regresábamos al hotel a través de la ciudad a oscuras ni Fernando ni yo quebramos un silencio que era el que necesitábamos para situar en nuestro espíritu todo lo que acabábamos de vivir y de asimilar una experiencia destinada a quedarse con nosotros de por vida.

Miércoles 11/XI.- Envueltos ya en la repetición de nuestras jornadas, aguardamos a que Eduardo completara sus ejercicios de calentamiento. Antes de comenzar su etapa, con gesto confiado, posó sobre una bellísima alfombra de hojas rojizas.

La séptima etapa partió desde el templo de Hoonji, en Morioka y tenía su meta en la pequeña ciudad de Shiwa-cho (20,5 kmts). El recorrido discurrió con la cotidiana constatación de la capacidad física de Eduardo, la perseverancia en sus esfuerzos y la solidez de sus convicciones para cumplir con el cometido que nos había traído hasta Japón.

Completada la séptima etapa, Eduardo hacía la señal de la victoria. Estábamos ya cerca de completar nuestra aventura deportiva y solidaria y los temores de una lesión o cualquier otro impedimento se habían ido disipando con el paso de los días.

Llegamos a Isinomaki cuando ya declinaba la tarde, llenos de emoción por pisar uno de los lugares más duramente golpeados por la desgracia del 11 de marzo de 2011. Entrábamos también en la Prefectura de Mayagi, tan vinculada a Coria del Río y a la historia de común de los Japón y de los japoneses.

En Ishinomaki, junto al monumento que recuerda la tragedia del 11 de marzo, cada uno de nosotros depositó una rosa roja como íntimo homenaje a las víctimas y guardamos minutos de respetuoso silencio.

Como último acto de este largo día, acudimos a los estudios de la radio local de Ishinomaki, que se estaba ocupando ampliamente de nuestra presencia y en la que fuimos entrevistados en un programa de máxima audiencia regional.

Jueves 12/XI.- En la desoladora llanura que fuera un barrio de Ishinomaki arrasado por el mar, entre los restos de lo que fue su casa, Kenishi Kurosawa, un vecino librado de la muerte milagrosamente, ha erigido un modesto pero emocionante monumento conmemorativo. Pequeños altares y paneles que recuerdan el drama se ordenan junto a un muro en el que se ha escrito "*Gambaré Ishinomaki*".

La eficaz mediación de Minoru Watanabe permitió nuestro encuentro con Kenishi Kurosawa. Con extremada cordialidad nos fue describiendo los dramáticos momentos que le tocó vivir y el modo en que pudo salvar su vida. Luego, tras el desastre, decidió convertir las ruinas de su casa en un testimonio de aquellas experiencias.

También Kurosawa san conoció las razones de nuestra presencia y el valor del reto asumido por Eduardo Fernández-Agüera como expresión de la solidaridad de todos los corianos y de la extensa comunidad de los Japón.

Todo el encuentro estuvo revestido de un recíproco flujo de emociones y afectos. Finalmente, Kurosawa san alentó a Eduardo al comienzo de la que sería la octava etapa de "Tohoku Crossing".

Eduardo completaba la distancia de la etapa que habría de llevarle al Museo de San Juan Bautista, donde le esperaríamos. Fuimos allí atendidos por el Director de la instalación, el afamado historiador Naoutsugu Hamada, gran conocedor de los nexos que unen a aquella región japonesa con Coria del Río.

La pieza fundamental del Museo de San Juan es la reproducción de la nao del mismo nombre, que en 1613 trasladó a los miembros de la Misión Keicho desde Japón a Acapulco (Nueva España). La embarcación, -copia fiel del original-, fue construida en 1993. Al abrigo de su pequeño puerto, sólo uno de sus mástiles fue destruido por los embates del tsunami de 2011.

Tras recorrer 20 kmts. por los espacios urbanos de Ishinomaki, subir hasta la colina en la que se instala la sede del Museo y atravesar sus galerías, Eduardo cubrió los últimos metros de la etapa en la explanada del muelle. Allí, el Director del Museo, profesor Hamada, rubricó con sus saludo el nuevo logro del corredor coriano.

La pancarta del Tohoku Crossing se extendió esta vez junto a la nao San Juan Bautista. Los medios de comunicación, conscientes del valor simbólico de aquellos encuentros, nos siguieron de manera constante.

Desde nuestra llegada a Ishinomaki Hasekura Tsunetaka formó parte de nuestro grupo. En su calidad de descendiente del samurái histórico, se dirigía a los medios de comunicación haciendo encendidos elogios del significado de Coria del Río en la historia japonesa, de la fortaleza de nuestras relaciones y, por tanto, del valor simbólico que nuestra prueba representaba.

Especial valor tuvo nuestro encuentro con el Alcalde de la ciudad de Ishinomaki, Dr. Hiroshi Kameyama, a causa de las intensas relaciones que ya se mantenían entre este municipio y Coria del Río. El alcalde agradeció efusivamente nuestro proyecto y nuestro aliento y tuvo deferencias con Eduardo, a quien reconoció la importancia de su gesto.

Los miembros del Tohoku Crossing, con Tsunetaka Hasekura e Imae, que en los últimos días ofrecía su ayuda a nuestro viaje, posamos con el Alcalde de Ishinomaki, quien nos dijo que sumaría esa fotografía a otras que ya recuerdan las visitas de otros corianos a su ciudad.

Nuestro paso por Ishinomaki permitió también un emocionante reencuentro, con Jean y Andy Anderson, padres de Taylor, la joven profesora norteamericana fallecida en el tsunami de 2011 mientras impartía sus clases de inglés a los niños de esta ciudad. Jean y Andy Anderson crearon el Taylor Anderson Memorial Fund, para seguir ayudando a los niños y las familias de Ishinomaki, afectadas por el terremoto.

Niños y niñas que fueron alumnos de Taylor Anderson acudieron, con sus familiares, al "Cosmo House", la sede de la Fundación, para un acto organizado por Jean y Andy Anderson y otros amigos, como Mike Shirota. Los miembros del Tohoku Crossing acudimos a la reunión sumándonos al emotivo homenaje.

Viernes 12/XI.- La última etapa del Tohoku Crossing iba desde Matsushima hasta Sendai. La salida nos llevaba a una de "las tres vistas" de Japón, uno de sus paisajes de imprescindible conocimiento. Una bahía redondeada en cuyo horizonte se percibían los perfiles de las numerosas islas que hicieron de dique salvador durante el catastrófico oleaje del tsunami de 2011.

Las obras de restauración nos impidieron salir del afamado templo de Zuiganji de Matsushima, pero pudimos hacerlo desde el modesto templo Godaido, situado junto al mar, en un pequeño rellano mirador de la bahía.

La ciudad de Sendai, la llamada "*ciudad de los árboles*", por fin se abría ante nosotros. Capital de la Prefectura de Miyagi y la mayor ciudad de Tohoku (1'1 millón de hbts.) nos recibió embellecida por el "*momiji*". Era el final ansiado para lo que ya era cada vez más "*un sueño cumplido*"

Durante el tiempo de espera de la llegada de Eduardo a Sendai, al pie de la estatua de Hasekura y ante numerosos medios gráficos, se sucedieron las imágenes con el alto simbolismo de ofrecer nuestra experiencia como una más de las relaciones entre España y Japón.

Con las banderas de Japón y España en ambas manos, cumplido brillantemente su reto, Eduardo Fernández-Agüera posó ante nuestra pancarta. Nos acompañaban Davide Bitti, un italiano amigo de Watanabe san y de Juan Manuel, y otros jóvenes que, como él, completaban sus estudios en Sendai.

Desde el monumento a Hasekura subimos al cercano resalte del castillo de Aoba, histórica reliquia que preside la monumental figura ecuestre de Date Masamune. Al llegar a la puerta, dos extraños personajes, disfrazados de Hasekura y Masamune, nos salieron al paso y se constituyeron en una suerte de escolta que delataba nuestra condición de visitantes especiales.

Un grupo de mujeres, portando un gran cartel donde habían escrito: "Bienvenido a Sendai, Señor Japón", se hallaba al pie de Masamune. A cada una de ellas expresamos nuestra gratitud, pero quizás no fuésemos capaces de manifestarlas en toda su profundidad. Tras las fotos, entonaron diversas canciones populares japonesas, finalizando por Hana Wa Saku.

De nuevo, atendiendo a los deseos de los medios de prensa allí desplazados, Tsunetaka Hasekura y Juan Manuel Suárez Japón, como simbólicas cabezas de las dos culturas que allí confluían, -japoneses y Japón-, posaron para una imagen de alto valor para nosotros.

El último día de nuestro Tohoku Crossing, tan lleno de emociones, aun se completó con visitas institucionales a la Prefectura de Miyagi y del Ayuntamiento de Sendai.

Y mantuvimos una grata reunión con Hiromi Kobayashi, Directora del Departamento de Cooperación Ciudadana del Ayuntamiento de Sendai.

Sábado 13/XI.- Antes de iniciar el viaje de regreso a Tokio, participamos en un encuentro con jóvenes estudiantes japonesas que, un año antes, habían viajado a Coria del Río y a Sevilla. Fue organizado por el periódico local Kahoku Shinpo y constituyó un momento de fuerte componente emocional. Le llevábamos cartas de las personas de Coria del Río con las que convivieron y relataron, conmovidas, sus recuerdos.

Al final de la grata reunión y como parte del ritual de las despedidas, Tsunetaka Hasekura unió las manos de aquellas jóvenes a las suyas y a las de Juan Manuel, componiendo una especie de sortilegio que hiciera posible, alguna vez, sus regresos a España y a Coria del Río.

Antes de abandonar la sede del Kahoku Shinpo la dirección del periódico y todos nuestros anfitriones se alinearon para despedirnos con ese admirable sentido de la formalidad que los japoneses saben imprimir a sus cosas. Eduardo Fernández-Agüera y Tsunetaka Hasekura san, lo hicieron con sus manos estrechadas y gestos de recíproco afecto. Nadie entonces podía imaginar que aquel adiós iba a ser definitivo.

8

Mármoles negros, llueve sobre la muerte. La tierra llora.

El día amaneció lloviendo y con un cielo oscuro sin resquicios de luz que auguraban una nueva jornada de añadidas complicaciones para el reto de Eduardo. Mientras aguardábamos a que el ritual de cada partida se fuese concluyendo recordamos que aquel 8 de noviembre era domingo, pero nada en nuestro entorno era capaz de ofrecernos datos sobre las diferencias que pudieran darse en Minamisoma entre un festivo y un día normal. La lluvia parecía haber envuelto a todo en una calma extraña. El programa del día comenzaba para nosotros con una reunión con el alcalde de la ciudad, el señor Katsunobu Sakurai. Nuestro amigo Minoru Watanabe, japonés avecindado en Paris y gran amigo de Coria del Río y de los Japón de este pueblo sevillano, nos había advertido de la importancia de conocerle y, especialmente, del valor que otorgaba al hecho de que él supiera que nosotros estábamos allí desarrollando una prueba atlética que era, sobre todo, un gesto de solidaridad con las ciudades y los habitantes del Tohoku afectado por el dramático terremoto del 11 de marzo de 2011.

Minamisoma, estaba situada a apenas 25 klm del foco radiactivo de Fukushima, cuya quiebra había prolongado de manera dramática los efectos del terremoto y el tsunami que afectaron a aquellas tierras. Eso había provocado la adopción de medidas excepcionales en la ciudad y sus entornos, pidiendo a la población que la abandonara y que se alojara en los refugios habilitados al efecto, que estaban localizados en lugares distantes, a salvo de los peligrosos efectos de la onda radioactiva. Asó lo hizo la mayoría, pero otros, -como el antes recordado Takashi Sasaki-, habían decidido permanecer en ella arrostrando riesgos evidentes. Días después de la tragedia, sumido en el fondo de una situación que se hacía más y más grave, el alcalde Katsunobu Sakurai hizo público un mensaje[43] reclamando ayuda y describiendo en términos angustiosos el dramatismo

43. Fue grabado el día 24 de marzo y subido a Youtube, recogido enseguida por el New York Times. Unos días después había tenido más de un cuarto de millón de consultas. (datos de La Información.com de 8 de abril de 2011).

de la situación; así, entre otras cosas, señalaba que las personas que quedaban en la ciudad no recibían alimentos porque la alerta radioactiva impedía la llegada de éstos, e incluso estas mismas carencias de productos básicos estaban afectando a los que se habían trasladado a los refugios. El mensaje del alcalde terminaba con una frase lacónica pero terrible: "*Les ruego, como alcalde de Minamisoma, que nos ayuden*"[44]. Y era con este mismo hombre, con el alcalde al que este gesto había colocado en el foco de las miradas de todos, con este responsable de una ciudad que cuatro años después del drama seguía empeñada en dar pasos por el camino de la recuperación, con el que nos íbamos a reunir en un momento previo al comienzo de la etapa del día. Y hacia él nos dirigimos con cierta expectativa y curiosidad.

A causa de la precipitación con la que nuestra entrevista se había concertado, hubimos de atenernos a las posibilidades de su agenda y por ello nos había citado en un recinto donde iba a inaugurar una muestra de los productos agrarios y artesanos de la ciudad y sus entornos. Hacia allá fuimos, en tanto la lluvia arreciaba y nos obligaba a resguardarnos hasta que nos fue posible acceder al interior del salón donde la feria iba a abrirse. Entramos al recinto, en el que por todas partes se acumulaban modestas obras artesanas salidas de las manos de aquellos campesinos y campesinas que caminaban apresurados para conseguir disponer de un espacio en el amplio salón de actos donde iba a tener lugar la inauguración. Llevados por la curiosidad también nosotros asistimos al acto inaugural, mezclados entre un público que se sentía protagonistas de cuanto allí estaba sucediendo. Allí, desde la distancia de nuestra posición, vimos al alcalde Katsunobu Sakurai, un hombre menudo, serio, vestido con traje oscuro. Dirigió unas palabras al auditorio y recibió un aplauso entusiasta, que no parecía fruto de la cortesía, sino emanado de un apoyo popular evidente.

44. La información continuaba del modo siguiente: "*El vídeo fue grabado el 24 de marzo pasado, y acumula ya más de 225.000 visitas. La súplica online parece haber dado sus frutos. Durante este tiempo, la población ha recibido ofertas de ayuda, en su mayoría procedentes de fuera del país, al igual que cientos de cajas con alimentos y otros suministros enviados por personas a título individual y por organizaciones no gubernamentales. .La ciudad, que antes de la tragedia tenía 75.000 habitantes, también ha recuperado algo de normalidad desde entonces. Si bien la orden de permanecer en casa se mantiene, algunos ciudadanos se han atrevido a saltársela y unas cuantas gasolineras y tiendas pequeñas han reabierto sus puertas, aunque apenas tengan mercadería que ofrecer. Se cree que unas 1.500 personas han muerto en Minamisoma a raíz del tsunami, que arrasó barrios enteros de la ciudad. Allí continúan las labores de rescate de sus cuerpos, mientras los supervivientes intentan rescatar lo que pueden de entre las ruinas de lo que fueron sus hogares".*

Terminado el acto, nos hicieron pasar a un lugar del recinto donde nos dijeron que el alcalde acudiría para reunirse con nosotros. Enseguida advertimos que a la primera autoridad la rodeaba un protocolo que, en aquellas circunstancias, nos pareció un poco excesivo. Poco después llegó seguido por una cámara de televisión que iba grabando todos sus pasos. Aquello, por otra parte, me resultaba muy familiar porque al fin, los políticos se acaban comportando de igual modo en unos sitios y en otros. Tuvimos con él un encuentro breve, de pie, y le reiteramos nuestro mensaje solidario haciéndole saber que Eduardo estaba recorriendo las tierras del Tohoku como una expresión del compromiso solidario y fraterno con los damnificados de la tragedia del 11 de marzo, y traído desde Coria del Río, el pueblo sevillano ligado a la historia de Japón por haber sido el lugar al que había llegado la más antigua navegación japonesa a occidente, en los comienzos del siglo XVII. El alcalde nos escuchaba atento, sin que fuera perceptible en su rostro alguna reacción que nos diera una pista sobre el modo en que estaba recibiendo nuestro mensaje. Al menos yo, tuve todo el tiempo la impresión de que, mientras nos atendía, su pensamiento iba por otros caminos. Le entregamos el libro "El r@stro del samurái" que ante nosotros ojeó superficialmente. Finalmente, nos agradeció nuestra presencia y nuestro gesto, dando por finalizada nuestra conversación. Entonces, él mismo hizo señales a los fotógrafos de prensa allí presentes y posamos juntos ante ellos.

La lluvia parecía darnos una tregua cuando desde allí nos dirigimos al lugar en el que debía comenzar la etapa de Eduardo. Para esta ocasión habíamos elegido un lugar cargado de simbolismos y en el que todavía eran claramente visibles las huellas de la tragedia: fuimos al sector de la ciudad que había sido arrasado por la ola gigantesca del tsunami, en el que desde entonces se habían erigido diversos túmulos funerarios y un modesto monumento en recuerdo de las víctimas. Bajamos allí y antes de disponernos a extender nuestra pancarta y dar la salida a Eduardo dimos unos pasos por aquella llanura vacía, por aquel territorio de desolación, bajo una llovizna que se negaba a abandonarnos del todo. Todo cuanto podíamos ver era un llano extenso, bordeado por una carrera orillada por algunos árboles. Al fondo, se recortaba la silueta de unos montes difuminados por la niebla. Costaba imaginar que todo aquel espacio que pisábamos y todo lo que podíamos contemplar en torno nuestro hubiera sido parte de una ciudad, espacios por los que había fluido la vida

de esta buena gente hasta que una enorme fuerza destructora la arrasó. Y también nos costaba admitir que esa ola mortífera procediera de un mar situado tan lejos de allí que, desde donde estábamos, no alcanzábamos a verlo. Al fin, nos acercamos todos a la zona de los monumentos funerarios, la mayoría hecho en mármoles negros en los que se había tallado los nombres de las víctimas. En uno de ellos, un alto paredón marmóreo, negro y brillante, levantado sobre una especie de altar construido por bloques pétreos, se había registrado de manera conjunta la identidad de una gran parte de la larga relación de los fallecidos. Junto a ellos se habían agrupado figurillas de Buda. Nos rodeaba un silencio sobrecogedor. Durante todo el tiempo que estuvimos allí nadie pasó por la carretera ni por aquel espacio vacío apreciamos signos de vida Nosotros mismos estábamos callados o hablando en voz susurrada, como si estuviésemos en el interior de un templo, de un recinto sacro. O también como si temiéramos quebrar con nuestras palabras aquella quietud de muerte que nos envolvía. La fina pero perseverante lluvia y la débil niebla que se extendía sobre aquellas tierras húmedas, añadía un plus de tristeza a un lugar que por todas partes evocaba la terrible presencia de la muerte.

Tras guardar un respetoso minuto de silencio, junto a los túmulos, de manera silenciosa, extendimos nuestra pancarta y Eduardo, protegido por un chubasquero amarillo, inició su carrera con destino al santuario de Wadatsumi. La decisión de partir de aquel terrible lugar de la devastación añadió algunos kilómetros a la etapa y de nuevo Eduardo debió enfrentarse a una cifra cercana a la treintena. Nosotros haríamos el seguimiento habitual en el automóvil, pero hoy, además del nuestro, se sumaba otro en el que viajaban Imae, una de sus amigas venida con él desde Nihonmatsu y Takemoto. La etapa seguía hoy discurriendo por la prefectura de Fukushima y por terrenos ondulados, por una sucesión de pequeñas montañas orilladas por un bosque en los que una gama de ocres y amarillos alternaba con el verde oscuro del fondo. En algunas zonas aparecían pendientes suficientes para añadir más dificultad al empeño de Eduardo pero la admirable capacidad y resistencia de éste las iba venciendo sin trasladarnos nunca motivos para la preocupación. En ningún momento cesó una llovizna molesta que, contra lo que yo podía pensar, el atleta recibía de buen grado. Así nos lo confirmaba Eduardo cuando pasaba por los lugares de “control” en los que nos deteníamos para asegurarnos de que él venía bien.

En uno de los últimos, a apenas diez kilómetros del punto de llegada, propuse a Eduardo que diera por finalizada su etapa, porque era evidente que el esfuerzo estaba hecho y que la climatología y el relieve del camino eran una exigencia añadida. En ninguna medida esa decisión hubiera mermado el valor de su gesta deportiva, pero cuando yo le insistía en la conveniencia de que se aliviara un poco a la vista de las circunstancias, negaba con su cabeza. Bebió agua abundante y me respondió sin la menor duda: "No, estoy bien y hay que acabar lo que está comprometido". Y volvió a correr.

En los espacios finales de la etapa nos salieron al camino, de un modo reiterado, unas escenas que tardamos en comprender. Una primera percepción podía hacernos pensar que se trataban de obras en curso en la carretera y que por ello éstas aparecían cortadas en algunos trayectos breves. No era así. Observábamos en los márgenes de la ruta grandes movimientos de tierra que no concordaban con un posible arreglo del firme del camino. Al fondo, al pie de las laderas boscosas, se alineaban grandes cantidades de sacos de plástico de color negro que eran el destino final de esas tierras que se estaban removiendo. Carlos Naranjo nos explicó, -con la aquiescencia de Ijima san, nuestro conductor-, que se trataba de obras de saneamiento de las tierras contaminadas por la radiación nuclear. Hasta ahí había llegado la nube radioactiva, atrapada por las arboledas, primero, y dispersas después por las lluvias hasta los últimos rincones de aquellas regiones. Ijima san nos aseguraba que en aquella región del Tohoku había muchos lugares con la misma situación. El problema, decía Carlos y convinimos todos, no era sólo el esfuerzo ingente que suponía el tener que remover tan enorme cantidad de tierras y meterlas en los sacos, sino decidir dónde se depositaban éstos, es decir, en qué lugar se construían depósitos suficientes para preservar unos restos cuyos efectos radioactivos estaban llamados a perdurar por muchos años.

Como fue haciéndose norma, estábamos en la puerta del santuario de Wadatsumi cuando hasta él llegó Eduardo poniendo fin a otra etapa de su carrera. El acceso se abría a través de un paso abierto en un bosque espeso de árboles en la floración del *momiji*, lo cual daba al recinto una sorprendente belleza natural que, sin embargo, deslucía la mañana lluviosa. Avanzamos a través de un pasillo orillado de bellísimos árboles de hojas rojizas, siguiendo a un pavimento de piedras que

enlazaban dos escalinatas, al final de las cuales se alzaban las techumbres doradas del templo, adornadas con guirnaldas de color amarillo. Desde ahí, resguardados de la lluvia, vimos a Eduardo completar los últimos metros de su etapa. Lo hacía con un ritmo que nos resultaba increíble, si teníamos en cuenta la distancia que había dejado atrás y las condiciones en las que las había corrido. El pequeño grupo de seguidores que formábamos Fernando, Ryota, Imae y su amiga, Takemoto, Takashi Ijima, nuestro conductor, -ya plenamente integrado en todo lo que hacíamos-, y yo no dejamos de aplaudirle y vitorearle mientras completaba su llegada y el corredor coriano nos respondía levantando los brazos en señal de victoria. Finalmente, nos fuimos hacia él y nos abrazamos como el equipo que ya realmente éramos. Eduardo traía el rostro y las ropas mojadas y apenas llegar, ante el riesgo de enfriarse, -porque la mañana era muy fresca-, comenzó a realizar los estiramientos de recuperación que cada día completaban su esfuerzo. Luego se apartó y regresó a nuestro coche donde se cambió y se vistió con ropas secas.

Mientras le aguardábamos, advertimos que, a diferencia de lo que nos había sucedido otras muchas veces, el templo sí estaba abierto. Imae nos señaló entonces la posibilidad de pasar al interior y ser atendidos por el sacerdote o su familia, previa gestión en la que se fijaran las condiciones. Nos pareció bien. Imae se adentró en él y regresó diciendo que, en efecto, podríamos pasar y que iban darnos un vaso de té caliente, lo que nos pareció la mejor opción de las posibles dadas las bajas temperaturas que estábamos soportando. Así que en cuanto Eduardo estuvo con nosotros pasamos dentro. El templo era un amplio recinto de maderas ocres, pulidas con cuidados extremos. Unas hileras de bancos ante un espacio en alto nos daba a entender que aquel era el lugar de los ceremoniales litúrgicos. La señora que había salido a atendernos nos hizo señales para que le siguiésemos y atravesamos un pasillo umbrío que nos permitió acceder a una salita cuadra, con amplios ventanales abiertos al monte vecino a través de los cuales veíamos el modo persistente en que seguía lloviendo. Apareció entonces una señora de mediana edad, vestida con atuendos japoneses, que nos hacía indicaciones acompañadas de frases que Imae y Ryota nos traducían de inmediato. Pretendía que nos sentásemos en el suelo, en torno a una mesilla muy baja, cubierta con unas gruesas ropas oscuras, dentro de la cual estaba conectado un chorro de aire caliente procedente de una estufa cercana.

Cuando estuvimos allí, sentados sobre mullidos cojines y aliviados del frío por aquel chorretón de calor, retornó en todos el buen ánimo que el cansancio y el mal tiempo nos había hurtado momentáneamente.

En un cierto momento, cuando nuestra conversación había recuperado la velocidad de crucero, atravesó por la sala alguien que sólo podía ser el sacerdote al que aguardábamos para el prometido ceremonial. Vestido con una larga bata o sotana que no dejaba ver sus pies, de suerte que parecía levitar al desplazarse. Se ataba la cintura con un ancho cinturón oscuro y se cubría con un extraño tocado o turbante. Pasó junto a nosotros sin decir nada pero dejándonos sonrisas imprecisas y reverencias constantes. Le seguíamos con curiosidad en tanto Imae, que no dejaba de conversar con la señora, -que resultó ser la esposa del sacerdote-, nos dijo que ella quería que supiésemos que, si queríamos, él podía oficiar una ceremonia propia de su credo para nosotros. Seria una especie de acto de acción de gracias en el que sus rezos reclamaran la buena predisposición de los dioses para ayudarnos en nuestro empeño. El precio, puntualizó con absoluta naturalidad, eran unos 200 €. Aceptamos[45] y poco después el sacerdote se nos acercó y conversó con nosotros. Anduvo un rato arrodillado junto mí e incluso respondió cortésmente diversas preguntas acerca de las claves de la religión sintoísta a la que pertenecían el templo y él mismo[46]. Un instante después, se retiró para revestirse adecuadamente para el ceremonial que nos iba a ofrecer, naturalmente después de aceptado y satisfecho el "pago".

Volvimos al espacio-iglesia en el que se destacaba un lugar algo más alto, sobre el que se hallaban colocados diversos objetos en dos mesas pequeñas, todos ellos de maderas algo más oscuras. Por todas partes pendían diversas luces blancas en

45. El pago lo atendidos Fernando Platero, Eduardo Fernández Aguera y yo mismo, de manera particular.

46. El Sintoismo es la religión "nativa" del Japón y actualmente la segunda en cuanto a seguidores, tras el Budismo. El Sintoismo se basa en la adoración de los *Kami* o espíritus de la naturaleza, tanto los de carácter más local, como los más globales. El término *Shinto,* del que deriva su nombre, se refiere precisamente al conjunto de actividades desarrolladas por los japoneses para venerar a todas las deidades del cielo y la tierra. Es considerada la religión originaria de Japón, nacida como un modo de culto popular que puede describirse como una forma de *animismo* naturalista, a lo que se sumaría la veneración a los antepasados, tan identificada con la cultura japonesa.

forma de velas o de lámparas. A un lado, como si fuese una de esas capillas de nuestras iglesias, había un lugar apartado, el centro del cual lo ocupaba un tambor de doble cara, grande y parecido a un barril de nuestras bodegas. Fuimos invitados a sentarnos en dos bancos cercanos a lo que en nuestro esquema interpretativo sería el altar. Apareció al fin el sacerdote, tocado con un gorro extraño, como si fuese un sombrero de copa redondeada al que se hubiera quitado el ala. Un ancho barboquejo lo sostenía sobre su cabeza. Visto por detrás producía un efecto casi burlesco, al dejar al descubierto una parte de la cabeza calva del oficiante entre el negro cabello de su nunca y el negro del presunto sombrero. Se detuvo junto al tambor con forma de bocoy bodeguero y lo golpeó repetidas veces. El gong de aquel enorme instrumento se apoderó del silencio y se proyectaba sobre nuestros estómagos de un modo molesto. Hizo unos rezos murmurando más que hablando y se levantó. Recorrió el altar, con un paso mínimo, como si el largo faldón amarillento no le permitiese dar un tranco mayor al andar. Ese modo de caminar era un movimiento muy poco natural y me produjo el rechazo que siempre siento ante las actitudes ficticias. Se acercó luego al fondo del altar y tomó en sus manos uno de los objetos que allí se acumulaban: una especia de sacudidor doméstico en el que los flecos eran largas tiras de telas blancas. Lo fue manejando en posiciones diversas, acompañándose de los mismos murmullos ininteligibles, dando golpes al aire una y otra vez. Yo no dejaba de mirar al sacerdote, a su gesto serio, sin poder dejar de preguntarme ¿si él se creería todo lo que estaba haciendo?. No era nada novedoso en mí, porque me sucede igual cuando los ceremoniales son del credo católico o de cualquier otro.

El oficiante se acercó a nosotros y se arrodilló al borde del altar. Pronunció algo que podrían haber sido oraciones, y al levantarse hizo gestos que no entendíamos hasta que Imae y Takemoto nos hicieron ver que lo que quería era que yo fuese con él. Naturalmente, no había otra opción y lo hice. Me coloqué a su lado, de espaldas al grupo que nos contemplaba. Él tomó entre sus manos una rama de un vegetal verde y brillante y me ofreció otra. Luego me instó a que la manejara cogiéndola del mismo modo que él y que repitiera todo lo que él iba a hacer. Me costaba aguantar mis deseos de reír pero debía prestar atención porque cualquier desviación por mi parte era corregida por el sacerdote de inmediato. Luego hizo lo mismo con un objeto de madera, una especie de regla ancha. De pie junto a él, le miraba de soslayo

absorto en sus asuntos. Al fin, dio por terminada esa parte del ritual y me instó con gestos a que saliera del altar. A continuación, extendió la invitación a Eduardo, quien como yo acababa de hacer, subió al altar y se "sometió" a las rígidas normas de aquel ritual inexplicable.

Acabada la ceremonia y antes de irnos, Fernando Platero pidió permiso para extender nuestra pancarta dentro de aquel templo y hacernos allí la fotografía de rigor. Reconozco que intenté disuadirlo por temor a que fuese una demanda inoportuna, pero el sacerdote, sin el menor problema, dio su visto bueno. Más aún, con gestos satisfactorios se avino a posar con nosotros junto al gran cartelón en el que explicábamos quiénes éramos y qué estábamos haciendo por aquellas tierras. Cuando al fin dejamos el templo, tras las reiteradas despedidas del oficiante y de su señora esposa, comenzamos el viaje que habría de llevarnos a la ciudad de Fukushima, donde íbamos a pasar la noche. La singular experiencia que acabábamos de vivir provocó múltiples comentarios y risas espontáneas que nos reconfortaban el final de un día que había sido muy largo: lo habíamos comenzado sobrecogidos ante la silenciosa voz de la muerte posada en las tierras de Minamisoma e iba a terminar con las bromas, más o menos aceradas, acerca de todo lo que nos había sucedido en aquel santuario sintoísta de Wadatsumi.

9

Por Hiraizumi, árboles de colores cubren el cielo.

El término Fukushima designa a la Prefectura y a la ciudad capital de la misma y apareció como un trueno en el conocimiento de Occidente asociado a la central nuclear que resultó gravemente quebrada tras el terremoto del 11 de marzo de 2011. La ciudad, distante de la costa, no sufrió daños materiales comparables con los registrados en otros núcleos urbanos de esta misma Prefectura, pero las radiaciones

nucleares escapadas de la central fueron llevadas hasta ella y a sus entornos por las corrientes de vientos o dispersadas por las aguas de las lluvias. Por ello, aunque la ciudad quedó fuera de la zona de exclusión de los 30 km. de diámetro marcada por el gobierno japonés como medida de prevención, no faltaron voces, entre ellas las de Greenpeace, que exigieron que se la incluyera en la misma[47]. En todo caso, el nombre de Fukushima, -como los de Hiroshima y Nagasaki hacía setenta años-, se había convertido en un símbolo del conflicto nuclear, resucitado un debate que tras este nuevo caso reapareció en el mundo con renovada intensidad.

Ese era el lugar al que nos íbamos acercando, otro de esos lugares de Tohoku cargados de simbolismos y de memorias dramáticas que habían motivado nuestro proyecto y nuestra presencia[48]. Antes y durante el viaje releí datos sobre la ciudad que íbamos a visitar. Era la capital de la Prefectura de su mismo nombre desde el año 1868, coincidiendo con el gran cambio que supuso en la realidad japonesa el final del llamado Periodo Edo o Shogunato Tokugawa y el comienzo de la restauración Meiji[49]. Durante el shogunato, la ciudad había adquirido una notable pujanza económica merced a sus producciones de sedas, lo que le habían hecho situarse como referente de este sector del Tohoku. Todo ello fue consolidando sus estructuras y facilitó el mayor desarrollo de sus tramas urbanas hasta definir a la ciudad actual. Cuando llegamos al hotel[50],

---

47. El gobierno japonés jamás atendió estas peticiones.

48. Contaba en 2005 con casi 300,000 habitantes. Era por tanto, la mayor ciudad de las que hasta ahora habíamos visitado en el Tohoku y en la propia Prefectura de Fukushima, de la cual era la capital. Su alta densidad demográfica (386'6 hab/klm2) se reflejaba en su mayor porte urbano y su mayor desarrollo en altura en relación con las otras ciudades ya visitadas.

49. El Shogunato había comenzado a principios del siglo XVII, a partir del dominio implantado entre los daimios del país por Ieyashu Tokugawa y sus seguidores. Duró más de doscientos cincuenta años y se caracterizó, entre otras cosas, por un progresivo aislamiento del país al mismo tiempo que en el interior se reforzaba el poder centralizado de esta casa nobiliaria japonesa, cuyo poder era superior al del propio emperador. Fue un tiempo de estabilidad y desarrollo económico, al alto precio de su ensimismamiento político y social. Una serie de acontecimientos bélicos y sociales, -bakumatsu-, provocaron la caída del shogunato y la llegada de un régimen nuevo, la llamada era Meiji.

50. Era el "Sunroute Plaza", un hotel de porte algo superior al de los días previos, aunque las habitaciones seguían siendo igualmente exiguas y cuyo nombre nos llamó la atención por aparecer en él el término castellano "plaza".

situado en un espacio del centro de la ciudad, se apreciaban esos rasgos paisajísticos y el incesante movimiento de personas que caracteriza a las áreas de negocio de las ciudades. Lo que veíamos, apenas llegados, tenía un aire más "ciudadano" que todo lo que hasta entonces habíamos ido encontrando en nuestro recorrido por el Tohoku. No pudimos ver, sin embargo, resto alguno de edificaciones antiguas que mostraran las huellas de esa larga historia. Por el contrario, todos seguían respondiendo a un modelo arquitectónico funcional y homogéneo y delataban una cronología reciente.

A la mañana siguiente, ante la puerta del hotel Sunroute Plaza y las miradas interesadas de los viandantes, extendimos nuestra pancarta e hicimos algunas fotos. Poco después emprendió Eduardo la que sería su V etapa, así que casi sin habernos dado cuenta ya estábamos en el ecuador de la prueba. Eduardo seguía sin ofrecer signos de cansancio y nuestras preguntas acerca de ello encontraban en él siempre las mismas respuestas: "estoy bien". El atleta coriano abordó esta nueva etapa con la misma serena seguridad de cada día, tras haber desayunado abundantemente, con buen humor y esta vez enfundado en la camiseta del Real Betis. Bromeábamos con este hecho, porque ya entonces sabíamos que algún sevillista despistado, -más papistas que el Papa-, había expresado en las redes sociales su malestar por el uso del uniforme deportivo del otro equipo de la ciudad, ignorando lo más obvio: se trataba de la contrapartida lógica al patrocinio aportado por el equipo sevillano al Tohoku Crossing[51].

El día había amanecido encapotado, pero no llovía. La temperatura era suave y al decir de Eduardo se daban las mejores condiciones para correr sin las molestias de la lluvia o del calor excesivo, que siempre lastran el esfuerzo del atleta. Era admirable, porque para Eduardo siempre había algún elemento positivo al que se agarraba cada día, como si en ellos encontrara un acicate para ganar su reto. Hoy el final de la etapa estaba previsto en un templo budista de la pequeña ciudad de Date, una elección que resultaba muy bien motivada: de un lado, queríamos pisar la tierra que fuera la del origen del poderoso clan Date, el linaje que había dominado históricamente en el Tohoku y, en general, en el norte de Japón y al que pertenecía Date Masamune, el daimio que promoviera le Embajada Keicho. Nos alentaba la idea de pisar la

51. El Real Betis se hizo cargo del coste de nuestros billetes de avión.

tierra en la que se gestó un hecho tan trascendente de la historia japonesa que, además, estaba enlazado con la historia de España, con la de nuestro pueblo, Coria del Río, y con la nuestro apellido Japón. Pero una vez más, nuestras expectativas de encontrar en el paisaje alguna señal de todo aquello se fueron diluyendo en cuanto comenzamos a recorrer la ciudad tratando de localizar el templo en el que debíamos rendir el final de la etapa. Las historias y los hechos de aquellas lejanas etapas del siglo XVII han sido borradas completamente y no era posible hallar el menor vestigio de ellas. Ya fuese por la fragilidad de sus construcciones, que nunca resistían el paso del tiempo, o por los sucesivos conflictos bélicos en los que Japón se había visto envuelto, -especialmente los bombardeos de la segunda guerra mundial-, o quizás por los efectos destructivos que provocaban los frecuentes sismos que castigaban a esta región japonesa, por lo que fuera, ese modelo de ciudades europeas que teníamos en nuestras mentes y que nos era familiar, ciudades históricas que por doquier nos van mostrando los restos de sus brillantes pasados, nada tenían que ver con lo que hallábamos a nuestro paso, tanto aquí, en Date, como las diversas ciudades del Tohoku que ya habíamos transitado.

Conseguimos localizar nuestro punto de llegada tras vernos envueltos en la confusión provocada por el hecho de que la ciudad contenía diversos templos con el mismo nombre. Al fin hallamos el que habíamos señalado para final de la etapa: el templo de Senpuku-ji al que localizamos orillado al borde de una estrecha carretera periférica que discurría por entre pequeñas parcelas de huertas y casas con apariencia noble, semejante a nuestras urbanizaciones periféricas. Esa apariencia, la de un gran chalet, tenía también el templo, ofreciendo a nuestra observación una armoniosa yuxtaposición de techumbres oscuras, con pendientes a dos aguas con fuertes caídas laterales. En tanto esperábamos la llegada de Eduardo, -que ya sabíamos próximo por los datos de nuestras conexiones móviles-, recorrimos el exterior del templo. No había otra opción, porque éste también estaba cerrado. Sólo podíamos imaginar cómo serían sus diversas estancias, que se extendían por un amplio espacio hasta entrar en contacto con la sucesión de los túmulos marmóreos de un cementerio adosado. Esta asociación templo-cementerio no nos era nueva, porque ya la habíamos ido encontrando en todos los que nos habíamos acercado y también aparecía ahora, con sus mezclas de jarrones, muros con rótulos grabados y numerosas figurillas de

Buda dispersas por doquier. En los pasillos de acceso a aquel jardín que enlazaba templo y cementerio se salpicaban también esculturas de Buda de diversos tamaños y ataviadas de modo que nos resultaban de difícil identificación. Algunas de ellas las habíamos visto en Minamisoma y mostraban a Budas de mediano tamaño cubiertos con una protección de tela plástica de color rojo que les cubría la cabeza y el dorso. Resultaban extraño y debían responder a un ritual que ni Carlos Naranjo, ni Iijima san, nuestro conductor japonés, pudieron explicar.

Eduardo llegó hasta el final de su recorrido, -como otras veces, pero cada día se reiteraba nuestra admiración-, sudoroso pero sin signos de cansancio, sonriendo como respuesta a nuestros aplausos[52]. Éramos un grupo extraño, algo discordante en el silencio de aquel lugar, y quizás por ello atraíamos la curiosidad de algunos pocos viandantes, que le veían acercarse corriendo, alzando los brazos y respondiendo a nuestros gestos de alegría por su llegada. Hicimos las fotos rituales y enarbolamos la pancarta. Estos gestos se habían ido convirtiendo en una especie de acta notarial que certificaba nuestro paso por los distintos lugares a los que nuestra carrera nos llegaba y también producíamos un material con el que, a través de las redes sociales, todos nosotros, pero especialmente el mismo Eduardo, iba dando noticias de nuestra experiencia a quienes, desde nuestro pueblo y fuera de él, manifestaban interés por conocerlas. Antes de abandonar aquel recinto Eduardo se sometió al necesario ritual de sus estiramientos y poco después volvimos al coche para completar los términos de nuestro plan de etapa, que habría de llevarnos a Hiraizumi, en cuyo Ayuntamiento teníamos concertado diversos contactos.

Abandonamos la pequeña ciudad de Date sin haber "*reconocido*" en ella alguna señal de los vínculos históricos de estas tierras con el poderoso Señor de Sendai, aquel Masamune que sería parte tan fundamental en la experiencia histórica que nos llevó a Coria del Río el apellido Japón. Con esta etapa habíamos dejado atrás la Prefectura de Fukushima y andábamos ya por la de Iwate, en cuyo centro se

52. De hecho, a lo largo de las nueve etapas de la prueba, sólo en el final de la 3ª y la 4ª, es decir, las que le llevaron por áreas de montaña y con un mal tiempo de lluvias y frío Eduardo mostró algún signo de fatiga cuando las terminaba. En todos los casos, tras sus esfuerzos caminaba un rato y se sometía a posteriores ejercicios de estiramiento y a ingerir algún alimento que llevábamos en el automóvil.

ubicaba Hiraizumi, un pequeño núcleo de 7,500 hab. (en 2014, con 126 hab/km2), rodeado por las montañas de Kitakami. Estas zonas habían sido por mucho tiempo el hogar de los Fujiwara, un clan poderoso que asentó sus dominios hasta más allá del monte Kanzan y el río Koromo[53]. Los Fujiwara fueron activos constructores de templos y uno de los miembros de este clan, Kiyohira Fujiwara fue el constructor del gran santuario budista de Chuson-ji (en 1093)[54], declarado Patrimonio Mundial de la Humanidad por la UNESCO en 2011 y que era nuestro próximo objetivo: conocerlo primero y, de ser posible, conseguir que algún lugar del mismo acogiera la salida de la VI etapa del Tohoku Crossing.

También ahora, en la ciudad de Hiraizumi a la que estábamos llegando, nos adentraríamos en un espacio urbano en el que estaban ausentes las huellas de su pasado. Realmente, era una ciudad "reciente", tal como puntualmente me informaba mi Guía, ya que era fruto de una reconstrucción iniciada en 1889 y convertida en ciudad en 1953, como consecuencias de los frecuentes reajustes de las estructuras administrativo-territoriales que Japón ha ido conociendo. Así pues, llegábamos a Hiraizumi cuando la ciudad desarrollaba una especie de "segunda vida", tras haber disfrutado otra, mucho más antigua, en la que compartió el esplendor del poderío Fujiwara, declinando después, hasta su total abandono, tras la caída de sus protectores[55].

En nuestra visita al Ayuntamiento de Hiraizumi, en la que repetimos nuestros encuentros y nuestros mensajes ante sus responsables institucionales, conseguimos que

---

53. Por las cercanías de Hiraizumu confluyen los ríos Kitakami y Koromo, éste considerado como el límite que separaba el Sur de Japón de los Emishi (pueblos del norte).

54. Según la versión de la llamada secta Tendai, que habita y gestiona el santuario, éste fue construido mucho antes, el año 850. En todo caso, la historia oficial no ha registrado restos arqueológicos que permitan sostener esas afirmaciones. (https://en.wikipedia.org/wiki/Hiraizumi,_Iwate&prev=search).

55. Se dice que llegó a albergar hasta 100,000 habitantes, pero su ruina era total cuando el poeta Matshuo Basho pasó por ella, en 1689. Como un lamento por la grandeza perdida, Basho escribió uno de sus haikus: "*Ah, los pastos de verano! / Todo lo que queda / de los sueños de los guerreros*". (https://en.wikipedia.org/wiki/Hiraizumi,_Iwate).

uno de ellos nos facilitara el contacto con un sacerdote que se ocupaba de la gestión del templo del que queríamos partir al día siguiente. Fue Yuya Sugawara san, de la División de turismo y comercio del Ayuntamiento de Hiraizumi, previamente avisado por nuestro amigo de Watanabe, quien nos llevó al templo y nos presentó al monje de quien debíamos obtener la autorización. Y hacia allí nos dirigimos. Mi ignorancia respecto a lo que íbamos a encontrarnos y a lo que significaba el templo de Chuson-ji, -Fernando y Carlos sí disponían de más información-, quizás explicara la magnitud de nuestra sorpresa, la de Eduardo y la mía. Incluso ellos dos, pese a que disponían de datos previos sobre el lugar, vieron superadas sus previsiones a medida que fuimos penetrando en aquel espacio enorme y hermoso, en el que se salpicaban edificaciones diversas, y se nos fueron ofreciendo las señales de cuanto allí se guardaba.

Apenas comenzamos a subir por una de las vías de acceso a la zona de los santuarios nos fuimos descubriendo dentro de un paisaje maravilloso, casi onírico. Un espeso bosque en plena floración del llamado "momiji"[56], ese proceso que desde finales de septiembre va mudando la coloración de las hojas de los árboles, especialmente de los grandes bosques de arces, haciéndolas pasar sucesivamente por toda la gama de tonos amarillos, ocres y rojizos. Dentro del bosque se habían ubicado un conjunto de templos, a los que se podían acceder a través de una red de caminos orillados por una vegetación asombrosamente bella y pequeños enclaves lacustres sobre los que se cruzaban frágiles puentecillos de madera. El resultado de aquel conjunto de cosas era admirable y nuestros ojos no daban abasto para intentar atrapar todo lo que íbamos viendo fluir al otro lado de nuestras miradas. Era un paisaje tan espectacular, tan propio de lo que pudiera imaginar un pintor, que pensábamos que ¡no podía ser natural ¡, sino la creación de un escenógrafo tocado por el don de la genialidad. No era posible discernir si aquello que veíamos era un paisaje real o irreal, soñado o imaginado, de tan bello. Evocaba esas iconografías japonesa, idealizaciones tópicas de la realidad geográfica y cultural de ese país, que tantas veces habíamos contemplado y admirado en reproducciones fotográficas o pictóricas, pero que ahora estaban frente a nosotros de un modo tangible.

56. Es el nombre que recibe el proceso de progresiva coloración rojiza de las hojas de los árboles que se produce en los bosques japoneses, especialmente de los grandes arces, que van extendiéndose de norte a sur a partir del final de septiembre y muy especialmente entre los meses de octubre y noviembre.

Debimos caminar por una larga senda, ligeramente inclinada, entre altos árboles rojizos y amarillos, que ya en esas fechas de mitad de noviembre habían dejado en el suelo un húmedo tapiz de hojas. Nos dirigimos al pabellón que nos habían indicado y en el que poco después nos recibió Haseki Shinsho, un monje joven, de treinta y pocos años, con la cabeza rapada y tocado con una túnica azul. Nos sentamos juntos e iniciamos una conversación que se vio facilitada porque el monje hablaba inglés e incluso se esforzaba en pronunciar algunas palabras en castellano. Tras escuchar nuestro planteamiento y resolver unas mínimas dudas, aceptó que al día siguiente Eduardo pudiese empezar su carrera partiendo de algún lugar de aquel hermoso conjunto de edificios, lagos y bosques llenos de color. Terminada la reunión salimos con él y el monje, convertido ya en un cómplice animoso de nuestros deseos, se prestó a acompañarnos y a mostrarnos aquel lugar precioso, lleno de rincones en los que nos aguardaban sucesivas sorpresas. Nos sumamos a los otros grupos de visitantes que apuraban las últimas horas de visita y recorrimos los lugares centrales del santuario, en cada uno de los cuales el joven monje nos iba dando breves explicaciones. Todo el paseo fue una interminable confrontación con la belleza, plena y sin paliativos, y con la cultura que se encerraba en aquel lugar al que la naturaleza y el otoño habían vestido con una magia hipnótica.

Fuimos recorriendo los diversos templos, incluido finalmente el central, -el más importante, que albergaba una anterior construcción cuyo origen se situaba hacia el año 900-, que contenía altas estatuas de Buda, de aspecto espectaculares, revestidas de un pan de oro que les añadía suntuosidad y grandeza, brillando al fondo de una amplia estancia en penumbras. En esas zonas del "sancta sanctorum" las gentes se acumulaban, demorando el tiempo de sus observaciones, entrando y saliendo, sin que ello fuera causa de ninguna algarabía ni conflicto. Por el contrario, era admirable como aquella gente mantenían un respetuoso silencio o hablaban entre sí en voz baja, conscientes de estar en el interior de un recinto sagrado que no podía ser alterado por el estruendo de las voces. Varias veces a lo largo de la visita afloró en mí una vieja idea: con las variantes que sean propias de cada religión o credo, en los aspectos formales, es decir, en aquellos que están destinados a transmitir un mensaje al devoto, todas son iguales. Aquellas salas, con alternantes zonas de luces y sombras, remedaban en lo esencial a las que yo mismo había visto había

visto en Fátima (Portugal), en El Rocío o en Guadalupe (Méjico). En todas ellas se construían escenografías ad hoc, preparadas para alojar la imagen divina, colocadas de modo que se sintiera cerca, pero que a la vez estuvieran a suficiente distancia de los devotos, de suerte que la distancia misma creara el halo de misterio que es consustancial a la eficacia de esos mecanismos de adoctrinamientos.

Entre tanto, la tarde había ido cayendo y un molesto frío húmedo se fue apoderando del ambiente. El monje, sin dejar de atender ningún aspecto de nuestra visita, nos ofreció entonces un reconfortante té, adivinando lo que reclamaban nuestros cuerpos. Poco después procedimos a las despedidas y pusimos fin a una conversación que no había cesado en todo el tiempo. En ese momento, cuando ya intercambiábamos las últimas palabras, quise satisfacer una curiosidad y comenté al monje que, siendo tan joven, tal vez haría poco que estaría destinado en aquel santuario. Sonrió con aire de superioridad antes de responderme: "Se equivoca: yo nací aquí. Soy el hijo del monje gobernante", me dijo. En eso sí eran evidentes las distancias entre unas religiones y otras, especialmente las que habían rodeado nuestra formación y nuestros entornos, nos dijimos mientras regresábamos, reproduciendo las sonrisas del monje mientras nos contestaba.

10

Ví en Chuson- ji
altas copas rojizas,
sobre los lagos.

Volvimos a Chuson-ji a primeras horas del día, viendo por el camino cómo las brumas se iban disipando ante el influjo de un sol que nos anunciaba su compañía para toda la jornada. Fue un regalo del azar, porque regresar al esplendor del bosque de Chuson-ji, aquel universo de todos los colores, iluminado con esas luces limpias de la mañana acrecentaría las sensaciones que sentiríamos luego al sumergirnos

en aquel mar de bellezas que ya habíamos conocido la tarde anterior. Cuando volvimos a entrar en él todo el bosque aparecía dispuesto para recibir a la legión de los visitantes que en esos días se precipitaban sobre sus espacios: pasillos limpios y húmedos, acabados de ser baldeados, las grandes copas de sus árboles como estuviesen recién pintadas, todo era nuevo, puesto allí para nosotros, una inmensa arboleda bajo el esplendor de un "*momiji*" brillantemente activo. Comenzaban a abrirse las tiendecillas de "*souvenir*", como señal de que un nuevo día comenzaba en aquellas soledades maravillosas. Aquel enorme bosque rojo, ocres y amarillo, salpicado de pequeños lagos que doblaban la imagen de la arboleda, reflejándola en sus quietas aguas, ya estaba abierto para nosotros, dispuesto para que Eduardo principiara su carrera del día.

Tal como había manifestado la tarde anterior, el joven monje ya estaba con unos ayudantes en el lugar que habíamos convenido. Todo se cumplía y sólo faltaba que Eduardo nos diera la señal de comienzo. Pero era todo tan bello, tan seductor cuando nos rodeaba, que resultaba imposible no ocupar un tiempo desperdigándose por el entorno y hacer unas fotografías, en un esfuerzo más por tratar de atrapar aquella hermosura y traérnosla a casa, como una memoria fosilizada de aquel lugar tan lleno de magia. El religioso se mostraba comprensivo y aguardaba sin dar señales de prisas. No lejos de donde Eduardo iba a comenzar a correr hallamos una grata sorpresa: una escultura de Matsuo Basho, el gran poeta del periodo Edo, maestro del haikus y pionero en recorrer las rutas del Tohoku, "la tierra inhóspita del norte" en la que el escritor encontró constantes fuentes de inspiración para su obra. Fernando Platero sentía por Basho una admiración casi devocional y se emocionó al ver la estatua, casi como si se hubiese producido un encuentro personal. Posó junto a su estatua y lo mismo hicimos los demás, excepto Eduardo, que no lejos de allí ya atendía a la puesta a punto de su cuerpo para abordar la VI etapa de su reto deportivo. Costaba centrarse y recordar lo que realmente nos tenía allí, porque todo cuanto nos rodeaba era tan edénico, tan hermoso, que daba dolor abandonarlo y aceptar que tal vez la vida no nos volviera a llevar allí en ningún otro momento. Finalmente, abrimos la pancarta y nos colocamos junto a ella, cumpliendo el ritual de las salidas. Invitamos al monje a unirse a nosotros, cosa que hizo enseguida con visible agrado. Le reiteramos nuestra gratitud por el modo en que había atendido nuestros deseos y finalmente Eduardo, alzando

las manos para responder a los saludos de los visitantes que se habían concentrado junto a nosotros llenos de curiosidad, emprendió un día más su carrera, bajando hasta perderse por uno de aquellos largos pasillos abiertos entre la arboleda.

La etapa inicialmente prevista debió ser modificada porque tras algunas gestiones acordamos finalizarla visitando un concesionario de Mitsubishi situado en la localidad de Oshu. La posibilidad fue planteada a partir de los contactos que Fernando mantenía a diario, aquí o allá, tratando de cerrar nuestras agendas en los diversos lugares por los que íbamos a pasar. A todos nos pareció una opción en extremo oportuna, incluido Eduardo que siempre estuvo reticente cuando los cambios eran para aminorar la dimensión de su reto. La ayuda de la empresa automovilística nipona y su actitud con nosotros estaba superando nuestras expectativas y esta visita de final de etapa a uno de sus concesionarios se nos ofrecía como una ocasión para poder expresarles nuestra gratitud. Así que abandonamos Chuson-ji y hacia ella nos dirigimos, a través de una ancha carretera orillada por instalaciones fabriles que delataban que transitábamos por un área rural muy tecnificada, semejante a otras que ya habíamos visto a lo largo de nuestros caminos anteriores. Como era habitual, nosotros llegamos al concesionario mucho tiempo antes que Eduardo, que corría por uno de los laterales de la carretera. Por ello fuimos también primeros en recibir la sorpresa: cuando enfilamos la entrada del concesionario ese modo particular de hacer las cosas de los japoneses nos volvió a salir al paso sorprendiéndonos y también conmoviéndonos. Todo el personal que trabajaba en él estaba formado en la puerta, a modo de un comité de recepción. Los ejecutivos con rigurosos trajes oscuros y corbatas; los trabajadores con sus monos rojos y todos ellos portando entre sus manos un cartel con expresiones de bienvenida: "Tohoku Crossing. Bienvenidos a Oshu" y las banderas de España y Japón.

Nos dábamos crédito, por más que ya habíamos tenido muestras de la amabilidad japonesa y del modo en que se nos recibía por aquellos que conocían las motivaciones de nuestra presencia. Nos resultaba increíble que fuesen capaces de cuidar hasta tal extremo los detalles y contemplarlos a todos, jefes y operarios, alineados frente a la fachada, esperando nuestra llegada era conmovedor. Saludamos a todos y les mostramos nuestra gratitud emocionada. Poco después, extendimos la pancarta y ellos se prestaron a sostenerla. Así estuvimos, sumados nosotros también a aquella recepción, cuando

Eduardo apareció al fin y sin dejar de correr y de mostrar gestos de agrado se adentró hacia el lugar en el que le aguardábamos aplaudiendo el fin de sus esfuerzos. Eduardo se detuvo frente a la pancarta e hizo los típicos saludos del ritual japonés, inclinándose ligeramente y siendo respondido por ellos de un modo idéntico, entre sonrisas de mutua satisfacción. Pasado este momento, accedimos al interior de la instalación donde se había preparado una mesa con té y pastas y en torno a la cual mantuvimos una cordial conversación con los directivos. Al finalizar, todavía nos reservaban un gesto en el que, con habilidad admirable, mezclaban la cortesía y su profesión de vendedores de coches: nos enseñaron un modelo OutlanderPHEV de motor eléctrico y nos invitaron a dar con él un paseo por las calles de Oshu. Un conductor joven, impecablemente vestido con media etiqueta y guantes blancos, nos condujo por aquellos entornos en tanto nosotros nos deshacíamos en elogios al silencio del motor y a la suavidad del deslizamiento del automóvil. Finalizado el recorrido, regresamos al concesionario y mantuvimos un breve contacto final destinado a mostrarles nuestra gratitud, solicitándoles que la hicieran llegar a los servicios centrales de Tokio.

El día debía continuar, porque habíamos previsto que la tarde la ocuparíamos en una serie de encuentros con autoridades y medios de comunicación de Morioka, la ciudad capital de la Prefectura[57]. Era el lugar más al norte al que íbamos a viajar por las tierras del Tohoku, pero el buen tiempo nos regaló una tarde hermosa, lejos de los fríos que a veces se abaten sobre la ciudad en esas fechas de mediados noviembre. Recorrimos la ciudad hasta llegar al alto edificio sede de la Prefectura y de un modo inmediato se advertía que nos movíamos en un espacio urbano, deferente de las pequeñas ciudades que hasta entonces habíamos visitado[58]. Aguardamos un instante hasta que aparecieron dos jóvenes ataviados con el traje negro que en todas partes

57. Como tantas ciudades de Japón, Morioka es el resultado de un largo proceso histórico, uno de cuyos hitos es la construcción del castillo de Shiwa, por el Sakanoue no Tamuramaro en el 803, conquistador de estos territorios para el gobierno imperial. Más tarde, fruto de la particular historia japonesa, pasó a depender de diferentes clanes (Fujiwara y el clan Kudo. Durante el periodo Muromachi (1336-1537) fue dominada por el clan Nanba, que construyó el castillo de Kozukata. Y fue ya en el siglo XVII cuando este núcelo de población adquirió el actual nombre de Morioka, la cual no alcanzó el rango de ciudad hasta abril de 1889.

58. La ciudad tiene unos 250,000 habitantes.

parecía ser el "uniforme" del funcionario nipón. Nos invitó a entrar y nos condujo hasta un área de oficinas donde tuve la alegría de reencontrar a Takuya Oshikiri, el japonés amigo de Watanabe san con el que compartí el apartamento en Roma durante la celebración del IV aniversario de la tragedia del 11 de marzo[59]. Estuvimos un rato con él y sus colaboradores y atendimos sus explicaciones hasta el momento fijado para reunirnos con el Vicegobernador de la Prefectura Shigeki Chiba[60]. En ese instante, fuimos llevados a una amplia antesala y enseguida pasamos a la de reuniones, todo ello con una especial preocupación protocolaria. El poder, me dije, se viste en todas partes con los mismos ropajes. Una vez dentro, se nos situó a cada uno de nosotros en una parte de una amplia mesa y al otro lado, tras el que a todas luces "era el jefe", se fueron situando otras personas, todas ellas vinculadas a la administración. Era notable que, ya fuese por la costumbre o por la importancia que dieran a nuestra visita, -este es un dato que no podíamos precisar-, el encuentro se había revestido de signos de valor. Y como si todos allí desarrollásemos un ritual convenido fuimos dejando nuestros discursos e intercambiándonos pequeños presentes. Tras ello, un nutrido grupo de medios de comunicación entró en la estancia y posamos juntos. Más tarde, ya sólo nosotros, les explicamos las motivaciones de nuestro viaje y las claves del Tohoku Crossing, el proyecto que nos había hecho viajar desde Coria del Río.

Tras la sesión, volvimos a reunirnos con Oshikiri, quien sin duda que informado por Watanabe, conocía mis ligazones con el mundo flamenco, había preparado lo que ellos llamaban "una reunión nocturna" en la que éste se nos mostraría en su versión japonesa. El día había sido muy movido, con un largo viajes desde Oshu a Morioka y sin apenas tiempo para haber parado y era evidente que estábamos cansados. Incluso estaba seguro de que, aun sin decírnoslo, habíamos ido concluyendo que esas reuniones institucionales a las que dedicábamos gran parte de nuestro tiempo tal vez no estaban

59. Oshikiri, Watanabe y yo coincidimos en la celebración, residiendo en el mismo lugar, un apartamento en el corazón de la Roma antigua que había reservado éste último. Luego pasamos juntos las dos jornadas de visitas a Cicitavechia y Roma y el acto central del Capitolio. Oshikiri era natural de esta Prefectura de Iwate y aquí se encargaba de un departamento de promoción turística de la región y mostraba especial conocimiento en las producciones artesanales.

60. La visita había sido gestionada a través de ese lazo entre Watanabe y sus amigos Shinji Yoshida y Takuya Oshikiri. En la misma estuvo presente el alcalde de la pequeña localidad de Miyako, que junto a las de Minamisoma e Ishinomaki era de las que mayores daños había sufrido durante el tsunami.

respondiendo a lo que esperábamos de ellas y estaban quedando reducidas a meros formalismos de los que no se derivaban compromisos ni lazos para vertebrar cualquier relación futura. Pero pese a ese cansancio y a esas dudas era imposible no atender al deseo de nuestros anfitriones, ilusionados al propiciar un encuentro con una tan singular muestra de nuestra cultura recogida por ellos y mostrada en su tierra.

Quedaba aun tiempo para la hora convenida y salimos a pasear por una ciudad que ya se había vestido con los ropajes de la noche. Hacía frío y pese al interés de nuestros amigos japoneses desistimos de visitar los restos de su castillo, lo que provocó en ellos gestos de extrañeza. Les explicamos que estábamos algo cansados y que ya a esas horas no iba a ser posible ver nada de ese castillo en ruinas del que nos hablaban, pero no parecían entender nuestros argumentos. Pese a ello optamos por hacer lo que más necesitábamos, tomar un buen café o un té caliente con algunas pastas en una acogedora y diminuta estancia ornada con las señales típicas de lo japonés donde volvimos a sentirnos bien. Desde ahí, en el momento en que ellos lo señalaron, salimos para nuestro encuentro con el flamenco japonés. Debo reconocer que no esperaba gran cosa y que aceptaba aquello como parte de las claudicaciones que a veces nos vimos obligados a aceptar. Naturalmente, nada de ello dejé traslucir y mientras nos dirigíamos al lugar me sostenía en expresar mi interés por todo lo que pudiera tener que ver con ese binomio que forman Japón y nuestro flamenco.

Llegamos al fin a un rellano de la calle, mal iluminado y solitario. Seguimos a nuestros amigos a través de una puerta abierta en una fachada común en la que ningún signo hacía suponer que allí dentro hubiese una sala donde se ofrecieran espectáculos. Pronto saldríamos de nuestras dudas. Subimos varios pisos por una estrecha escalera y al final accedimos a una sala con todos los elementos de su función: una sala de ensayo con un gran espejo ocupando uno de los laterales. En aquel espacio se agrupaban varias japonesas vestidas de flamenca que al vernos entrar sonrieron con gestos inquietos. Oshikiri y sus acompañantes las saludaron con familiaridad y les fueron diciendo quiénes éramos y especialmente señalaron nuestra relación con los Japón de Coria del Río, en Andalucía y España. Pronto tomé conciencia de dónde estábamos: una sala de ensayos, rectangular, con suelo de madera y con un gran espejo en uno de los lados. Ellas eran jóvenes japonesas que acudían allí para aprender a bailar de la mano

de quien nos fue presentada como "la maestra", una japonesa joven y bella, vestida con una larga falda flamenca de color morado y una ceñida camisa negra. En el lado contrario al espejo habían preparado unos asientos y allí nos colocamos, de suerte que, en una imagen un tanto surrealista, podíamos vernos, sentados al fondo, como los extraños visitantes que éramos, recortados al fondo de los cuerpos de las bailaoras japonesas. Ello añadía un plus de irrealidad a lo que sucedía. Nos mostraba sentados en aquella perdida sala, en un lugar perdido de una gran ciudad japonesa en las que unas jóvenes bailaban ante nosotros ¡por sevillanas¡[61]. No podíamos dejar de reír, intentando que en ningún momento nuestras risas pudieran ser mal interpretadas por ellos. Antes de marcharnos y de agradecerles su acogida pude hablar brevemente con la muchacha que dirigía al grupo y, como me imaginaba, me confirmó que había estado varias veces en Sevilla y que había aprendido en la ciudad esos y otros bailes flamencos.

Volvimos a la calle y tras agradecer a Oshikiri y a sus amigos sus esfuerzos y su ayuda para completar nuestra agenda en Morioka, iniciamos el regreso hasta nuestro alojamiento en el hotel Taikan, de Morioka, a casi setenta kilómetros de distancia de donde estábamos. Cuando llegamos al lugar donde íbamos a pasar la noche lo vivimos como una liberación. Era un gran balneario, con amplios salones de suelos de moqueta, un lugar silencioso y acogedor, situado junto a un gran lago y pensado para personas que acudían a él a buscar un apartadero que garantizara el sosiego que buscaban para sus vidas[62]. Sus habitaciones, -todas ellas doble-, y todo lo que se ofrecía en él era puramente japonés, de modo que por primera y única vez en nuestro viaje, dormiríamos en el suelo, sobre un futón, en una habitación sin sillas ni muebles, lo que provocó no pocas bromas entre nosotros. Por fortuna, el cansancio fue un eficaz aliado para no "extrañar" la cama y me dormí antes de que mis compañeros regresaran de darse, -ellos sí-, el reconfortante baño que en aquella instalación se ofrecía. ¡ No querían perderse nada¡

---

61. Bailaban sevillanas grabadas y emitidas por un reproductor y me resultó curioso las que habían elegido para sus aprendizajes. Eran una versión edulcorada del "Pasa la vida" que popularizó Pata Negra y las sevillanas clásicas de la tradición lorquiana: "Qué bien pareces, ay río de Sevilla".

62. Habíamos pasado por él a medio día, antes de viajar a Morioka, y vimos que sus únicos ocupantes eran personas ancianas, a las que veíamos transitar por los pasillos embutidos en batas y con signos de ir o de regresar de un espacio de baños.

11

Ishinomaki: cuatro rosas sin nombre como un abrazo.

Con la séptima etapa íbamos a adentrarnos en la tercera de las Prefecturas por las que discurría nuestro proyecto: la de Miyagi. Nos abrimos a un día soleado con la emoción de saber que esa tarde íbamos a llegar a uno de los puntos calientes de nuestro recorrido: Ishinomaki. Estábamos, pues, a punto de pisar las tierras que constituyen el corazón de la historia común hispano-japonesa a la que estamos tan estrechamente ligados. Nos estábamos acercando al lugar en el que se gestó aquella Embajada que, en su camino hacia Madrid y Roma, trajo a los emisarios japoneses hasta la orilla de nuestro pueblo y nos dejó así el germen de nuestro apellido. Nos dirigíamos al lugar de donde procedían los principales protagonistas del hito histórico al que, aparte de compartir sus valores culturales, nosotros, los Japón de Coria del Río, asociamos con el origen inmediato de nuestro apellido. Era pues razonable que se alentaran nuestras expectativas y que el viaje acrecentara sus estímulos y los deseos de estar en esos lugares, de los que tanto habíamos oído hablar, cuanto antes. Pero para llegar hasta allí primero Eduardo debía correr una etapa más, salvando esta vez de 19,7 klm. de la distancia que desde Morioka nos llevaría hasta la ciudad de Shiwa-cho, todavía en la Prefectura de Iwate. Una vez allí y en automóvil cubriríamos el tramo (152 km) hasta llegar a la histórica ciudad de Ishinomaki.

De acuerdo con lo que habíamos convertido en una práctica, decidimos partir del templo de Hoonji, ubicado en la ciudad de Morioka. Y como también nos había sucedido antes, no fue fácil localizarlo, al estar embutido dentro de las tramas urbanas y especialmente porque por parte alguna era posible encontrar una señal que nos orientara y nos dirigiera hasta el lugar que buscábamos. En ciertos casos, ni siquiera el GPS era capaz de responder a nuestras demandas. Cuando al fin estuvimos en él, en horas de la mañana en la que ya la ciudad había recuperado

su actividad, lo encontramos cerrado e inmerso en una quietud de muerte. Nos preguntábamos si alguna vez se abría, porque no había en él ninguna señal de usos cotidianos. No nos fue posible, -ni en este ni en otros casos-, saber por qué eso era así, por qué tantos templos permanecían cerrados, y cuál sería el modo en que aquel recinto cumplía sus funciones religiosas al servicio de sus fieles. Paseamos por su interior y nos hallamos en un espacio ajardinado en el que se alzaban varios edificios, un esquema muy similar al de otros templos por los que ya habíamos pasado. El "*momiji*" de su arboleda le aportaba un claro atractivo y había alfombrado de hojas rojizas todos los suelos, hasta los que se filtraban los rayos de un sol limpio, creando un efecto muy bello. Afortunadamente, hallamos un amplio panel en el que, escrito en japonés e inglés, se contaban algunos datos de su historia. *"El templo de Hoonji, -se decía-, fue construido por primera vez en Sannoche en 1394, bajo la autoridad de Hoonji Señor Moriyuki Nambu. En 1601 en tiempos de Tosnikao Nambu el templo había sido removido a la actual ubicación".* Estábamos ante una construcción varias veces centenaria cuyo buen estado sólo podía explicarse por haber experimentado constantes restauraciones. Se añadían datos sobre su filiación con la secta "*Zen del Budismo llamados Sotushu"* y otros pormenores sobre su carácter de "*centro de formación de los discípulos de Buda*".

Desde uno de esos espacios ajardinados del entorno del templo, saliendo de uno de sus espacios alfombrados de hojas rojizas, partió la carrera de Eduardo. Como fue una constante en nuestro recorrido, nuestra agenda y sus exigencias tuvieron que ser más importante que nuestras ansias de detenernos en conocer las claves de la cultura y la religiosidad nipona que una vez más se nos asomaba en aquel extraño templo cerrado. Pero Eduardo había partido y nosotros debíamos seguirlo. Esta vez el recorrido tuvo menos complicaciones a causa de la coincidencia de las rutas que Eduardo debía seguir y la de nuestro trayecto en automóvil. Toda ella transitó por un paisaje rural, con visibles plantaciones de arroz, -tan distintas a las de nuestra marisma-, y un continuo de instalaciones fabriles al servicio de esa actividad productiva orillando el camino. Y así, kilómetro a kilómetro, sin otro acontecer noticiable que la cotidiana constatación de la poderosa capacidad de Eduardo, de la perseverancia de sus esfuerzos y la solidez de sus convicciones para cumplir con su cometido, llegamos a otra de esas poblaciones japonesas que nos habían salido al

paso por estas zonas del Tohoku: un paisaje neutro, de calles lineales, caserío de una o dos plantas idénticos entre sí, sobre cuyas fachadas de mostraban grandes cartelones publicitarios que Carlos Naranjo nos traducía. El lugar al que estábamos llegando era, otra vez, un gran poblado de construcción reciente. Así es como veíamos a Shiwa-cho, el punto de llegada de la séptima etapa[63]. Era ya el mediodía cuando Eduardo completó su carrera y como no habíamos cerrado contactos en Shiwa y queríamos llegar a Ishinomaki con luz del día[64], partimos hacia ella programando una breve parada en ruta para comer algo.

Volvimos sobre nuestros pasos y la ruta que ahora seguía nuestro automóvil nos iba devolviendo hacia el SE., buscando la costa en la bahía de Sendai. Desde las tierras del interior de Tohoku íbamos ahora a encontrarnos con el mar en el que se había incubado la tragedia. Llevado por mi habitual fascinación por los lugares que encierran mensajes profundos e historias singulares, a medida que nos a cercábamos notaba crecer en mí la emoción, esa extraña inquietud que me gana cuando presiento que voy a vivir situaciones irrepetibles. Y quizás todos estábamos sujetos a pensamientos similares. Al fin estábamos acercándonos a las tierras que constituían el "sancta santorum" de nuestra historia. Por ellas discurrirían las dos últimas etapas del Tohoku Crossing y era en esta parte del viaje donde se acentuaban nuestros compromisos y aumentaban la significación de nuestros interlocutores y el valor de nuestras presencias y contactos. Y además de ello, Ishinomaki[65] había sido,

63. Contaba con 32,700 habitantes (densidad de 137 H/k2). Como otras ciudades de esta región, Shiwa tenía una historia de sometimientos a unos y otros claves, viviendo bajo el de Nambu durante todo el periodo Edo y el shogunato Tokugawa. A causa de su ubicación en el centro de la Prefectura, prosperó como lugar de paso y su cercanía con Morioka la ha ido convirtiendo en una "ciudad dormitorio", aunque conserva sus tradicionales actividades agrícolas. Fue elevada al rango de ciudad en 1955, como final de una fusión de diversos núcleos más pequeños.

64. Hacia las 17/17'30 se acababa el tiempo de luz de la tarde.

65. Contaba con unos 150,000 habitantes (densidad 263 h/k2). Comparte con otras ciudades de esta región haber estado en mano de varios clanes hasta su definitiva integración en el clan Date, durante el shogunato Tokugawa, en el llamado Periodo Edo. En ese periodo progresó merced a su condición de puerto y centro de la navegación costera entre Edo (Tokio) y el N de Japón. Fue el 1 de junio de 1889, al establecerse en sistema de municipios, cuando se estableció como ciudad, aunque su definitiva configuración se produciría en 1933, al integrar a un conjunto de núcleos y pequeñas ciudades vecinas (un total de 60,000 habitantes).

junto a Minamisoma y Fukushima, uno de los nombres más directamente asociados a la tragedia y una de las ciudades más brutalmente afectada por el terremoto y el tsunami del 11 de marzo de 2011, una de las más castigadas de entre las que nosotros íbamos a visitar a lo largo de nuestras etapas. Todos nosotros conocíamos las descripciones de lo que aquí había ocurrido, cómo una gigantesca ola de más de diez metros había avanzado tierra adentro más de cinco kilómetros, arrasando cuando encontraba a su paso[66] con las terribles consecuencias de pérdidas de vidas humanas y ruina material que pueden imaginarse[67].

Poco antes de entrar en la ciudad propuse hacer algo que llevaba pensando desde hacía días: buscaríamos una floristería y compraríamos cuatro rosas, una por cada uno de nosotros, y antes de pasar por el hotel, antes de hacer cualquier otra cosa, lo primero que haríamos en Ishinomaki sería irnos hasta el monumento que sabíamos que se había erigido para recordar a las víctimas y allí las dejaríamos, nuestras rosas rojas como un silencioso gesto de solidaridad y fraternal memoria. La idea fue acogida por todos con entusiasmo y una vez en ella empezamos a callejear hasta que Carlos descubrió el anuncio de lo que buscábamos. Bajamos y conseguimos tener nuestras rosas. Enseguida nos dirigimos hacia el lugar donde, cuatro años antes, el mar había arrasado a una parte de la ciudad, guiados por Fernando, que había visitado el lugar el año anterior y que nos había advertido sobre lo que íbamos a encontrar: la viva imagen de la desolación. Era ya la hora del crepúsculo cuando alcanzamos a entrar por un espacio en el que parecía que un gigantesco movimiento de maquinarias pesadas hubiera allanado la tierra, arrancando de ella cualquier signo de vida. Era la inmensa pradera terriza que el poder devastador de la ola había creado y que ahora se extendía por los espacios de lo que antes había sido un barrio portuario. Me sorprendía el hecho de que, en ningún momento en nuestros caminos, habíamos podido divisar el mar. Quedaba tan lejos que este dato hacía aún más difícil de aceptar que todo aquel arrasamiento lo hubieran hecho sus aguas.

---

66. Un 46 % de la ciudad fue inundada y el tsunami destruyó el 80 % de las más de 700 casas de puerto de Madoka y del barrio Kadonowaki.

67. El 17 de junio, es decir, dos meses después de la tragedia, se informó de un total de 3,097 muertes confirmadas y unos 2,770 desaparecidos. Del mismo modo, se calculó que unos 29,000 habitantes de la ciudad habían perdido sus viviendas.

Gracias a la memoria de Fernando conseguimos localizar el llamado monumento a las víctimas que, en realidad, no era lo que podríamos haber imaginado. Tampoco en Minamisoma lo era. En ambos casos los monumentos eran más el gesto mínimo, la muestra del amor por la sencillez, el detalle emocionante, tan propia de la sensibilidad japonesa, que la majestuosidad a veces exagerada que acostumbran a tener nuestros mausoleos. El monumento a la memoria de la tragedia de Ishinomaki era un muro de un par de metros de altura, construido con una mampostería rudimentaria, elevado sobre los restos de la solería de lo que había sido una de las muchas casas arrasadas por las olas y que se extendían por todo aquel espacio. Junto a él un alto poste señalaba la altura alcanzada por las aguas y un sencillo panel, de aspecto escolar, mostraba imágenes de aquel espacio contrastando el antes y el después del drama. En una de las caras del muro se había escrito en grandes caracteres de color azul una especie de lema: "Ganbaré Ishinomaki" (Ánimo Ishinomaki).

Cuando llegamos al pie del monumento el día parecía haberse acortado porque el cielo se había encapotado y simulaba una techumbre gris, uniforme y extensa, sólo quebrada al fondo por los perfiles de diversas chimeneas de las que emanaban fumarolas negras. El silencio era sobrecogedor y nos hacía hablar a media voz. Un aire fresco cruzaba el llano sin llegar a ser molesto para nosotros. También aquí, como en aquella mañana de Minamisoma, era la muerte la que parecía pesar sobre todos nosotros. Nos acercamos al conjunto y observamos un pequeño banquito de mármol, contiguo a un breve arriate lleno de flores frescas. Fue allí donde decidimos dejar nuestra ofrenda y uno a uno dejamos nuestra rosa. Era emocionante sabernos haciéndolo, en mitad de una soledad conmovedora. Nadie podía vernos pero, sin previo acuerdo, dimos a aquellos gestos nuestros la solemnidad de una ceremonia. En silencio, uno tras otro, depositamos nuestra flor y una vez concluida esa parte nos alineamos ante ellas guardando un minuto de silencio[68]. Carlos Naranjo y Iijima san unieron sus manos y estuvieron orando.

68. Nuestro conductor Iijima san fue haciendo fotografías de nuestro íntimo ceremonial, pero imaginando que también él quería honrar a los compatriotas muertos, le ofrecimos las flores y se sumó a nuestra acción. Luego, compartimos todos el minuto de silencio en mitad de aquella desolada pradera terriza.

Yo quise pensar entonces en el valor de lo que hacíamos, en lo que estábamos representando allí, actuando en nombre de todos los corianos y corianas, de todos los Japón de Coria del Río y de fuera de ella. Deseábamos que nuestra emoción fuera la suya, que nuestro dolor y nuestro respeto por la memoria de las víctimas fueran el de todos ellos. Deseábamos que con nosotros estuviese también el pueblo todo de Coria del Río.

Salimos de allí sin poder separarnos de la conmoción que sentíamos. Salíamos también satisfechos por haber cumplido con nuestro deber, por haber representado dignamente a nuestro pueblo. Nos sentíamos afectados por haber pisado una tierra donde se había posado la muerte de un modo tan terrible e inesperado. Nadie que tenga un mínimo resorte de sensibilidad puede vivir una experiencia como la que nosotros habíamos acabado de vivir sin sentirse otro. Y con ese pensamiento en nuestras cabezas, tras haber pasado fugazmente por el hotel en el que pasaríamos la noche, todavía acudimos a una emisora local de radio donde nuestro amigo Watanabe san nos había concretado una entrevista. Estábamos cansado, pero él nos había advertido de que era una ocasión que no podíamos dejar pasar, porque era una emisora que tenía una alta audiencia en la ciudad y en su entorno. El director de la emisora, acompañado de una joven con carpeta en mano, nos recibió y nos hizo pasar a una sala donde entablamos una larga conversación sobre nuestro proyecto, sobre nuestros vínculos con la historia de Hasekura, sobre Coria del Río y los Japón. En fin, sobre todo lo que a él se le fue ocurriendo. Nos mirábamos extrañados porque aquello se prolongaba y no le encontrábamos sentido si era tan solo el previo a la entrevista. Pero era así y luego nos dimos cuenta de que la joven de la carpeta era la periodista que nos iba a entrevistar y que había ido tomando nota de cuanto allí se hablaba, de modo que ante los micrófonos se repitieron todas las preguntas y los mismos asuntos. Fue una entrevista interminable que asumimos resignadamente como parte de nuestras tareas del día.

12
En el Museo, una voz desde lejos dijo mi nombre.

Desde algunos días antes veníamos pensando en la conveniencia de cambiar el trayecto previsto para la VIII etapa y nuestra llegada a Ishinomaki y la emocionante visita al lugar de la tragedia nos acabó de disipar cualquier duda. El inicial proyecto de la carrera establecía que la etapa partiría desde la zona arrasada por el tsunami y acabaría en el templo Zuigan-ji de la cercana ciudad de Matsushima, uno de los referentes turísticos no sólo de la hermosa bahía de Sendai sino del país japonés en su conjunto[69]. El cambio que sobre este esquema produjimos consistía en desarrollar toda la etapa en la ciudad de Ishinomaki, manteniendo la salida en las zonas afectadas pero señalando al Museo de San Juan Bautista, situado en la parte alta de la misma, como final del recorrido. La propuesta había partido de Fernando Platero, que ya había visitado Ishinomaki y el Museo y que conocía los lugares en los que estábamos y especialmente su alto valor en el contexto de nuestra calidad de ciudadanos de Coria del Río, es decir, procedentes de la otra parte de la historia que había comenzado aquí. Su idea estaba plenamente fundada y desde el principio me pareció justificada, aunque esa modificación fuese en detrimento del objetivo propiamente deportivo del Tohoku Crossing y por tanto, para su definitiva implantación estimamos que era imprescindible que Eduardo se aviniera a ella.

Finalmente, tras algunas resistencias que estaban fundadas en el rigor con que siempre asumió su compromiso, Eduardo, que ya nos había demostrado su capacidad para adaptarse a los cambios que a veces nos exigía la agenda del día, dio también ahora facilidades para que el acuerdo se produjera. Entendía las razones del cambio que se planteaba, pero no podía evitar sentirse mal por tener que mermar la distancia

69. La distancia entre ambas ciudades era de algo más de 30 klmts una cifra que en nuestra nueva propuesta quedó reducida a la mitad, algo que a Eduardo no le resultaba aceptable y a lo que aceptó cuando comprendió las razones del cambio que proponíamos Fernando y yo,

a correr que suponía este nuevo esquema de la etapa. Compartía cuando decíamos acerca de los objetivos de intensificar y visualizar ahora los gestos de adhesión y respeto a la memoria del hecho fundante de nuestra historia común hispano japonesa, que eran también una de las componentes principales de nuestro proyecto, pero él había venido para correr unas distancias y quería que tal apuesta se cumpliera[70]. Finalmente acordamos una solución de síntesis: mantendríamos los lugares de salida y la llegada sería en el Museo, pero Eduardo los enlazaría alargando el camino entre uno y otro, corriendo más ampliamente las calles de la ciudad hasta sumar un número de kilómetros próximo al que hubiera significado llegar a Matsushima.

Así pues, saldríamos del inmenso solar de la desolación, que ya habíamos visitado la tarde anterior, y finalizaríamos cuando Eduardo apareciera corriendo por las rampas de acceso al gran Museo histórico y llegase hasta los pies de la réplica de la embarcación en la que partió la Embajada Keicho, situada en la pequeña ensenada en la que se mantiene atracada. Sería un momento lleno de simbolismos, emocionante para quienes pudiésemos presenciarlo. Un corredor de Coria del Río llegaba hasta la nao San Juan Bautista y rendiría allí su acto de respeto y memoria a las víctimas de la tragedia de 2011. De hecho, el tsunami también había causado daños enormes en aquella instalación, quebrando el gran mástil del barco y arruinando parte de todas aquellas estructuras. Acorde con lo que habíamos practicado en todas las etapas anteriores, también esta etapa finalizaría en un lugar de alto valor simbólico, porque era desde allí desde donde, en octubre de 1613, partieron con dirección a las costas de Nueva España un nutrido grupo de japoneses, al mando del samurái Hasekura Tsunenaga, una parte de los cuales, como es sabido, un año más tarde remontarían el río Guadalquivir y atracarían en Coria del Río, dato histórico al que los miembros de la comunidad de los Japón otorgamos el valor fundante de nuestro apellido.

A través de nuestro amigo Minoru Watanabe, que desde la distancia de su residencia parisina no dejaba de intentar ayudarnos, habíamos concertado una

70. Es evidente que integrábamos una autocrítica en todos estos argumentos y era que, si todo esto era sabido, por qué no lo habíamos previsto aquí desde el principio. La razón fue el interés que se suscitó entre los responsables del Museo de San Juan y, por tanto, la importancia de atender a su invitación de visitar la instalación.

serie de citas que nos permitían dotar de un superior contenido a nuestro paso por estas tierras del Tohoku tan vinculadas con nuestra historia. La primera de ellas nos permitiría conocer al autor del monumento a las víctimas del tsunami, el mismo sobre el que la tarde anterior habíamos dejado nuestras rosas rojas. Habíamos convenido que iba a estar esperándonos para explicarnos las razones de su obra. Con ese aliciente añadido, hacia las diez de la mañana volvimos al llano que, a la limpia luz del día, mostraba aun más claramente las huellas del desastre. Ahora, frente a la quietud mortecina de la tarde anterior, se observaba una visible actividad de reconstrucción y veíamos cómo por todas partes iban y venían los camiones. El día era soleado y el cielo nítidamente azul, sólo alterado por los trazos oscuros de las perseverantes fumarolas de las chimeneas que veíamos a lo lejos.

Cuando estuvimos cerca del lugar convenido para nuestra encuentro tratamos de distinguir en él a alguien que pudiera ser el autor del monumento y por tanto, el destino de nuestra cita. Sólo conocíamos su nombre, Kenishi Kurosawa. Imaginamos que era él cuando descubrimos cerca del monumento una furgoneta blanca y, junto a ella, una pareja que aguardaba de pie. Nos saludamos como signos de nuestros mutuos reconocimientos y caminamos juntos la breve distancia que nos separaba del muro en el que ahora, bajo la luz de la mañana abierta, se destacaba más claramente el mensaje que se había escrito en el mismo: "*Gambaré Ishinomaki",* con grandes caracteres azules. Una vez situados dentro del recinto "*monumental*" Kurosawa san nos fue contando y en la misma medida que lo hacía íbamos pudiendo entender las claves de todo aquello, la primera de las cuales era, por sí sola, suficiente para dimensionar la omnímoda escala del drama que allí se había vivido. Hasta el día del tsunami, nos decía Kurosawa san, en aquel mismo lugar en el que pisábamos, él gestionaba un modesto negocio de sanitarios en una casa sobre cuyo solar estábamos. Tras escucharlo, con cierto esfuerzo y guiado por sus advertencias, pudimos ir reconociendo las antiguas estancias de la casa: un trozo de pavimento aquí, unos centímetros de muro allá, los restos de un aljibe, el eco de algunos azulejos … A eso habían reducido las olas del tsunami la casa y el negocio con el que Kurosawa san se ganaba la vida hasta el mediodía de aquel 11 de marzo de 2011.

Sus palabras nos permitieron ir resolviendo las dudas que nos surgían al hallarnos de nuevo ante monumentos que en nada se asemejaban a los que en nuestra cultura se erigen para rememorar situaciones dramáticas o históricas. Aquel "constructor" del monumento no era un escultor ni un arquitecto: era un superviviente y el llamado "*monumento*" que había elevado en el solar de lo que fue su casa era su reacción ante una experiencia sobrecogedora a la que había sobrevivido, pero que le había cambiado la vida. Kurosawa san nos contó entonces que aquel día 11 de marzo, con la seguridad de que se acompañan los gestos cotidianos, se acercaba a su negocio conduciendo un pequeño automóvil. En un instante pudo escuchar, creciendo desde la costa, un estruendo terrible que se acrecentaba por segundos acercándose hacía él. Enseguida descubrió que estaba provocado por el avance de una ola inmensa que avanzaba arrasando todo lo que encontraba a su paso. Se sintió aterrado, pero reaccionó y atinó a salir del coche y subir a un árbol antes de que las aguas le alcanzaran. Desde allí arriba, agazapado como un animalillo, aferrado a la copa del árbol, durante un tiempo que le pareció infinito, estuvo viendo cómo bajo sus pies se deslizaba la tumultuosa corriente que venía de un mar desbordado y enloquecido, arrastrando cuerpos, enseres, objetos…, en una mezcla caótica y terrible. Allí aguardó durante horas interminables hasta que comenzó el reflujo de las aguas. Fue entonces cuando tuvo conciencia de la magnitud de la tragedia porque al irse las aguas iban dejando a la vista una inmensa capa de lodos oscuros entre los que afloraban las huellas del drama. Cuando Kurosawa acabó su relato nos quedamos atrapados en un silencio espeso. Estábamos conmovidos, incapaces de decir nada, sobrecogidos por lo que acabábamos de escuchar y por lo que podíamos imaginar que habían sido aquellos momentos. Yo me reconocía profundamente emocionado y sólo acerté a dar un paso hacia Kurosawa san y preguntarle si podía darle un abrazo. Cuando oyó la traducción de mis palabras se acercó él y nos fundimos en un abrazo que hizo brotar mis lágrimas por tanto tiempo contenidas.

Entretanto, había llegado hasta el monumento algunos grupos de visitantes, todos ellos japoneses. Mostraron curiosidad cuando, tras conversar aun un buen rato con Kurosawa san, nos dispusimos a desplegar la pancarta que iba a dar salida

a la etapa. Les invitamos a que se acercaran y les explicamos quiénes éramos y qué hacíamos allí. Cuando lo supieron expresaron su contento, especialmente con Eduardo, al que con toda razón identificaron como el protagonista central de nuestra experiencia. Se sumaron a nosotros, sosteniendo la pancarta, posando juntos y haciendo otras muchas fotografías de cuanto allí estaba sucediendo. Aplaudieron, con el entusiasmo propio de estas almas japonesas tan proclives a la emoción, tan capaces de valorar las pequeñas cosas, en el momento en que Eduardo inició su carrera. Todas las miradas convergieron en él cuando se fue alejando de nosotros, atravesando la llanura en dirección a una carretera perimetral por la que se dirigió hacia el centro de la ciudad. Nos despedimos del autor del monumento, a quien reiteramos nuestra solidaridad y nuestros ánimos para que fuese posible la recuperación material y que la vida regresara a aquellos espacios degradados por la muerte.

Fue entonces emprendimos nuestro desplazamiento hacia el Museo de San Juan Bautista, donde habíamos convenido una serie de contactos y reuniones que se producirían entre tanto Eduardo completaba su distancia y llegaba al recinto. Como ya otras veces me había sucedido a lo largo del viaje, me sentí expectante, preso de una curiosidad ansiosa, cuando viajábamos hacia nuestros encuentros. Era consciente del valor de lo que íbamos a hacer y en cierto modo, -como había escuchado tantas veces a Virginio Carvajal Japón cuando me relataba sus viajes a Japón-, me motivaba el saber que protagonizaríamos momentos irrepetibles y emocionantes. Poco después llegamos en el Museo, a la puerta del cual, puntualmente, se hallaba uno de sus técnicos, impecablemente vestido con traje negro. Nos hallábamos frente al acceso principal del centro, situado en la parte alta de una colina elevada sobre el mar, ocupada por una espesa masa de pinos por entre los que se trazaba una carretera serpenteante y empinada que sería también por la que tendría que correr Eduardo. Seguimos los pasos del joven japonés que nos condujo al edificio central del Museo a través de unas anchas explanadas abiertas, desde las que se vislumbraba el vaho azulado del mar. En ese edificio nos aguardaba la persona más importante de las que íbamos a conocer allí, su director, el historiador Naotsugu Hamada.

Hacía ya bastantes años que Virginio Carvajal Japón me había hablado del señor Hamada, el historiador de Sendai, uno de los grandes expertos japoneses en el conocimiento de cuanto se relacionaba con la Expedición Keicho y con sus protagonistas japoneses principales: Date Masamune y Hasekura Tsunenaga[71]. Ambos se conocieron en el primer viaje de Virginio a Japón (1991) y volvieron a encontrarse en 1993, cuando Virginio y los otros corianos y corianas visitaron el museo. El grupo, que habían viajado a Japón para participar en la Fiesta de San Juan, navegaría entonces por la bahía, -el tramo entre Ishinomaki y Sendai-, en una de las embarcaciones que siguieron a la réplica del San Juan Bautista[72] que se acababa de construir y se conservaba en la misma ensenada donde ahora nosotros la íbamos a encontrar[73].

Antes de emprender mi viaje había revisado imágenes del director japonés, de modo que le reconocí en cuanto entramos en la amplia sala de reuniones donde él nos aguardaba y en cuya puerta se habían concentrado un grupo de periodistas y varias cámaras de televisión. Esta presencia de medios volvía a ser una señal de la importancia que en estas zonas de nuestro recorrido se otorgaba a

---

71. Naotsugu Hamada, había estudiado en la universidad del Tohoku, en Sendai, y desde muy pronto quedó fascinado por la aventura viajera de la embajada Keicho y especialmente por las figuras de Date Masamune, fundador de la ciudad de Sendai y constructor de su castillo, y del samurái Hasekura. Esos conocimientos le granjearon gran prestigio y fue designado conservador de la ciudad y más tarde Director del Museo de San Juan Bautista, en el que se guardan y muestran los datos de la referida embajada, con la pieza singular de la réplica del San Juan Bautista. Hamada había escrito mucho sobre este dato histórico de tanta importancia para los Japón de Coria del Río y había formulado una tesis acerca de cómo otro gran tsunami que afectó a la región del Tohoku, esta vez en 1611, había sido una de las causas presentes en la decisión de Date Masamune de enviar embajadores a Nueva España con el fin de activar el comercio de esta región japonesa y colaborar así en la recuperación de los desastres provocado por la hecatombe. Un atractivo paralelismo, publicado justamente cuando estaban a punto de cumplirse cuatrocientos años de aquella aventura que finalmente recalaría en Coria del Río y sería el origen de nuestro apellido Japón.

72. Me he ocupado de describir con cierta extensión este segundo viaje de Virginio y otros corianos y corianas a Japón. Véanse las páginas correspondientes en mi "De Sendai a Coria del Río; historias de japoneses y japones". Universidad de Sevilla. Sevilla. 2014.

73. Curiosamente, ellos la encontraron cuando estaba recién hacha y nosotros la íbamos a encontrar tras las amplias reparaciones que había recibido tras los graves daños sufridos por el tsunami.

nuestra experiencia[74]. Junto al Sr Hamada estaba otra personalidad muy conocida y querida por nosotros, el señor Hasekura Tsunetaka, el descendiente del samurái histórico, el gran amigo de los Japón de Coria del Río, que ya nos había visitado en varias ocasiones y a quien yo había conocido en noviembre del año 2012 con ocasión de su primer viaje a Sevilla y a nuestro pueblo[75]. Fue aquel, desde el primer momento, un encuentro muy grato, revestido de una espontánea cordialidad. El hecho de que Fernando Platero hubiese estado en año anterior allí mismo, también ayudaba a crear ese ambiente amistoso que tan propicio es para las confidencias. El Sr Hamada, dominador de las claves del acto, antes de invitarnos a compartir un té, nos hizo acompañarle en una breve aparición ante los medios de comunicación a los que les reiteró los motivos de nuestro viaje por el Tohoku[76].

El Sr Hamada nos mostró y entregó unas publicaciones conteniendo información sobre la Embajada Keicho y nos enseñó un libro de amplio formato en el que aparecía un artículo recogiendo la visita al Museo que había hecho "una Japón de Coria del Río", -así se refería a ella-, que había sido Miss España. En efecto, yo recordaba perfectamente que en 1997 María José Suárez había viajado a Japón, en una iniciativa promovida por el entonces embajador nipón en España, Sr Jutaro Sakamoto[77] y, en

74. Una de las conclusiones más evidentes de nuestra experiencia fue justamente esa: que la intensidad con que se siente y se vive la historia de la Embajada Keicho, de sus protagonistas y de sus relaciones con los Japón de Coria del Río crece en la medida que nos acercamos a este ámbito de la bahía de Sendai y de sus núcleos principales.

75. Nos conocimos en la sesión de clausura del IV Foro España-Japón que se había reunido en Sevilla. Fui invitado a pronunciar una breve conferencia de clausura en un acto que tuvo lugar en el Archivo General de Indias. En el mismo acto, Tsunetaka san, que la tarde anterior había estado en Coria del Río, sin poder contener las lágrimas, leyó un texto reflejando su emoción por haber podido pisar la misma tierra que pisara su antepasado, cuatrocientos años después. Luego tuvimos ocasiones de compartir otros encuentros, el último de los cuales había sido en octubre de 2014, cuando como clausura de los actos del Año Dual en Coria del Río, promovimos la "Ultima singladura", una navegación desde Sanlúcar de Barrameda a Coria del Río y que Tsunetaka, que tuvo un visible protagonismo en la misma, realizó vestido con los ropajes de su condición de samurái.

76. Pese a este contacto con los medios, éstos no dejarían de seguirnos durante toda la mañana, estando junto a nosotros cuando bajamos a la ensenada y al buque San Juan Bautista y, por supuesto, siguieron con gran interés el momento de la aparición de Eduardo completando su carrera del día.

efecto, sólo podía ser ella, pero la pequeña fotografía que ilustraba el texto no permitía reconocerla bien, de suerte que incluso me atrevía a decirle al Director que tenía esas dudas[78]. También nosotros le ofrecimos presentes, en mi caso, un ejemplar de mi libro "De Sendai a Coria del Río" y Fernando le entregó el catálogo de la Exposición "El R@stro del samurái", lo que Hamada san recibió con visibles muestras de contento. Se detuvo en ojear los libros y no dejó de hacer comentarios elogiosos y emotivos a los lazos que establecía, -sin la menor vacilación ni duda-, entre los Japón de Coria del Río y aquellos aventureros japoneses que se embarcaron en la histórica navegación que les trajo a nuestro pueblo. Finalizada esta parte de nuestro encuentro y calculando que Eduardo debía estar acercándose al Museo, salimos de la estancia y nos dirigimos a la ensenada donde estaba atracada la réplica del San Juan Bautista, a la que descubrimos enseguida, no sin cierta emoción, contemplada al otro lado de unas grandes cristaleras junto a las que se deslizaban las empinadas escaleras mecánicas que nos iban bajando hasta el nivel del mar[79].

Como habíamos previsto, aquel estaba siendo otro de los momentos singulares de nuestra experiencia viajera, esos que al final sobreviven al olvido. Bajamos finalmente hasta un breve recinto portuario creado para albergar a la réplica de la histórica embarcación que llevó a Hasekura y a los demás miembros de la Misión Keicho

77. Viví de manera muy cercana toda esta historia, junto a mi primo Virginio Carvajal Japón. Todo se inició en 1996, unos meses después de que María José hubiera sido elegida Miss España. El embajador Sakamoto promovió en Sevilla una gran recepción a los Japón, algo que se planteó y desarrolló en estrecho contacto con Virginio. María José asistió a aquella recepción, celebrada el sábado 26 de octubre y junto a un reducido grupo de personas, entre las que me encontraba, asistió a una cena ofrecida por el embajador japonés. Virginio ya había comunicado que la nueva Miss española era una Japón, aunque ya en ella el apellido hubiera desaparecido y Sakamoto no sólo aceptó esa explicación sino que se dio inmediata cuenta del valor simbólico que podía tener que una Japón, es decir, descendiente de aquella aventura de la Embajada Keicho, fuese Miss España. En ese marco se produjo la invitación para viajar a Japón, lo que se llevaría a cabo unos meses después, ya en 1997.

78, Una vez regresado a España le mostré a María José aquella fotografía y, en efecto, ella sí confirmó que era la imagen que tenía entonces.

79. La imagen que se nos ofrecía viéndola desde lo alto de las escaleras era exactamente la que aparecía como fondo de una fotografía que Hasekura Tsunetaka nos había regalado a algunos Japón, con un primer plano de su imagen vestido de samurái.

hasta las costas de Nueva España. Cuando estuvimos en él pudimos dimensionar la enorme del navío. Aquel era el gran barco construido por portugueses y españoles al que los japoneses llamaron "Date Maru" y que seguía el modelo de las grandes naos españolas del siglo XVII. El barco era la pieza fundamental de aquel recinto, en torno a la cual se había construido todo el espacio museístico. Se le había preparado un emplazamiento en el interior de una pequeña ensenada, protegida por un dique cerrado, previsión fue probablemente la razón de que el buque sufriera menos daños que el resto de las instalaciones durante el terremoto y el tsunami del 11 de marzo de 2011. Aun así, las galerías del edificio del museo nos ofrecían grandes imágenes en las que se veían cómo el más robusto de los mástiles fue quebrado, -como si de un frágil palillo se tratara-, y cómo otras partes del navío quedaron inutilizadas por la poderosa ola destructiva[80]. Casi un año fue preciso para que todo volviese a estar como antes, pero nadie nunca en este entorno podrá olvidar lo que allí se vivió y las tragedias que allí y fuera de allí se vivieron.

Entre tanto Eduardo completaba su carrera, dedicamos un tiempo a pasear junto al barco y observamos que cada uno de nuestros pasos era seguido atentamente por los medios de comunicación que nos seguían integrados en el grupo. Poco después, al fin vimos venir a Eduardo quien, tras haber subido desde la ciudad hasta aquella colina, en una mañana en la que era perceptible un poco de calor, corría ya por la misma galería baja por la que habíamos pasado nosotros y en las que se mostraba el repertorio de grandes fotografías con imágenes del tsunami. Cuando accedió al recinto portuario todos rompimos en aplausos y, como era de justicia, fue Eduardo quien estuvo focalizando el protagonismo de cuanto allí sucedía. Una vez más el esforzado atleta coriano había culminado una distancia de casi veinte kilómetros, bajo un sol que podría ser molesto en algunos momentos, y llegaba al final de la etapa sonriendo, elevando los brazos en señal de saludo y sin el menor rictus de cansancio.

80, En las galerías bajas del museo, las más próximas al barco, se mostraban grandes fotografías de los efectos del tsunami y se conservaba un trozo del viejo mástil quebrado, que sorprendía por su enorme tamaño, lo que hacía pensar en la fuerza destructiva de aquella hecatombe. Meses después se iniciaron las tareas de recuperación, que en el caso del barco empleó a un equipo de técnicos bajo la dirección de Noboru Yarada, que dejaron finalizada su tarea a finales del año 2012.

Tras un nuevo encuentro con los periodistas, necesario para que Eduardo les contase sus experiencias a lo largo de los últimos días por los caminos del Tohoku, posamos para infinidad de fotos[81] y finalmente accedimos a la invitación del Sr Hamada para que subiésemos al barco, lo que hicimos sorteando las carreras de los fotógrafos y cámaras de televisión que se afanaban por antecedernos para seguir captando sus instantáneas. El gran barco todavía olía a los barnices de sus cuidados, tal fue la primera impresión que uno recibía al llegar a su cubierta, y cada paso por él, -especialmente cuanto bajamos a las bodegas-, no podíamos dejar de recordaba a las réplicas de las tres carabelas colombinas que se atracan en el llamado Puerto del Descubrimiento en La Rábida (Huelva). Realmente, pese al menor tamaño de las onubenses, el enfoque de la reconstrucción histórica y el intento de recrear la vida de los marineros dentro de ellas eran plenamente coincidentes. Como en aquellas, también en el San Juan Bautista se había incluido ingenuas escenas con figuras de los navegantes y con las supuestas cargas y lastres acomodadas en cada uno de los lados del navío. Fue, con todo, un momento muy grato en el que pudimos conversar, -e incluso bromear-, acerca de todo lo que estábamos viviendo. Terminada la larga visita a la histórica embarcación, abandonamos el Museo tras agradecer al Sr Hamada y a sus colaboradores, con la reiteración que merecía el trato que habíamos recibido, su extremada cortesía.

Aun nos quedaba para completar la agenda del día una cita con el Sr Alcalde de la ciudad de Ishinomaki. No disponíamos de mucho tiempo porque la visita al Museo se había prolongado más de lo que habíamos previsto, así que apenas podíamos comer algo deprisa y dirigirnos al Ayuntamiento. Tsunetaka Hasekura, que seguían con nosotros integrado como uno más del grupo[82], nos condujo a un bar cercano al Ayuntamiento, donde servían comida rápida y típica japonesa.

81. En todas las fotografías formábamos un grupo en el que, además de nosotros cuatro, se añadían el Director, Hamada san, y nuestro amigo Hasekura Tsunetaka, al que se veía feliz ejerciendo de lo que era, el descendiente del histórico samurái.

82. Desde nuestra llegada a Ishinomaki Tsunetaka san fue uno más del grupo. Se unió a nuestros actos y participaba en ellos con visible satisfacción. Intervenía cuando era prudente y contaba a nuestros interlocutores japoneses sus experiencias en Coria del Río, animándoles a venir. Nosotros, por nuestra parte, nos sentíamos muy a gusto con su compañía.

En efecto, era un modesto espacio que se anunciaba como especialista en sushi. Entramos y vimos que, en efecto, se trataba de un lugar muy pequeño, con sólo una reducida barra tras la cual había tres camareros que, como veríamos enseguida, tenían perfectamente asignadas sus funciones para la pronta elaboración de los platos. Yo había entrado allí con la esperanza de que, como en otros lugares, además del sushi y de otras variedades de la cocina nipona, hubiese podido encontrar alguna otra cosa para comer, especialmente los filetes de cerdo almendrados que durante esos días se había convertido en la base fundamental de mi dieta[83]. Más, en esta ocasión no fue posible. Fernando, Eduardo, Carlos y Tsunetaka Hasekura disfrutaron degustando diferentes modalidades de sushi en tanto yo me mantenía, cerveza en mano, como un atento observador de todo aquello, provocando las bromas y las risas de todos.

El alcalde de Ishinomaki era el señor Hiroshi Kameyama, el mismo con el que Fernando y otros corianos habían estado en agosto de de 2014[84]. Era, tal como nos había advertido Fernando, un hombre afable y correcto, que nos acogió con un tono amistoso que trascendía al del mero protocolo. De todos los encuentros que habíamos ido teniendo con alcaldes de la región fue en esta ocasión cuando realmente experimenté que lo que hacíamos tenía sentido pleno y que las cosas en esta parte del territorio de Tohoku estaba discurriendo de un modo más adecuado a nuestros objetivos. Ishinomaki y Coria del Río son, claramente, los focos de una relación que es, por muchas razones, superior a las que se tiene con otras localidades del Tohoku. Y ese hecho no dejó de estar presente en una reunión que discurrió por cauces de visible cordialidad. Hicimos entrega de nuestros presentes al alcalde e incluso Fernando le planteó algunas fórmulas futuras de colaboración, pero también

---

83. Su nombre era Tonkatshu, y su traducción es filete de cerdo y empanado, según las atinadas precisiones que Carlos Naranjo me hacía, extendiéndolas incluso hasta aclararme la etimología de la palabra: 2ton", igual cerdo, y "katsu igual rebozado. Pese a todo ello, yo decidí llamarle Tohoku y esa broma acabó por contagiar a todos y cuando nos reuníamos a comer ya pedíamos un Tohoku y sabíamos de lo que estábamos hablando.

84. Fue un viaje provocado por un encuentro de coros, impulsado por el japonés avecindado en Nueva York Micke Shirota, y en el que participó el coro Santa María de Coria del Río. Además de sus componentes, viajaron Fernando Platero, Juan Francisco Japón, Presidente de la Asociación Hasekura, y el Cónsul Honorario de Japón en Sevilla, José Japón. Como un gesto de cortesía digna de reconocimiento, el alcalde había colocado en una de las mesillas auxiliares una fotografía que recordaba la visita.

se nos hizo evidente que para el edil, -como para todos los demás ediles del territorio-, en estos momentos sólo había una prioridad más allá de la cual nada tenía sentido: la recuperación, la reconstrucción, el acceso a una cierta normalidad tras el terrible suceso que todos habían vivido.

No podía ser de otro modo, porque además, en el caso de Ishinomaki estos daños habían sido terribles, fuertemente golpeada por el tsunami y sufriendo daños ingentes y las pérdidas de muchas vidas humanas, cuya memoria caía como una losa sobre la realidad cotidiana de la ciudad y de sus habitantes. El alcalde Kameyama san sí mostró curiosidad por la dimensión deportiva de nuestra presencia y agradeció vivamente a Eduardo la magnitud de su gesto y de su esfuerzo. Observamos entonces, una vez más ahora en las palabras del alcalde y en el modo en que las pronunciaba, el valor que alcanza lo simbólico en la cultura japonesa. Para este edil, responsable de una ciudad tan fuertemente castigada y presa de tantas urgencias y necesidades, el esfuerzo de Eduardo, su apuesta por recorrer las tierras damnificadas por la tragedia de 2011, encerraba la misma importancia que si hubiese aportado una ayuda material, por ingente que ésta hubiese sido. Antes de dar por finalizada la reunión y de despedirnos, posamos juntos dejando así la imagen de recuerdo de uno de los días más intensos de nuestro proyecto y que culminaba con aquella gratificante entrevista.

13

Ya en Sendai. Masamune me advierte: soy de los tuyos.

Antes de partir para Japón había leído sobre la ciudad de Matsushima y también mi guía me explicaba que su nombre procedía de la unión de dos palabras: “matsu”, que significa pinos, y “shima”, que significa islas y que reflejaba uno de

los elementos sustantivos de la personalidad de esta ciudad japonesa desde la que íbamos a comenzar la última etapa del Tohoku Crissing. El efecto, tal como se decía en esos textos, Matsushima era una ciudad situada a mitad de camino entre Ishinomaki y Sendai y que se destacaba en Japón por ser una de las "*tres vistas*" del país, es decir, uno de esos paisajes imprescindibles de conocer. La originalidad se la otorgaba el hecho de que la ciudad se emplaza al fondo de una amplia ensenada marina, un gran círculo cerrado por un rosario de 260 islas de distintos tamaños y pobladas por pinares en cada una de las cuales la perseverante erosión de las aguas ha ido creando formas sorprendentes de gran atractivo para los usos turísticos. Ahora, cuando cualquier texto se refiere a ellas, añade a esa referencia puramente geográfico-estética un dato nuevo: el cordón de islas actuó como un eficaz muro de protección frente al avance de la ola terrorífica del tsunami de 2011 librando a la ciudad de sufrir similares desastres a los que padecieron otras ciudades de este mismo litoral de la bahía de Sendai.

Hacia ese lugar nos dirigimos tras viajar en auto desde Ishinomaki, bajo la sabia dirección de Iijima san. Muy pronto, apenas nos adentramos en la ciudad siguiendo la ruta que nos marcaba el GPS para localizar al templo de Zuigan-ji, el mar apareció frente a nuestras miradas y, como salpicadas en él, cortando la línea del horizonte, veíamos el perfil del cordón de islas que cerraban su ensenada. El entorno que nos rodeó enseguida tenía las señales inequívocas de los lugares en los que el mar anima la vida en todo un frente de la ciudad, en el que se frecuentaban los negocios, las tiendas y un número considerable de personas que, ya a esas tempranas horas de la mañana, se acercaban al parque lindero de la orilla para contemplar el paisaje de aquella bella bahía. No sin algún desconcierto, los indicadores del GPS nos señalaban que buscásemos el templo en el que habíamos previsto la salida entre aquel caserío que tan claramente configuraba un "centro comercial". Y tras no pocas averiguaciones y contando con la complaciente respuesta de los viandantes, conseguimos localizarlo en un recodo de una de las calles que se adentraban en la urbe, estrecha y orillada de tiendas de todo tipo. No era, desde luego, lo que habíamos imaginado, ni el lugar en el que debiésemos proceder al cotidiano ritual de la pancarta y a dar la salida a la nueva etapa de Eduardo. Así que tras intentar infructuosamente visitarlo, -también estaba cerrado a esas horas-, seguimos una vez más la propuesta de Fernando Platero

y decidimos acercarnos a un pequeño templo situado junto al mar al que se dirigía también el flujo de los visitantes y turistas "japoneses".

El parque que acompañaba a la orilla no era muy grande, ni rico en masas arbóreas. Por el contrario, simulaba más uno de esos parques urbanos abiertos, de pavimentos duros, con objetos pensados para el juego de los pequeños o el paseo de los mayores. En uno de sus extremos se abría un pasillo que conducía a un puentecito de madera que salvaba la separación entre la costa y una de las islas próximas, un promontorio redondeado en cuyo interior se alzaba otro viejo templo, pequeño y con apariencia de no estar "en uso". Todo el borde de este pequeño macizo rocoso era un mirador óptimo para contemplar en su plenitud la bahía salpicada de islas y la superficie quieta del mar brillando bajo el sol de la mañana por la que ya se movían los pequeños barcos que hacen las travesías para los turistas. Realmente, lo que contemplábamos era tan hermoso como lo que se nos había adelantado en nuestras lecturas, -Fernando Platero ya había estado antes allí y pese a ello tampoco era inmune a la seducción de aquel paisaje-, de suerte que consideráramos adecuado y ajustada a la verdad esa apelación a la ciudad de Matsushima como "*miembro del club de las bahías más bellas del mundo*"[85] con la habitualmente se la presenta en los materiales de promoción turística. Nos habría gustado disfrutar de cuanto allí se ofrecía al visitante, claro, pero no estábamos allí para eso[86] y como otras veces, una vez paseado por aquel mirador en el que se salpicaban los grupos de turistas japoneses y de hacer y hacernos fotografías, procedimos a extender la pancarta en la que se anunciaba nuestro proyecto y en el que ya nos alentaba poder leer: "*13 de noviembre, etapa Matsushima-Sendai*", con la que se iba a poner fin a nuestra aventura deportiva y solidaria.

---

85. www.tohokuandtokyo.org/spot_28/?language=es

86. Entre los alicientes turísticos que se ofrecían se hallaba el templo Entsu-In, cuya iluminación nocturna era famosa y atraía a visitantes de todas partes y muy especialmente el Mueso Histórico de Date Masamune, constructor de Sendai y promotor de la embajada Keicho. Se anunciaban también numerosos lugares en los que se podían saborear la rica gastronomía de la zona, especialmente las ostras.

Eduardo se iba a enfrentar a una distancia algo superior a los 20 km, pero durante todo el tiempo previo en el que estuvimos contemplando el paisaje de la bahía, se comportó como un visitante más, sin ningún gesto de preocupación o duda que hiciera pensar que mostrara cansancio acumulado tras tantos días de esfuerzos sin treguas ni pausas. No era así. Eduardo disfrutaba como nosotros del hermoso entorno y abordó el comienzo de su carrera con toda convicción y tranquilidad. Sabíamos que la mitad de la etapa la podría cubrir Eduardo siguiendo un camino que discurría paralelo a la costa, lo cual animaba especialmente a nuestro corredor, imaginando los paisajes que podría ir viendo durante su carrera. "¡Esta es siempre la mejor opción para correr¡", nos decía.

Como tantas veces nos había ocurrido a lo largo de nuestra experiencia viajera, nosotros deberíamos seguir por la carretera, por una ruta más interior, alejada del mar, ancha y cómoda, abierta entre una interminable sucesión de colinas arboladas de notable belleza. Al final, ambas habrían de confluir en la meta de Sendai, en el que habría de ser no sólo el punto final de la etapa, sino de todo el Tohoku Crossing. Ese final, como tantos otros, sería un lugar altamente simbólico: la estatua de Hasekura Tsunenaga, el héroe de la misión Keicho, emplazada en uno de los grandes bosques ajardinados de la ciudad de Sendai[87]. Allí habría de llegar Eduardo Fernández-Agüera dando por conseguido su emocionante reto deportivo y solidario.

Todos viajábamos con esa expectativa que siempre supone llegar al final de una aventura y, en este caso, también por el lugar al que íbamos a acercarnos. Ambas cosas se sumaban haciéndonos presagiar que viviríamos emociones inmediatas. Llegar hasta ahí, enlazar así nuestras culturas, activar el valor del símbolo que suponía nuestra presencia ante la estatua del histórico samurái japonés, viniendo desde la lejana tierra en la que se erige otra estatua gemela, en suma, ponernos, como el grupo de corianos que éramos, ante aquel hito del memorial de nuestra historia común, fue a medias un sueño y un objetivo, una alianza de impulsos que finalmente nos

87. Como en todas las anteriores, establecimos puntos de contacto, ya fuese visual o a través de las respectivas telefonías móviles.

habían movido para emprender esta experiencia[88] y que ahora estaba ya al alcance de nuestras manos. Más importante aún: estaba al alcance de las piernas de Eduardo Fernández-Agüera, de su admirable manera de plantear y ejecutar este reto y que ahora, rodeado por la expectación que causábamos entre los visitantes del mirador de la bahía de Matsushima, que en todo momento no dejaron de curiosear en el significado de nuestra pancarta, se echó nuevamente a correr, primero desandando parte del camino que antes habíamos hecho para llegar hasta aquel lugar y, desde ahí, a través de la ruta que le llevaría a Sendai.

Nos emocionaba sentirnos cerca de Sendai, un nombre que para nosotros estaba lleno de sugerencias, la mayor ciudad del Tohoku[89], ciudad capital de la Prefectura de Miyagi, fundada por el daimio Date Masamune[90], uno de los protagonistas principales de nuestra historia común. Sendai era un lugar clave, donde ya sabíamos que el eco de aquella aventura viajera que llevó a Hasekura hasta la orilla de nuestro pueblo sigue latiendo y vivo, compartido por sus gentes y presente en sus manifestaciones culturales[91]. Sendai era también para nosotros, -especialmente para Eduardo y para mí, que la visitábamos por primera vez-, la ilusión de comprobar su cantada belleza, su fama de ser una ciudad en la que la presencia de la naturaleza, a través de numerosas y extensas arboledas, le daban un

88. Junto a la motivación central del Tohoku Crossing, en los términos en que nos fuera planteado por Eduardo, que era el llevar hasta estas tierras la expresión de nuestra solidaridad y de nuestro apoyo moral para quienes ahora, después de la tragedia, se afana en la recuperación, también estuvo siempre destacar los lazos históricos que unen a estas zonas japonesas y a su historia, con las nuestras y especialmente, con el fenómeno de la comunidad de los Japón de Coria del Río.

89. Es una ciudad relevante también en el contexto general japonés, cuya población supera el millón de habitantes.

90. Las referencias históricas señalan que el área de Sendai tienes vestigios de haber estado habitada desde hacía al menos 20,000 años, pero que su historia actual comienza en 1600, cuando Masamune se trasladó a este territorio y, descontento de la fortaleza existente, la de Iwadeyama, de difícil acceso desde Edo (Tokio actual), construyó, con permiso de Tokugawa Ieyasu, el castillo Aoba, tras la batalla de Sekigsahara. Sendai estaba en una situación ideal, en el centro de los territorios controlados por Masamune y bien comunicada con Edo. Ahí, en torno al castillo, nacería la ciudad.

91. Este era un dato reiterado por todas las personas de nuestro pueblo que habían viajado a Japón, -muchos de ellos miembros de la comunidad de los Japón-, y que habían constatado que eso era realmente así.

tono especial, lo que le había valido ser conocida como "la ciudad de los árboles"[92]. Y así fue. En cuanto nuestro automóvil comenzó a adentrarse en las tramas de la ciudad, comenzamos a vislumbrar ese rasgo. Muy especialmente se hacía visible en las grandes avenidas, todas ellas orilladas de bosques que, en ese concreto tiempo de noviembre, mostraban sus copas con todos los tonos de dorados, ocres, verdes y rojizos imaginables, acrecentando así su hermosura paisajística. Era imposible poder atrapar toda aquella belleza, como nos hubiese gustado, desde el mínimo recuadro de nuestros ventanales, pero incluso así podríamos decir que sentíamos que la ciudad nos iba ganando y nos hacía expresarnos con palabras de alabanza a cuanto estábamos viendo.

Fernando nos advirtió de que estuviésemos atentos, porque en uno de aquellos bosquecillos, alzados a lo largo de los bordes de la avenida por la que discurríamos, aparecería la estatua de Hasekura. En efecto, no tardó mucho en aparecer ante nuestros ojos. La divisamos en un espacio ensanchado creado en la acerca, que dibujaba un pequeño recinto casi cerrado, sólo abierto por la parte que daba a la calle. Al fondo, recortado sobre un espeso dosel de árboles de copas amarillas, granates y ocres, estaba la imagen, el perfil, tan familiar para nosotros, del samurái Hasekura Tsunenaga. Para mí, que vivía todos aquellos encuentros con la capacidad de sorpresa y emotividad que aporta una primera vez, la sensación que me embargó fue muy placentera y experimentaba una alegría casi infantil. Al tiempo, tenía la impresión de haber estado allí antes, -tal sucede cuando hemos visto muchas imágenes previas del lugar al que se llega-, fui dueño de una paz interior, aquella que sigue al momento en que se ha visto cumplido un deseo largamente alimentado.

Desde el coche advertimos que en torno a la estatua había un reducido grupo de personas y algunas cámaras de televisión. Cuando ya estuvimos más cerca distinguí

92. Se sabía que, desde su fundación, el plan original de la ciudad animaba a sus habitantes a plantar árboles. De este modo, tanto en las viviendas, como en los templos o santuarios y en los espacios públicos, se plantaron árboles que, poco a poco, determinaron el paisaje de la ciudad. En ellos produjeron graves deterioros los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial y otra parte de esta vegetación fue sacrificada para sustentar procesos de crecimiento urbano, especialmente desde finales del siglo XIX.

a uno de ellos, el italiano Davide Bitti, a quien yo había conocido en Roma durante mi viaje para asistir al IV Aniversario de los dramáticos sucesos de marzo de 2011 en Japón[93]. Nos abrazamos como si fuésemos amigos de más duraderas relaciones o complicidades, empujados por la mutua alegría de encontrarnos allí, con el silencioso testimonio de Hasekura que parecía mirarnos desde lo alto de su basamento. Desde aquellos días de marzo había mantenido con Davide contactos a través de las redes sociales y sabía que él estaría aguardándonos en aquel significativo lugar de Sendai. Le acompañaban otros jóvenes de diversas nacionalidades europeas que estaban en Japón completando sus estudios. Fue un encuentro feliz. Davide nos los presentó y éstos se mostraron discretamente curiosos, pero deseosos de conocer algunos detalles de lo que estábamos haciendo. Las cámaras, entre tanto, aun se mantenían al margen hasta que, de pronto, las vimos acercarse al borde de la calle con las prisas que anunciaban alguna llegada. No era Eduardo, como podríamos haber imaginado, sino la de nuestro entrañable amigo el samurái Hasekura Tsunetaka, que acudía a nuestro encuentro, caminando con la misma leve sonrisa de satisfacción que sostenía durante sus visitas de nuestro pueblo. Se reprodujeron nuestras efusiones y nuestros abrazos entre constantes interrupciones de aquellos reporteros que, aquí como en todas partes, estaban impacientes por obtener la imagen que había ido a buscar: los saludos entre Tsunetaka y Fernando y yo. Pero era preciso esperar, porque el verdadero protagonista, Eduardo, aun corría por los caminos que habrían de llevarle hasta nosotros.

Carlos Naranjo se mantenía atento y fue él quien anunció que Eduardo subía ya a buen paso por la acera contraria a aquella del punto final de su carrera en la que estábamos. Lo interrumpimos todo y, como otras veces, seguido ahora por las perseverantes cámaras televisivas, nos dispusimos a recibirle. Debió aguardar un instante para cruzar con seguridad la vía que nos separaba y finalmente, trotando, alzando los brazos y con una indisimulable expresión de satisfacción, Eduardo

93. El viaje había sido en marzo de ese mismo año y mi amigo y principal inductor de aquella presencia mía en Roma había alquilado un apartamento en el que convivimos el antes citado Oshikiri, él y yo. La mañana previa a nuestro viaje a Civitaveccia, en el hotel donde recogimos a Kenzo Takada san, conocí a Davide, a quien Watanabe me presentó como un italiano que estaba residiendo en Sendai, donde impartía clases de idiomas y aprendía el japonés. Davide permaneció con nosotros todo el tiempo que duraron las efemérides en las que habíamos ido a participar y resultó ser una persona afable, simpática y comunicativa con la que fue muy fácil entenderse.

alcanzó la última meta de su esforzada aventura por las tierras de Tohoku. Fue un momento revestido con la sencillez que alguna vez acompaña a los hechos notables. Y aquel lo era. Lo era para todos nosotros, que veíamos alcanzado, -a falta sólo de algunas citas añadidas que aun nos restaban por cumplir-, el objetivo tras el cual habíamos viajado hasta Japón. Los fotógrafos y cámaras se arremolinaban en torno a Eduardo, del que una vez más me sorprendía la ausencia de signos de cansancio. Había dejado atrás una distancia superior a veinte kilómetros y ahora, sin dejar de sonreír y de saludar, atendía a todos y transmitía su controlado entusiasmo por haber visto cumplida su parte, que era la parte esencial, en nuestra aventura[94].

Resuelta aquella parte de nuestra agenda, cruzada por Eduardo la última meta de su extenuante carrera por las tierras de Tohoku, aun nos quedaba atender la atractiva cita que habíamos convenido en un lugar cercano, en lo alto de la vecina colina en la que se alzaban los restos del castillo de Aoba[95] y la estatua ecuestre de otro de los héroes de nuestra historia compartida: Date Masamune. Para llegar hasta él debíamos ascender por una vía ondulada, orilla de una espesa vegetación[96]. Ninguno de nosotros, ni siquiera Fernando Platero y Carlos Naranjo, que ya habían estado allí y conocía el lugar, estaban prevenido de las sorpresas que nos aguardaban[97]. La primera se nos mostró enseguida, en el momento de descender

---

94. Esa noche escribí en mi agenda lo siguiente: "Vimos subir desde el fondo de la avenida a Eduardo. Sus últimos esfuerzos les llevaban hasta el histórico samurái Hasekura Tsunenaga, donde le abrazamos emocionados. Su enorme esfuerzo ha sido la clave del proyecto que nos trajo a Japón. Ha cumplido su reto con una enorme generosidad y he descubierto a un gran tipo, cuya amistad vale la pena conservar y atender".

95. El castillo había sido construido por el propio Date Masamune (1601) en la cumbre de un cerro, con el objetivo de garantizar de proteger a Sendai, la ciudad que él también construyó. Tras sucesivas ruinas y reconstrucciones, -en los sucesos de 1870 y más tarde en la segunda guerra mundial- el castillo quedó totalmente desmantelado y de aquella histórica edificación sólo quedaban ahora la antigua base de piedra y algunos muros.

96. Tsunetaka san se unió a nosotros y los jóvenes amigos de Davide decidieron subir caminando, reintegrándose después.

97. Esta fase del viaje había sido programada por Watanabe san y conocíamos las claves generales, pero entre ellas se filtraron situaciones muy gratas que acrecentaron nuestra alegría de encontrarnos allí.

del automóvil: dos personajes, disfrazados de Hasekura y de Date Masamune, parecían aguardarnos y aunque realmente comprendimos que aquella debía ser una "cotidiana atracción del lugar", hemos de confesar que su actitud nos hacía sentirnos agasajados y reconocidos. Ignoro en qué medida aquellos dos jóvenes, travestidos de personajes históricos de gran valor para nosotros, conocían quiénes éramos y por qué estábamos allí, pero desde el instante de nuestra llegada y a lo largo de todo nuestra estancia en aquel lugar no se separaron de nuestro grupo.

Subimos los últimos tramos hasta coronar el cerro y alcanzar una muy amplia explanada, en la que aun eran perceptibles los restos del que fuese histórico castilla de Aoba por entre los que caminábamos. Al fondo se destacaba el perfil de la figura ecuestre de Date Masamune, majestuosa, recortada sobre el plano azul del cielo limpio que sobrevolaba Sendai. La mañana era luminosa y la temperatura muy grata, como si también estos aspectos de los meteoros, a menudos enemigos de los actos planificados al aire libre, estuviesen concertados para ayudar a producirnos un encuentro que se presumía emocionante. Con la continua compañía de Tsunetaka san, el samurái descendiente de Hasekura a quien ya considerábamos parte de nosotros, y de los dos figurantes, nos fuimos acercando al emplazamiento de la estatua del gran Date Masamune, el que fuera Señor de Sendai y fundador de la ciudad y, ante nuestra sorpresa, observamos que al pie de la misma se había concentrado un grupo de mujeres japonesas que se agitaban con cierto nerviosismo a medida que nos aproximábamos. Una de ellas, situada en el centro de la reunión, portaba un cartel hecho sobre cartulina blanca, en el que, escrito en japonés y en español, podía leerse "Bienvenido a Sendai, Sr Japón".

Era una apelación directa, un mensaje dirigido al único Japón allí presente, es decir, a mi. Ello no hizo más que acrecentar la conmovedora sensación que me acompañaba desde que pusimos el pie en Sendai y el reconocimiento de que en estas zonas del Tohoku, cuna de la expedición Keicho, la presencia de un Japón de Coria del Río no era un hecho de importancia menor. Poco antes, al pie de la estatua de Hasekura, los propios periodistas provocaban el que Tsunetaka san, descendiente del samurái histórico que navegó a Europa, y yo mismo, como representante de quienes todos admitían como uno de sus descendientes, posásemos juntos. Lo hicimos allí y

de nuevo lo haríamos junto al monumento ecuestre de Masamune. Pero en aquellos primertos momentos de nuestra estancia en el sitio histórico, solar del castillo de Aoba, era la presencia de aquellas mujeres, el mensaje de aquel modesto y entrañable cartel, lo que nos convocaba. Resultaba difícil resistirse a la emoción de cuanto estábamos viendo. Una vez más, era la sencillez, casi la ingenuidad con que nuestros amigos japoneses nos saludaban y nos mostraban su afecto y su respeto, lo que nos embargaba, transmitiéndonos una honda sensación de gratitud que no éramos capaces de mostrarles en su pleno sentido. Fuimos saludando a todas, estrechando sus manos, dándoles las gracias, repitiendo constantemente ese "arigato" que, en mi caso, era lo único que era capaz de pronunciar en su lengua. Entretanto, ellas nos devolvían gestos tímidos y dulces que nos conmovían. Tsunetaka san departía con ellas y se mostraba visiblemente feliz por lo que estaba sucediendo, orgulloso por el modo en que sus convecinas recibían a sus amigos[98].

Nos hicieron indicaciones para que nos situásemos frente a ellas y cuando lo hicimos, aquel grupo de mujeres comenzó a entonar canciones japonesas que finalizaron con el Hana Wa Saku, la inolvidable canción popular japonesa que entonan los niños de los colegios de nuestro pueblo, la canción que rubrica y acompaña a tantos actos en los que nos hemos venido hermanando con los ciudadanos japoneses que nos visitan. Ahora la escuchábamos en aquella modesta coral situada el pie de la magna estatua ecuestre de Date Masamune, en aquella alta colina elevada sobre la extensión urbana de Sendai que podíamos ver asomándose al fondo. Hasekura Tsunetaka, nuestra samurái amigo, estaba junto a mí y me tenía sujeto el brazo en un gesto de inequívoca complicidad. Y como a él mismo le sucediera el día en que nos conocimos, en el acto que clausuraba el Foro España Japón de 2012 que se celebró en el Archivo General de Indias de Sevilla, cuando traté de engarzar un par de palabras de pública gratitud a aquellas mujeres que de esa forma tan cordial nos habían recibido, sentí cómo las lágrimas me afloraban sin poder hacer nada por contenerlas.

---

98. Realmente, Hasekura Tsunetaka también estaba sorprendido porque desconocía aquella bienvenida. Todo había sido preparado, desde la distancia, por Minoru Watanabe, a través de una señora y de parte del grupo quienes, al parecer, ya habían estado en los actos de IV aniversario de la tragedia del 11 de marzo que celebramos en Roma.

Fue imposible desprenderse de aquel ambiente y además, ninguno de nosotros quería hacerlo. Cuando se viaja y mucho más cuando se hace en los términos y con los objetivos que nosotros lo hacíamos, nos esforzamos por retener todos los detalles, las sensaciones, los paisajes, conscientes de que quizás nunca más volvamos a verlos o a sentirlos. Y sabemos que será imposible retenerlos a todos y que el tiempo provocará un filtrado inevitable tras el cual sólo algunas de nuestras experiencias pervivirán retenidas por la memoria. Ellas serán vencedoras del tiempo y permanecerán con nosotros por siempre. Y aquel mediodía en Sendai, mientras extendíamos nuestra mirada sobre la ciudad, extendida por el valle abierto que se divisaba al otro lado del imponente recuerdo ecuestre de Masamune, su fundador, sabíamos que aquel paso por la colina que guardaba los restos del mítico castillo de Aoba, seguidos por un grupo de periodistas y cámaras, junto al grupo de aquellas mujeres que de forma tan amable nos habían recibido, sería una de estas situaciones perdurables.

Poco después, visitamos el Museo en el que se contaba, con pormenores y a través de un eficaz audiovisual que mezclaba imágenes reales y bellas recreaciones digitales, la historia del castillo de Aoba, que mandara construir Date Masamune en 1601, con la intención clara de disponer del dominio de aquel otero a causa de su valor estratégico para que sirviera a la protección de la entonces naciente ciudad de Sendai[99]. En el Museo se reiteraron las atenciones por parte de la dirección y del personal del mismo, prolongándose así el confort con el que fue discurriendo aquella jornada memorable. Terminada la visita y calculando el podo espacio de tiempo que teníamos para llegar a las citas que habíamos convenidos con la municipalidad de Sendai y con la Prefectura de Muyagi, decidimos hacer un rápido almuerzo en un restaurante contiguo al museo que formaba parte de un conjunto de estancias especialmente adecuadas para los visitantes. Hasekura Tsunetaka, como venía sucediendo desde que se sumó a nuestro grupo, fue un eficaz guía, resolviendo de inmediato nuestras urgencias. Especialmente eficiente fue cuando, al observar

99. El castillo duró 400 años, durante la época antifeudal o Meiji, siendo desmantelado parcialmente en 1870 por la suma de un incendio destructor y por un nuevo gobierno después de la rendición de Sendai. Muchos de los edificios fueron destruidos durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, aunque algunas partes del castillo sobrevivieron. La mayor parte del castillo como la base de piedra, algunos muros, estructuras de madera han sido o están siendo reconstruidas. El castillo guarda en su interior el Templo Gokoku (護国神社 *Gokoku*) así como una gran estatua ecuestre de Date Masamune. (https://es.wikipedia.org/wiki/Castillo_Aoba).

nosotros que en las paredes del restaurante estaban colgados carteles con mensajes escritos por los visitantes que pasaban por aquellas instalaciones, mostramos nuestros deseos de sumar el nuestro, de tal suerte que el nombre de Coria del Río quedara también allí. Nos pareció especialmente relevante el hecho de que uno de los carteles lo habían escrito mejicanos de Acapulco, es decir, del lugar en el que se produjo el atraque de la Embajada Keicho en Nueva España, es decir, en tierras españolas. Nosotros no podíamos dejar pasar la oportunidad de dejar allí también el mensaje de unos visitantes que llegaban desde Coria del Río, el otro lugar de atraque de aquellos esforzados navegantes que, además, nos habían traído el apellido Japón. Tsunetaka se movió con rapidez y en un instante volvió trayendo una gran cartulina y rotuladores. Con ellos escribimos allí nuestro mensaje y dejamos, una vez más, el testimonio de amistad y de solidaridad de nuestro pueblo.

Nos costaba abandonar aquel espacio, salir de aquella nube de ensoñación en que todo se había convertido. También teníamos ese toque de melancolía que brota cuando alguna experiencia vivida con intensidad, -como realmente había sido nuestro Tohoku Crossing-, se ha acabado y que el horizonte que comenzaba a abrirse ante nosotros era el del regreso a casa. Nos costaba aceptarlo, pero había que salir de aquel recinto en el que se veneraba la memoria de Date Masamune, aquel poderoso daimio que promovió la portentosa navegación que trajo hasta Coria del Río a los japoneses y de la que los Japón éramos la consecuencia más visible y actual. Nos quedaba aun cumplimentar la agenda que habíamos cerrado para la tarde, con visitas oficiales a la Prefectura de Miyagi y a la alcaldía de la ciudad. En ambas se reprodujeron los rituales, los discursos, las buenas palabras. Quizás por el momento, -viernes 13 y en horario de tarde-, o por cualquier otra razón que no llegamos a conocer, en ninguno de esos encuentros estuvieron presentes las primeras autoridades. Ese dato, más el cansancio acumulado que de vez en cuando nos enviaba señales y, desde luego, las emociones vividas unas horas antes, me hizo vivir estas ambas reuniones con una indisimulable desidia, deseando que todo finalizase para dar por finalizada la jornada.

Cuando regresamos al hotel y una vez resuelto el cotidiano trabajo de sacar las maletas y de aposentarnos en unas habitaciones que, no importaba dónde

estuviésemos, eran todas iguales, nuestras conversaciones comenzaron a esbozar inevitables balances de cuanto habíamos vivido en los últimos días, a revisar nuestras experiencias a lo largo de los caminos de Tohoku, a recordar hechos concretos y, en fin, a intentar de fijar el modo en que considerábamos que nuestros objetivos se habían cumplido y en qué proporción debíamos sentirnos satisfechos o no. Sin evitar nuestras propias autocríticas, era lo cierto que la práctica concreta del viaje y de la superación de las sucesivas jornadas de nuestro Tohoku Crossing nos había ido permitiendo solventar los numerosos vacíos e imprevisiones con las que habíamos iniciado nuestra ruta. En el centro de todos los logros que pudiésemos reconocernos se alzaba, de un modo incuestionable, la figura de Eduardo, sus perseverantes esfuerzos para cumplir con su reto, su reiterada demostración de resistencia física ofrecida dentro del envoltorio de un ser humano cercano, noble, atento a las necesidades de todos, -especialmente de mis necesidades-, sin tratar en ningún momento de hacer uso de lo que era su gran argumento para imponer una cierta hegemonía: él era el que corría, el que había ideado esta aventura, el que podía exigir superiores atenciones, el que con su propio esfuerzo justificaba la presencia de los demás. Jamás lo hizo. Por el contrario, cada acto suyo estuvo encaminado a fortalecer al grupo y a hacer trascender que el nuestro era un empeño colectivo.

14
Fin del camino. Volver a las raíces: Coria del Río

En los últimos días se había ido concretando una actividad a desarrollar con ocasión de nuestro paso por la ciudad de Sendai. Fernando Platero hablaba e intercambiaban correos electrónicos con varios destinatarios y nos decía que todo estaba preparado para esa actividad que deberíamos atender en la primera hora de la mañana, antes de iniciar nuestro regreso a Tokio. Pero lo cierto es que a ciencia

cierta no llegábamos a tener claro cuál habría de ser el sentido cabal de la misma. Sabíamos, claro, que se trataba de acudir a la sede del Kahoku. Shinpo, uno de los periódicos de mayor tirada de Japón, el cual había promovido un encuentro nuestro con un grupo de escolares japoneses que el año anterior, por iniciativa del referido periódico, habían viajado a Sevilla y Coria del Río, donde habían sido atendidos por miembros de la comunidad de los Japón con los que vivieron momentos gratamente conservados en la memoria de todos ellos. Quizás fuese a causa de la cierta precipitación con la que todo se estaba montando, yo al menos mantenía ciertas reservas acerca de si realmente iba a valer la pena dedicar buena parte de la mañana a esa actividad, retrasando así el largo viaje de regreso a Tokio que nos aguardaba. Pero Fernando y Carlos, que sí habían vivido aquel encuentro en Coria del Río y en Sevilla con esos jóvenes, tenía plena convicción de que no sólo estábamos obligados a atender esa petición del periódico, sino que además íbamos a vivir un rato muy gratificante, uno de esos que después recordaríamos con mucha ternura. Y así fue.

Ese día nos despertamos pronto, porque debíamos resolver una tarea previa a la reunión con los escolares. Por insistentes indicaciones de nuestro amigo Watanabe san habíamos pedido a algunos Japón de Coria del Río que nos envaran por correo electrónico cartas de saludo y recuerdos dirigidas a aquellos escolares a los que habían atendido en Coria del Río un año antes y lo hicieron. Con ese material y mi ordenador portátil la noche anterior compuse sendas cartas, en las que incluso inserté fotografías que nos habían enviado desde Coria del Río en la que se reproducían escenas de aquel encuentro. Pero debíamos imprimirlas y ofrecerlas de manera que realmente parecieran que habían venido con nosotros desde el pueblo. De tal cosa me encargaría yo con el indispensable apoyo de Carlos. Y apenas tomado un frugal desayuno fui con él a un comercio abierto 24 horas que estaba próximo al hotel y en el que él ya sabía que había impresora, fotocopiadoras y todas los demás posibles artilugios para resolver la necesidad de reproducir de documentos. Llovía cuando salimos a la calle y eso nos creó un pequeño problema, porque no podíamos dejar que las cartas, tan laboriosamente conseguidas, se nos mojaran. Compramos un paraguas y volvimos al hotel con la tarea resuelta.

Poco después nos enfrentamos, por última vez, a resolver el complejo puzle de colocar nuestras maletas en el Mitsubishi y una vez solventado este asunto, merced a la práctica que los días pasados nos habían prestado y la ayuda eficacísima de Takashi Iijima, nuestro conductor, nos dirigimos a la sede del periódico para reunirnos con aquellos jóvenes japoneses que, como comprobamos luego, era en realidad jóvenes japonesas, porque sólo chicas componían el grupo. Quizás por el modo en que comúnmente se me manifiesta la aversión a participar en actos de los que no controlo las claves, viajaba con cierta inquietud. Fernando y Carlos, en cambio, tenían otros puntos de vista y la tranquilidad que les daba su superior información. Esperaban el encuentro con expectativas que luego comprobé que eran plenamente fundadas. Más aún, Carlos, que había conocido a los muchachos durante su estancia en España y había sostenido después contactos con una de las jóvenes japonesas que iban a estar presente, añadía una razón propia para justificar su contento.

Desde el interior del coche la ciudad de Sendai parecía otra. Bajo la lluvia, cada vez más espesa, que se abatía sobre ella, se nos mostraba como una escala de grises y no con aquella luminosa sucesión de colores que nos había recibido el día anterior. Parecía como si las aguas le hubieran borrado la riqueza de verdes, ocres, rojizos y amarillos de sus arboledas y el brillo azulado de su cielo. Aquel era, desde luego, otro el paisaje que el que antes se nos había ofrecido con plenitud. Hablábamos con Eduardo, bromeando acerca de la circunstancia que el viaje le ofrecía, recordándole que por primera vez amanecía un día sin que él tuviera que correr una veintena de kilómetros. Eduardo se limitaba a sonreír, sin darle importancia a lo que había hecho en las jornadas anteriores y al modo admirable en que había ido cumpliendo con sus compromisos. Es más, todos estábamos seguros de que también en ese momento hubiera podido hacerlo sin el menor problema, pues seguía sin aflorar en él el menor signo de cansancio.

Llegamos poco después a la sede del Kahoku Shinpo y en cuanto y atravesamos su puerta vimos cómo al otro lado nos aguardaban algunos señores que, por su aspecto, debían ser los dirigentes, el staff de dirección del periódico. Enseguida nos mostraron los consabidos gestos de amable acogida típicamente japonesa que ya habíamos visto en otros lugares como expresión de bienvenida. Fue una primera

impresión muy agradable que nos hizo pensar que, en efecto, allí nos esperaba una experiencia gratificante y que aquel iba a ser un acto justificadamente inserto en nuestra agenda y destinado a quedarse de un modo indeleble en nuestras memorias. En nuestro grupo seguía integrado Hasekura Tsunetaka, como desde que habíamos llegado a Ishinomaki, y mostraba su sonrisa inalterable mientras iba de un lado a otro, hablando con unos y otros y haciéndose presente con los dirigentes del periódico sin dejar, al mismo tiempo, de mantenerse cerca de nosotros. Se esforzaba por ser un símbolo de aquel ceremonial de unión de culturas que simbolizaba nuestra visita, imbuido de su condición de nexo: un heredero del histórico samurái que había llegado hasta Coria del Río junto a quienes habíamos viajado a Japón desde el pueblo sevillano. Subimos hasta una planta superior en la que, nada más entrar, vimos alineadas, con una formalidad sorprendente, a un grupo de jóvenes japonesas, vestidas con el uniforme de su colegio: chaqueta verde oscuro con escudo sobre el bolsillo superior, faldas plisadas y calcetines hasta las rodillas. Cerca de las muchachas, otras personas, que luego supimos que eran trabajadores del periódico y que se encargarían de dar fluidez a los actos que ellos habían programado, nos aguardaban igualmente alineados, formando parte de un ceremonial. Siguiendo las indicaciones que se nos hacían fuimos pasando ante ellos, estrechando sus manos, recibiendo sus gestos de salutación y bienvenida y tratando de devolverles la incontenible gratitud que nos había nacido a partir del momento en que dimensionamos el valor de lo que ellos habían preparado para nosotros y la importancia que daban a nuestra presencia.

Tras estos saludos, el director del periódico nos dirigió un breve discurso manifestando su agrado por nuestra visita, que agradeció porque sabía que para atender a su propuesta habíamos creado un hueco en nuestra agenda, en un día que nos obligaba a un largo viaje hasta Tokio. Del mismo modo, explicitó los objetivos de aquel acto: se trataba de volver a encontrarse con una parte de las jóvenes japonesas que el año anterior habían visitado España, -especialmente Sevilla y Coria del Río-, en una experiencia que había sido promovida por el propio periódico y al que ellos había dado un notable seguimiento. Al cerrar sus palabras, tras reiterarnos su agradecimiento por haber permitido que ese encuentro se realizase, anunció que habían preparado un breve documental que contenía las imágenes de aquel viaje. De

inmediato dispusieron las sillas, se extendió una amplia pantalla y nos acomodamos como espectadores del referido documental. Las imágenes tuvieron la virtud de comenzar a distender un ambiente que hasta entonces había sido demasiado formal, demasiado rígido. Las jóvenes no podían evitar sus comentarios y sus risas nerviosas cuando se veían en la pantalla, paseando por los entornos de la catedral de Sevilla, por las cercanías del río Guadalquivir o junto a la estatua de Hasekura que se eleva en la orilla coriana de ese río. Igualmente Fernando Platero y Carlos Naranjo recordaban sus propias vivencias en dichas jornadas y fueron dejando aflorar también comentarios que, sumados y entrecruzados con los de ellas, dieron luz a una reunión diferente que ya fue perdiendo una parte de su carácter excesivamente protocolario y formal.

Tras visionar el documental, pasamos a acomodarnos en torno a una larga mesa, en uno de cuyos lados se sentaron ellas y en el otro nosotros cuatro, -Eduardo, Fernando, Carlos y yo-, además de Hasekura Tsunetaka, convertido en un "coriano" más. De nuevo, y en esta ocasión por última vez, Fernando, Eduardo y yo fuimos relatando el sentido de nuestro viaje a Japón, el desarrollo de nuestro Tohoku Crossing, el mérito del esfuerzo físico asumido por Eduardo Fernández-Agüera como un modo de expresar su solidaridad y la de todos nosotros y la de Coria del Río, con los damnificados por el drama terrible que aquella zona de Japón había sufrido el 11 de marzo de 2011. Todos los presentes, tanto las jóvenes colegialas japonesas, como los dirigentes y trabajadores del Kahoku Shinpo nos escucharon con palpable atención y al final de mi intervención, -que fue la última-, anuncié que, en efecto, éramos portadores de unas cartas de salutación y recuerdo de alguno de los Japón que a los que habían tratado durante su visita a Coria del Río, en concreto, traía las cartas de Juan Francisco Japón, de Carlos Japón y de María José Japón. La reacción de ellas fue todo lo expresiva que les permitían las rigideces de sus costumbres y su educación. Reían contenidamente y se decían cosas entre ellas. Como yo había hecho copias suficientes de esas cartas, las repartimos y así cada una de ellas pudo tener en sus manos aquellos documentos en los que se les decía que los Japón de Coria del Río las recordaban con mucho cariño y que las esperaban con los brazos abiertos si alguna vez regresaban a España. La síntee9is era común en todas las misivas: en Coria del Río habían dejado amigos para siempre.

La entrega de las cartas y los evidentes gestos de alegría que provocaron en todas ellas nos conmovieron. Su emoción era "contagiosa". Poco después, reposadas las almas y vuelto el sosiego, les pedí que nos dijeran algo de sus sensaciones, de sus recuerdos de aquellos días en nuestro pueblo, de lo que les había quedado más grabado en sus memorias de aquella experiencia. Como era de esperar, la timidez les atenazaba y ninguna de ellas se atrevía a hablar. Hubo un silencio expectante que había que quebrar y dije entonces que actuaría como el viejo profesor que era y que como no se decidían a hablar me dirigiría a ellas obligándoles a hacerlo, como si fuesen mis alumnas. Rieron nerviosamente entendiendo que estábamos interpretando un juego que les resultaba grato. De ese modo, señalé en primer lugar a la chica que era amiga de Carlos Naranjo, sabiendo que ella sí podría decir algo, porque éste me había dicho que hablaba español. Reaccionó muy positivamente y comenzó a expresarse en nuestra lengua con un nivel más que suficiente para hacerse entender. Relató los imborrables recuerdos que tenía de aquellos días, de la belleza de Sevilla, a pesar del calor que habían soportado, y de su emoción al llegar a Coria del Río, la tierra que cuatrocientos años antes había pisado Hasekura, el "héroe local". Otras la siguieron respondiendo a leves incitaciones mía. Unas tras otra nos fueron reiterando sus recuerdos de su paso por Sevilla y Coria del Río y sus deseos de volver a España en algún momento. Alguna de ellas confesó que tras su regreso había comenzado a estudiar nuestra lengua y otra admitió que esa experiencia había cambiado su percepción de la Historia como ciencia y que había decidido que se dedicaría a ella al iniciar sus estudios universitarios. Fue común en todas el modo, maduro y sensato, en que exponían su pensamiento, como si fuesen frutos de largas reflexiones que sorprendían en personas con sus edades. Pero esa era la sensación que nos transmitían y que nos dejaban una sensación de confort, de gratitud por lo que nos decían, de alegría por haber podido vivir esa experiencia.

Acabada esta parte de nuestro encuentro nos levantamos y comenzamos el obligado ritual de las despedidas. Antes, y como es tan habitual en sus usos, los dirigentes del periódico propusieron que posáramos en grupo. Lo hicimos entre risas y muestras de buen humor. Tsunetaka san se unió al grupo y con gestos ostensibles me cogía de la mano como queriendo simbolizar el lazo de unión entre japoneses y los Japón de Coria del Río y con los corianos en general que

allí estábamos protagonizando. Después de eso, ya no nos quedó otra opción que iniciar la salida de aquellas estancias. Todavía nos detuvimos unos momentos conversando con los dirigentes del periódico e intercambiando algunos obsequios y, entre tanto, sin que nos diésemos cuenta, nuestras muchachas habían bajado y se habían vuelto a disponer en hilera en las inmediaciones de la puerta que daba a la calle. Allí aguardaron a que de nuevo pasásemos ante ellas, estrechando sus manos y mostrándoles nuestra gratitud por habernos permitido compartir un momento tan intenso y tan emocionante.

Bajo el umbral del edificio nos dimos los últimos adioses, que fueron acompañados por fuertes abrazos con Carlos Naranjo, cuyo rostro reflejaba una cierta tristeza por vernos marchar hacia España después de haber compartido tantos días juntos por las tierras de su Japón amado. También a nosotros su imagen nos dejó un halo de melancolía, viéndolo tan joven, con su aspecto frágil y su sonrisa de siempre, ahora un poco velada por la emoción de la despedida. Y de igual modo, con un abrazo efusivo nos despedimos del samurái Hasekura Tsunetaka, nuestro amigo, el amigo de tantos corianos y corianas, cómplice en nuestros sueños comunes de fortalecer nuestras alianzas, con quien habíamos convivido los dos últimos días de nuestra estancia en Japón[100]. El se mostraba casi eufórico y expresaba sus deseos de regresar pronto a Coria del Río, lo que para nosotros se dibujaba como una posibilidad deseable. Nadie entonces podía imaginar lo que vendría luego: apenas un par de meses después de aquellos momentos un terrible accidente de circulación dejó a Tsunetaka san en un estado suma gravedad que aún no ha podido superar[101]. Tristemente, mientras estas líneas se escriben, sabemos que Tsunetaka ya no volverá a Coria del Río y que no le volveremos a ver por nuestras calles, vestido con los atuendos de su condición de samurái, causando la extrañeza y la admiración de los viandantes. Nada de eso podíamos imaginar cuando le dejamos allí, en la puerta del edificio del Kahoku Shinpo, junto a los dirigentes del periódico y el grupo de las

---

100. Carlos Naranjo nos contó luego que Tsunetaka san estuvo con él todo el tiempo, acompañándolo hasta la hora de la tarde en que Carlos debió subir al tren para regresar al lugar de residencia en Japón.

101. Casi uUn año después de producido el accidente, cuando redactamos estas líneas, Hasekura Tsunetaka sigue hospitalizado en estado de coma inducida y las esperanzas de su recuperación se han disipado casi totalmente,

escolares con las que habíamos departido. Y con Carlos Naranjo, a quien después acompañaría el resto de aquel día lluvioso en que abandonamos Sendai rumbo a Tokio, como punto de partida de nuestro largo viaje de regreso a España.

Enseguida, comenzamos a dejar atrás la hermosa Sendai, la "ciudad de los árboles", la tierra de Date Masamune, la raíz profunda de aquella aventura histórica que nos trajo el apellido. Y era evidente, por el tono de nuestras conversaciones, que en cada uno de nosotros se comenzó a producir esa íntima relectura de cuanto habíamos vivido, ese forzado balance que acompaña a los viajeros cuando emprenden la vuelta. La tarea que nos propusimos en aquel "Tohoku Crossing" estaba cumplida y los objetivos de nuestro proyecto podían considerarse en muy buena parte cumplidos. Habíamos podido resolver con suficiente eficacia los asuntos no suficientemente concretados que nos acompañaban al emprender nuestro viaje, muchas de nuestras incertidumbres se habían ido disipando con el paso de los días. Así que pensábamos que el balance sólo podía ser positivo, aunque en cada uno de nosotros se albergasen pequeñas sombras pensando en aquellos planes que no habíamos podido llevar a cabo, o por algunas cosas que tal vez no resultaron como las imaginábamos o, en fin, por ese margen de mejora que siempre acompaña a cualquier obra humana. Era inevitable que eso ocurriese tras una experiencia de tan evidente complejidad como la que habíamos desarrollado nosotros. Pero el tono con el que viajábamos, consumiendo kilómetros y kilómetros camino de Tokio, bajo una lluvia que no dejó de caer en todo el tiempo, era de una sosegada satisfacción.

Convinimos en que, pese a nuestro lógico cansancio y al deseo que compartíamos de descansar esa noche previa al largo viaje de vuelta, convendría dedicar un poco de tiempo para sostener un mínimo contacto con nuestro amigo Takemoto san, que nos aguardaría a nuestra llegada a Tokio. Sus prometidas aportaciones y ayudas a nuestro proyecto, todo aquello de lo que nos había hablado durante su estancia en Coria del Río en la feria de septiembre, no se habían ido cumpliendo. Antes al contrario, su aparición imprevista en algunos momentos se había convertido en un elemento de distorsión para nuestros ajustadísimos planes de trabajo, -tanto en su parte propiamente deportiva, como en la institucional y cultural-, en los que, de ningún modo, él podría haberse incluido. Fernando debió hablar con él y hacerle

ver la situación que se nos creaba al no poder atenderle y por eso, tras nuestra jornada en Minamisoma, Takemoto san había decidido renunciar y emprender su regreso a Tokio. No lo hizo sin dejar de manifestarnos un cierto malestar, sin entender el modo en que su situación había cambiado respecto a cuanto nos había prometido en Coria del Río, pero era evidente que ni siquiera teníamos espacios en el coche para que se integrara y que, además, su presencia tampoco tenía explicación en un plano institucional. Por ello y para evitar que hubiera anidado en él la falsa idea de una animadversión por nuestra parte, tras su marcha Fernando había ido sosteniendo contactos con él y finalmente había convenido en que nos estaría esperando en nuestro hotel y que podríamos compartir algún rato para hablar de los proyectos que Takemoto san genera de manera constante, dada la prolijidad de sus demostradas capacidades y habilidades.

El viaje hasta Tokio se nos hizo largo, bajo un cielo constantemente gris que había ocultado la hermosa coloración de los paisajes. Al fin, nos adentramos por las complejas estructuras viarias que anunciaban nuestra llegada a la gran ciudad, que nos fue engullendo poco a poco, sucediéndose espacios urbanos inacabables entre los que se abrían, hacia todas las direcciones y a diferentes alturas, anchas autovías ocupadas por una circulación fluida, era sábado y también aquí se notaba una menor densidad de tráfico. Se había hecho de noche y las largas hileras de automóviles que veíamos ante nosotros desdoblaban sus luces rojas y amarillas reflejadas sobre los oscuros suelos mojados. La sensación de que íbamos acercándonos al centro se nos iba acrecentando por las infinitas luminarias que se mostraban en las fachadas de los grandes edificios y finalmente, después de un largo recorrido por el interior de la ciudad, arribamos al hotel en el que íbamos a pasar nuestra última noche en Japón. De nuevo se reiteraron las mismas escenas: enderezar nuestros cuerpos doloridos tras el continuado encierro en las inevitables estrechuras del coche, bajar las maletas, entrar con ellas en el hall de un nuevo hotel para hacer y decir lo mismo que habíamos dicho y hecho en otros semejantes durante los últimos días.

Cuando todo ello estuvo cumplido y antes de pasar a nuestras habitaciones nos quedaba despedirnos de alguien que se había convertido para nosotros en pieza indispensable de nuestro proyecto, en un elemento clave de nuestra aventura: el

conductor Iijima san. Resultaba difícil hallar el modo adecuado de agradecerle su comportamiento, la paciencia infinita con la que había soportado nuestras indecisiones, los tiempos muertos, los inevitables cambios de planes para resolver los retos de cada una de las etapas de Eduardo, sus itinerarios, sus seguimientos, sus esperas Cómo íbamos a dejar de reconocerle su educación exquisita, su respetuoso cumplimiento de sus obligaciones, su puntualidad y, en suma, su creciente complicidad con nuestras cosas. Cómo ser capaces de hacerle ver que todos teníamos el convencimiento de que sin él todo habría sido más complicado y menso grato. En definitiva, cómo expresarle nuestra admiración por su alto sentido de la profesionalidad.

No era fácil. Y no sólo por las limitaciones que siempre suponen las lenguas distintas y las diferencias de cultura. Sabíamos, por ejemplo, que entre los japoneses, cualquiera que sea el modo en que ejercen sus oficios y se extreman en sus servicios a los clientes, no estaba bien vista la práctica de las propinas, tan arraigadas en nuestra cultura. Aun así, mientras consumíamos la larga distancia entre Sendai y Tokio Fernando, Eduardo y yo hablamos de este asunto e incluso llegamos a concluir que, siendo de tal grado y tan compartido el sentimiento de nuestra gratitud y nuestro reconocimiento, debíamos intentarlo. El plan era el siguiente: cada uno de nosotros tres aportaría una cantidad y al llegar a Tokio se la dejaríamos discretamente en el momento de despedirnos. Me encargaron de hacerlo, quizás por ese papel que inevitablemente se asigna a "los mayores" de la reunión. Acepté, aun sabiendo que debía hacerlo cuidando de no lastimar sus sentimientos, conservando el total respeto que le profesábamos y sin quebrar con insistencias estériles sus modos de hacer. Así que salimos a la calle y una vez más junto al automóvil, nos reunimos con él y cada uno fue mostrándole gestos cariñosos de despedida. Al llegar "mi turno", le alargué temerosamente la mano en la que llevaba el dinero, pero Iijima san lo advirtió y lo rechazó de un modo discreto y rotundo a la vez. No insistí. Si pedí a Eduardo y Fernando que le tradujeran en inglés lo que yo quería hacerle saber: "Iijima san, -le dije-, a lo largo de mi vida he tenido conductor oficial durante más de doce años. Todos fueron excelentes compañeros y me ayudaron a hacer mejor mis tareas. Por eso puedo decirle que su comportamiento ha sido extraordinario y que le estaremos por siempre agradecidos. Usted, amigo Iijima, es un gran profesional". Al oír la

traducción nuestro conductor sonrió, dio un paso atrás que era ya el primero en dirección al coche y sólo acertó a decir "¡soy japonés¡".

Iijima san se marchó perdiéndose en el tráfico nocturno, llevándose al Mitsubitshi que había sido parte de nuestras vidas, -casi como nuestra casa-, durante los días que habíamos recorrido la región de Tohoku. Regresamos al interior del hotel, al que aún no había llegado Takemoto san. Subimos a la habitación en busca de un breve descanso, en tanto Fernando se quedaba aguardándolo. Apenas habíamos dejado la maleta sobre la cama cuando, por teléfono, Fernando nos avisaba de que debíamos bajar porque "habían llegado". Cuando regresamos al hall Fernando departía con dos personas a las que de inmediato reconocimos. Ninguna de ellas era el esperado Takemoto san, sino Gracieuse Lesaffre, su esposa, un madura mujer francesa, vestida con el toque bohemio que tan bien se acomodaba a la estética de su marido, y una joven japonesa, -Nodoka Sawada-, que trabajaba para ellos y a la que ya habíamos conocido en Coria del Río, a donde había venido acompañando al matrimonio. Fernando nos adelantó que Takemoto san nos aguardaba en un "bar español", donde cenaríamos y podríamos presenciar una muestra de flamenco. Me temí lo peor porque, además, ello nos obligaba a salir cuando sobre la noche de Tokio se estaba desplomando un aguacero.

Nos echamos a la calle apenas protegidos por frágiles paraguas y tras un breve trecho bajamos por una boca del metro. Entrar ahí fue como si, de pronto, llegásemos a otro mundo, ajeno a la lluvia y al tráfago urbano de la noche tokiota. La joven japonesa, unos pasos por delante, iba señalando el camino a través del laberíntico entramado de pasillos del suburbano, por las taquillas y por los vagones. Cuando volvimos a salir a la superficie vimos el inconfundible perfil de Takemoto. Todos juntos caminamos de prisa, urgidos por la lluvia, apartándonos de la gran avenida y adentrándonos por calles estrechas, mal iluminadas, ornadas con todos los signos de lo que uno imagina en una ciudad oriental. Takemoto se detuvo ante la puerta de una fachada en la que era visible la bandera de España. Al entrar, debimos descender por una escalera estrecha a cuyos lados se reproducían carteles con iconos de nuestra cultura. Por ahí accedimos a un espacio rectangular, reducido, decorado al uso de los tablaos españoles. Una única fila de sillas de eneas se extendía en torno

a una tarima o escenario, con faroles andaluces y carteles con imágenes flamencas sobre las paredes. En uno de los ángulos, un breve mostrador y tras su barra aparecía erguido, vestido totalmente de negro, ¡"el niño cagón", el guitarrista-cantaor que llegó a Japón para formarse en artes marciales y había acabado, por mor del amor, convertido en un artista flamenco¡.

Al poco tiempo de estar dentro apareció quien resultó ser el dueño: un japonés de unos sesenta años, -siempre es aventurado fijar a simple vista la edad de los japoneses-, con pantalón y camisa roja brillante. Era moreno de piel y calvo pero el cabello que rodeaba su nuca se acumulaba en rizo y su patilla de alargaba por el rostro, rematándose en un perfil de hacha, como era común en ciertos tipos de la gitanería flamenca bajo andaluza o en el mundo de la tauromaquia. No había dudas: era un flamenco. Japonés, pero flamenco. Apenas habló cuando Takemoto nos lo fue presentando. Estaba serio. El "niño cagao" se acercó y nos ofreció un repertorio de saludos y risas. Estaba feliz de volver a vernos. Poco después se esmeró en servirnos cervezas y algunos platos con sucedáneos de chacinas y una salvadora tortilla de patatas y verduras. Entre tanto, algunos espectadores se habían acomodado en otras tantas mesitas[102], sin que en ningún momento lograran quebrar el ambiente silencioso e incluso entristecido de aquel recinto destinado a albergar la alegría festiva de nuestro arte. El propio Takemoto, que nos había hecho llegar hasta allí, no parecía hallarse bien. Tosía con una reiteración preocupante y tenía dificultades para hablar en voz alta. Se mostraba más retraído que otras veces, lo que pensábamos que podría deberse a nuestro conflicto pendiente. En cierto momento, se acabó ese tiempo de las reflexiones porque desde detrás de la pared que cerraba el pequeño escenario apareció el guitarrista japonés vestido de rojo, con las largas patillas de hacha. Se sentó en el centro de la pequeña tarima. Comenzó a tocar lo que acabó siendo una mezcla de alegrías, tangos y bulerías, de un modo casi violento, lo que a aquel reducidísimo público pareció gustarle. Tras su toque subieron a la tarima el flamenco gaditano-tokiota, que en esta ocasión tenía encomendado el papel de cantaor, y una bailaora japonesa, delgada y seria. Juntos, escenificaron un baile por alegrías que parecía no acabarse nunca. Mientras tanto, observé que, en el extremo

102. Además de la nuestra, sólo tras tres mesillas estaba ocupadas con espectadores que al entrar eran saludados por el dueño, en clara muestra de que era asiduos a aquel lugar.

de nuestra mesa, Takemoto estaba agachado cambiándose sus zapatillas por unas botas con leve tacón, idéntica a la que utilizan los bailaores. Todo parecía indicar que nuestro amigo, al que ya habíamos escuchado cantar en nuestra primera noche en Tokio, nos iba a sorprender de nuevo, pero esta vez bailando.

Pese a la componente surrealista que todo aquello encerraba, las cosas sucedían de un modo tan natural que nos resultó evidente que no estábamos allí por casualidad y que aquellas actuaciones de Takemoto san debían ser habituales. Los "artistas", una vez terminada una parte de su actuación, se dirigían a él y le animaban a que subiera al escenario: ¡vamos Takemoto¡, decía el cantaor gaditano haciéndonos gestos cómplices. Pero él necesitaba pocos empujes. Se levantó resoplando, respirando con creciente dificultad, agitado por el solo esfuerzo de cambiarse los zapatos y enseguida se transfiguró bajo las luces azuladas que caían sobre el tablao. Se quedó en una especie de trance y tras una pausa, respondiendo a los cantes y palmas de la bailaora y del "niño cagao" Takemoto se metió en los compases de una bulería, resolviendo con aceptable destreza los retos de un baile tan difícil como ese. Fernando, Eduardo y yo no salíamos de nuestro asombro. Sonreíamos de pura sorpresa, mientras nuestro amigo japonés, suelto su cabello canoso por el fragor de la danza, reiteraba sus taconeos. Su mujer y la joven que les acompañaba lo seguían con la indiferencia de la costumbre, pero nosotros estábamos dentro de una nube de incredulidad y asombro. Finalmente, cesó la música y Takemoto regresó con nosotros. Respiraba dificultosamente, no podía hablar y estaba lívido. Nos mirábamos y aunque no decíamos nada era claro que temíamos que pudiese sobrevenir un desmayo o cualquier otra alteración de su estado. No fue así, por fortuna. Al poco rato, pareció recuperarse y siguiéndole nos despedimos de los artistas y salimos de aquel sótano adornado con banderas de España en el que cada noche estos esforzados artistas japoneses ejecutaban el viejo ritual flamenco a miles de kilómetros de la tierra en donde este arte naciera.

Fuera llovía, ahora de un modo menos molesto. El cielo de Tokio mostraba una negrura plena, sin resquicios. El aire húmedo y la ausencia de gentes por las calles, ahuyentadas por este sábado lluvioso, nos daban la impresión de que estábamos navegando en mitad de la madrugada. No era así, eran apenas las once de la noche. Nos costaba admitir todo lo que acabábamos de vivir y que caminábamos por una

zona casi vacía de la inmensidad urbana de Tokio. El día había sido muy largo y todos agradecimos el pronto retorno al hotel y el descanso que nos preparara para el largo viaje de vuelta a España. En la soledad de la habitación buscamos el sueño por entre un revoltijo de imágenes que nos iban trayendo la memoria de nuestros pasos por las tierras del Tohoku, la belleza del momiji de sus bosques y el drama latente de aquella terrible desgracia del 11 de marzo de 2011, los encuentros con gente encantadora y nuestros deseos de transmitirles el abrazo solidario de nuestro pueblo. A eso habíamos ido. Por eso Eduardo Fernández-Agüera había regalado sus esfuerzos en aquellos apartados territorios.

Finalmente, amaneció el domingo 15 de noviembre, que fue todo él un eterno tiempo de viaje, un ir y venir por los aeropuertos de Tokio, de Londres, de Madrid, hasta poder pisar de nuevo la tierra materna andaluza y sevillana, hasta regresar a Coria del Río, el pueblo en nombre del cual habíamos emprendido aquella inolvidable aventura.

AGRADECIMIENTOS

Los miembros del equipo de Tohoku Crossing desean mostrar un profundo agradecimiento a cuantas personas y entidades han contribuido, en mayor o menor medida, a la realización del proyecto y en especial a las siguientes:

Ayuntamiento de Coria del Río

Don Modesto González Márquez, *Alcalde-Presidente.*

Doña Ana Concepción Renedo Barrera,
Teniente de Alcalde Delegada de Relaciones con Japón.

Embajada de España en Japón

Don Gonzalo de Benito Secades, *Embajador.*

Don Santiago Herrero Amigo, *Consejero Cultural.*

Embajada del Japón en España.

Don Kazuhiko Koshikawa,
Embajador en las fechas de desarrollo de Tohoku Crossing.

Don Akira Suzuki, Agregado *Cultural y de Prensa.*

Doña Paloma Valor Bonillo, *Coordinadora de Cultura y Educación.*

Mitsubishi España

Don Kiyoshi Azuma, *Presidente.*

Don Keiji Okamoto, *Director comercial.*

Don Mario Sistiaga Cervera, *Director Administrativo.*

Mitsubishi Corporation Japan

Doña Kioko Sakamoto, *Manager Motor Vehicles Bussines Division.*

Real Betis Balompié, S.A.D.

Don Juan Carlos Ollero Otero,
Presidente en las fechas de desarrollo de Tohoku Crossing.

Don Tomás Solano Franco, *Consejero.*

Don Julio Jimenez Heras, *Relaciones Externas.*

Don Rafael Infante González,
Director de Nuevos Negocios en las fechas de desarrollo de Tohoku Crossing.

Asociación de Amistad Hispano-Japonesa "Hasekura Tsunenaga"

Don Juan Francisco Japón Carvajal, *Presidente.*

Takada Kenzo Association. *Okiagari Koboshi Project.*
Don Minoru Watanabe

El día 11 de marzo de 2011 se añadió a aquellas fechas de la historia de Japón en la que el país fue objeto de una gran desgracia. En esta ocasión, un terremoto de alta dimensión, seguido de un tsunami de proporciones gigantescas, que asoló las costas y buena parte de las tierras interiores de Tohoku, la región del NE japonés. A ello vino a unirse al gravísimo accidente nuclear que extendió sus mortíferas radiaciones por las áreas ya destruidas por el sismo. Con especial crudeza se hizo sentir el desastre en las Prefecturas de Fukushima, Iwate y Miyagi, ésta última la tierra originaria de aquellos japoneses que, a comienzos del siglo XVII, acometieron la aventura de navegar hasta Nueva España, primero, y hasta la Península Ibérica, Madrid y Roma, después: la llamada Embajada Keicho que, en su trayectoria, descubriría a Coria del Río. En esta pequeña villa, a orillas del Guadalquivir, atracarían para esperar la entrada en Sevilla y, tras ella, una parte de aquellos aguardaría hasta la definitiva resolución de tan arriesgado viaje. Y como es sabido, tal hecho constituyó el origen cierto de la actual comunidad de hombres y mujeres que aun hoy, cuatrocientos años después, llevamos el apellido Japón.

A lo largo de los últimos treinta y cinco años un intenso flujo de relaciones, -institucionales, culturales, afectivas-, ha surgido entre los extremos de aquella hermosa historia tanto tiempo silenciada: los japoneses y los Japón de Coria del Río y de todos aquellos otros lugares a los que el apellido fue llegando. Los refrendos ofrecidos por SAI el príncipe Naruhito, -visitando en junio de 2013 la orilla coriana en la que desembarcara el samurái Hasekura- y el apoyo de los sucesivos titulares de la Embajada de Japón en España, han caído sobre el suelo fértil de un pueblo que ha integrado "la huella japonesa" como signo de su identidad histórica. Por ello, es un hecho que nada de cuanto sucede a Japón y a los japoneses es indiferente para los corianos y corianas. Tal fue lo que ya ocurrió en aquel funesto 11 de marzo de 2011 en que la muerte y la tragedia asolaron al Tohoku.

Numerosas iniciativas solidarias y de testimonio del dolor compartido han ido floreciendo desde entonces en Coria del Río, más ninguna como la que promovió Eduardo Fernández-Agüera, un esforzado atleta coriano, curtido en la práctica de carreras de largas distancias por contrastados rincones de mundo: se trataba de correr por las tierras afectadas por el sismo y el tsunami de 2011 y llevarles, revestido del calor de su esfuerzo, el testimonio de pesar los corianos y también el aliento para las duras labores de reconstrucción que ahora abordan. Este libro es la crónica de esa aventura, el relato de las carreras y los paralelos contactos institucionales y culturales, en el que Eduardo se vio acompañado por el profesor Juan Manuel Suárez Japón, el Técnico Municipal Fernando Platero y el estudiante sevillano, avecindado en Japón, Carlos Naranjo en funciones de traductor.

Ayuntamiento de Coria del Río

RealBetisBalompié

Fundación Cajasol